Inventar el futuro

Poscapitalismo y un mundo sin trabajo

Nick Srnicek
Alex Williams

Nick Srnicek es autor de *Postcapitalist Technologies* (2016) y coeditor de *The Speculative Turn: Continental Materialism and Realism* (2011). **Alex Williams** cursa un doctorado en la Universidad de East London. En 2013 ambos lanzaron el *Manifiesto aceleracionista*.

Withdrawn

INVENTAR EL FUTURO

MALPASO
MÉXICO

nicek, Nick
ventar el futuro :
oscapitalismo y un mund
17.
3305239699089
12/14/17

EX WILLIAMS

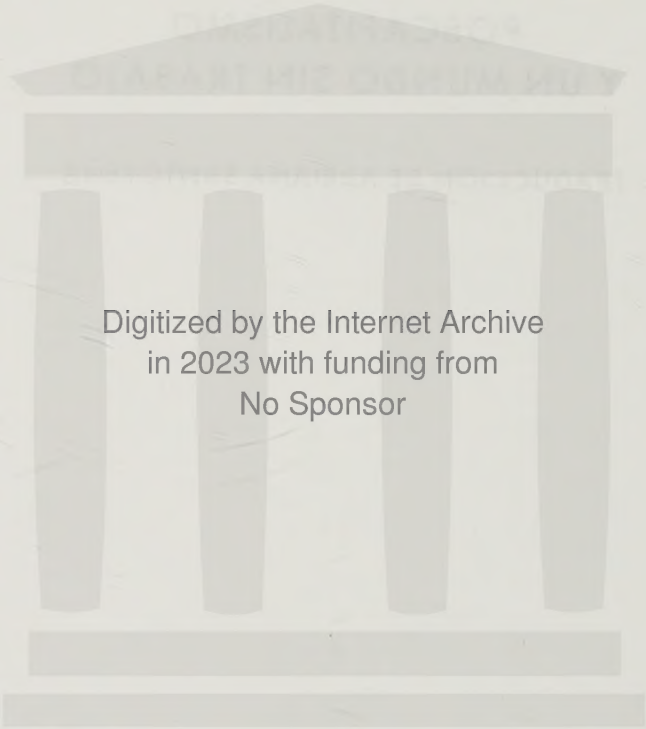
INVENTAR EL FUTURO

POSCAPITALISMO Y UN MUNDO SIN TRABAJO

TRADUCCIÓN DE ADRIANA SANTOVEÑA

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
No Sponsor

https://archive.org/details/inventarelfuturo0000nick

AGRADECIMIENTOS

Este libro no tiene sólo dos autores, tiene muchos. Nos gustaría agradecer su apoyo durante la preparación de este libro a Alex Andrews, Armen Avanessian, Diann Bauer, Ray Brassier, Benjamin Bratton, Harry Cleaver, Nathan Coombs, Michael Ferrer, Mark Fisher, Sam Forsythe, Dominic Fox, Lucca Fraser, Craig Gent, Jeremy Gilbert, Fabio Gironi, Jairus Grove, Doug Henwood, Aggie Hirst, Amy Ireland, Joshua Johnson, Robin Mackay, Suhail Malik, Keir Milburn, Reza Negarestani, Matteo Pasquinelli, Patricia Reed, Rory Rowan, Michal Rozworski, Mohammed Salemy, Robbie Shilliam, Ben Singleton, Keith Tilford, James Trafford, Deneb Kozikoski Valereto, Pete Wolfendale y muchos otros que ayudaron a darle forma por medio del diálogo. También nos gustaría agradecer al equipo de Verso, que mejoró el libro significativamente durante el proceso de edición: Rowan Wilson, Mark Martin y Charles Peyton. Y, por último, Nick quiere dar las gracias a su familia por su incesante apoyo y a Helen Hester por sus incalculables contribuciones, desde la más mínima corrección gramatical al mayor problema conceptual. Alex da las gracias a su familia por su constante apoyo y consejo y a Francesca Peck por su inquebrantable apoyo y su flexibilidad en la elaboración de este libro.

INTRODUCCIÓN

¿Adónde se fue el futuro? Durante buena parte del siglo XX, el futuro dominó nuestros sueños. En los horizontes de la izquierda política se concentró un vasto surtido de visiones emancipadoras, a menudo derivadas de la conjunción del poder político popular y el potencial liberador de la tecnología. Desde las predicciones de nuevos mundos de esparcimiento hasta los sueños posgénero del feminismo radical, pasando por el comunismo cósmico de la era soviética y las celebraciones afrofuturistas de la naturaleza sintética y diaspórica de la cultura negra, la imaginación popular de la izquierda ha concebido sociedades muy superiores a cualquiera que podamos soñar en la actualidad.[1] Mediante el control político popular de las nuevas tecnologías podríamos transformar colectivamente nuestro mundo para bien. En cierta medida, hoy en día estos sueños parecen más cercanos que nunca. La infraestructura tecnológica del siglo XXI está produciendo los recursos necesarios para alcanzar un sistema económico y político muy distinto. Las máquinas están realizando trabajos que hace una década eran inimaginables. Internet y los medios sociales están dando voz a billones de personas que hasta ahora habían sido ignoradas, volviendo así la democracia participativa global más factible que nunca. Los diseños de código abierto, la creatividad libre de derechos de autor y la impresión en 3D auguran un mundo donde se podría superar la escasez de numerosos productos. Las nuevas formas de simulación por computadora podrían revitalizar la planificación económica y brindarnos la capacidad de dirigir las economías de maneras racionales y sin precedentes. La ola más reciente de automatización está generando la

posibilidad de eliminar de forma permanente enormes lotes de trabajo aburrido y degradante. Las tecnologías de energía limpia posibilitan formas casi ilimitadas y medioambientalmente sustentables de producción de energía. Y las nuevas tecnologías médicas no sólo hacen posible una vida más larga y sana, sino que también permiten llevar a cabo nuevos experimentos con las identidades sexuales y de género. En la actualidad, buena parte de las demandas clásicas de la izquierda —menos trabajo, la eliminación de la escasez, la democracia económica, la producción de bienes útiles para la sociedad y la liberación de la humanidad— son materialmente más factibles que en cualquier otro momento de la historia.

Sin embargo, a pesar de la brillante apariencia de nuestra época tecnológica, seguimos atados a un viejo y obsoleto conjunto de relaciones sociales. Seguimos trabajando muchas horas, recorriendo trayectos cada vez más largos para llevar a cabo labores que parecen tener cada vez menos sentido. Nuestros trabajos se han vuelto más inseguros, nuestro sueldo se ha estancado y las deudas nos abruman. Luchamos por llegar a fin de mes, por poner comida en la mesa, por pagar la renta o la hipoteca y, a medida que nos arrastramos de un trabajo a otro, evocamos las pensiones y luchamos por encontrar servicios de cuidado infantil a un costo moderado. La automatización nos deja desempleados y los sueldos estancados devastan a las clases medias, mientras que las ganancias corporativas se disparan a nuevas alturas. Los atisbos de un mejor futuro quedan pisoteados y olvidados por las presiones de un mundo cada vez más precario y demandante. Y, cada día, regresamos a trabajar como siempre: exhaustos, ansiosos, estresados y frustrados.

En todo el planeta, la situación parece aún más ominosa. La desestabilización global del clima ni siquiera se frena y los efectos colaterales continuados de la crisis económica han llevado a los gobiernos a seguir la paralizadora cuesta abajo de la austeri-

dad. Sacudidos por poderes imperceptibles y abstractos, nos sentimos incapaces de evadir o controlar las pulsiones de la marea de las fuerzas económicas, sociales y medioambientales. Pero ¿cómo podemos cambiar las cosas? A nuestro alrededor, parecería que los sistemas, movimientos y procesos políticos que han dominado los últimos cien años, ya no son capaces de generar cambios genuinamente transformadores. Al contrario, nos han arrojado a una interminable rutina de miseria. La democracia electoral sufre un grave deterioro. Los partidos políticos de centro izquierda han sido vaciados y sangrados de cualquier mandato popular. Sus cadáveres avanzan a tropiezos, como vehículos de ambiciones arribistas. Los movimientos políticos radicales florecen de manera prometedora, pero no tardan en extinguirse por el cansancio y la represión. El poder del trabajo organizado ha sido desmontado de modo sistemático, hasta quedar esclerótico e incapaz de nada más que una débil resistencia. Con todo, ante tales calamidades, la política actual sigue obstinadamente aquejada por la carencia de nuevas ideas. El neoliberalismo lleva décadas predominando y la democracia social existe en gran medida como objeto de nostalgia. A medida que las crisis cobran fuerza y velocidad, la política se marchita y retrocede. En esta parálisis del imaginario político, el futuro se ha extinguido.[2]

Este libro se centra en cómo llegamos aquí y adónde podríamos ir. Recurriendo a una idea que llamamos «política folk», ofrecemos un diagnóstico de cómo y por qué perdimos la capacidad de construir un mejor futuro. Debido a la influencia de la forma de pensar de la política folk, el ciclo de luchas más recientes —desde la antiglobalización hasta la antiguerra y Occupy Wall Street— ha conllevado la fetichización de los espacios locales, acciones inmediatas, gestos efímeros y particularismos de todo tipo. En lugar de emprender la difícil labor de expandir y consolidar las ganancias, esta forma de política se ha enfoca-

do en la construcción de búnkeres para resistir las intrusiones del neoliberalismo global. Al hacer esto, se ha convertido en una política de defensa, incapaz de articular o construir un mundo nuevo. Para cualquier movimiento que lucha por escapar del neoliberalismo y construir algo mejor, estos enfoques de política folk resultan insuficientes. En su lugar, este libro propone una política alternativa, una política que busque retomar el control sobre nuestro futuro y fomentar la ambición de crear un mundo más moderno de lo que permite el capitalismo. Los potenciales utópicos inherentes a la tecnología del siglo XXI no pueden seguir atados a una imaginación capitalista pueblerina, deben ser liberados por una ambiciosa alternativa de izquierda. El neoliberalismo ha fracasado, la democracia social es imposible y sólo una visión alternativa puede dar lugar a la prosperidad y la emancipación universales. Articular y construir este mundo mejor es la labor fundamental de la izquierda de hoy.

1.

NUESTRO SENTIDO COMÚN POLÍTICO: INTRODUCCIÓN A LA POLÍTICA FOLK

> La siguiente jugada era nuestra y nos quedamos ahí, esperando que pasara algo, como buenos objetores de conciencia esperando nuestro castigo tras haber señalado algo puramente simbólico.
>
> DAVE MITCHELL

Actualmente, parece que se necesita la mayor cantidad de esfuerzo para lograr el menor grado de cambio. Millones de personas marchan contra la guerra de Irak, pero la guerra sigue adelante como estaba planeada. Cientos de miles protestan contra la austeridad, pero sigue habiendo recortes presupuestales sin precedentes. Las protestas, ocupaciones y revueltas estudiantiles en contra del alza en las matrículas se repiten una y otra vez, pero éstas siguen su avance inexorable. Por todo el mundo, la gente establece campos de protesta y se moviliza contra la desigualdad económica, pero el abismo entre los ricos y los pobres sigue creciendo. Desde las luchas alterglobalizadoras de fines de la década de 1990, pasando por las coaliciones antiguerra y ecológicas de principios del siglo XX, hasta los nuevos levantamientos estudiantiles y movimientos de Occupy desde 2008, ha surgido un nuevo patrón: las luchas de resistencia aparecen rápido, movilizan a cantidades cada vez mayores de personas y, sin embargo, terminan por palidecer para ser sustituidas por un sentimiento renovado de apatía, melancolía y derrota. A pesar de que millones de personas desean un mundo mejor, los efectos de estos movimientos son mínimos.

ALGO GRACIOSO PASÓ CAMINO A LA PROTESTA

El fracaso impregna este ciclo de luchas y, en consecuencia, muchas de las tácticas de la izquierda contemporánea han adoptado una naturaleza ritualista, cargada de una pesada dosis de fatalismo. Las tácticas dominantes —protestar, marchar, ocupar y varias otras formas de acción directa— se han vuelto parte de una narrativa bien establecida, en la cual la gente y la policía desempeñan cada uno sus papeles asignados. Los límites de estas acciones son particularmente visibles en esos breves momentos cuando el guion cambia. En palabras de un activista en torno a una protesta en la Cumbre de las Américas de 2001:

> El 20 de abril, el primer día de las protestas, miles marchamos hacia la valla, detrás de la cual se habían reunido treinta y cuatro jefes de Estado para sacar adelante un acuerdo de comercio mundial. Bajo una granizada de osos de peluche lanzados con catapultas, los activistas vestidos de negro no tardaron en quitar los soportes de la valla con cizallas y derrumbarla con ganchos mientras los observadores los alentaban. Por un momento, nada se interpuso entre nosotros y el centro de convenciones. Trepamos a la valla derrumbada, pero la mayoría no pasó de ahí, como si nuestra intención hubiera sido simplemente sustituir la barrera de alambre y concreto con una barrera humana hecha por nosotros mismos.[1]

Aquí podemos ver la naturaleza simbólica y ritualista de las acciones, combinada con la emoción de haber hecho algo, pero con una profunda incertidumbre que surge en cuanto se rompe la narrativa esperada. El papel de manifestantes diligentes no les había brindado a estos activistas ninguna indicación de qué hacer cuando cayeran las barreras. Las confrontaciones políticas espectaculares, como las marchas para detener la guerra, las ahora famosas aglomeraciones contra el G20 o la Organización Mundial del Comercio, así como las conmovedoras es-

cenas de democracia en Occupy Wall Street, parecen ser muy significativas, como si algo estuviera de verdad en juego.[2] Sin embargo, no cambió nada y las victorias a largo plazo se canjearon por una simple anotación de descontento.

A menudo, los observadores externos ni siquiera alcanzan a entender qué busca el movimiento, más allá de expresar un descontento generalizado con el mundo. Las protestas contemporáneas se han convertido en una mezcla de demandas diversas y desenfrenadas. Quienes se manifestaron en la cumbre del G20 de 2009 en Londres, por ejemplo, marcharon por temas que iban desde el planteamiento de aparatosas exigencias anticapitalistas hasta objetivos modestos centrados en problemas más concretos y cercanos. Cuando las demandas alcanzan a discernirse, a menudo no logran articular nada sustancial. No suelen ser sino eslóganes vacíos, tan significativos como pedir la paz mundial. El movimiento Occupy hizo lo indecible por articular objetivos relevantes, preocupado por si algo demasiado sustancial pudiera causar divisiones.[3] Además, ocupaciones estudiantiles muy diversas en el mundo occidental adoptaron el mantra «sin demandas», en la creencia errónea de que no pedir nada es una acción radical.[4]

Cuando se les pregunta cuál ha sido el principal resultado de estas acciones, algunos participantes aceptan un sentimiento generalizado de futilidad, mientras que otros señalan una radicalización de los asistentes. Si vemos las protestas actuales como un ejercicio de conciencia pública, su éxito parece ser, a lo sumo, desigual. Sus mensajes son distorsionados por los medios, poco solidarios y amantes de las imágenes de destrucción de la propiedad privada —suponiendo que los medios siquiera reconocen esa forma de disputa que se ha vuelto cada vez más repetitiva y aburrida—. Hay quienes argumentan que estos movimientos, protestas y ocupaciones, en lugar de plantearse un objetivo específico sólo existen, en realidad, para sí mismos.[5] El

propósito en este caso es alcanzar cierta transformación de los participantes, así como crear un espacio fuera de las operaciones de poder habituales. Si bien hay cierto grado de verdad en ello, cosas como los campamentos de protesta tienden a ser efímeras, de pequeña escala y, en última instancia, incapaces de desafiar las estructuras más amplias del sistema económico neoliberal. Es una política convertida en pasatiempo —quizá una experiencia de la política como droga— y no algo que sea capaz de transformar a la sociedad. Estas protestas sólo quedan grabadas en la mente de los participantes y dan la vuelta a cualquier transformación de las estructuras sociales. Si bien estos esfuerzos de radicalización y concientización son, en cierta medida, indudablemente importantes, queda la pregunta de *en qué momento exacto* darán resultado. ¿Existirá un punto en el que una masa crítica de concientización esté lista para actuar? Las protestas pueden establecer conexiones, alentar la esperanza y recordar a la gente que tiene poder. Sin embargo, más allá de estos sentimientos transitorios, si no queremos que esos lazos afectivos se desperdicien, la política aún exige el ejercicio de ese poder. Si no actuamos después de una de las mayores crisis del capitalismo, entonces, ¿cuándo?

El énfasis en los aspectos afectivos de las protestas ayuda a sustentar una tendencia más amplia que ha llegado a privilegiar lo afectivo como la sede de la política real. Los elementos corporales, emocionales y viscerales sustituyen y obstaculizan (en lugar de complementar y mejorar) los análisis más abstractos. Por ejemplo, el paisaje contemporáneo de los medios sociales está contaminado por los amargos efectos secundarios de un interminable torrente de indignación y enojo. Dado el individualismo de las actuales plataformas de los medios sociales —fundadas en el mantenimiento de una identidad online—, quizá no nos sorprenda ver que la «política» online tiende a una autopresentación de pureza moral. Nos preocupa más estar en lo co-

rrecto que pensar sobre las condiciones del cambio político. No obstante, esta ira cotidiana desaparece tan pronto como surge y no tardamos en pasar a la siguiente cruzada corrosiva. En otros lugares, las manifestaciones públicas de empatía con quienes sufren sustituyen análisis más refinados, lo cual trae como resultado acciones apresuradas o descaminadas o la ausencia de acciones. Si bien la política siempre está relacionada con las emociones y las sensaciones (la esperanza o el enojo, el temor o la indignación), cuando se adoptan como la forma principal de la política estos impulsos pueden conducir a resultados profundamente perversos. En un famoso ejemplo, el Live Aid de 1985 reunió, mediante una combinación de imágenes que tocaban nuestras fibras más sensibles con eventos emocionalmente manipuladores encabezados por celebridades, una enorme cantidad de dinero para aliviar la hambruna. La sensación de apremio exigía acciones urgentes, a expensas de la razón. Sin embargo, lo que logró el dinero reunido fue extender la guerra civil que había provocado la hambruna, pues permitió que las milicias rebeldes utilizaran la asistencia alimentaria para sostenerse a sí mismas.[6] Si bien el público en casa se sintió reconfortado por estar haciendo algo en lugar de nada, un análisis desapasionado reveló que en realidad había contribuido a agravar el problema. Estos resultados inesperados se generalizan aún más a medida que los objetivos de la acción se vuelven más amplios y abstractos. Si la política sin pasión conduce a una tecnocracia burocrática desalmada, la pasión desprovista de análisis corre el riesgo de convertirse en un sustituto libidinosamente motivado de la acción efectiva. Entonces, la política comienza a girar en torno a sentimientos de empoderamiento personal que ocultan la ausencia de ganancias estratégicas.

Quizá lo más deprimente sea que, aun cuando algunos movimientos tienen éxito, lo consiguen en contextos de pérdidas abrumadoras. Por ejemplo, varios residentes del Reino Unido se

han movilizado con éxito en casos particulares para detener el cierre de hospitales locales. Sin embargo, estas victorias reales se ven superadas por los planes más amplios de eviscerar y privatizar los servicios de salud (el National Health Service). De igual manera, algunos movimientos recientes en contra del *fracking* han logrado detener la perforación exploratoria en varias localidades, pero los gobiernos continúan buscando gas de esquisto y apoyando a compañías para que lo hagan.[7] En Estados Unidos, varios movimientos para detener los desalojos tras la crisis hipotecaria han obtenido triunfos reales en tanto han logrado que la gente permanezca en su casa.[8] No obstante, los culpables de la debacle de las hipotecas de alto riesgo siguen cosechando beneficios, olas de acciones hipotecarias siguen arrasando el país y los alquileres no dejan de aumentar en todas las ciudades. Los pequeños éxitos —que sin duda son útiles para infundir esperanza— palidecen frente a las pérdidas apabullantes. Incluso los activistas más optimistas titubean al ver que las luchas siguen fracasando. En otros casos, proyectos bien intencionados, como el Rolling Jubilee, luchan por escapar del conjuro del sentido común capitalista.[9] El objetivo aparentemente radical de recaudar dinero para pagar las deudas de los menos privilegiados implica creer en un sistema de caridad y redistribución voluntaria, así como aceptar la legitimidad de la deuda en primer lugar. En este sentido, la iniciativa forma parte de un conjunto más amplio de proyectos que sólo actúan como respuestas a los vacilantes servicios del Estado en tiempos de crisis. Se trata de mecanismos de supervivencia, no de una visión deseable del futuro.

¿Qué podemos concluir de todo esto? El reciente ciclo de luchas debe identificarse como predominantemente fallido, a pesar de los numerosos éxitos de pequeña escala y los momentos de movilización de gran escala. La pregunta que cualquier análisis de la izquierda debe tratar de resolver es simplemente:

¿qué ha salido mal? Es indiscutible que la represión intensificada de los Estados y el creciente poder de las corporaciones han desempeñado un papel significativo en el debilitamiento del poder de la izquierda. Con todo, la pregunta de si la represión que enfrentan los trabajadores, la precariedad de las masas y el poder de los capitalistas es mayor de lo que era a finales del siglo XIX sigue siendo objeto de debate. Por aquel entonces, los trabajadores aún estaban luchando por sus derechos básicos, a menudo en contra de Estados más dispuestos a valerse de la violencia letal.[10] Sin embargo, mientras que en ese periodo hubo movilizaciones masivas, huelgas generales, organizaciones laborales militantes y feministas radicales, todas ellas con éxitos reales y duraderos, la actualidad se define por su ausencia. La debilidad reciente de la izquierda no puede atribuirse sólo a una mayor represión estatal y capitalista: una evaluación honesta debe aceptar que los problemas también están *dentro* de la izquierda. Un problema clave es la aceptación extendida y poco crítica de lo que llamamos «forma de pensar de la política folk».

DEFINICIÓN DE LA POLÍTICA FOLK

¿Qué es la política folk? La política folk identifica una constelación de ideas e intuiciones dentro de la izquierda contemporánea que moldea las formas de organizarse, actuar y pensar la política dentro del sentido común. Es un conjunto de supuestos estratégicos que amenaza con debilitar a la izquierda, volviéndola incapaz de crecer, generar cambios duraderos o expandirse más allá de los intereses particulares. Los movimientos de izquierda influidos por la política folk no sólo tienen pocas probabilidades de ser exitosos: a decir verdad, son incapaces de transformar el capitalismo. El término mismo se deriva de dos

sentidos de «folk». En primer lugar, evoca algunas críticas a la psicología folk según las cuales nuestras concepciones intuitivas del mundo están construidas históricamente y a menudo equivocadas.[11] En segundo lugar, se refiere a «folk» como la sede de la pequeña escala, lo auténtico, lo tradicional y lo natural. La idea de la política folk comprende estas dos dimensiones.

Así pues, en una primera aproximación podemos definir la política folk como un sentido común político construido de manera colectiva e histórica que se ha descoyuntado con los actuales mecanismos de poder. A medida que nuestro mundo político, económico, social y tecnológico va cambiando, las tácticas y estrategias que antes eran capaces de transformar el poder colectivo en ganancias emancipadoras han perdido su efectividad. En tanto sentido común de la izquierda actual, la política folk suele operar de manera intuitiva, poco crítica e inconsciente. Empero, el sentido común también es histórico y mutable. Cabe recordar que las formas conocidas de organización y las tácticas actuales, lejos de ser naturales o estar dadas, se han ido desarrollando con el tiempo en respuesta a problemas políticos específicos. Las peticiones, ocupaciones, huelgas, los partidos de vanguardia, grupos afines, sindicatos: todos surgieron a partir de condiciones históricas particulares.[12] Sin embargo, el hecho de que algunas formas de organización y actuación hayan sido útiles en algún momento, no garantiza que conserven su relevancia. Muchas de las tácticas y estructuras organizativas que dominan la izquierda contemporánea surgieron como respuestas a la experiencia del comunismo de Estado, a los sindicatos exclusivistas y al colapso de los partidos socialdemócratas. Con todo, las ideas que tenían una razón de ser en esos momentos ya no ofrecen herramientas efectivas para la transformación política. Nuestro mundo ha cambiado, se ha vuelto más complejo que nunca, más abstracto, no lineal y global.

Contra la abstracción y la inhumanidad del capitalismo, la política folk busca acercar la política a una «escala humana» enfatizando la inmediatez temporal, espacial y conceptual. En su centro, la política folk es la intuición conductora según la cual la inmediatez es siempre mejor y a menudo más auténtica, lo cual trae como consecuencia una profunda sospecha de la abstracción y la mediación. En términos de la inmediatez temporal, la política folk contemporánea se muestra típicamente reactiva (responde a acciones iniciadas por corporaciones y gobiernos, en lugar de iniciar acciones);[13] ignora los objetivos estratégicos a largo plazo en favor de las tácticas (se moviliza en torno a políticas sobre temas únicos o enfatiza el proceso);[14] prefiere prácticas que suelen ser inherentemente fugaces (como las ocupaciones y las zonas autónomas temporales);[15] elige lo que ya conoce del pasado rechazando lo que desconoce del futuro (por ejemplo, los sueños reiterados del retorno al «buen» capitalismo keynesiano),[16] y se expresa como una predilección por lo voluntarista y espontáneo sobre lo institucional (como cuando idealiza los disturbios y la insurrección).[17]

En términos de la inmediatez especial, la política folk privilegia lo local como la sede de la autenticidad (como en la dieta de las 100 millas o las monedas locales);[18] por lo general elige lo pequeño sobre lo grande (como en la veneración de las comunidades o negocios locales de pequeña escala);[19] favorece proyectos que no puedan crecer más allá de una pequeña comunidad (por ejemplo, las asambleas generales y la democracia directa),[20] y a menudo rechaza el proyecto de la hegemonía, por lo que valora el retiro o la salida, en lugar de la construcción de una amplia contrahegemonía.[21] De la misma forma, la política folk prefiere que sean los propios participantes quienes lleven a cabo las acciones —en su énfasis en la acción directa, por ejemplo— y considera la toma de decisiones como algo que debe efectuar cada individuo y no un representante. La forma

de pensar de la política folk ignora o suaviza los problemas de escala y extensión.

Por último, en términos de inmediatez conceptual, existe una preferencia por lo cotidiano sobre lo estructural, así como una valoración de la experiencia personal sobre el pensamiento sistemático; del sentimiento sobre el pensamiento, con un énfasis en el sufrimiento individual, o las sensaciones de entusiasmo y enojo que se experimentan durante las acciones políticas; por lo particular sobre lo universal, donde esto último se considera intrínsecamente totalitario, y por lo ético sobre lo político, como en el consumo ético o las críticas moralizantes a la avaricia de los banqueros.[22] Las organizaciones y comunidades deben ser transparentes y rechazar de entrada cualquier mediación conceptual e incluso grados modestos de complejidad. Las imágenes clásicas de la emancipación universal y el cambio global se han transformado en una priorización del sufrimiento de lo particular y la autenticidad de lo local. Como resultado, cualquier proceso de construcción de una política universal es rechazado de entrada.

Así entendida, podemos detectar rastros de política folk en organizaciones y movimientos como Occupy, el 15M de España, las ocupaciones estudiantiles, los insurreccionistas comunistas de izquierda como Tiqqun y el Comité Invisible, buena parte de las formas de horizontalidad, los zapatistas y políticas contemporáneas de tintes anarquistas, así como una variedad de tendencias como el localismo político, el movimiento de la comida lenta y el consumo ético, entre muchas otras. Sin embargo, ninguna postura incluye a todas estas tendencias, lo cual nos conduce a una primera puntualización: en tanto sentido común poco crítico y a menudo inconsciente, la política folk se ve ejemplificada, en distintos grados, en posturas políticas concretas, es decir, la política folk no designa una postura explícita sino sólo una tendencia implícita. Las ideas que caracterizan esta tendencia están ampliamente dispersas en toda la

izquierda contemporánea, pero algunas posturas se apegan más a ella que otras. Esto nos lleva a una segunda puntualización importante: el problema con la política folk no es que comience por lo local, pues todas las políticas comienzan así. El problema es que la forma de pensar de la política folk se conforma con permanecer en ese ámbito (e incluso lo privilegia), en pasajero, la pequeña escala, lo no mediado y lo particular. Considera que éstos son momentos suficientes y no simplemente necesarios. Por tanto, aquí no se trata sólo de rechazar la política folk. Éste es un componente necesario de cualquier proyecto político exitoso, pero sólo puede ser un punto de partida. Una tercera puntualización es que la política folk sólo constituye un problema para cierto tipo de proyectos: aquellos que buscan llegar más allá del capitalismo. La forma de pensar de la política folk puede adaptarse perfectamente bien a otros proyectos políticos: aquellos que buscan sólo la resistencia, movimientos organizados en torno a problemas locales y proyectos de pequeña escala. Si bien los movimientos políticos fundados en la necesidad de mantener abierto un hospital o evitar desalojos son admirables, son muy distintos de los movimientos que intentan desafiar al capitalismo neoliberal. La idea de que una organización, una táctica o una estrategia funciona igual de bien para cualquier tipo de lucha es la creencia más prevalente y dañina de la izquierda actual. Antes de abordar cualquier proyecto político es necesaria una reflexión estratégica —sobre los medios y los fines, los enemigos y los aliados—. Dada la naturaleza del capitalismo global; cualquier proyecto poscapitalista requerirá de un enfoque ambicioso, abstracto, mediado, complejo y global; un proyecto que los enfoques de la política folk son incapaces de ofrecer.

Al combinar estas puntualizaciones podemos decir que la política folk es necesaria, pero insuficiente para un proyecto político poscapitalista. Al enfatizar y permanecer en el ámbito de

lo inmediato, la política folk carece de las herramientas para transformar el neoliberalismo en otra cosa. Si bien este tipo de política puede, sin duda, llevar a cabo intervenciones importantes en las luchas locales, nos estaríamos engañando si pensamos que éstas pueden cambiar el curso del capitalismo global. Estas luchas representan, a lo mucho, un alivio temporal contra su arremetida. El proyecto de este libro es comenzar a esbozar una alternativa, una forma de que la izquierda navegue de lo local a lo global y sintetice lo particular con lo universal. Dicha alternativa no puede ser sólo un retorno conservador a la política de la clase trabajadora del siglo pasado. En su lugar, debe combinar una forma actualizada de *pensar* la política (un desplazamiento de la inmediatez al análisis estructural) con un medio renovado de *hacer* política (que dirija la acción hacia la construcción de plataformas y la expansión de escalas).

UNA POLÍTICA ABRUMADA...

¿Por qué apareció la política folk en primer lugar? ¿Por qué las tendencias de la política folk son, a pesar de todos sus fallos evidentes, tan seductoras y atractivas para los movimientos actuales? Hay al menos tres posibles respuestas. La primera explicación radica en ver la política folk como una respuesta al problema de cómo interpretar y actuar dentro de un mundo cada vez más complejo. La segunda explicación, relacionada con la primera, implica ubicar la política folk como una reacción a las experiencias históricas de la izquierda comunista y socialdemócrata. Por último, la política folk es una respuesta más inmediata al espectáculo vacío de la política de partidos contemporánea.

La política global multipolar, la inestabilidad económica y el cambio climático antropogénico están dejando cada vez más rezagadas las narrativas que utilizamos para estructurar y en-

contrar un sentido a nuestra vida. Cada uno de estos factores es un ejemplo de lo que se denomina un *sistema complejo*, que presenta una dinámica no lineal, en la que aportes marginalmente distintos pueden provocar resultados radicalmente divergentes, conjuntos intrincados de causas pueden retroalimentarse unos a otros de maneras inesperadas que suelen funcionar en escalas de tiempo y espacio que van mucho más allá de la percepción a simple vista de cualquier individuo.[23] La globalización, la política internacional y el cambio climático: cada uno de estos sistemas da forma a nuestro mundo, pero sus efectos son tan extensos y complicados que resulta difícil ubicar nuestra propia experiencia dentro de ellos. La economía global es un buen ejemplo de ello. En términos sencillos, la economía no es un objeto abierto a la percepción directa: se distribuye a lo largo del tiempo y el espacio (nunca conoceremos a «la economía» en persona); incorpora una amplia gama de elementos, desde leyes de propiedad hasta necesidades biológicas, desde recursos naturales a infraestructuras tecnológicas, desde puestos de mercado hasta supercomputadoras, e involucra un enorme conjunto de circuitos de retroalimentación, que, además, interactúan de formas intrincadas, todo lo cual produce efectos emergentes que no pueden reducirse a sus componentes individuales.[24] En otras palabras, la interacción de las partes de una economía produce efectos que no pueden entenderse sólo sabiendo cómo funcionan esas partes por separado: sólo si comprendemos las relaciones entre ellas podremos encontrarle sentido a la economía. Si bien podemos tener una idea de en qué consiste una economía, nunca podremos experimentarla directamente, como ocurre con otros fenómenos. Sólo podemos observarla por sus síntomas, mediante ciertos índices estadísticos (gráficas de los cambios en la inflación o en las tasas de interés, índices bursátiles, PIB, etcétera), pero nunca podremos verla, escucharla o tocarla en su totalidad.

Como resultado, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre el capitalismo, aún nos cuesta comprender su dinámica y sus mecanismos. Y, lo más importante, no tenemos un «mapa cognitivo» de nuestro sistema socioeconómico, una imagen mental de cómo pueden ubicarse las acciones humanas, individuales y colectivas dentro de la inimaginable vastedad de la economía global.[25] En décadas recientes se ha registrado una creciente complejidad en la dinámica que afecta a la política. Podríamos considerar la inminente amenaza del cambio climático antropogénico un nuevo tipo de problema, un problema que no tiene una solución sencilla y que conlleva efectos entrelazados de manera tan intrincada que incluso es difícil de saber en qué punto intervenir. De igual forma, la economía global actual parece significativamente más compleja en términos de movilidad del capital, complicaciones de las finanzas globales y multiplicidad de agentes implicados. ¿Cuánto pueden adaptarse a estos cambios nuestras imágenes políticas tradicionales del mundo? Al menos para la izquierda, un análisis fundado en la clase trabajadora industrial constituyó una poderosa forma de interpretar la totalidad de las relaciones sociales y económicas en el siglo XIX y principios del XX, con lo cual pudieron articularse objetivos estratégicos claros. Sin embargo, la historia de esta izquierda global a lo largo del siglo XX atestigua las formas en que este análisis no supo prestar atención ni a la diversidad de posibles luchas liberadoras (basadas en género, raza o sexualidad) ni a la capacidad del capitalismo para reestructurarse —mediante la creación del Estado de bienestar, o las transformaciones neoliberales de la economía global—. Hoy en día, los viejos modelos a menudo se tambalean ante los nuevos problemas, estamos perdiendo la capacidad de entender nuestra posición en la historia y en el mundo en general.

Esta separación entre la experiencia cotidiana y el sistema en que vivimos trae como resultado una creciente alienación: nos

sentimos a la deriva en un mundo que no comprendemos. El teórico cultural Fredric Jameson apunta que la proliferación de las teorías de la conspiración es en parte una respuesta a estas circunstancias.[26] Las teorías de la conspiración funcionan reduciendo la agencia que dirige el mundo a una sola figura de poder (el grupo Bilderberg, los masones o cualquier otro chivo expiatorio que resulte conveniente). A pesar de la extraordinaria complejidad de algunas de estas teorías, sólo ofrecen una respuesta reconfortantemente simple a la pregunta de quién está detrás de todo y a cuál es nuestro propio papel en la situación. En otras palabras, actúan justo como un mapa cognitivo (defectuoso).

La política folk se presenta como otra posible respuesta a los problemas de complejidad abrumadora. Si no entendemos cómo funciona el mundo, el mandato de la política folk es reducir la complejidad a una escala humana. En realidad, los textos de la política folk están saturados de llamados a regresar a la autenticidad, a la inmediatez, a un mundo que sea «transparente», «de escala humana», «tangible», «lento», «armonioso», «sencillo» y «cotidiano».[27] Esta forma de pensar rechaza la complejidad del mundo contemporáneo y, con ello, rechaza también la posibilidad de un mundo verdaderamente poscapitalista. Intenta darle un rostro humano al poder y lo que realmente aterrador es la naturaleza por lo general no subjetiva del sistema. Los rostros son intercambiables: el poder sigue siendo el mismo. El viraje hacia el localismo, los momentos temporales de resistencia y las prácticas intuitivas de acción directa intentan, a efectos prácticos, condensar los problemas del capitalismo global en figuras y momentos concretos.

En este proceso, la política folk suele reducir la política a una lucha ética e individual. Existe una tendencia a imaginar que sólo necesitamos «buenos» capitalistas o un capitalismo «responsable». Al mismo tiempo, el imperativo de «hacerlo

local» lleva a la política folk a fetichizar los resultados inmediatos y la apariencia concreta de la acción. Retrasar un ataque corporativo al medio ambiente, por ejemplo, se elogia como si fuera un éxito, aun cuando la compañía sólo esté esperando a que disminuya la atención pública para regresar. Además, como apuntó hace mucho Rosa Luxemburgo, la fetichización de los «resultados inmediatos» conduce a un pragmatismo vacío que lucha por mantener el equilibro presente del poder, en lugar de buscar cambiar las condiciones estructurales.[28] Sin la abstracción necesaria del pensamiento estratégico, las tácticas terminan siendo gestos pasajeros. Por último, renegar de la complejidad se entrelaza con el argumento neoliberal a favor de los mercados. Uno de los principales argumentos en contra de la planificación ha sido que la economía es demasiado compleja para ser guiada.[29] Por tanto, la única alternativa es dejarle la distribución de los recursos al mercado y rechazar cualquier intento por guiarla de manera racional.[30] Considerada desde estas perspectivas, la política folk parecería un intento por reducir el capitalismo global a un tamaño que pueda pensarse y, al mismo tiempo, articular las formas de acción sobre esta imagen limitada del capitalismo. Este libro argumenta que las tendencias de la política folk están equivocadas. Si la complejidad está superando las capacidades de la humanidad para pensar y controlar, existen dos opciones: la primera es reducir la complejidad a una escala humana; la segunda es expandir las capacidades de la humanidad. Nosotros sostenemos la segunda postura. Cualquier proyecto poscapitalista requerirá por fuerza la creación de nuevos mapas cognitivos, narrativas políticas, interfaces tecnológicas, modelos económicos y mecanismos de control colectivo que permitan ordenar los fenómenos complejos para beneficio de la humanidad.

...ANTICUADA...

Si bien la respuesta a la complejidad creciente explica en cierta medida el auge de la forma de pensar de la política folk, también debe ubicarse en términos de la historia particular de la política de izquierda en el siglo XX. En muchos aspectos, las tendencias de la política folk son respuestas comprensibles (aunque inadecuadas) a los retos que se han enfrentado durante los últimos cincuenta años, retos que han surgido tanto dentro de la izquierda como en competencia con las fuerzas conservadoras y capitalistas.[31] En particular, la política folk apareció en respuesta al colapso del complejo socialdemócrata de posguerra que entretejía instituciones de clase trabajadora, partidos socialdemócratas y la hegemonía del liberalismo integrado.[32] El desplome de este bloque socialdemócrata ocurrió en múltiples líneas de conflicto y en varias esferas: en el surgimiento de nuevas formas de trabajo, asociadas con lo afectivo y lo cognitivo; en el surgimiento de crisis energéticas que trastocaron las certidumbres geopolíticas; en las crecientes dificultades enfrentadas por las empresas capitalistas para lograr la rentabilidad; en la proliferación de la ideología neoliberal en las redes institucionales de grupos de expertos y departamentos universitarios; en el estallido de nuevas formas de subjetividades, proyectos y demandas políticas, y en la vasta desacreditación de los Estados nominalmente comunistas. Cada uno de estos factores sirvió para trastocar la fundación del sistema social de posguerra en Europa y América. Y, en este proceso, los viejos paradigmas de la izquierda quedaron *obsoletos* y los nuevos, *superados*.

Quizá el momento más significativo en esta desestabilización del acuerdo de posguerra fue a finales de la década de 1960 y principios de la siguiente. Las revueltas globales de 1968 renovaron tanto la relevancia como la inspiración de una serie de movimientos de izquierda que rechazaban las coordenadas

de lucha articuladas por los sindicatos y los partidos políticos. En parte, estos movimientos encontraron su motivación en la historia emergente de la represión estalinista que, aunada a la supresión a manos del régimen soviético de las corrientes democratizadoras en Europa Oriental, desacreditó cada vez más a los partidos comunistas a ojos de los jóvenes europeos de izquierda. Esto cuestionó la validez estratégica del programa leninista de estatización a manos de un partido revolucionario al frente de una coalición de fuerzas concentradas en la clase trabajadora industrial.[33] Si incluso las revoluciones «exitosas» conducían a largo plazo a una tecnocracia esclerótica y a la represión política, ¿cuál sería entonces el curso de acción realmente emancipador? La jerarquía y el vanguardismo en el partido comunista parecían cada vez más opuestos a los objetivos de los movimientos sociales emergentes.

Más allá de las dificultades que presenta la transición al poscapitalismo bajo un gobierno comunista, las expectativas de una estatización en las naciones desarrolladas en los años sesenta y setenta parecían bajas y más dadas las divisiones en la izquierda. Los levantamientos en Francia en mayo de 1968, durante los cuales el Partido Comunista Francés no respaldó ni a los sindicatos ni a los grupos estudiantiles, parecieron poner fin a cualquier expectativa de una revolución política. Además, la socialdemocracia y sus soluciones corporativas-keynesianas a la desigualdad social parecían estar cada vez más conformes con el orden existente y no querer, o no poder, avanzar hacia un socialismo emancipador. Aunque la socialdemocracia pudo ofrecer beneficios significativos a ciertos grupos, mantuvo una dirigencia autoritaria y un elenco paternalista, que por lo general excluía a mujeres y minorías étnicas y dependía de un modo de organización capitalista (el fordismo) que generaba niveles poco usuales de cohesión social. Esta última se vio erosionada a finales de los años sesenta y principios de los setenta por el

surgimiento de nuevos deseos de las masas (una mayor flexibilidad laboral, por ejemplo) y demandas renovadamente insistentes (de igualdad racial y de género, desarme nuclear, libertades sexuales y contra el imperialismo de Occidente). Para finales de la década de 1960, estos nuevos problemas ya no podían resolverse con el conjunto de agentes políticos de izquierda que había en ese momento y las presiones electorales comenzaban a transformar al partido socialdemócrata de un partido de masas para la clase trabajadora en un partido para la clase media basado cada vez más en coaliciones.[34] Los elementos radicales que quedaban de los partidos socialdemócratas estaban siendo socavados poco a poco.

El continuo declive de la forma del partido puede rastrearse en parte hasta las desastrosas realidades de gobierno en los Estados nominalmente comunistas y la decepción de la socialdemocracia. Al mismo tiempo, desde dentro de la nueva izquierda surgió una serie de críticas bien fundadas, motivadas en parte por las experiencias de mujeres en grupos activistas, quienes notaron que sus voces seguían marginadas incluso en organizaciones supuestamente radicales. Algunas formas de organización más jerárquicas, como los partidos o las organizaciones sindicales tradicionales, continuaban protegiendo las relaciones sociales patriarcales y sexistas que predominaban en la sociedad en general, de ahí que se llevaran a cabo varios experimentos para producir nuevas formas de organización que pudieran ir en contra de esa represión social. Entre ellos destacaron el recurso a la toma de decisiones por consenso y las estructuras de debate horizontales que más tarde alcanzarían la fama mundial con el movimiento Occupy Wall Street.[35] Además de los grupos feministas, la nueva izquierda estudiantil en los campus universitarios, aunque diversa en sus manifestaciones, solía ser explícitamente antiautoritaria, antiburocrática e incluso antiorganizacional.[36] Muchas de las

tácticas adoptadas por estos grupos enfatizaban los beneficios de la acción directa y estaban influidas por los movimientos africano-americanos de derechos civiles y los movimientos estudiantiles anteriores, así como por las ideas del situacionismo europeo, las corrientes políticas anarquistas y el incipiente movimiento medioambiental.[37] Aquí podemos ver el surgimiento de la orientación estratégica básica de la política folk y los modos de acción que la caracterizan: desde las ocupaciones, las sentadas o las comunas de okupas, hasta las protestas callejeras carnavalescas y los *happenings*. Cada una de estas tácticas apareció durante ese periodo como una manera de perturbar el funcionamiento del poder cotidiano, suspender las formas «normales» de regulación social y promover los espacios igualitarios de discusión. Más allá de intentar cambiar la sociedad, estas intervenciones buscaban transformar a los propios participantes y ser ejemplo de las nuevas formas de sociabilidad que estaban por llegar.

Los movimientos que se cristalizaron en ese periodo fueron, por tanto, diversos en su conformación y perspectiva y operaron desde varias subjetividades, ubicaciones territoriales y formas tácticas y estratégicas. Sin embargo, todas ellas, cada una a su modo, articularon nuevos deseos que no podían acomodarse fácilmente dentro de las viejas formas de la política de izquierda. Una manera de abordar esos movimientos es considerarlos parte de un fenómeno político «antisistémico» generalizado de la época.[38] Por todo el planeta existía una tendencia a desafiar y desmontar el poder de las jerarquías burocráticas en favor de nuevas formas de acción directa, que se extendieron desde los movimientos estudiantiles, feministas y del poder negro en Estados Unidos hasta el movimiento situacionista, los movimientos laborales aliados y estudiantiles de Europa, los antiestalinistas de Praga, las revueltas estudiantiles de México y Tokio, así como la Revolución Cultural china.[39] Sin embargo, en su forma

más extrema, esa política antisistémica condujo a la identificación del poder político como algo *inherentemente* mancillado por tendencias opresivas, patriarcales y tiránicas.[40] Esto lleva a una especie de paradoja. Por un lado, se podía elegir alguna forma de negociación o de acuerdo con las estructuras de poder existentes, lo cual habría tendido hacia la corrupción o cooptación de la nueva izquierda, pero, por otro, se podía elegir permanecer al margen, lo cual habría impedido transformar a aquellos elementos de la sociedad que aún no estaban convencidos de su agenda.[41] Las críticas de muchos de estos movimientos antisistémicos a las formas establecidas de poder estatal, capitalista y burocrático de la vieja izquierda eran en gran medida acertadas. Sin embargo, la política antisistémica ofrecía pocos recursos para construir un nuevo movimiento capaz de enfrentar la hegemonía capitalista.

El legado de estos movimientos sociales tuvo, por tanto, dos caras. Las ideas, valores y nuevos deseos que articularon tuvieron un impacto significativo en el ámbito global: la difusión de las demandas feministas, antirracistas, antiburocráticas y en favor de los derechos de los homosexuales sigue siendo su mayor logro. En este sentido, representaron un momento absolutamente necesario de autocrítica por parte de la izquierda y es ahí donde el legado de las tácticas de la política folk encuentra sus condiciones históricas apropiadas. No obstante, al mismo tiempo, la incapacidad o la falta de voluntad para hegemonizar las partes más radicales de estos proyectos también tuvo consecuencias importantes para el periodo de desestabilización que siguió.[42] Si bien fueron capaces de generar un amplio abanico de ideas nuevas y poderosas de libertad humana, los nuevos movimientos sociales se mostraron, en general, incapaces de sustituir el tambaleante orden socialdemócrata.

...SUPERADA

Así como los nuevos movimientos sociales estaban creciendo, la base económica del consenso socialdemócrata comenzaba a desmoronarse. La década de 1970 fue testigo de precios de la energía que se disparaban, el colapso del sistema Bretton Woods, el crecimiento de los flujos de capital globales, una estanflación persistente y ganancia capitalista a la baja.[43] En términos prácticos, eso puso fin al acuerdo político básico que había sustentado el periodo de posguerra: ese nexo único de política económica keynesiana, producción industrial fordista-corporativista y el consenso ampliamente socialdemócrata que recuperó parte del excedente social para los trabajadores. En todo el mundo, la crisis estructural brindó una oportunidad a las fuerzas tanto de la izquierda amplia como de la derecha amplia para que generaran una nueva hegemonía que pudiera resolverla.

Para la derecha, el reto consistía en restaurar la acumulación y la rentabilidad del capital. Con el tiempo, este reto fue atendido con el surgimiento del pensamiento neoliberal en el escenario global, pero incluso antes, las fuerzas de la derecha en el Reino Unido y en Estados Unidos estaban experimentando con nuevas formas para aventajar tanto a la vieja izquierda como a la nueva. Un enfoque de particular importancia fue una estrategia político-económica para vincular la crisis del capitalismo con el poder sindical. Es posible que la derrota subsecuente del sindicalismo organizado a lo largo y ancho de las principales naciones capitalistas haya sido el logro más importante del neoliberalismo, pues cambió de forma significativa el equilibrio de poder entre el trabajo y el capital. Los medios utilizados para ello fueron diversos, desde la confrontación y el combate físicos[44] hasta el uso de la legislación para socavar la solidaridad y la acción industrial, pasando por la adopción de cambios en la producción y la distribución que comprometieron el poder sindical

(como desagregar las cadenas de suministro) y el rediseño de la opinión y el consentimiento públicos en torno a una agenda ampliamente neoliberal de libertad individual y «solidaridad negativa». Esta última denota más que una mera indiferencia ante las inquietudes laborales: consiste en fomentar un sentimiento agresivamente iracundo de injusticia, comprometido con la idea de que, como yo debo soportar condiciones de trabajo cada vez más austeras (congelamiento salarial, pérdida de beneficios, pensiones cada vez más bajas), los demás también deben hacerlo. El resultado de estos cambios combinados fue una socavación de los sindicatos y la derrota de la clase trabajadora en el mundo desarrollado.[45]

La derecha enfrentó con éxito la crisis estructural consolidando su poder político y económico, pero los movimientos de la vieja y nueva izquierda no fueron capaces de afrontar esta nueva configuración de fuerzas. En los años setenta, los partidos políticos socialistas, e incluso comunistas, fueron ganando terreno en las elecciones de Europa Occidental, pero la vieja izquierda simplemente intentó resolver la crisis apostando por la agenda empresarial tradicional.[46] Sin embargo, las viejas formulaciones de política keynesianas no pudieron poner en marcha el crecimiento, limitar el desempleo ni reducir la inflación con las nuevas condiciones económicas. Como resultado, los gobiernos de izquierda que subieron al poder en los años setenta, como el Partido Laboralista británico, a menudo terminaron implementando políticas protoneoliberales en intentos frustrados por promover una recuperación.[47] Para ese entonces, las fuerzas de la derecha estaban superando y cooptando el movimiento laboral tradicional, decrépito y estancado. En este contexto, la nueva izquierda era una crítica necesaria esencial para la revitalización y el progreso de la izquierda. No obstante, como vimos en la sección anterior, mientras que las viejas organizaciones laborales carecían de ideas en muchos sentidos, la nueva

izquierda no fue capaz de institucionalizarse y articular una contrahegemonía. El resultado fue una izquierda cada vez más marginada.

A medida que el neoliberalismo fue expandiéndose y consolidando su sentido común, los partidos socialdemócratas que quedaban acabaron aceptando sus términos. Con la mayoría de los partidos principales adscritos en términos prácticos a su programa político y económico y con cada vez más servicios públicos privatizados, la capacidad de lograr un cambio significativo en las papeletas electorales se vio drásticamente reducida. Un cinismo expandido comenzó a acompañar a una política partidista vacía que llegó a parecerse a la industria de las relaciones públicas, donde los políticos quedaban reducidos al papel de vendedores de mercancías indeseables.[48] La participación masiva en la política electoral se redujo al tiempo que se iban aceptando las coordinadas neoliberales y entonces nos alcanzó la era de la pospolítica. El resultado es una desafección masiva de los votantes y una participación que de manera rutinaria alcanza mínimos históricos. En estas circunstancias, la insistencia de la política folk en los resultados inmediatos y en la democracia participativa de pequeña escala tiene un atractivo manifiesto.

La postura de los nuevos movimientos sociales en ese contexto era más ambigua. Para la década de 1990, el posicionamiento de la clase trabajadora como sujeto político privilegiado se había derrumbado del todo, al tiempo que una gama mucho mayor de identidades sociales, deseos y opresiones había obtenido reconocimiento.[49] Se llevaron a cabo intentos cada vez más sofisticados por desarrollar el análisis de las estructuras de poder en interacción, lo cual dio lugar a ideas de opresiones intersectadas.[50] Como resultado de la difusión cultural y de un apoyo político de la mayoría de la sociedad, parte importante de los programas de los movimientos feminista, antirracista y *queer* se habían consagrado en la ley y adoptado por la socie-

dad. Sin embargo, a pesar de esos éxitos, se ha notado una reducción en el tipo de demandas radicales esbozadas en los años setenta, demandas que imaginaban una transformación mucho más profunda de la sociedad. Las feministas, por ejemplo, han obtenido ganancias significativas en términos de igualdad salarial, derecho al aborto y políticas de cuidado infantil, pero éstas palidecen al compararlas con los proyectos de abolición total de género.[51] Algo similar ocurre con muchos movimientos de liberación de los negros: si bien se aprobaron varias políticas de empleo antirracistas y antidiscriminatorias, no han venido acompañadas por otros programas radicales adoptados por movimientos anteriores.[52] Buena parte del éxito experimentado por los nuevos movimientos sociales en la actualidad ha quedado confinado a los términos hegemónicos establecidos por el neoliberalismo, articulados en torno a demandas centradas en el mercado, derechos liberales y una retórica de la elección. Lo que ha quedado marginado en el proceso son los elementos más radicales y anticapitalistas de esos proyectos.

Viendo hacia atrás, tenemos el colapso de las organizaciones tradicionales de la izquierda y el ascenso simultáneo de una nueva alternativa de izquierda basada en críticas a la burocracia, la verticalidad, la exclusión y la institucionalización, combinadas con la incorporación de algunos de los nuevos deseos en el sistema del neoliberalismo. Fue con este telón de fondo cómo las intuiciones de la política folk se fueron sedimentando como un nuevo sentido común y llegaron a ser expresadas en los movimientos alterglobalizadores.[53] Estos movimientos surgieron en dos etapas. La primera, que apareció a partir de mediados de los años noventa hasta principios de la primera década del siglo XXI, consistió en grupos como los zapatistas, anticapitalistas, alterglobalizadores y los participantes en el Foro Social Mundial y las protestas globales contra la guerra. Una segunda etapa comenzó inmediatamente después de la crisis financiera de 2007-2009 y

comprendió a varios grupos unidos por sus formas de organización y posturas ideológicas similares, incluidos el movimiento Occupy, el 15M de España y varios movimientos estudiantiles en el ámbito nacional. Ambas etapas de los movimientos sociales más recientes quisieron contrarrestar el neoliberalismo y sus avatares nacionales y corporativos; la primera etapa se enfocó en el comercio global y las organizaciones de gobierno, y la segunda se centró más en la financiarización, la desigualdad y la deuda.[54] Este último ciclo de luchas, influido por movimientos sociales anteriores, comprende grupos que tienden a privilegiar lo local y lo espontáneo, lo horizontal y lo antiestatal. La aparente plausibilidad de la política folk descansa en el colapso de las formas de organización tradicionales de la izquierda, en la cooptación de los partidos socialdemócratas hacia una hegemonía neoliberal sin opciones y en el amplio sentimiento de desempoderamiento generado por la insipidez de la política partidista contemporánea. En un mundo donde los problemas más serios que enfrentamos parecen intrincadamente complejos, la política folk presenta una forma atractiva de imaginar futuros igualitarios en el presente. Sin embargo, por sí solo, este tipo de política no es capaz de generar fuerzas duraderas que puedan sustituir, y no sólo resistir, al capitalismo global.

VIENDO HACIA EL FUTURO

La crítica a la política folk presentada en este libro es tanto una advertencia como un diagnóstico.[55] Las tendencias existentes en la izquierda mayoritaria y en la radical se están desplazando hacia el polo de la política folk; nosotros buscamos revertir esta inclinación. El objetivo de la primera mitad del libro es, por tanto, subvertir un conjunto cada vez más dogmático de principios sobre cómo definir estrategias y hacer política hoy en

día. El capítulo 2 comienza presentando una perspectiva crítica sobre la política existente, con miras a diagnosticar y esbozar los límites de la forma de pensar contemporánea de la política folk. El capítulo 3 muestra cómo, mientras la izquierda ha rechazado el proyecto de hegemonía y expansión, el neoliberalismo ha adoptado la vía opuesta con éxito. La segunda mitad del libro sugiere, en lugar de la política folk, un proyecto alternativo de izquierda organizado en torno a la emancipación global y universal. El capítulo 4 sostiene que una izquierda orientada hacia el futuro necesita reclamar la iniciativa de modernización y su énfasis en el progreso y la emancipación universal. El capítulo 5 presenta un análisis de las tendencias del capitalismo contemporáneo, destacando la crisis del trabajo y la reproducción social. Estas tendencias exigen una respuesta, y nuestro argumento es que la izquierda debería comenzar movilizando un proyecto político para dirigir estas fuerzas de manera progresiva. El capítulo 6 imagina un mundo postrabajo, en contraste con la atención que actualmente domina sobre la deuda y la desigualdad. Los capítulos 7 y 8 examinan algunos de los pasos que deberán darse para hacer realidad esta visión, los cuales incluyen construir un movimiento contrahegemónico y reconstruir las capacidades de la izquierda. Por último, la conclusión da un paso atrás para examinar el proyecto de la modernidad desde la perspectiva de una izquierda orientada hacia el futuro y guiada por el objetivo de la emancipación universal. Este libro parte de una creencia sencilla: una izquierda moderna no puede ni continuar con el sistema actual ni regresar a un pasado idealizado, sino que debe encarar la labor de construir un nuevo futuro.

2.
¿POR QUÉ NO ESTAMOS GANANDO? UNA CRÍTICA A LA IZQUIERDA CONTEMPORÁNEA

A Goldman Sachs no le importa si crías pollos.

JODI DEAN

Un desafío clave con que se enfrenta la izquierda actual consiste en sopesar las decepciones y los fracasos del ciclo de luchas más reciente. Desde los globalifóbicos hasta los movimientos de Occupy hemos visto un apogeo de la práctica de la política folk. ¿Por qué, entonces, pese a una considerable movilización de personas y pasiones, estos movimientos fracasaron en su intento por alcanzar cambios significativos en el *statu quo* político? Algunos escritores han argumentado que la incapacidad de los movimientos de izquierda contemporáneos puede explicarse por la clase de sus bases, como sucede con su supuesta falta de un componente de clase trabajadora o por la infiltración de intereses liberales reformistas.[1] Otros han afirmado que el problema recae en la naturaleza del sistema y las trabas que se yerguen frente a cualquier proyecto transformador. Sin embargo, como sostuvimos en el capítulo anterior, esto sólo explica, en parte, los fracasos recientes. En cambio, el argumento de este capítulo es que los problemas se encuentran más bien en los supuestos de la política folk que dan forma al horizonte estratégico de la política de izquierda reciente. Lo que buscamos aquí es diagnosticar los límites que nos plantea la política folk contemporánea.

Tal como afirmamos en el capítulo 1, la política folk surge en la encrucijada entre una reacción general frente a la creciente complejidad social y la historia específica de ciertos movimientos de izquierda en el siglo XX. Este capítulo examina la mane-

ra en que las intuiciones de la política folk que se formaron en el proceso han delineado algunas de las vetas más dominantes de la política de izquierda contemporánea. No pretendemos cubrir aquí todo el campo de los movimientos sociales, sino que simplemente nos enfocamos en los momentos más populares en términos políticos y más significativos para la izquierda radical en los últimos quince años. Tampoco afirmamos que alguna de las tácticas políticas particulares utilizadas por estos movimientos sea inherentemente problemática. Los méritos de las tácticas particulares sólo son legibles en el contexto tanto del horizonte histórico más amplio como de la estrategia encaminada a transformarlo. Es en nuestro entorno actual —un mundo apabullantemente determinado por los imperativos del capitalismo global, combinado con estrategias de política folk centradas en lo local y lo espontáneo— donde ubicamos la debilidad fundamental de la izquierda contemporánea. Comenzamos examinando una de las tendencias políticas más populares de los últimos quince años —el horizontalismo— antes de girar hacia esas ideas tan difundidas que se centran en el localismo y el impulso reactivo general de la mayor parte de la política de izquierda prevaleciente y radical.

EL HORIZONTALISMO

Cristalizado en los movimientos sociales de Estados Unidos durante la década de 1970 y posteriormente lanzado al protagonismo por los zapatistas, los activistas altermundistas y los movimientos de las plazas, el horizontalismo se ha convertido en la faceta dominante de la izquierda radical de hoy.[2] En respuesta a los fracasos del cambio político encabezado por el Estado en el siglo XX, los movimientos horizontales abogan más bien por transformar el mundo modificando las relaciones sociales

desde abajo.[3] Estos movimientos beben de una larga tradición teórica y práctica del anarquismo, el comunismo de consejo, el comunismo libertario y el autonomismo con miras —en palabras de uno de sus partidarios— a «cambiar el mundo sin tomar el poder».[4] En el centro de estos movimientos radica un rechazo al Estado y a otras instituciones formales, así como una predilección por la sociedad como espacio desde donde debe surgir el cambio radical. El horizontalismo rechaza el proyecto de hegemonía por ser intrínsecamente autoritario y plantea, en su lugar, una política basada en la afinidad.[5] Más que defender un reclamo o una toma del poder vertical del Estado, el horizontalismo argumenta a favor de individuos que se asocian libremente y se reúnen para crear sus propias comunidades autónomas y gobernar sus propias vidas. En un sentido general, podríamos resumir estas ideas en términos de cuatro compromisos importantes:

1. Rechazo a todas las formas de dominación.
2. Adhesión a la democracia directa y/o a la toma de decisiones por consenso.[6]
3. Compromiso con la política prefigurativa.
4. Énfasis en la acción directa.

Alojada dentro de este conjunto de compromisos se halla una serie de problemas que constriñen y limitan el potencial del horizontalismo en la lucha contra el capitalismo global.

Quizá la contribución más notable del horizontalismo sea su enfoque sobre la dominación en todas sus formas.[7] Al ir más allá del foco de atención tradicional de la vieja izquierda sobre el Estado y el capital, enfatiza las diversas maneras en que otros tipos de dominación siguen estructurando la sociedad (racial, patriarcal, sexual, por discapacidad, etcétera). Buena parte de la izquierda radical de hoy ha adoptado estas ideas y ha centra-

do su práctica en la extirpación de todas las formas de opresión —un compromiso que, creemos, cualquier política seria de izquierda debería adoptar— y eso constituye un avance significativo. Sin embargo, los medios que los movimientos horizontalistas eligen para vencer la dominación y la presión suelen terminar atrapados en los límites de la política folk. Al buscar la cancelación directa y sin mediaciones de las relaciones sociales de dominación, estos movimientos tienden a ignorar las formas más sutiles de dominación que persisten o son incapaces de construir estructuras políticas persistentes capaces de mantener las nuevas relaciones sociales a largo plazo.

El compromiso de evitar todas las formas de dominación está estrechamente vinculado con una crítica de la representación, tanto conceptual como política. En la práctica, esto ha conducido a un rechazo de las estructuras, más jerárquicas, que caracterizan la política representativa.[8] Tras haber pasado por una historia de sindicatos corruptos y de democracias liberales que no tardan en erosionarse, la representación es vista como algo que conduce inevitablemente a los intereses y la dominación de las élites. Estas estructuras han de ser sustituidas por formas directas de democracia que privilegien la inmediatez frente a la mediación, invocando un sentido más personal de la política.[9] Aquí, la idea es que una «democracia cara a cara» es presuntamente más natural y auténtica y menos propensa al surgimiento de jerarquías.[10] Las decisiones políticas no las deben tomar representantes, sino individuos que se representen a sí mismos en persona.[11] La democracia directa termina asumiéndose como un valor básico, apuntalado en la intuición de la política folk de que aquello que es inmediato es mejor que lo mediado. Más que un gobierno de la mayoría, un procedimiento parlamentario o unos dictados de un comité central, el consenso es lo que suele constituir el objetivo más importante de las discusiones.[12] El debate y la forma de gobierno deben, por

ende, ser inclusivos al máximo, y el proceso mismo de deliberación, en contraste con la consideración exclusiva de los resultados, es algo que debe valorarse.[13] Es comprensible que la democracia participativa sea el principal atractivo para muchas personas, especialmente a la luz de los gestos vacíos y ritualistas de las democracias representativas contemporáneas.[14] Muchos participantes hablan de los sentimientos de empoderamiento que se derivan de participar en procesos de toma de decisiones por consenso.[15] Por ende, la inclusividad máxima y el consenso cobran valor y la importancia de las tácticas y los procesos se coloca por encima de los objetivos estratégicos.

La democracia directa, el consenso y la inclusividad forman parte de los compromisos del horizontalismo con la política prefigurativa, que apunta a crear, en el aquí y ahora, el mundo que le gustaría ver. La política prefigurativa es una tradición antigua en la izquierda, desde el anarquismo de Kropotkin y Bakunin en adelante, pero sólo recientemente ha llegado a caracterizar la vanguardia de la política de izquierda. La vieja promesa de que, tras la revolución, las jerarquías y las exclusiones se evaporarían, apenas servía de consuelo para las mujeres y las personas de color cuyas preocupaciones eran ignoradas por uno más de los líderes varones blancos. Antes que esperar la pretendida revolución, la política prefigurativa trata de ejemplificar de inmediato un mundo nuevo, apoyándose otra vez en la idea implícita de que la inmediatez es inherentemente superior a las perspectivas más mediadas. En el mejor de los casos, la política prefigurativa intenta encarnar los impulsos utópicos trayendo el futuro a una existencia concreta en el día de hoy.[16] Sin embargo, en el peor de los casos, la insistencia en la prefiguración se convierte en una afirmación dogmática según la cual los medios deben coincidir con los fines, insistencia que viene acompañada por la ignorancia sobre las fuerzas estructurales que operan en su contra.[17]

Si el objetivo es crear el mundo que queremos en el aquí y ahora y si el recurso a instituciones de mediación está vedado (o al menos se reniega de él), la forma apropiada de la práctica debe ser la acción directa. Ésta es una forma de práctica que abarca un amplio espectro de tácticas posibles, que van desde las protestas teatralizadas en la línea de los situacionistas hasta las huelgas ilegales, el bloqueo de puertos y el incendio de urbanizaciones de lujo. En estas prácticas podemos encontrar de nuevo algunos indicios de la política folk: la predilección por lo directo, lo inmediato y lo intuitivo. Sin duda, en ocasiones, la acción directa puede ser más efectiva y útil que las protestas —como lo es verter concreto para destruir las púas contra los sintecho, o utilizar métodos de desaceleración en las luchas dentro del centro de trabajo—.[18] Sin embargo, como veremos, la acción directa no deja de ser a menudo insuficiente para asegurar un cambio de largo alcance y, por sí sola, constituye sólo un impedimento temporal para los poderes del Estado y el capital.

La democracia directa, la política prefigurativa y la acción directa no son, nos apresuramos a añadir, intrínsecamente fallidas.[19] Más que denunciarlas por sí mismas, su utilidad debe ser juzgada en relación con situaciones históricas y objetivos estratégicos particulares, es decir, en términos de su capacidad para ejercer un poder real y para crear una transformación genuina y duradera. La realidad del capitalismo complejo y globalizado es que esas pequeñas intervenciones, que consisten en acciones relativamente exentas de la posibilidad de crecer, tienen muy pocas probabilidades de ser capaces de reorganizar nuestro sistema socioeconómico. Tal como lo sugerimos en la segunda mitad de este libro, el repertorio táctico del horizontalismo puede tener cierta utilidad, pero sólo cuando se acopla con otras formas más mediadas de organización y acción políticas. Tras esta mirada general a los compromisos teóricos del

horizontalismo y a los problemas generales asociados a ellos, podemos enfocarnos ahora en dos secuencias importantes de la política del siglo XX, a fin de subrayar tanto las posibilidades prácticas como los férreos límites de la política folk intrínsecos a esos modelos. En lo que sigue, examinaremos dos de los casos más fuertes de horizontalismo: el movimiento Occupy, que surgió después de la crisis financiera de 2008, y la experiencia argentina tras el incumplimiento de la deuda del país en 2001. En cada caso, podemos ver tanto los éxitos reales como los límites palpables de estos enfoques.

OCCUPY

La materialización reciente más significativa de los principios horizontalistas ocurrió en el «movimiento de las plazas». Si bien las ocupaciones no requieren de un modo de gobierno horizontalista (de hecho, los precursores de la táctica provenían originalmente del ejército),[20] la inmensa mayoría de las ocupaciones posteriores a 2008 se han organizado de acuerdo con esos lineamientos. En 2011, esta ola de ocupaciones de espacios públicos no tardó en diseminarse a más de novecientas cincuenta ciudades de todo el mundo, cada una inclinada hacia preocupaciones políticas, económicas, culturales y de clase de carácter local. Aquí queremos examinar el fracaso del movimiento Occupy en el mundo occidental, especialmente porque subraya las deficiencias de la forma de pensar de la política folk en el núcleo de los países capitalistas.[21] Cabe destacar que este fracaso ocurrió pese al amplio espectro de enfoques subsumidos con el nombre de Occupy. En Estados Unidos, por ejemplo, desde Occupy Wall Street hasta Occupy Oakland, este movimiento abarcó tanto lo dogmáticamente no violento como lo abiertamente antagonista, entre un liberalismo a menudo con-

fundido y un comunismo libertario militante.[22] Además de esta variación regional, la composición ideológica de los participantes era mixta, característica que se extendía por todo el espectro político e incluía a liberales reformistas, anticapitalistas, anarquistas insurreccionales, comunistas anti-Estado y activistas sindicales, junto con unos cuantos libertarios contrarios a la Reserva Federal. A esta diversidad se sumaba una resistencia generalizada a la articulación de exigencias políticas, lo que hacía todavía más difícil discernir la unidad del movimiento.

Es relativamente fácil ver por qué a tantas personas les entusiasmaba unirse al movimiento. La naturaleza horizontalista de Occupy brindó a la gente un medio para expresarse frente a sociedades que apenas registraban sus voces.[23] En Estados Unidos, en particular, la estructura de la democracia electoral en torno a dos grandes partidos ha provocado que la ventana del discurso político se vuelva increíblemente estrecha. La variedad de causas y eslóganes asociados a Occupy da fe de una explosión de ira suprimida y una proliferación de exigencias políticas que de otra forma no se habrían escuchado. Incluso para aquellos que no participaron de manera directa en las ocupaciones, Occupy proporcionó una plataforma para los excluidos en sitios de internet como el Tumblr «We are the 99 Percent» [«Somos el 99 por ciento»], donde un coro de voces protestaba contra la pauperización económica y la exclusión social.[24] Más allá de cualquier resultado político directo, la oportunidad de airear en público las frustraciones de los excluidos fue inspiradora y empoderadora para muchos.

Occupy también sirvió para interrumpir la vida cotidiana tanto de los participantes como de los observadores y permitió a las personas contribuir juntas a un proyecto político compartido. En palabras de un observador, «la práctica de la autonomía proporciona una lección sobre el propio poder».[25] En lugares como Oakland, los activistas solían ejercer presión a favor de

una política más radical que aquella que las organizaciones mediadoras habituales (como las organizaciones sin fines de lucro) habrían permitido. Occupy funcionó, como muchos movimientos de protesta, como un camino para radicalizar a quienes estaban involucrados, en especial cuando se enfrentó a las brutales y desproporcionadas respuestas policiacas. Las ocupaciones estaban pensadas para prefigurar un mundo nuevo, pero aun cuando ese mundo nuevo esté aún por surgir, sin duda los movimientos mostraron a los participantes lo que era posible a través de la solidaridad política.[26]

Más allá de estos beneficios internos, los espacios ocupados funcionaron como base para acciones contra el sistema político (como en los campos de protesta contra el G8).[27] La mayoría de dichas acciones consistía en marchas y mítines de protesta, cuyos espacios también funcionaban como sedes físicas de toma de decisiones colectiva. En lo que respecta a las acciones externas, los espacios ocupados también operaban como cuartel general para entrenar habilidades —por ejemplo, llevar a cabo actos de desobediencia civil, lidiar con la represión policiaca o proporcionar información sobre derechos—.[28] En general, las ocupaciones funcionaban como la manifestación más evidente de la infraestructura del movimiento general en el mundo real. Las ocupaciones también eran (aunque no siempre) un lugar para apoyar a los sectores más marginales de la sociedad, particularmente a los sintecho.[29] Y, quizá lo más importante: las ocupaciones brindaban un punto focal insistente para la atención mediática —en particular, la ocupación del Zuccotti Park en Nueva York— y llamaron la atención sobre muchos problemas que, de otra manera, habrían quedado de lado para el gobierno y el público en general.[30] Al menos durante un periodo limitado, Occupy fue capaz de atraer la atención de importantes canales de la prensa y la televisión hacia temas de justicia económica, un verdadero logro en un entorno mediático altamente neoliberalizado.

Sin embargo, pese a estos éxitos, las ocupaciones fracasaron en cuestiones importantes. Numerosos comentaristas dentro del movimiento ya han señalado varias, entre ellas las formas en que la retórica inclusiva de Occupy escondía una serie de exclusiones basadas en la raza, el género, los ingresos y el tiempo libre.[31] Las restricciones de la política folk estaban contenidas en las prácticas y las ideas del movimiento, y fueron estas tendencias las que, en última instancia, lo dejaron incapaz de expandirse en el espacio, de consolidarse en el tiempo o de universalizarse. Sin duda, algunos de los movimientos que constituyeron Occupy no tenían la intención de crecer, ni de persistir en el tiempo o universalizarse. Muchos pensadores horizontalistas (aunque no todos) dan énfasis en el dinamismo particular de la política espontánea, de vida relativamente corta, y sostienen que la «permanencia relativa no es necesariamente una virtud»,[32] pero, ya sea con intención o no, la tendencia práctica del movimiento de darle prioridad a la inmediatez espacial, temporal y conceptual lo debilitó ante el colectivo y lo dejó incapaz de persistir lo suficiente para tener oportunidad de buscar seriamente sus objetivos básicos.

El movimiento Occupy, al abrevar de los principios horizontalistas, se caracterizó principalmente por su adherencia a la democracia directa. Si bien ésta puede existir bajo una variedad de formas distintas —desde los consejos de trabajadores hasta la democracia al estilo de los cantones suizos—, bajo Occupy asumió la asamblea general como forma dominante de organización.[33] En una época de efectividad democrática en declive, una nueva manera de hacer democracia constituía una de las aspiraciones más comunes articuladas por quienes participaban en esas protestas.[34] Aun así, cuando se la fetichiza como un fin en sí mismo, la democracia directa impone inexorablemente limitaciones importantes. En primer lugar, el esfuerzo e involucración en la política que exige la democracia directa

conduce a problemas de sustentabilidad. El proyecto de economía participativa (Parecon), por ejemplo, prefigura una democracia directa en todos los niveles de la sociedad, pero esta visión de un mundo poscapitalista se traduce en juntas de personal que se ramifican hacia el infinito en torno a cada detalle de la vida (algo muy lejano de las imágenes inspiradoras de las visiones utópicas).[35] Bajo Occupy, muchas asambleas generales cayeron en situaciones similares, en las que incluso los asuntos más mundanos debían ser abordados con mucho cuidado por un colectivo.[36] Los debates cáusticos sobre las batucadas que hacían demasiado ruido en la ocupación de Zuccotti Park son tan sólo un ejemplo particularmente absurdo de ello. El punto más general es que la democracia directa requiere una cantidad significativa de participación y esfuerzo; en otras palabras: implica cantidades de trabajo cada vez mayores. Durante breves momentos de entusiasmo revolucionario, este trabajo extra puede ser intrascendente; sin embargo, al regresar a la normalidad, sólo se suma a las presiones ordinarias de la vida cotidiana.[37] El trabajo extra de la democracia directa resulta problemático, en especial debido a las exclusiones constitutivas que conlleva, en particular para aquellos que no pueden presentarse en persona, aquellos que no se sienten cómodos en grupos grandes y aquellos que carecen de habilidad para hablar en público (ello sumado a todos los sesgos de género y raza inherentes a estos factores).[38] Conforme el movimiento Occupy continuó, las asambleas generales terminaron por colapsarse, a menudo por el peso de la extenuación y el aburrimiento. La conclusión que se deriva de esto es que el problema de la democracia hoy en día no es que la gente quiera tener voz y voto en todos y cada uno de los aspectos de su vida. El verdadero asunto del déficit democrático es que las decisiones *más importantes* de la sociedad están fuera de las manos de las personas comunes.[39] La democracia directa responde a este problema, pero

intenta resolverlo convirtiendo la democracia en una experiencia inmediata y corporal que rechaza la mediación. La preferencia por la inmediatez en la democracia también es un lastre para el crecimiento espacial. En pocas palabras, la democracia directa requiere de comunidades pequeñas. Cabe destacar que los cientos de miles que se reunieron en la plaza Tahrir, en Egipto, no tenían asambleas generales y que incluso en Occupy Wall Street la asamblea general consistió tan sólo en un pequeño porcentaje del número total de participantes.[40] Los mecanismos y los propios ideales de la democracia directa (la discusión cara a cara) dificultan su existencia más allá de las comunidades pequeñas y hacen prácticamente imposible que responda a los problemas de la democracia regional, nacional y global. Las restricciones espaciales de la democracia directa también dejan de lado los aspectos reaccionarios de las comunidades pequeñas. Estas comunidades «íntimas» a menudo albergan las formas más virulentas de xenofobia, homofobia, racismo, chismes perniciosos y otras variedades de pensamiento retrógrado. Las pequeñas comunidades del tipo requerido por la democracia directa no son una meta apropiada para un movimiento moderno de izquierda. Además, la democracia participativa bien podría construirse sin ellas, en particular mediante el uso de las tecnologías de la comunicación disponibles hoy en día.

Otra restricción de la política folk asomó junto con el énfasis en el consenso como objetivo básico del proceso. La meta del consenso es alcanzar una decisión aceptable para todos y recae de nuevo en la inmediatez espacial. Como lo señala el anarquista David Graeber: «Es mucho más fácil, en una comunidad con relaciones cara a cara, averiguar lo que la mayoría de los miembros de esa comunidad quiere hacer que averiguar cómo convencer a aquellos que no están de acuerdo».[41] Sin embargo, eso que funciona bien en una escala (la comunidad cara a cara) difícilmente funciona en escalas mayores. En el caso de un movi-

miento relativamente difuso, como Occupy, tal vez la toma de decisiones por consenso condujo de manera inevitable a un conjunto de exigencias basadas en un mínimo común denominador, cuando dicho conjunto siquiera surgía. También hubo mucha retórica que glorificaba la ausencia de demandas específicas como algo en cierta forma radical. Estos argumentos surgidos en el interior de Occupy calificaban la formulación de exigencias como alienante y divisoria, algo que reducía potencialmente el papel del movimiento puesto que apelaba a poderes externos —como el Estado— y, por ende, podía conducir a la cooptación del movimiento.[42] Tal como han argumentado los críticos de tales opiniones, empero, la naturaleza divisoria de las exigencias también es positiva: aun cuando desalientan a algunos participantes, también pueden movilizar a aquellos comprometidos con el logro de cada exigencia en cuestión. Además, funcionan para aclarar las verdaderas diferencias políticas que contiene el movimiento, diferencias que a menudo se desvanecen en la práctica, incluso allí donde podrían ser insuperables.[43]

Otros problemas de Occupy surgieron con su rechazo nominal a cualquier forma de verticalidad en la organización. Esto condujo, de manera más palpable, al surgimiento de problemas en las relaciones entre el movimiento y otros grupos de pensamiento afín. Mientras que el movimiento de las plazas en Egipto y Túnez construyó fuertes vínculos con movimientos laborales ya existentes, el movimiento de Occupy en el mundo occidental se negó en gran medida a establecer estos lazos.[44] Lo anterior llevó a tres tendencias. La primera fue una estructura de toma de decisiones a menudo paralizante. Cuando Occupy emprendía acciones, con frecuencia provenían de un subgrupo que actuaba por su cuenta, más que de la asamblea general que tomaba decisiones por consenso.[45] En otras palabras, las acciones no provenían del horizontalismo. En segundo lugar, las

pruebas muestran que las organizaciones jerárquicas son cruciales en la defensa de los movimientos contra el Estado. Si Occupy mantuvo ocupado el espacio contra la represión policiaca, ello fue resultado de las instituciones verticales que movilizaron a sus miembros para apoyar la ocupación, no del horizontalismo.[46] Algo parecido sucedió en Egipto, donde los seguidores del fútbol y las organizaciones religiosas fueron centrales en la defensa de la plaza Tahrir contra la violencia del Estado y los reaccionarios.[47] Por último, el rechazo de la verticalidad en todas sus formas supuso el abandono de un mecanismo clave para expandir espacial y temporalmente el movimiento. Los vínculos con la fuerza de trabajo, la justicia social e incluso con los partidos políticos habrían proporcionado una infraestructura para que Occupy fuera más allá de los parámetros de la política folk. Los trabajadores organizados, por ejemplo, fueron cruciales en Egipto para convertir la protesta general en algo muy cercano a una huelga general, paralizando al país en consecuencia y proporcionando el último golpe al régimen de Mubarak.[48] Los vínculos con los partidos políticos también ayudaron a las ocupaciones en Islandia, Grecia y España a producir éxitos mucho más amplios. En última instancia, pese al claro deseo de diseminar las ideas de Occupy —y el éxito real para obtener la atención pública—, nunca se tomaron las medidas necesarias para transformar el tejido social.

No obstante, de manera más fundamental, Occupy se limitó al imponer una política prefigurativa rígida. El gesto prefigurativo básico consiste en encarnar el mundo futuro de manera inmediata: cambiar nuestras maneras de relacionarnos los unos con los otros a fin de vivir el futuro poscapitalista en el presente. El papel de las ocupaciones es un ejemplo clásico de esto: a menudo apuntan conscientemente a promulgar el espacio de un mundo no capitalista a través de la ayuda mutua, el rechazo de la jerarquía y una democracia directa rigurosa. Sin embargo, estos

espacios se entienden y construyen explícitamente como temporales; es decir, no son espacios para el cambio sostenido ni para el ejercicio de alternativas concretas, y menos aún constituyen una competencia ambiciosa para el capitalismo global. Lejos de ello, son espacios a corto plazo que contienen las experiencias transitorias de una comunidad inmediata.[49] Un panfleto de un precursor del movimiento Occupy deja esto muy claro:

> [Los estudiantes que insistían en no hacer demandas] consideraban que el objetivo de la ocupación era la creación de un claro momentáneo en el tiempo y el espacio capitalistas, una reordenación que dibujara los contornos de una nueva sociedad. Apoyamos esta postura antirreformista. Si bien sabemos que estas zonas libres serán parciales y transitorias, las tensiones que exponen entre lo real y lo posible pueden impulsar la lucha en una dirección más radical.[50]

El reconocimiento de que la ocupación será temporal se combina aquí con la creencia ingenua de que tal vez en esa ocasión detone un cambio radical. Los espacios prefigurativos enfrentan una lucha continua contra la disolución y esto no es gratuito. En primer lugar, requieren de diversos apoyos logísticos, incluidos alojamiento, recogida de basura, defensa y asesoría legal. La mayor parte de todo esto no proviene de dentro de la comunidad prefigurativa, sino que depende más bien de redes capitalistas ya existentes.[51] La reproducción social de las acampadas es difícil incluso en las condiciones más favorables y hasta a las comunidades utópicas establecidas (que suelen ser de naturaleza religiosa) típicamente les es imposible permanecer independientes y autosuficientes.[52] En segundo lugar, los espacios prefigurativos suelen estar sometidos a la represión estatal y corporativa y, si no lo están, es porque no representan ninguna amenaza al orden social existente. A los zapatistas, por ejemplo, se les permite existir en una libertad relativa simplemente

porque el Estado y el capital no los ven como una amenaza.[53] El momento en que un espacio prefigurativo se convierte en una amenaza es cuando la represión se cierne sobre él y cuando su fetichización del horizontalismo se convierte en un lastre serio. De ahí que la política prefigurativa, en su peor faceta, ignore las fuerzas que se alinean contra la creación y la expansión de un mundo nuevo. El mero planteamiento y la práctica de un nuevo mundo resultan insuficientes para derrotar a estas fuerzas, tal como lo demostró la represión que enfrentó Occupy.[54]

La pregunta inmediata que debe formularse acerca de cualquier política prefigurativa es, por tanto, cómo puede expandirse y crecer.[55] Aun cuando concedamos el supuesto problemático de que una mayoría de personas quiera vivir como lo hicieron los campamentos de Occupy, ¿qué esfuerzos serían posibles para expandir física y socialmente esos espacios? Cuando los teóricos se enfrentan a esta pregunta, suelen lanzar vagas explicaciones al aire: algunos momentos supuestamente «resonarán» con otros; pequeñas acciones cotidianas de alguna manera generarán un cambio cualitativo para «abrir» a la sociedad; los levantamientos y los bloqueos «se diseminarán y multiplicarán»; las experiencias «contaminarán» a los participantes y se expandirán; las bolsas de resistencia prefigurativa sencillamente «estallarán de manera espontánea».[56] En cualquier caso, la difícil tarea de atravesar desde lo particular hacia lo universal, desde lo local hacia lo global, desde lo temporal hacia lo permanente, se suprime mediante esperanzas vanas. Los imperativos estratégicos para expandir, extender y universalizar quedan pendientes.

Si bien Occupy no logró expandir sus espacios prefigurativos más allá de los márgenes de la sociedad, esos campamentos de protesta todavía podrían ser útiles como plataformas de lanzamiento para la acción directa. De hecho, uno de los logros más notables del movimiento Occupy fue establecer una infraes-

tructura social y física que pudiera fungir como cimiento para las acciones directas. En países como Grecia y España se han organizado huelgas de deudores y bloqueos de trabajadores sin derecho a huelga. Otros movimientos de Occupy han apoyado a okupas, proporcionado comida para los sintecho, puesto en pie medios de comunicación piratas, organizado movilizaciones para evitar desalojos, protestado contra los recortes del Gobierno y brindado ayuda humanitaria después de desastres naturales, pero la influencia de Occupy no debe exagerarse: por ejemplo, muchos de los movimientos exitosos contra desalojos y ejecuciones hipotecarias han sido extensiones del trabajo preexistente llevado a cabo por movimientos como el de los activistas negros de Take Back the Land [Recupera la Tierra].[57] En términos más generales, el problema radica en que las acciones directas suelen actuar sobre los efectos superficiales, remendando las heridas del capitalismo, pero dejando intactos los problemas y las estructuras subyacentes. Las ejecuciones hipotecarias continúan a gran velocidad, la deuda del consumidor alcanza nuevas alturas, los trabajadores son despedidos y el número de los sintecho se dispara. En el caso de Occupy, lo que se puso de manifiesto fueron los límites de la propaganda de las buenas acciones.[58] Si bien la acción directa puede tener éxitos reales, permanece localizada y temporal y, en este sentido, sigue siendo política folk. La acción directa puede ser efectiva para mitigar los peores excesos del capitalismo, pero nunca puede abordar el difícil problema de atacar una *abstracción* dispersa en el ámbito global y, en cambio, se suele enfocar en blancos intuitivos.[59] El proyecto de una izquierda expansiva —una izquierda que busque transformar el capitalismo de manera fundamental— permanece ausente.

La imagen de Occupy que surge aquí es la de un movimiento que se ha unido a ciertas suposiciones sobre los beneficios de los espacios locales, las pequeñas comunidades, la democracia

directa y la autonomía temporal en los márgenes de la sociedad. A su vez, estas creencias hicieron que el movimiento fuera incapaz de expandirse espacialmente, de llevar a cabo transformaciones sustentables y de universalizarse. Los movimientos de Occupy lograron victorias reales en lo que respecta a la creación de solidaridad, dar voz a las personas desencantadas y marginadas, así como aumentar la conciencia pública. No obstante, se mantuvieron como un archipiélago de islas prefigurativas, rodeadas por un entorno capitalista implacablemente hostil. La causa más próxima del fracaso del movimiento fue la represión estatal por una policía antidisturbios que desalojó sin piedad los espacios ocupados en todo Estados Unidos. Pero las causas estructurales eran intrínsecas a los supuestos y prácticas del movimiento. Sin el foco central en los espacios ocupados, el movimiento se dispersó y fragmentó. En última instancia, la forma de organización de estos movimientos no pudo superar los problemas de crecimiento ni construir una forma de poder persistente capaz de resistir de manera efectiva la reacción inevitable del Estado. Lo que puede funcionar bastante bien en cierta escala —quizá hasta unas cien personas— se vuelve cada vez más difícil de operar de manera efectiva cuando se extiende más allá de ella.[60] Si una política de izquierda verdaderamente ambiciosa ha de enfrentarse a actores globales —el sistema capitalista neoliberal y sus instituciones de gobierno, los gobiernos líderes y sus ejércitos y fuerzas policiacas y todo el conjunto planetario de corporaciones y entidades financieras—, resulta esencial funcionar más allá de lo meramente local. Si bien no cabe duda de que hay mucho que aprender de estos movimientos, defendemos que, por sí solos, seguirán siendo poco efectivos para suscitar un cambio a gran escala.

ARGENTINA

Si existe un caso en la historia reciente que ofrezca esperanza sobre la suficiencia del horizontalismo, éste parecería ser el de Argentina, que logró un viraje nacional de gran escala hacia el horizontalismo y un creciente control de los trabajadores sobre las fábricas. Sin embargo, un breve vistazo a la experiencia argentina revela, en realidad, nuevas dimensiones de las limitaciones que caracterizan los enfoques de la política folk. En las circunstancias de Argentina, el imperativo inmediato de establecer nuevas organizaciones sociales provino del colapso de la economía nacional. Golpeada por una recesión masiva en 1998, la economía se derrumbó y, para 2002, perdió más de una cuarta parte de su PIB. Las tensiones alcanzaron un clímax en diciembre de 2001, cuando las restricciones gubernamentales y el caos financiero provocaron protestas multitudinarias. El resultado fue la caída del Gobierno y un subsiguiente impago de las deudas. Dado que el Gobierno no era capaz ni estaba dispuesto a ayudar a su población, la gente se vio obligada a encontrar nuevas formas de sostenerse.

Tras la estela de esos desafíos, muchos argentinos se dispusieron a organizarse y a crear nuevas estructuras políticas y sociales. En un grado significativo, esas respuestas fueron organizadas explícitamente en torno a principios horizontalistas.[61] Lo mismo que con Occupy, existen diversos beneficios que pueden identificarse en la organización horizontalista de Argentina. Y, lo que es quizá más importante, esos movimientos lograron desestabilizar las normas de sentido común de la sociedad neoliberal, yendo más allá del individualismo de mercado y de la solidaridad negativa. El fomento de vínculos entre individuos ayudó a derrotar el antagonismo que suele enfrentar buena parte de las protestas y huelgas por parte de otros sectores de la sociedad. Al igual que Occupy, pero en una escala más

amplia, los movimientos horizontales de Argentina también pudieron proporcionar rápidamente los medios de una reproducción social en condiciones de crisis.[62]

Empero, si bien esos experimentos con el horizontalismo trajeron consigo varios logros, su experiencia también reveló algunos problemas. Entre éstos, resultaron centrales las limitaciones que enfrentaron las asambleas de barrio como forma de organización. Modeladas sobre principios horizontales, las asambleas de barrio surgieron en respuesta a las necesidades inmediatas y a las posibilidades abiertas por la crisis. A la manera de la asamblea general de Occupy, permitieron a la gente tener una voz recién descubierta. Pero incluso cuando se agruparon en asambleas interbarriales, nunca se acercaron al punto de reemplazar al Estado, ni de ser capaces de presentarse como una alternativa viable. Las funciones del Estado —las prestaciones sociales, la atención médica, la redistribución, la educación, etcétera— no iban a ser reemplazadas por el movimiento horizontal, ni siquiera en el punto más alto de participación. De esta forma, las asambleas siguieron siendo una respuesta localizada a la crisis. Habrían de surgir otras limitaciones, ya que esas asambleas sólo podían funcionar rechazando intereses organizados —lo que equivale a decir, colectivos— o incorporándolos y quedando por ende rebasadas.[63] Los intereses colectivos no pudieron ser incorporados al proceso de toma de decisiones sin fracturarlo, pues a menudo tomaban el control sobre la discusión y el debate. De manera problemática, las asambleas funcionaban mejor sobre una base individualista.

Otros experimentos de organización en Argentina implicaban la diseminación de fábricas controladas por los trabajadores. Tras la crisis económica, algunos negocios cerrados fueron tomados y mantenidos por los empleados. Esas fábricas ayudaron a mantener a los trabajadores en sus puestos y proporcionaron mejores salarios para ellos. Por desgracia, pese a la aten-

ción que se les prestó, el número total de personas involucradas fue relativamente pequeño: en los cálculos más optimistas, hubo cerca de doscientas cincuenta fábricas que incorporaron a poco menos de diez mil trabajadores.[64] Con una fuerza laboral de más de dieciocho millones, esto significa que mucho menos del 0,1 por ciento de la economía estaba participando en fábricas controladas por trabajadores. Éstas no sólo constituyeron una parte menor de la economía total, sino que también permanecieron necesariamente enquistadas en las relaciones sociales capitalistas. El sueño de escapar es sólo eso: un sueño. Ligados al imperativo de crear una ganancia, los negocios controlados por trabajadores sólo pueden ser tan tiránicos y dañinos para el entorno como cualquier negocio de gran escala, pero sin la eficiencia de dicha escala. Problemas como éstos son generalizados en toda la experiencia de las cooperativas y han surgido no sólo en Argentina sino en el modelo zapatista y en todo el continente.[65]

Más allá de estas limitaciones de la organización, el problema clave con Argentina como modelo para el poscapitalismo es que simplemente mitigó los problemas del capitalismo y no ofreció una alternativa. Conforme la economía comenzó a mejorar, la participación en las asambleas de barrio y las economías alternativas declinaron de manera drástica.[66] Los movimientos horizontalistas posteriores a la crisis en Argentina fueron construidos como una respuesta de emergencia al colapso del orden existente, pero no como una competencia para un orden que funciona relativamente bien. En realidad, el problema más generalizado del horizontalismo contemporáneo es que a menudo ve las situaciones de emergencia —tras un huracán, un terremoto o un colapso económico— como representativas de un mundo mejor.[67] Cuesta mucho, por lo menos, imaginar que las condiciones posteriores al desastre puedan constituir una mejora para la vasta mayoría de la población mundial. Una política

que encuentra su mejor expresión en la descomposición del orden social y económico no es una alternativa sino más bien un instinto reflejo de supervivencia. La tendencia de los horizontalistas a encontrar potencial político en las formas mundanas de organizarnos horizontalmente en la vida cotidiana —amigos que se reúnen, fiestas, festivales, etcétera— es también problemática.[68] El problema radica en que dichos modos de organización no pueden escalar más allá de una pequeña comunidad y, de manera más concreta, no son útiles para ciertas metas políticas. Como lo muestra el ejemplo argentino, estos modelos de organización pueden ser valiosos para la supervivencia básica de un barrio o para crear un sentido de solidaridad entre la gente. Pero el horizontalismo batalla para competir contra intereses más organizados, para sostenerse una vez que se regresa a la normalidad y para lograr metas políticas a largo plazo y a gran escala como la atención médica universal, la educación de alto nivel y la seguridad social. Estos enfoques todavía son útiles en circunstancias excepcionales y para un abanico pequeño de objetivos, pero ni revolucionarán a la sociedad ni amenazarán genuinamente al capitalismo global.

En el caso tanto de las asambleas de barrio como de las fábricas controladas por trabajadores, vemos que los modelos de organización primarios del horizontalismo resultan insuficientes. Con frecuencia se trata de tácticas reactivas incapaces de competir en el entorno antagonista del capitalismo global. En un nivel teórico, así como en las experiencias reales de Occupy y Argentina, los límites del horizontalismo se hicieron patentes una y otra vez a lo largo de la década pasada. Si bien reconocemos la importante capacidad de las tácticas horizontalistas para proporcionar apoyo de pequeña escala a las comunidades y para desestabilizar durante un tiempo ciertas prácticas de explotación, el compromiso con versiones fetichizadas del consenso, la acción directa y una política particularmente prefigu-

rativa limita las posibilidades de expansión y la derrota de los sistemas sociales existentes.

EL LOCALISMO

Políticamente hablando, el localismo es menos radical que el horizontalismo, pero no menos ubicuo. Como ideología, el localismo se extiende mucho más allá de la izquierda y constituye una inflexión de políticas procapitalistas, anticapitalistas, corrientes culturales radicales y dominantes por igual, como una suerte de nuevo sentido común político. Entre todos ellos existe la creencia compartida de que la abstracción y la escala absoluta del mundo moderno están en la raíz de nuestros problemas políticos, ecológicos y económicos presentes y de que la solución está, por ende, en adoptar frente al mundo un enfoque de tipo «lo pequeño es bello».[69] Las acciones de pequeña escala, las economías locales, las comunidades inmediatas, la interacción cara a cara, todas estas respuestas caracterizan la visión localista del mundo. En un momento en que buena parte de las estrategias y tácticas políticas desarrolladas en los siglos XIX y XX parecen desgastadas e inefectivas, el localismo tiene una lógica seductora. En todas sus diversas variantes, desde el comunitarismo de centro derecha[70] hasta el consumo ético,[71] los microcréditos para el desarrollo y la práctica anarquista contemporánea,[72] la promesa que ofrece de hacer algo concreto, habilitando una acción política con efectos inmediatamente perceptibles, resulta empoderadora a nivel individual; pero este sentido de empoderamiento puede ser engañoso. El problema con el localismo es que, al intentar reducir los problemas sistemáticos de gran escala a la esfera más manejable de la comunidad local, niega a efectos prácticos la naturaleza sistemáticamente interconectada del mundo actual. Problemas

como la explotación global, el cambio climático planetario, las poblaciones excedentes en aumento y las repetidas crisis del capitalismo son abstractos en apariencia, complejos en estructura y no están localizados. Si bien tocan a todas las localidades, nunca se manifiestan por completo en ninguna región en particular. Fundamentalmente, estos problemas son sistémicos y abstractos y requieren respuestas sistémicas y abstractas.

Aunque buena parte del localismo populista de derecha puede desestimarse fácilmente como una fantasía machista y retrógrada (por ejemplo, el libertarismo secesionista), careta ideológica siniestra para la economía de austeridad (la «Gran Sociedad» del Partido Conservador del Reino Unido), o rotundamente racista (la inculpación nacionalista o fascista de los inmigrantes por los problemas económicos estructurales), el localismo de izquierda no ha sido escrutado tan a fondo. Aunque sin duda tiene buenas intenciones, tanto la izquierda radical como la más convencional participan en la política y la economía localistas en su detrimento. A continuación ofrecemos un examen crítico de dos de las variantes más populares —la comida local y la economía local— que ejemplifican, en áreas muy distintas, la dinámica problemática del localismo en general.

LA COMIDA LOCAL

Con un atractivo que va mucho más allá de los círculos políticos típicos, el localismo ha llegado a dominar en fechas recientes las discusiones sobre la producción, la distribución y el consumo de comida. Los movimientos de mayor influencia en este sentido han sido los de «comida lenta» y «locavorismo» (comer localmente), que están interconectados. El movimiento de comida lenta comenzó a mediados de los años ochenta en Italia, en parte como protesta contra las cadenas de comida rápi-

da, cada vez más invasivas. La comida lenta, como sugiere su nombre, representa todo aquello que McDonald's no representa: comida local, recetas tradicionales, comer lento y una producción que requiere grandes habilidades.[73] Se trata de comida que ofrece la materialización más visceral de los beneficios del estilo de vida lento, que busca superar las vicisitudes del capitalismo apresurado mediante el retorno a una cultura más vieja de saborear las comidas y usar técnicas de producción tradicionales.[74] Sin embargo, incluso quienes lo proponen admiten que hay dificultades implícitas en el estilo de vida de la comida lenta: «Pocos de entre nosotros tienen el tiempo, el dinero, la energía y la disciplina para ser un Comedor Lento modelo».[75]

Si no evaluamos cómo está estructurada nuestra vida por presiones sociales, políticas y económicas que hacen más fácil comer alimentos preparados que adoptar el estilo de vida de la comida lenta, el resultado final es una variante del consumo ético con un giro hedonista. Que tomarse el tiempo para disfrutar una comida bien preparada puede ser una experiencia placentera resulta a todas luces correcto. Poner atención a una comida transforma una experiencia de pura utilidad en una experiencia con más contenido social y estético. No obstante, existen razones estructurales por las que no elegimos esto a menudo, razones que no son resultado de ningún fallo moral individual. La estructura del trabajo, por ejemplo, es una razón primordial por la que muchos de nosotros no podemos disfrutar de la comida lenta, ni de los alimentos preparados según los ideales del movimiento de la comida lenta. Puede que ésta no siempre requiera dinero, pero siempre requiere tiempo. Para quienes deben trabajar muchas horas a fin de mantener a sus familias, el tiempo escasea. Es más, la política de género de la comida lenta es problemática, dado que vivimos en sociedades patriarcales donde la mayor parte de la preparación de la comida todavía se considera tarea de madres y esposas.[76] Si bien la comida «rápi-

da» o los alimentos preparados pueden ser poco saludables, su popularidad posibilita la liberación de las mujeres para vivir una vida menos marcada por la molestia cotidiana de tener que alimentar a sus familias.[77] Aun en su aparente inocencia, el movimiento de la comida lenta, como muchas otras formas de consumo ético, es incapaz de pensar en términos de gran escala cómo podrían funcionar sus ideas dentro del contexto más amplio del capitalismo voraz.

En estrecho vínculo con el movimiento de la comida lenta están el locavorismo y la «dieta de las 100 millas» (una política alimentaria que enfatiza el consumo local). El locavorismo sostiene que la comida de fuentes locales no sólo tiene más probabilidades de ser saludable, sino que también constituye un componente vital de nuestros esfuerzos por reducir las emisiones de carbono y, por ende, nuestro impacto sobre el medio ambiente. El locavorismo se sitúa así como respuesta a un problema global. Además, se postula como una manera para vencer la alienación existente en el capitalismo en nuestra relación con la comida. A decir de esta lógica, al comer alimentos sembrados o producidos en nuestra región podremos restablecer el contacto con la producción de nuestra comida y recuperarla de las manos muertas de un capitalismo que ha perdido el control.[78] En comparación con el movimiento de la comida lenta, el locavorismo se posiciona de manera más explícita y política contra la globalización. Al hacerlo, apela a una constelación de ideas de la política folk relacionadas con la primacía de lo local como horizonte de la acción política y con las virtudes de lo local sobre lo global, de lo inmediato sobre lo mediato, de lo simple sobre lo complejo.

Estas ideas suelen condensar temas medioambientales complejos en cuestiones de ética individual. Así, una de las crisis más graves (e intrínsecamente colectivas) de nuestros tiempos se ve privatizada en términos prácticos. Esta ética medioam-

bientalista personalizada se ejemplifica en políticas localistas sobre la comida; en particular, en el plus moral (y de precio) que se asigna a la comida producida localmente. Aquí encontramos argumentos motivados por temas ecológicos (reducir el gasto de energía al reducir las distancias que recorren los alimentos, por ejemplo) combinados con una diferenciación de clases (con la forma de una mercadotecnia diseñada para promover la identificación con la comida orgánica). De forma similar, algunos problemas complejos se condensan en una fórmula pobre y breve. Por ejemplo, la idea de las «millas de comida» —que identifica las distancias que los productos alimenticios han viajado, con la finalidad de reducir las emisiones de carbono— parece razonable. El problema es que las más de las veces se toma como un índice suficiente por sí mismo como guía para la acción ética. Tal como reveló un informe de 2005 del Departamento de Agricultura y Alimentación del Reino Unido, aunque los impactos medioambientales del transporte de comida fueron en verdad considerables, un solo indicador basado en las millas de comida totales es inadecuado como medida de sustentabilidad.[79] Y, lo más importante, el sistema de medición de millas de comida enfatiza un aspecto de la producción de alimentos que contribuye a una cantidad relativamente pequeña de las emisiones totales de carbono. Cuando suponemos que «lo pequeño es hermoso», podemos ignorar con demasiada facilidad el hecho de que los costos de energía asociados a la producción local de comida bien podrían exceder los costos totales de transportarla desde un clima más favorable.[80] Incluso para el propósito de evaluar la contribución del transporte de comida a las emisiones, las millas de comida son un sistema de medición deficiente. El transporte aéreo, por ejemplo, constituye una porción relativamente pequeña de las millas de comida totales, pero es una tajada desproporcionadamente grande de las emisiones de carbono totales relacionadas con los alimentos.[81] El consumo

de energía requerido en llevar comida a nuestros platos es importante, pero no puede reducirse a algo tan simple como las millas de comida, ni a la idea de que «lo local es mejor». A decir verdad, las técnicas de producción de alimentos locales que son altamente ineficaces podrían resultar más costosas que los comestibles de fuentes globales producidos de manera eficaz. La pregunta más general aquí está relacionada con las prioridades que damos a los tipos de comida que producimos, la manera en que se controla esa producción, quién consume esa comida y a qué costo.

Las políticas localistas sobre los alimentos reducen las complejidades que intentan resolver a un binomio simplista: global, malo; local, bueno. Lo que se necesita, más bien, son maneras menos simplistas de mirar los problemas complejos: un análisis que tenga en cuenta el sistema de comida global como un todo, más que fórmulas intuitivas y breves como las millas de comida, o los alimentos «orgánicos» contra los no «orgánicos». Es probable que el método ideal de la producción global de alimentos sea alguna mezcla compleja de iniciativas locales, prácticas de ganadería industrial y sistemas globales de distribución. También es probable que un análisis capaz de calcular los mejores medios para producir y distribuir comida se encuentre fuera del alcance de cualquier consumidor individual y que requiera un conocimiento técnico significativo, un esfuerzo colectivo y una coordinación global. Nada de esto se ve favorecido por una cultura que simplemente valora lo local.

LA ECONOMÍA LOCAL

El localismo, en todas sus formas, representa un intento por renegar de los problemas y políticas de escala implicados en los grandes sistemas, como la economía, la política y el medio am-

biente globales. Nuestros problemas son cada vez más sistémicos y globales y requieren una respuesta igualmente sistémica. Hasta cierto punto, la acción siempre debe ocurrir en el ámbito local y, de hecho, algunas ideas localistas, como la resiliencia, pueden ser útiles. No obstante, el localismo como ideología va mucho más allá y rechaza el análisis sistemático que podría guiar y coordinar instancias de acción local para enfrentar, oponerse y potencialmente sustituir instancias represivas del poder global o amenazas que se ciernen sobre el planeta. En ninguna parte se hace más patente la incapacidad de las soluciones localistas para desafiar los problemas globales complejos que en movimientos que apuntan hacia los negocios, la banca y la economía localizados. Desde la crisis financiera de 2008, se han registrado diversas tendencias entre la izquierda amplia hacia reformas de nuestros sistemas económicos y monetarios. Si bien mucho de ese trabajo es útil, una parte importante se ha concentrado en transformar los sistemas económicos a través de la localización. El problema con los grandes negocios, dice esta forma de pensar, no es tanto su naturaleza explotadora, sino la escala de las empresas involucradas. En teoría, los negocios y bancos pequeños reflejarían mejor las necesidades de la población local.

Una campaña popular reciente, el movimiento *move your money* [mueve tu dinero], se centra en la idea de que, si la escala de los bancos ha de ser señalada como culpable de la crisis financiera, los clientes deberían mover sus fondos colectivamente a instituciones más pequeñas y morales. Las campañas de consumo ético como ésta ofrecen un semblante de acción efectiva: proporcionan una narrativa llena de sentido sobre los problemas del sistema e indican la acción simple e indolora necesaria para resolverlos. Tal como sucede con la mayoría de las acciones de la política folk, tiene toda la apariencia y da la sensación de que uno hizo algo. Los bancos más importantes son señalados

como los malos de la película y, supuestamente, los individuos pueden producir efectos significativos con tan sólo mover su dinero a uniones crediticias y bancos más pequeños y locales. Lo que este modelo parece ignorar son las complejas abstracciones del sistema bancario moderno. El dinero circula como inmediatamente global e inmediatamente interconectado con todos y cada uno de los demás mercados. En cualquier situación en la que un banco pequeño o una unión crediticia tenga más depósitos de los que le sea posible y rentable reinvertir dentro de su localidad, se verá obligado a buscar inversiones dentro del sistema financiero más amplio. De hecho, una lectura de las cuentas de los bancos más pequeños en Estados Unidos revela que participan en y contribuyen a los mismos mercados financieros globales que todo el mundo: invierten en el Tesoro, en bonos hipotecarios o corporativos, al tiempo que suelen participar en prácticas socialmente destructivas de préstamo equiparables a las de los bancos más grandes.[82] Aunque a todas luces se trata de una medida reformista, se esperaría que *move your money* condujera al menos a algunas transformaciones en la composición del sistema bancario de Estados Unidos. No obstante, para septiembre de 2013, los activos totales en manos de los seis bancos estadounidenses más grandes habían crecido un 37 por ciento desde la crisis financiera. Se mire por donde se mire, los grandes bancos de Estados Unidos hoy en día son más grandes que al inicio de la crisis y tienen en sus manos más de 67 por ciento de todos los activos del sistema bancario de ese país.[83] Por más que en todo el mundo los legisladores estén tratando de imponer controles sobre las actividades que llevaron a la crisis (exigiendo un mayor coeficiente de capital y «pruebas de estrés» periódicas concebidas para evitar más rescates financieros), los préstamos riesgosos continúan[84] y las participaciones en derivados de riesgo permanecen en niveles asombrosamente altos.[85]

Si los esfuerzos localistas por limitar el tamaño de los bancos más grandes parecen destinados al fracaso, ¿qué podemos esperar de las campañas alternativas para replicar algunos de los bancos locales que conforman buena parte del sistema bancario europeo continental? Por ejemplo, los bancos comunitarios o de pequeño tamaño conforman un 70 por ciento del sector bancario alemán.[86] Los bancos comunitarios alemanes y suizos, argumentan sus defensores, comparten los riesgos de manera colectiva y funcionan como mutuas, tienen altos grados de autonomía para aprovechar el conocimiento local y, en consecuencia, han continuado siendo rentables en términos generales a lo largo de la crisis financiera.[87] Otro argumento es que existen más probabilidades de que los bancos locales de este tipo otorguen préstamos a los pequeños negocios, a diferencia de las instituciones más grandes, que son más comunes en Estados Unidos y el Reino Unido. Algunos modelos de banca local tienen sus ventajas, pero su estabilidad se suele exagerar. Por ejemplo, pese a ser altamente localizadas y estar bajo control comunitario, las cajas de ahorro —los bancos comunitarios de España— incurrieron en riesgos importantes en el mercado de la propiedad y otras inversiones especulativas en la década de 2000 y necesitaron una reestructuración financiera completa después de la crisis de 2008. Aun bajo el supuesto control de consejos con representación comunitaria, las decisiones de inversión fueron tomadas en realidad con un grado de supervisión poco adecuado. Aquí, la localización conllevó la politización de consejos de gobierno supuestamente desinteresados que convirtieron algunas cajas de ahorro en plataformas para que la inversión gubernamental local fuera a esquemas de propiedad especulativos, al tiempo que se afianzaba una cultura del amiguismo.[88] Dado que la peor parte de la crisis financiera española se centró en los bancos locales, la reestructuración implicó la fusión de éstos para formar instituciones más grandes. Incluso en Alemania,

que a menudo se promociona como el país que tiene el mejor sistema bancario localizado del mundo, hubo problemas con algunos bancos regionales. Los Landesbanken, por ejemplo, tenían grandes inversiones en productos crediticios estructurados que tuvieron una actuación especialmente pobre durante la crisis financiera.[89] La lección que debemos aprender de esto es que no existe nada inherente a las instituciones más pequeñas que les posibilite resistir a los peores excesos de las finanzas contemporáneas —y que la idea de marcar una división clara entre lo local y lo global es, hoy en día, imposible—. La toma política, la necesidad de buscar inversiones rentables más allá de aquellas disponibles en el área local y tan sólo los altos dividendos de inversiones más riesgosas son factores que conducen a los bancos locales a participar en el sistema financiero más amplio. Ni siquiera la propiedad mutua es garantía de probidad financiera, tal como lo demostraron los recientes esfuerzos del Cooperative Bank del Reino Unido, que casi se colapsa por completo tras la adquisición mal planificada de una sociedad constructora en 2009.[90] Los problemas sistémicos del sistema financiero sólo pueden abordarse de manera adecuada desmontando el poder financiero, ya sea por medios de regulación amplios (como se logró brevemente en tiempos del keynesianismo de posguerra) o por medios más revolucionarios. Fetichizar lo pequeño y lo local parece sólo un medio para ignorar las maneras más significativas en que podría transformarse y mejorar el sistema.

LA RESISTENCIA ES INÚTIL

Un sentimiento de política folk se ha hecho presente tanto en el horizontalismo radical como en movimientos localistas más moderados, aunque algunas intuiciones parecidas apuntalan

un vasto abanico de la izquierda contemporánea. En todos esos grupos se acepta ampliamente una serie de juicios: lo pequeño es bello, lo local es ético, lo simple es mejor, la permanencia es opresiva, el progreso se ha terminado. Se prefiere este tipo de ideas por encima de un proyecto contrahegemónico: una política capaz de competir con el poder capitalista en escalas más grandes. En su núcleo, gran parte de la política folk contemporánea expresa, por ende, un «profundo pesimismo: asume que no podemos llevar a cabo un cambio de gran escala, colectivo y social».[91] Esta actitud derrotista de la izquierda corre fuera de control y, considerando los continuados fracasos de los últimos treinta años, quizá haya ocurrido por buenas razones.

Para los partidos políticos de centro izquierda, la nostalgia de un pasado perdido es todo lo que se puede esperar. El contenido más radical que puede encontrarse entre ellos está hecho de sueños de una socialdemocracia y de la así llamada «edad de oro» del capitalismo.[92] Sin embargo, las condiciones mismas que hicieron posible la socialdemocracia ya no existen. La «edad de oro» capitalista fue predicada sobre el paradigma productivo de un entorno fabril disciplinado, donde los trabajadores (blancos, varones) recibían seguridad y un estándar de vida básico a cambio de toda una vida de aburrimiento atrofiante y represión social. Dicho sistema dependía de una jerarquía internacional de imperios, colonias y una periferia subdesarrollada; una jerarquía nacional de racismo y sexismo y una jerarquía familiar rígida de subyugación femenina. Además, la socialdemocracia se apoyaba en un equilibrio particular de fuerzas entre las clases (y una disposición de éstas a transigir) y todo esto sólo fue posible tras la destrucción sin precedentes ocasionada por la Gran Depresión y por la Segunda Guerra Mundial y de cara a las amenazas externas del comunismo y el fascismo. Pese a toda esa nostalgia que muchos sienten, este régimen es indeseable y también imposible de recuperar. Empero, el punto más pertinente es que,

incluso si pudiéramos dar marcha atrás hacia la socialdemocracia, no deberíamos hacerlo. Podemos hacer cosas mejores, y la fidelidad socialdemócrata a los empleos y el crecimiento significa que siempre actuará de manera afín al capitalismo y que lo hará a expensas de la gente. Más que modelar nuestro futuro sobre un pasado nostálgico, deberíamos apuntar a crear un futuro para nosotros mismos. El paso más allá de los obstáculos del presente no se logrará mediante el retorno a un capitalismo más humanizado, reconstruido desde una remembranza del pasado con ojos llorosos.

Si bien la nostalgia de un pasado perdido claramente no es una respuesta adecuada, tampoco lo es la glorificación actual de la resistencia. La resistencia siempre significa resistencia contra otra fuerza activa. En otras palabras, más que un movimiento activo, es un gesto defensivo y reactivo: no resistimos para traer a la existencia un mundo nuevo, resistimos en nombre de un mundo viejo. El énfasis contemporáneo en la resistencia oculta, por ende, una postura defensiva contra la intrusión del capitalismo expansionista. Los sindicatos, por ejemplo, asumen una postura de resistencia contra el neoliberalismo con demandas como «*salven* nuestro sistema de salud» o «*detengan* la austeridad», pero estas demandas sólo revelan una disposición conservadora en el centro del movimiento. De acuerdo con ellas, lo mejor que se puede esperar son pequeños impedimentos de cara a un capitalismo predador. Sólo podemos luchar para mantener lo que ya tenemos, no importa cuán limitado y restringido por la crisis. Incluso en la América Latina que se inclina hacia la izquierda, esta tendencia es visible en los éxitos más significativos, aquellos que giran en torno a los esfuerzos por frenar a las multinacionales, en especial en lo que toca a la minería.[93] En muchos círculos, la resistencia se ha llegado a glorificar, oscureciendo la naturaleza conservadora de esa postura tras un velo de retórica radical. La resistencia es vista como todo

lo que es posible, mientras que los proyectos constructivos no son más que sueños.[94] Aunque puede ser importante en algunas circunstancias, en la tarea de construir un mundo nuevo la resistencia es inútil.

Otros movimientos defienden un enfoque de retirada, según el cual los individuos tendrían que salir de las instituciones sociales existentes. El horizontalismo está estrechamente vinculado a este enfoque, un enfoque que se predica sobre el rechazo a las instituciones existentes y a la creación de formas autónomas de comunidad. De hecho, la historia reciente del activismo ha tendido a estos enfoques.[95] A menudo, éstos se oponen explícitamente a las sociedades complejas, lo cual significa que el destino último implicado es alguna forma de comunitarismo o anarcoprimitivismo.[96] Otros sugieren hacerse invisibles con el fin de evitar la detección y la represión del Estado.[97] En un extremo, algunos defienden lo que equivale a un survivalismo de izquierda: la civilización enfrenta la catástrofe[98] y, por ende, deberíamos volvernos invisibles,[99] retirarnos a pequeñas comunas[100] y aprender a producir comida, cazar, curarnos y defendernos.[101] Si nos quedamos en el survivalismo, este tipo de posturas, aunque resulten poco atractivas, al menos tendrían cierta coherencia. Por lo menos tienen la virtud de ser honestas con sus implicaciones. Sin embargo, los argumentos de la retirada y la salida confunden con demasiada facilidad la idea de una lógica social *separada* del capitalismo con una lógica social que es *antagonista* del capitalismo o, en una afirmación todavía más fuerte, que *representa una amenaza* para la lógica capitalista.[102] No obstante, el capitalismo ha sido y continuará siendo compatible con un amplio abanico de prácticas diferentes y espacios autónomos. El pueblo español de Marinaleda nos brinda un ejemplo valioso al respecto. A lo largo de tres décadas, esta pequeña comunidad (con una población de dos mil setecientas personas) ha construido una «utopía comunista» que ha ex-

propiado tierras, construido sus propias viviendas y cooperativas, mantenido los costos de vida bajos y proporcionado empleo a todos. No obstante, los límites de este enfoque para transformar el capitalismo no tardan en salir a la luz: los materiales de construcción los proporciona el Gobierno regional, los subsidios a la agricultura vienen de la Unión Europea, los empleos se mantienen mediante el rechazo de dispositivos que ahorran mano de obra, los ingresos todavía provienen de la venta de bienes en mercados capitalistas más amplios y los negocios permanecen sujetos a la competencia capitalista y a la crisis financiera global.[103] Marinaleda no es sino un ejemplo de cómo el proyecto de retirarse y escapar o salir del capitalismo todavía está contenido dentro de un horizonte de política folk, dentro del cual defender pequeños búnkeres de autonomía contra la arremetida del capitalismo es lo mejor que se puede esperar. Y, sin embargo, diríamos que no sólo se puede esperar (y lograr) más, sino que, ante la falta de una competencia amplia y sistemática, incluso esos pequeños refugios de resistencia probablemente no tardarán en ser erradicados.

¿ES TODA POLÍTICA LOCAL?

Tanto el horizontalismo como el localismo, la nostalgia, la resistencia y el retiro encarnan, en mayor o menor grado, intuiciones de la política folk sobre cómo hacer política. Y todos resultan inadecuados para la tarea de transformar el capitalismo. Pero, esto no quiere decir que debamos rechazarlos por completo. Como aclarará el resto de este libro, existen varios elementos importantes de estos enfoques que pueden conservarse. Más que ser intrínsecamente maligna, la política folk sólo resulta parcial, temporal e insuficiente. Varios enfoques horizontalistas, por ejemplo, han suscitado preguntas importantes sobre

el poder, la dominación y la jerarquía, pero no han desarrollado respuestas adecuadas. La política folk como tendencia se repliega ante la dificultad de estos problemas e intenta disiparlos desde un inicio. No obstante, en un mundo donde la dominación, el poder, la jerarquía y la explotación se imponen sobre nosotros, tales preguntas deben confrontarse de manera directa y no replegándose ante ellas.[104] De la misma manera, en un sentido banal, toda política es local. Actuamos sobre cosas en nuestra vecindad inmediata con el fin de cambiar estructuras políticas más grandes. No podemos simplemente rechazar lo local. Sin embargo, las tendencias actuales de la política folk invocan un sentido más poderoso de la política local: un repliegue hacia lo local que tiene el fin de evitar los problemas de una sociedad compleja y abstracta; un supuesto sobre la autenticidad y la naturalidad de lo local, y un descuido de prácticas susceptibles de crecimiento y sustentabilidad que podrían ir más allá de lo local. Si bien toda política comienza por lo local, la política folk *permanece* en lo local.

Por último, una parte significativa del problema de la política folk radica menos en las tácticas y prácticas particulares a las que tiende a ser fiel que en la visión estratégica dominante en que se la coloca. Las protestas, las marchas, las ocupaciones, las sentadas y los bloqueos tienen su lugar: ninguna de estas tácticas por sí misma es fundamentalmente de política folk. No obstante, cuando se alinean en una visión estratégica que ve los cambios temporales y de pequeña escala como horizonte del éxito o cuando se extrapolan más allá de las condiciones particulares que las hicieron efectivas, acaban por fuerza enredadas con la forma de pensar de la política folk. Si la táctica de la ocupación, por ejemplo, se emplea con la finalidad de crear espacios ejemplares y temporales de relaciones sociales no capitalistas, terminará fracasando en el intento por lograr un cambio sustancial. Si, por el contrario, se comprende como un mecanismo

para producir redes de solidaridad que se movilicen para la acción futura, todavía puede tener una utilidad dentro de estrategias contrahegemónicas más amplias. Esta suerte de reflexión estratégica sobre las virtudes y limitaciones de cualquier acción particular es lo que está ausente en buena parte de la izquierda actual. Las numerosas protestas, marchas y ocupaciones funcionan típicamente sin ningún sentido de estrategia y actúan sólo como incidentes independientes de resistencia. Apenas se reflexiona sobre la manera en que se combinan estas diversas acciones, no sobre la manera en que podrían operar juntas para construir colectivamente un mundo mejor. En cambio, nos quedamos con acciones que a veces triunfan pero rara vez tienen una visión panorámica sobre la forma en que esto contribuye a las metas a medio y largo plazo.[105] En el siguiente capítulo nos centramos en cómo la derecha sí emprendió esta reflexión estratégica y orquestó una situación en la que el neoliberalismo se convirtió en el sentido común dominante de nuestra época.

3.

¿POR QUÉ ESTÁN GANANDO ELLOS? LA EDIFICACIÓN DE LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL

Ahora todos somos keynesianos.

MILTON FRIEDMAN

Si nuestra época está dominada por una ideología hegemónica, ésta es la del neoliberalismo. Es muy común suponer que la forma más eficaz de producir y distribuir bienes y servicios es permitiendo que individuos instrumentalmente racionales lleven a cabo intercambios por medio del mercado. En contraste, las regulaciones estatales y las industrias nacionales se consideran distorsiones e ineficiencias que refrenan la dinámica productiva inherente a los mercados libres. Hoy en día, esta visión de cómo deberían operar las economías es lo que tanto críticos como defensores toman como punto de referencia. El neoliberalismo establece la agenda para lo que es realista, necesario y posible. Si bien la crisis económica de 2008 ha alterado la creencia ciega en el neoliberalismo, éste sigue siendo una parte arraigada de nuestra visión del mundo, tanto es así que es difícil de imaginar alternativas coherentes, incluso para sus críticos. Con todo, esta ideología del neoliberalismo no surgió totalmente conformada en las mentes de Milton Friedman o Friedrich Hayek, ni siquiera en la Escuela de Chicago, y su hegemonía global no fue producto inevitable de la lógica capitalista.

En sus orígenes, el neoliberalismo era una teoría marginal. A sus seguidores les resultaba difícil encontrar empleo, a menudo no tenían plaza y eran blanco de burlas por parte de la corriente predominante del keynesianismo.[1] El neoliberalismo estaba lejos de ser la ideología dominante en el mundo en la que

terminaría convirtiéndose. La pregunta en que se centrará este capítulo es la siguiente: ¿cómo logró una pequeña banda de neoliberales transformar el mundo de manera tan radical? El neoliberalismo nunca fue algo preestablecido, nunca fue el colofón necesario de la acumulación capitalista. Antes bien, fue desde el principio un proyecto político que terminó teniendo un enorme éxito. Y éste lo consiguió construyendo con habilidad una ideología y una infraestructura para respaldarla y operando de manera opuesta a la política folk. Este capítulo busca demostrar que el neoliberalismo funcionó como una ideología universal expansiva. A partir de un inicio humilde, la lógica universalista del neoliberalismo le permitió extenderse por todo el mundo, infiltrando los medios, el mundo académico, el mundo político, la educación, las prácticas laborales y los afectos, los sentimientos y las identidades de la gente común. Así, este capítulo se concentra principalmente en cómo se construyó la hegemonía neoliberal y no tanto en el contenido específico del neoliberalismo. Lo que resulta más interesante es cómo fue capaz de transformar el tejido ideológico y material de la sociedad global.

Algo que las historias normalizadas del neoliberalismo suelen descuidar son las formas en que los principales componentes de esta arquitectura ideológica se establecieron de manera sistemática y minuciosa en las décadas anteriores a los años setenta.[2] Es en esta prehistoria de la época neoliberal donde se puede discernir un modo alternativo de acción política, uno que escapa a las limitaciones de la política folk. Ello no quiere decir que esta prehistoria ofrezca un modelo que cualquier futuro programa de izquierda pueda simplemente copiar; más bien, se trata de un estudio de caso instructivo sobre cómo la derecha pudo superar la política folk y crear una nueva hegemonía. La historia del neoliberalismo ha estado llena de contingencias, luchas, acciones concentradas, paciencia y pensamiento estratégico a gran escala. Ha sido una idea flexible que se ha actualizado de

maneras distintas de acuerdo con las circunstancias específicas que ha enfrentado: desde Alemania en los años cuarenta, Chile en los setenta y el Reino Unido en los ochenta, hasta el Irak posterior a Hussein de principios del siglo XXI. Esta versatilidad ha hecho del neoliberalismo un proyecto en ocasiones contradictorio, pero que sigue teniendo éxito justo porque transforma esas contradicciones en tensiones productivas.[3]

Estas tensiones y variaciones han llevado a algunas personas a creer que el término «neoliberalismo» carece de significado y debería ser relegado a la polémica. Sin embargo, aun cuando suela utilizarse de manera poco estricta, el término tiene cierta validez. En la percepción popular, el neoliberalismo suele identificarse con una glorificación de los mercados libres, postura que también conlleva un compromiso con el libre comercio, los derechos de propiedad privada y el libre movimiento del capital. No obstante, definir el neoliberalismo como la veneración de los mercados libres resulta problemático, pues muchos Estados aparentemente neoliberales no se adhieren a políticas de libre comercio. Otros han argüido que el neoliberalismo se basa en la inserción de competencia donde sea posible.[4] Esto le otorga sentido al impulso privatizador, pero no explica los debates dentro del neoliberalismo sobre si la competencia es un bien final o no.[5] Hay quienes tienen en cuenta estas tensiones dentro del neoliberalismo y lo reconocen como el proyecto político, y no tanto económico, de una clase particular.[6] Algo tiene de cierto esta afirmación, pero, tomada al pie de la letra, no puede explicar por qué la ideología neoliberal fue rechazada durante tanto tiempo por las clases capitalistas que supuestamente se benefician con ella.

Nuestra opinión es que, al contrario que su presentación popular, el neoliberalismo difiere del liberalismo clásico por atribuir un papel significativo al Estado.[7] Por tanto, una labor importante del neoliberalismo ha sido tomar el control del Estado

y reorientarlo.[8] Mientras que el liberalismo clásico abogaba por respetar una esfera naturalizada supuestamente fuera del control estatal (las leyes naturales del hombre y el mercado), los neoliberales entienden que los mercados no son «naturales».[9] Los mercados no surgen de forma espontánea a medida que el Estado se retira, sino que deben construirse de manera consciente, en ocasiones a partir de cero.[10] Por ejemplo, no existe un mercado natural para los recursos comunes (agua, aire, tierra), ni para la asistencia médica, ni para la educación.[11] Estos y otros mercados deben edificarse mediante una elaborada variedad de constructos materiales, técnicos y legales. Los mercados del carbono tardaron años en ser construidos;[12] los mercados de volatilidad existen en buena medida como una función de modelos financieros abstractos,[13] e incluso los mercados más básicos requieren un diseño intrincado.[14] De ahí que, en el neoliberalismo, el Estado adopte un papel importante en la creación de mercados «naturales». Igual de importante es su papel para mantener esos mercados: el neoliberalismo demanda que el Estado defienda los derechos de propiedad, haga cumplir los contratos, imponga leyes antimonopólicas, reprima la inconformidad social y mantenga la estabilidad de los precios a toda costa. Esta última demanda, en particular, se ha expandido después de la crisis de 2008 hacia la administración integral de cuestiones monetarias mediante los bancos centrales. Por eso cometemos un grave error al pensar que el Estado neoliberal está pensado simplemente para permanecer apartado de los mercados. Las intervenciones sin precedentes de los bancos centrales en los mercados financieros son sintomáticas no del colapso del Estado neoliberal, sino de su función central: crear y mantener mercados a cualquier precio.[15] Con todo, el camino desde los orígenes del neoliberalismo hasta el presente ha sido arduo y sinuoso y sus ideas han dominado a quienes inyectan billones de dólares al mercado.

EL COLECTIVO DE PENSAMIENTO NEOLIBERAL

Los orígenes del neoliberalismo son dispares tanto geográfica como intelectualmente. Algunos elementos de lo que habría de convertirse en el proyecto neoliberal pueden encontrarse en la Viena de los años veinte, en el Chicago y el Londres de los años treinta y en la Alemania de los treinta y cuarenta. A lo largo de estas décadas, los movimientos nacionales trabajaron en los márgenes de la academia para mantener las ideas liberales. No fue sino hasta 1938 cuando estos movimientos independientes obtuvieron su primera organización trasnacional, producto del Coloquio Walter Lippmann celebrado en París justo antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Por primera vez, este evento reunió a los teóricos liberales clásicos, a los nuevos ordoliberales alemanes, a los liberales de la Escuela de Economía de Londres y a economistas austriacos como Friedrich Hayek y Ludwig von Mises. El foco del coloquio fue la decadencia histórica del liberalismo clásico frente al creciente colectivismo, y fue allí donde se dieron los primeros pasos hacia la consolidación de un nuevo grupo de pensadores liberales. De este evento surgió una nueva organización —el Centre International d'Études pour la Rénovation du Libéralisme [Centro Internacional de Estudios para la Renovación del Liberalismo]—, cuyo objetivo explícito era desarrollar y difundir un liberalismo nuevo. El inicio de la Segunda Guerra Mundial no tardó en poner fin a los ambiciosos objetivos de esta organización, pero la red de personas involucradas habría de continuar trabajando en el desarrollo de un *neo*liberalismo. Se habían sembrado las semillas de la infraestructura neoliberal global.

Lo que en última instancia movilizó esta infraestructura hacia un «colectivo de pensamiento neoliberal» e inauguró el lento ascenso de la nueva hegemonía fue una idea de Hayek.[16] Como el Coloquio Walter Lippmann había quedado enterrado

con la arremetida de la Segunda Guerra Mundial, la infraestructura trasnacional de un neoliberalismo incipiente tuvo que ser reconstruida. Un encuentro casual con un negociante suizo en 1945 brindó a Hayek los medios financieros para poner sus ideas en marcha.[17] Así nació la Sociedad Mont Pelerin (SMP), una red intelectual cerrada que proveía la infraestructura ideológica básica para que el neoliberalismo fermentara.[18] No es exagerado decir que casi todas las figuras que destacaron en la creación del neoliberalismo después de la guerra estuvieron presentes en su primera reunión en 1947, incluidos los economistas austriacos, los liberales británicos, la Escuela de Chicago, los ordoliberales alemanes y un contingente francés.[19]

Desde sus inicios, la SMP se concentró de manera consciente en cambiar el sentido común político y buscó desarrollar una utopía liberal.[20] Entendía de forma explícita que este marco intelectual tendría que filtrarse activamente a través de grupos de expertos, universidades y documentos de política, con el fin de institucionalizar y, con el tiempo, monopolizar el terreno ideológico.[21] En una carta a quienes había invitado, Hayek escribió que el propósito de la SMP era

> incorporar el apoyo de las mejores mentes para formular un programa que tenga la oportunidad de granjearse el respaldo general. Nuestro esfuerzo no difiere de ninguna labor política, pues debe ser un esfuerzo esencialmente a largo plazo, preocupado no tanto por lo que sea viable en este instante, sino por las creencias que deben cobrar preponderancia, si es que se quiere evitar los peligros que en este momento amenazan la libertad individual.[22]

De tal suerte, la Sociedad Mont Pelerin estableció un «compromiso con una *guerra de posiciones* a largo plazo en la "lucha de ideas" [...] Por lo que se estableció como *modus operandi* una deliberación privatizada, estratégica y de élite».[23] Al inaugurar el

evento de diez días, Hayek diagnosticó el problema de los nuevos liberales: una carencia de alternativas al orden existente (keynesiano). No existía una «filosofía consistente entre los grupos de oposición» ni un «programa real» de cambio.[24] Como resultado de este diagnóstico, Hayek definió el objetivo central de la SMP como cambiar la opinión de la élite para establecer los parámetros dentro de los cuales se pudiera dar forma a la opinión pública. A diferencia de lo que comúnmente se cree, en un principio, los capitalistas no veían al neoliberalismo como algo que fuera a beneficiarlos. Por ello, una tarea importante de la SMP consistía en enseñar a los capitalistas por qué debían convertirse en neoliberales.[25] Con el fin de alcanzar estos objetivos, el plan para lograr una acción efectiva consistía en operar en el marco invisible del sentido común político conformado por las ideas que circulaban en las redes de élite. Desde sus orígenes, la SMP evitó la política folk gracias a que operó con un horizonte global, trabajó de manera abstracta (fuera de los parámetros de las posibilidades existentes) y formuló una concepción estratégica clara del terreno que debía ocupar —es decir, la opinión de la élite— con el fin de cambiar el sentido común político.

Detrás de este conjunto de objetivos yacía un relato consistente, aunque muy flexible, de lo que tenía de nuevo el *neo*liberalismo. Surgieron algunas divisiones, en particular sobre el papel del Estado para mantener un orden competitivo: unos argüían que la intervención era necesaria para sustentar la competencia y otros opinaban que la intervención era fuente de monopolios y centralización.[26] Había otros argumentos, menos divisorios, sobre otras posturas de política particulares, lo cual indica que se trataba de un grupo que estaba lejos de ser homogéneo o unificado. De muchas maneras, el elemento común era sencillamente la red social misma, con su compromiso para construir un nuevo liberalismo.[27] Sin embargo, esta pluralidad inherente permitió que el neoliberalismo se cultivara y mutara

a medida que se iba difundiendo por el mundo, ganando así una fuerza hegemónica en sus adaptaciones a las particularidades de cada espacio.[28] Su flexibilidad en tanto ideología le permitió llevar a cabo de forma destacada su función hegemónica de incorporar a grupos distintos en un consenso dominante.[29]

Estos debates también se extendieron a cuestiones de estrategia. Muchos miembros y expertos en finanzas de Mont Pelerin se mostraron impacientes con el enfoque a largo plazo de Hayek y, con el fin de influir en el público, querían comenzar de inmediato a producir libros y otras publicaciones.[30] En pleno periodo de dominio keynesiano, crecimiento estable y niveles bajos de desempleo, Hayek supo reconocer las pocas probabilidades que tenía de cambiar la opinión pública. La estrategia de la Sociedad Mont Pelerin era influir a largo plazo y la visión de Hayek terminó triunfando en sus reuniones. Fuera de éstas, las redes que rodeaban a la SMP comenzaron a construir de manera muy activa una extensa infraestructura trasnacional de difusión ideológica. Hayek llevaba planeando por lo menos desde mediados de los años cuarenta el establecimiento de un sistema de grupos de expertos que postularan ideas neoliberales, al tiempo que trabajaba por colocar a miembros de la Sociedad Mont Pelerin en cargos del Gobierno (estrategia que con el tiempo produjo tres jefes de Estado y un gran número de ministros).[31] Fue en los años cincuenta cuando proliferaron los grupos de expertos aliados de la Sociedad Mont Pelerin y, en consecuencia, se difundieron las ideas neoliberales en los mundos académico y político.

En el Reino Unido, los objetivos de la SMP fueron adoptados por una red de grupos de expertos y otras organizaciones, como el Instituto de Asuntos Económicos, el Instituto Adam Smith, el Centro para Estudios de Política y una selección de grupos más pequeños. Los miembros de la SMP habrían de introducirse en la política de Estados Unidos, primero mediante grupos de expertos, como el Instituto American Enterprise, y luego mediante car-

gos más formales, como el que ocupó Milton Friedman como asesor económico de Barry Goldwater en su carrera presidencial. Sin embargo, fue en Alemania donde el neoliberalismo alcanzaría por primera vez un éxito tanto organizativo como político.

PASOS NO TAN TENTATIVOS

Después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo estaba preparado para cambios significativos en las ideas económicas. No obstante, fue Alemania el país que enfrentó un conjunto único de dificultades económicas: tanto los conocidos problemas de hiperinflación de la República de Weimar como los arduos esfuerzos de reconstrucción tras la guerra. Mientras que buena parte del mundo adoptaba políticas keynesianas, Alemania tomó una senda distinta, guiada por algunos de los mismos neoliberales que se reunieron en el Coloquio Walter Lippmann. Dado el total colapso del Estado alemán, el problema que enfrentaron quienes planificaron la reconstrucción de la posguerra fue cómo reconstituir el Estado —en concreto, cómo producir legitimidad sin tener una infraestructura estatal funcional ya establecida—. La respuesta la encontraron en las ideas propuestas por los primeros ordoliberales: establecer un espacio de libertad económica. Esto, a su vez, generó una red de conexiones entre individuos que produjo la legitimidad de un Estado alemán emergente de posguerra. Más que una legitimidad legal, el Estado pareció derivar su legitimidad de una economía con un buen desempeño.[32] Fue esta idea la que habría de proporcionar las bases para los primeros experimentos de política del neoliberalismo.

Tras la Segunda Guerra Mundial, los ordoliberales comenzaron a ocupar cargos en el Gobierno y a implementar sus ideas, fijando así el punto de apoyo material e institucional desde el cual habrían de dar forma a la ideología económica. El primer

cargo y quizá el más significativo históricamente fue el asignado a Ludwig Erhard en la dirección de Economía en la zona administrativa de posguerra de los ejércitos británico y estadounidense. Con el apoyo de un colega ordoliberal, Wilhelm Röpke, Erhard eliminó de manera simultánea todos los controles de precios y salarios existentes y recortó drásticamente los impuestos sobre el ingreso y el capital. Ésta fue una maniobra desregulatoria radical que obligó a la Unión Soviética a levantar un bloqueo sobre Berlín y a dar inicio a la Guerra Fría.[33] En las décadas que siguieron, los ordoliberales habrían de ocupar cada vez más cargos importantes en el Ministerio de Economía alemán, y el propio Erhard habría de convertirse en canciller en 1963. No obstante, a pesar de sus intenciones, los ordoliberales no contaban con una distinción fundamentada entre las intervenciones legales e ilegales del Gobierno, ambigüedad que facilitó la transformación de la economía alemana hacia formas cada vez más keynesianas. Las intervenciones para mantener la competencia se desdibujaron y se convirtieron en intervenciones para proveer bienestar social, y para los años setenta Alemania se había convertido en un Estado socialdemócrata estándar. Empero, las dificultades que enfrentó en el mundo de la política no evitaron que el neoliberalismo innovara en otros ámbitos, en concreto en el espacio de los llamados «comerciantes de segunda mano» de ideas.

LOS COMERCIANTES DE SEGUNDA MANO

Los neoliberales habían enfatizado desde hacía mucho la importancia de utilizar varios frentes para influir en las élites y construir un nuevo sentido común. En la época de la posguerra, este acercamiento abarcó el mundo académico, el mundo político y los medios. Sin embargo, una de las innovaciones princi

pales para la consolidación neoliberal de la esfera ideológica fue el uso de los grupos de expertos. Si bien ya existían desde hacía más de cien años, el uso extensivo que hizo de ellos la SMP fue una novedad. Ello involucró el desarrollo de argumentos de política, la construcción de soluciones de política y un acercamiento a los culpables económicos. Se estableció una división informal del trabajo: algunos grupos de expertos se concentraron en las grandes ideas filosóficas, en particular en los propios presupuestos y en la lógica de la postura keynesiana ortodoxa —ésta fue la labor que adoptó el Instituto de Manhattan para la Investigación de Políticas (MIPR, por sus siglas en inglés) en los años setenta, por ejemplo—, y otros buscaban producir propuestas de políticas públicas más inmediatas. Éstos eran intentos explícitos por trastocar la visión dominante del mundo con el fin de introducir soluciones de política específicas fundadas en la perspectiva neoliberal.

La figura de Antony Fisher fue de vital importancia para la reconstrucción de la hegemonía ideológica del neoliberalismo.[34] Fisher, uno de los fundadores del primer grupo neoliberal de expertos del Reino Unido —el Instituto de Asuntos Económicos (IEA, por sus siglas en inglés)—, sostuvo de manera explícita que lo más difícil a la hora de cambiar las ideas no era su producción sino su difusión. Como resultado de esta creencia, Fisher habría de involucrarse seriamente en el establecimiento de grupos conservadores de expertos no sólo en el Reino Unido sino también en Canadá (el Instituto Fraser) y Estados Unidos (el MIPR). El IEA se centró en «aquellos a quienes Hayek había llamado "comerciantes de segunda mano" de ideas, los periodistas, académicos, escritores, locutores y maestros que dictan el pensamiento intelectual a largo plazo de la nación».[35] La intención explícita era cambiar el tejido ideológico de la élite británica, infiltrando y alterando de manera sutil los términos del discurso. Esto también se extendió astutamente a la misión

del propio IEA, que conservó una postura engañosa sobre sus propios objetivos y se presentaba como una organización apolítica concentrada en la investigación de mercados en general.[36] Online con la visión de este relevo ideológico del poder, el IEA produjo algunos panfletos breves que buscaban ser de lo más accesible para un público convencional.[37] Además, estos textos estaban escritos de una manera un tanto utópica, sin tener en cuenta si era posible implementar o no una política en ese momento.[38] Como siempre, el objetivo era la redefinición a largo plazo de lo posible. Con el transcurso de las décadas, estas distintas intervenciones desarrollaron una visión de amplio espectro del mundo neoliberal. Más que respuestas monotemáticas a los problemas en boga de ese entonces, lo que el IEA y sus asociados habían construido fue una perspectiva económica sistemática y coherente.[39] Los grupos de expertos infundieron esta visión del mundo educando y socializando a los miembros más prometedores de los partidos políticos. Numerosos miembros de lo que habría de convertirse en el Gobierno de Thatcher pasaron por el IEA durante los años sesenta y setenta.[40] El resultado de los esfuerzos del IEA no sólo fue la transformación sutil del discurso económico en Gran Bretaña, sino también la naturalización de dos políticas particulares: la necesidad de atacar el poder sindical y el imperativo de la estabilidad monetaria. En teoría, la primera permitiría a los mercados adaptarse libremente a las circunstancias económicas cambiantes y la segunda proveería la estabilidad básica de los precios necesaria para tener una economía capitalista saludable.

También en Estados Unidos se conformaron grupos de expertos y de investigación académica para impulsar una agenda neoliberal; entre ellos destacaban la Fundación Heritage y el Instituto Hoover.[41] El MIPR buscaba redefinir el sentido común político escribiendo libros sobre economía neoliberal pensados para el gran público. De algunas de esas obras se llegaron a ven-

der más de medio millón de ejemplares. Otros libros, como *Losing Ground* de Charles Murray, sentaron las bases para el cambio de política que hoy en día identifica la dependencia de los beneficios sociales, en lugar de la pobreza misma, como el principal problema social. Muchas otras ideas de política extendidas, como el patrullaje de tipo tolerancia cero y los programas para el desempleo, surgieron de la fábrica de políticas del MIPR. Sus libros lograron el objetivo de cambiar el sentido común de las clases políticas y el público. El grupo de expertos, como forma de organización, fue tan esencial para el éxito ideológico del neoliberalismo que el proceso mismo para crear grupos de expertos se institucionalizó. La Fundación Atlas para la Investigación Económica, fundada en 1981 por Fisher, declaró que su objetivo explícito era «institucionalizar este proceso para ayudar a iniciar nuevos grupos de expertos». En la actualidad, Atlas se jacta de haber ayudado a crear o conectar a más de cuatrocientos grupos de expertos neoliberales en más de ochenta países. Aquí puede verse el verdadero alcance de la infraestructura ideológica neoliberal de manera totalmente transparente.

Más allá de los grupos de expertos, se utilizaron varios otros mecanismos para construir un discurso hegemónico. En sus esfuerzos por hacer de la rama del neoliberalismo de Chicago la alternativa dominante, Milton Friedman escribió extensas páginas de opinión y columnas de periódico y aprovechó las entrevistas televisivas de una manera sin precedentes entre los académicos. Algunos negocios patrocinaron proyectos para hacer programas de televisión populares basados en su obra, lo cual le permitió conquistar el ámbito de los medios.[42] Estas herramientas tecnológicas constituyeron el medio fundamental que Friedman utilizó para difundir su visión económica entre el público y quienes elaboraban las políticas. Periódicos como el *Wall Street Journal*, el *Daily Telegraph* y el *Financial Times* igualaron estos esfuerzos y fueron moldeando la pers-

pectiva del público mencionando las políticas neoliberales a la menor oportunidad.[43] Las escuelas de negocios y consultorías también comenzaron a adoptar y a difundir ideas neoliberales sobre las formas corporativas, y la Escuela de Chicago se convirtió en un modelo global de pensamiento neoliberal.[44] Tales instituciones fueron fundamentales para la difusión de la hegemonía neoliberal, pues a menudo fueron las sedes de formación de la élite global.[45] Quienes asistían a esas escuelas neoliberales en Estados Unidos regresaban a su propio país ya con la ideología neoliberal inculcada y, así, para los años setenta ya se había desarrollado una infraestructura integral para promulgar las ideas neoliberales. Los grupos de expertos y las proclamas utópicas organizaron el pensamiento a largo plazo; los discursos públicos, panfletos y esfuerzos mediáticos enmarcaron las líneas generales del sentido común neoliberal, y los políticos y las propuestas de política se encargaron de las intervenciones tácticas en el terreno político.[46] Sin embargo, a pesar del potencial cada vez más hegemónico de las ideas neoliberales, apenas una década antes de la llegada al poder de Thatcher y Reagan, el keynesianismo aún reflejaba el enfoque más aceptado en la organización de Estados y mercados. Las ideas de este grupo de intelectuales neoliberales aún solían verse como retrocesos insensatos a las políticas fallidas de la época anterior a la Gran Depresión, pero todo esto habría de cambiar en los años ochenta, una década que haría caer al keynesianismo en el desorden y consagraría al neoliberalismo como el modelo preferido para la modernización económica.

TOMANDO LAS RIENDAS

Tras haber avanzado en el ámbito nacional, el neoliberalismo alcanzó por primera vez un protagonismo internacional serio en

los años setenta, en respuesta a las presiones combinadas de los altos niveles de desempleo e inflación, ambos producto de las crisis petroleras, el alza generalizada en los precios de las materias primas, los aumentos salariales y la expansión del crédito. El enfoque keynesiano dominante había sostenido que los gobiernos debían estimular la economía introduciendo dinero cuando aumentara el desempleo, pero retirándolo cuando la inflación aumentara, con el fin de desacelerar el aumento de los precios. No obstante, en los años setenta ambos problemas se presentaron de manera simultánea: una inflación creciente y un desempleo igualmente al alza, o «estanflación». Las soluciones tradicionales del enfoque keynesiano no fueron capaces de manejar esta coincidencia, por lo que fue necesario recurrir a teorías alternativas. Cabe aclarar que, en este punto, eran posibles múltiples interpretaciones del problema económico. La producción de inflación debida a la rigidez salarial y al poder sindical no era la única forma posible de enmarcar el problema, ni el neoliberalismo era la única solución posible. Había interpretaciones alternativas, había otras respuestas posibles; en ese momento, nadie sabía cuál habría de ser la salida.[47] La narrativa neoliberal de la crisis, por ejemplo, minimiza el papel de la desregulación bancaria del canciller británico Anthony Barber a principios de los años setenta y el colapso del sistema Bretton Woods. Estas desregulaciones desataron un aumento en la base monetaria y un aumento subsecuente en la inflación, primero de los precios y luego de los salarios.[48] En otras palabras, era posible una narrativa alternativa según la cual el problema no eran los sindicatos fuertes sino las finanzas desreguladas.

El triunfo de la historia neoliberal se debe en gran medida a la infraestructura ideológica que los adeptos de sus ideas habían construido a lo largo de décadas. Los neoliberales estaban bien ubicados, pues habían sostenido repetidamente que la inflación era un resultado necesario de la falta de voluntad del

estado de bienestar para romper con la rigidez de precios y salarios. Ya tenían tanto el diagnóstico del problema como la solución. Los funcionarios del Gobierno que dudaban sobre qué hacer ante la crisis hallaron una historia plausible en el neoliberalismo.[49] Lo que dejó a los defensores de esta postura bien parados para llevar sus ideas al poder fue la construcción a largo plazo de la hegemonía intelectual por parte del colectivo de pensamiento neoliberal.[50] En las famosas palabras de Milton Friedman: «Sólo una crisis, real o percibida, da lugar a un cambio verdadero. Cuando esa crisis tiene lugar, las acciones que se lleven a cabo dependen de las ideas que existan en ese momento. En mi opinión, ésa debe ser nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes, para mantenerlas vivas y disponibles hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable».[51] Este programa explica exactamente lo que ocurrió en la crisis de los setenta. Si se hubieran aceptado análisis alternativos de la crisis, se habrían desprendido respuestas de política distintas de la del neoliberalismo. En lugar de atacar el poder sindical, por ejemplo, los políticos podrían haber respondido regulando de nuevo la creación de créditos. En otras palabras, el neoliberalismo no fue un resultado necesario sino una construcción política.[52]

Aunque, con el tiempo, los enfoques keynesianos lograron desarrollar una explicación de la estanflación, para entonces ya era demasiado tarde y el enfoque neoliberal se había adueñado de la economía académica y del mundo de las políticas. En pocas palabras, el neoliberalismo se volvió hegemónico. La década que siguió a 1979 dio fe de la elección de Margaret Thatcher como primera ministra británica, la designación de Paul Volcker como presidente de la Reserva Federal y la elección de Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos. El FMI y el Banco Mundial, que enfrentaban crisis de identidad tras el colapso del sistema Bretton Woods, no tardaron en ser infiltrados y convertidos

en crisoles de la verdadera fe neoliberal para la década de 1980. Francia emprendió un giro neoliberal durante la Administración de Miterrand a principios de los años ochenta y las principales economías de Europa quedaron atadas a las políticas neoliberales encarnadas en la constitución de la Unión Europea. En Estados Unidos y el Reino Unido se lanzó una ola de ataques sistemáticos en contra del poder sindical. Los sindicatos fueron demolidos pieza por pieza y las regulaciones laborales fueron desmanteladas. Los controles del capital se relajaron, las finanzas se desregularon y el estado de bienestar se convirtió en carne de rapiña.

Fuera de Europa y América del Norte, el neoliberalismo ya se había impuesto en Chile y Argentina tras los golpes militares de los años setenta. La crisis de la deuda de los países en vías de desarrollo en los ochenta sirvió como el momento clave para romper las hegemonías tradicionales protosocialistas y tomar un rumbo hacia el neoliberalismo en todo el mundo.[53] Más aún, con el quiebre de la Unión Soviética, Europa Oriental vio cómo los asesores económicos de Occidente aprovecharon para impulsar una ola de tendencias neoliberalizadoras. Se estima que esas políticas privatizadoras en las naciones exsoviéticas provocaron un millón de muertes, lo cual demostró que la privatización podía ser tan mortal como la colectivización y que la expansión del neoliberalismo estaba lejos de ser un asunto incruento.[54] En la estela de sus avances por el globo, dejó miseria, muerte y dictaduras. El neoliberalismo era un régimen normativo que se había impuesto en la realidad cotidiana psíquica y física de la población mundial. Para mediados de los años noventa, con el quiebre de la Unión Soviética, la expansión del neoliberalismo mediante las políticas de ajuste estructural del FMI, su consolidación en los gobiernos del Reino Unido con los nuevos laboristas y de Estados Unidos con Clinton y su omnipresencia en el campo académico de la economía, el neoliberalismo había alcanzado su cumbre hegemónica. El público no

tardó en olvidar el novedoso momento coyuntural de los años setenta y el neoliberalismo adoptó las cualidades universales y naturales que había apoyado la doctrina Thatcher de «no hay alternativa». El neoliberalismo se había convertido en un nuevo sentido común aceptado por todos los partidos en el poder. Poco importaba si ganaba la izquierda o la derecha: el neoliberalismo ya había ganado la partida.

LO IMPOSIBLE SE VUELVE INEVITABLE

Como hemos visto, el neoliberalismo propagó su ideología mediante una división del trabajo: los académicos dieron forma a la educación, los grupos de expertos influyeron en la política y los divulgadores manipularon los medios. La inculcación del neoliberalismo conllevó un proyecto integral para construir una visión del mundo hegemónica. Se construyó un nuevo sentido común que llegó a cooptar y, con el tiempo, a dominar la terminología de la «modernidad» y la «libertad» —una terminología que hace cincuenta años habría tenido connotaciones muy distintas—. Actualmente, es casi imposible pronunciar estas palabras sin evocar de inmediato los preceptos del capitalismo neoliberal.

Hoy en día todos sabemos que la «modernización» se traduce en recortes laborales, en la reducción de beneficios sociales y en la privatización de los servicios del Gobierno. «Modernizar», en la actualidad, significa simplemente neoliberalizar. El término «libertad» ha experimentado un destino similar y ha quedado reducido a libertad individual, libertad respecto del Estado y libertad de elegir entre bienes de consumo. Las ideas liberales en torno a la libertad individual tuvieron un papel importante en la lucha ideológica contra la Unión Soviética, pues enseñaron a la población del mundo occidental a movilizarse

por cualquier ideología que pretendiera valorar las libertades individuales. Con su énfasis en estas últimas, el neoliberalismo logró cooptar a elementos de algunos movimientos organizados en torno al «libertarismo, la política de la identidad [y] el multiculturalismo».[55] De igual forma, al enfatizar la libertad respecto del Estado, el neoliberalismo fue capaz de atraer a algunos anarcocapitalistas y a los movimientos del deseo que estallaron en mayo de 1968.[56] Por último, con la idea de libertad limitada a una libertad de mercado, la ideología pudo cooptar los deseos consumistas. Con respecto a la producción, la libertad neoliberal también pudo reclutar el deseo emergente de flexibilidad laboral entre los trabajadores, deseo que no tardaría en volverse en su contra.[57] Al luchar por y apoderarse exitosamente del terreno ideológico de la modernidad y la libertad, el neoliberalismo ha logrado abrirse camino de manera inexorable hacia las concepciones que tenemos de nosotros mismos. Al atribuirse el significado de términos como «modernización» y «libertad», el neoliberalismo demostró ser el proyecto hegemónico más exitoso de los últimos cincuenta años.

De tal suerte, el neoliberalismo se ha convertido en «la forma de nuestra existencia, o sea, el modo en que nos vemos llevados a comportarnos, a relacionarnos con los demás y con nosotros mismos».[58] Dicho de otro modo, no sólo se afilió a esta visión del mundo a los políticos, líderes empresariales, académicos y a la élite de los medios sino también a los trabajadores, estudiantes, inmigrantes... y a todos. En otras palabras, el neoliberalismo crea sujetos. Paradigmáticamente, estamos construidos como sujetos competitivos, un papel que incluye y supera al sujeto productivo del capitalismo industrial. Los imperativos del neoliberalismo llevan a esos sujetos a superarse constantemente en todos los aspectos de la vida. La educación perpetua, el requisito omnipresente de ser empleable y la constante necesidad de reinventarse forman parte de esa subjetivi-

dad neoliberal.[59] El sujeto competitivo, además, se ubica a ambos lados de la división entre lo público y lo privado. La vida personal está tan atada a la competencia como la vida laboral. Con estas condiciones, no resulta sorprendente que la ansiedad prolifere en las sociedades contemporáneas. A decir verdad, toda una pila de psicopatologías se ha visto exacerbada en el neoliberalismo: los trastornos de estrés, ansiedad, depresión y déficit de atención son respuestas psicológicas cada vez más comunes al mundo que nos rodea.[60] Resulta significativo que la construcción del neoliberalismo cotidiano también sea una fuente primaria de pasividad política. A pesar de no creer en esta ideología, sus efectos nos empujan hacia situaciones cada vez más precarias e inclinaciones cada vez más empresariales. Necesitamos dinero para sobrevivir, de modo que nos vendemos, tenemos varios trabajos, nos estresamos y preocupamos por cómo pagar el alquiler, ahorramos unas monedas en el supermercado y convertimos la socialización en redes de contactos. Dados estos efectos, la movilización política se convierte en un sueño pospuesto a perpetuidad, alejado por las ansiedades y presiones de la vida diaria.

Al mismo tiempo, debemos reconocer que esa producción de subjetividad no fue sólo una imposición externa. La hegemonía, en todas sus formas, no opera como una ilusión, sino como algo basado en deseos muy reales de la población. La hegemonía neoliberal ha aprovechado ideas, anhelos e impulsos que ya existían en la sociedad, movilizando y prometiendo cumplir aquellos que podían alinearse con su agenda básica. La veneración de la libertad individual, el valor asignado al trabajo duro, la libertad respecto de la semana de trabajo rígida, la expresión individual mediante el trabajo, la creencia en la meritocracia, la amargura experimentada ante políticos, burocracias y sindicatos corruptos... estos deseos y creencias ya existían antes del neoliberalismo y encontraron su expresión en él.[61] Tanto en la

izquierda como en la derecha, en la actualidad, mucha gente está simplemente enojada al ver que los demás se aprovechan del sistema. El odio hacia el evasor de impuestos rico se combina fácilmente con la aversión al pobre que hace trampa en las prestaciones sociales; el enojo ante el jefe opresor se confunde con el enojo ante todos los políticos. Esto está vinculado a la difusión de las identidades y aspiraciones de las clases medias —los deseos de poseer una casa, la autosuficiencia y el espíritu emprendedor se fomentaron y extendieron hacia espacios sociales que anteriormente eran de clase trabajadora—.[62] La ideología neoliberal se funda en la experiencia vivida y no existe sólo como un rompecabezas académico.[63] El neoliberalismo se ha vuelto parásito de la experiencia cotidiana y cualquier análisis crítico que no tenga en cuenta este aspecto está destinado a equivocarse en cuanto a las profundas raíces del neoliberalismo en la sociedad actual. De ahí que, a lo largo de las décadas, el neoliberalismo haya dado forma no sólo a las opiniones y creencias de la élite, sino también al tejido normativo de la vida cotidiana misma. Los intereses particulares de los neoliberales se han universalizado, es decir, se han vuelto hegemónicos.[64] El neoliberalismo constituye nuestro sentido común colectivo, por lo que nos convierte en sus sujetos, creamos en él o no.[65]

¿UN MONT PELERIN DE IZQUIERDA?

A menudo se ha sostenido que el neoliberalismo tuvo éxito (y continúa teniéndolo a pesar de sus fracasos) porque lo apoya una serie de intereses poderosos y superpuestos: la élite trasnacional, los expertos en finanzas, los principales accionistas de las corporaciones más grandes. Pero si bien estos intereses han propiciado la fuerza de la ideología neoliberal, esta explicación deja algunas preguntas sin responder. Si el apoyo de la élite bas-

tara para el éxito ideológico y si el neoliberalismo fuera claramente benéfico para las élites, no habría habido un retraso de cuarenta años entre la formulación inicial de sus ideas y su implementación. En cambio, el liberalismo integrado del keynesianismo siguió siendo la ideología dominante aun cuando frenaba intereses poderosos. En particular, los intereses financieros quedaron a un lado durante un largo periodo después de la crisis de 1929 y la subsecuente Gran Depresión. La dinámica del poder que mantuvo el consenso keynesiano debía desmontarse poco a poco. De igual forma, una explicación del éxito neoliberal basada sólo en su compatibilidad con intereses particulares de la élite deja sin explicar por qué nunca se implementaron otras posibles respuestas a los problemas de los años setenta. Un elemento importante del éxito ideológico que terminó teniendo el neoliberalismo es que había tanto una crisis como una solución fácilmente disponible. La crisis (la estanflación) era algo que ningún Gobierno sabía cómo abordar por aquel entonces y la solución eran las ideas neoliberales preconcebidas que se habían fermentado durante décadas en su ecología ideológica. No es que los neoliberales presentaran un mejor argumento para defender su postura (el mito del discurso político racional), sino que se construyó una infraestructura institucional para proyectar sus ideas y establecerlas como el nuevo sentido común de la élite política.

En todo esto hay lecciones importantes por aprender y hay quienes, en consecuencia, han convocado a un Mont Pelerin de izquierda.[66] De manera más amplia, esta historia del neoliberalismo sirve para demostrar que la derecha ha alcanzado su mayor éxito reciente —instaurar una hegemonía neoliberal a escala global— recurriendo a medios ajenos a la política folk. Esto significa, en primer lugar, que los neoliberales pensaron en términos de a largo plazo, lo cual implica una temporalidad distinta de los ciclos electorales y de los altibajos de las protestas indi-

viduales. Lo que la izquierda puede aprender de esto es cómo la SMP fue estableciendo pacientemente objetivos explícitos y analizando el terreno de su conjunción histórica, todo para proponer medios específicos y efectivos para alterar dicho terreno. La Sociedad Mont Pelerin puso sus miras en el cambio a largo plazo y esperó cuarenta años a la crisis del keynesianismo y el surgimiento de Reagan y Thatcher. Al elegir este enfoque, los intelectuales del neoliberalismo pensaron de manera abstracta en términos de posibilidades: lo que era imposible en su propio tiempo se volvió posible más adelante, en parte gracias a sus acciones y preparativos. En segundo lugar, buscaron construir un proyecto contrahegemónico que pudiera derrocar el consenso en torno a la socialdemocracia y a las políticas keynesianas. Adoptaron un enfoque integral para cambiar las condiciones hegemónicas y construir toda una infraestructura ideológica que fuera capaz de introducirse en cada tema político y en cada fibra del sentido común político. Dicha estructura derrocó las ideas hegemónicas de su época. Como apunta Philip Mirowski, el genio estratégico de los neoliberales consistió en

> entender que no basta con ofrecer una visión utópica apenas inalcanzable como posible motivación para la acción política; el equipo que triunfe será el que pueda, de manera simultánea, organizar todo un conjunto de propuestas políticas sin aparente relación que aborden los horizontes de acción a corto, mediano y largo plazo, combinando regímenes de conocimiento y resultados provisionales, de modo que el resultado final sea el movimiento inexorable de la polis cada vez más cerca del objetivo final. La astuta estrategia de llevar a cabo un juego corto y uno largo de manera simultánea, aparentando superficialmente ante los desinformados una situación de conflicto mutuo, pero estando en realidad unidos por objetivos teóricos dominantes, sea quizá la explicación más significativa del triunfo de las políticas neoliberales durante una coyuntura en la que sus oponentes esperaban un total rechazo.[67]

La tercera lección importante que debe aprender la izquierda es que el colectivo de la SMP también pensó extensamente en términos espaciales, buscando difundir la red a todos los lugares mediante nodos clave. En el grupo de expertos encontraron una forma de organización adaptada a la tarea de construir una hegemonía intelectual global. Establecieron redes entre grupos de expertos, políticos, periodistas, maestros y medios, generando entre esos grupos dispares una consistencia que no requería una unidad en los objetivos ni en las formas de organización. Esto implicó una flexibilidad admirable del proyecto. Si bien suele denunciarse al neoliberalismo por ser demasiado dispar en términos empíricos para tener sentido como un proyecto coherente, en realidad lo que lo ha hecho particularmente poderoso como ideología es su disposición a modificar sus ideas a la luz de las condiciones del terreno.

Por tanto, el llamado a construir un Mont Pelerin de izquierda no debe tomarse como una invitación a copiar su modo de operación. Antes bien, es una petición para que la izquierda aprenda de la SMP su visión a largo plazo, sus métodos de expansión global, su flexibilidad pragmática y la estrategia contrahegemónica que unió una ecología de organizaciones con una diversidad de intereses. La demanda de un Mont Pelerin de izquierda es, en última instancia, un llamado a construir de nuevo la hegemonía de la izquierda.

4.
UNA MODERNIDAD DE IZQUIERDA

> Alrededor de todo el mundo, en el clima presente, casi cualquier cosa que se proponga como una alternativa parecerá utópica o trivial. Así nuestro pensamiento programático se paraliza.
>
> ROBERTO MANGABEIRA UNGER

Este capítulo marca un cambio de rumbo. Atrás queda la tarea negativa de diagnosticar las limitaciones estratégicas de la izquierda contemporánea y comienza el proyecto positivo de elaborar una ruta de escape de nuestra condición actual. En los siguientes capítulos argumentamos que la izquierda contemporánea debería recuperar la modernidad, construir una fuerza populista y hegemónica y movilizarse hacia un futuro postrabajo. Los intentos de la política folk en materia de prefiguración, acción directa y horizontalismo implacable muy probablemente no puedan lograrlo, en parte debido a que se equivocan al juzgar la naturaleza de su oponente. El capitalismo es un universal que se expande de manera agresiva y los esfuerzos por segregar un espacio de autonomía respecto de aquél están destinados al fracaso.[1] La retirada, la resistencia, el localismo o los espacios autónomos representan un juego defensivo contra un capitalismo intransigente e incesantemente invasivo. Las innumerables variantes culturales y políticas del capitalismo contribuyen poco a suprimir la expansión de la mercantilización, la creación de proletariados y el imperativo de la acumulación. La mayoría de las veces, esa tan lamentada capacidad del capitalismo para incorporar la resistencia

sólo revela que los particularismos son, por sí solos, incapaces de competir contra un universalismo.[2] De hecho, dada la naturaleza inherentemente expansionista del neoliberalismo, sólo una alternativa expansionista e incluso universal de algún tipo será capaz de combatir y desbancar al capitalismo a escala global.[3] Dado que la dinámica de acumulación está en el centro del capital, un capitalismo no expansionista es un oxímoron. Por tanto, una política de izquierda ambiciosa no puede quedar satisfecha con medidas para la defensa de lo local. En su lugar, debe intentar construir nuevas políticas orientadas al futuro, capaces de desafiar el capitalismo en las escalas más grandes. Una política de izquierda debe desenmascarar la seudouniversalidad de las relaciones sociales capitalistas y recuperar el significado del futuro.

El presente capítulo da un paso atrás a partir del enfoque empírico e histórico de los precedentes y busca elaborar una base filosófica para los capítulos que siguen. Argumentamos que un elemento clave de cualquier izquierda orientada al futuro debe ser la disputa por la idea de «modernidad». Si bien los enfoques de la política folk carecen de una visión tentadora del futuro, las luchas en torno a la modernidad siempre han sido luchas por cómo debería verse el futuro: desde el modernismo comunista de la Unión Soviética en sus comienzos hasta el socialismo científico de la socialdemocracia de posguerra, pasando por la eficiencia neoliberal acicalada de Thatcher y Reagan.[4] El significado de ser moderno no está preestablecido sino que constituye en gran medida un «terreno en disputa».[5] Sin embargo, ante la exitosa universalización del capitalismo, dicho término se ha cedido casi por completo a la derecha. La «modernización» ha terminado por significar simplemente alguna combinación pavorosa de privatización, aumento de la explotación, desigualdad en ascenso y mala gestión.[6] Algo parecido sucede con las nociones de futuro, que tienden a girar alrede-

dor de ideas de apocalipsis ecológico, desmantelamiento del Estado de bienestar o de una distopía encabezada por las corporaciones, más que en torno a cualquier cosa que lleve la marca de la utopía o la emancipación universal. De ahí que, para muchos, la modernidad sea meramente una expresión cultural del capitalismo.[7] De esta sabiduría aceptada se deriva la siguiente conclusión necesaria: sólo la cancelación de la modernidad podría traer consigo el fin del capitalismo. El resultado ha sido una tendencia antimoderna dentro de numerosos movimientos sociales desde los años setenta en adelante. Sin embargo, esta conjunción equivocada de la modernidad con las instituciones del capitalismo pasa por alto las formas alternativas que puede asumir y las maneras en las que numerosas luchas anticapitalistas se asientan sobre sus ideales.[8] La modernidad presenta tanto una narrativa de movilización popular como un marco filosófico para comprender el curso de la historia. Como término que indica la dirección que lleva la sociedad, debe ser un campo de batalla discursivo clave para muchas políticas de izquierda dedicadas a crear un mundo mejor.[9] Este capítulo expone las líneas filosóficas generales de tal proyecto, examinando tres factores que ayudarían a elaborar una modernidad de izquierda: una imagen del progreso histórico, un horizonte universalista y un compromiso con la emancipación.

Al debatir sobre la «modernidad», nos enfrentamos con el problema inmediato de aclarar lo que significa. El término puede referirse a un periodo cronológico, normalmente filtrado a través de la historia europea, con diversos acontecimientos planteados como su origen: el Renacimiento, la Ilustración, la Revolución francesa, la revolución industrial.[10] Para otros, la modernidad se define por un conjunto determinado de prácticas e instituciones: una burocratización generalizada, un marco básico de democracia liberal, la diferenciación de las funciones sociales, la colonización del mundo no europeo y la expansión

de las relaciones sociales capitalistas. No obstante, la modernidad también se refiere a un repertorio de innovaciones conceptuales que giran en torno a ideales universales de progreso, razón, libertad y democracia. Este capítulo enfatiza estos últimos aspectos: la modernidad nombra un conjunto de conceptos que se han desarrollado de forma independiente en numerosas culturas en todo el mundo, pero que adquirieron una resonancia particular en Europa. Éstos son los elementos irrenunciables de la modernidad, los que conforman el manantial donde se generan discursos más populares alrededor de la modernización. Los ideales conceptuales —como la libertad, la democracia, el secularismo— constituyen la fuente tanto de la modernidad capitalista como de las luchas en su contra. Las ideas vinculadas a la modernidad animaron el trabajo de abolicionistas, constituyeron la base de numerosas luchas de sindicatos africanos[11] y hoy todavía están presentes en «esas miles de campañas por los salarios, los derechos sobre la tierra, la salud básica y la seguridad, la dignidad, la autodeterminación, la autonomía, etcétera».[12] Entonces, en términos generales, ya sea que se reconozca explícitamente o no, las luchas políticas de hoy son luchas *dentro* del espacio de la modernidad y sus ideales. La modernidad debe ser disputada, no rechazada.[13]

UN PROGRESO HIPERSTICIOSO

Invocar la modernidad significa, en última instancia, provocar preguntas por el futuro. ¿Cómo debería verse el futuro? ¿Qué curso deberíamos seguir? ¿Qué significa ser contemporáneo? ¿Y de quién es el futuro? Desde el surgimiento del término, la modernidad se ha preocupado por desenmarañar una noción circular o retrospectiva del tiempo e introducir una ruptura entre el presente y el pasado. Con esta ruptura, el futuro se pro-

yecta como potencialmente *diferente de* y *mejor que* el pasado.[14] La modernidad equivale al «descubrimiento del futuro» y, por ende, se ha encontrado a sí misma íntimamente vinculada con nociones como «progreso, avance, desarrollo, emancipación, liberación, crecimiento, acumulación, Ilustración, mejora, [y] vanguardia».[15] Al señalar que la historia puede progresar a través de la acción humana deliberada, la materia de la lucha entre definiciones en pugna de la modernidad es la naturaleza de ese progreso.[16] En términos históricos, la izquierda se ha sentido naturalmente en casa en su orientación hacia el futuro. Desde las visiones comunistas tempranas del progreso tecnológico hasta las utopías espaciales soviéticas, pasando por la retórica socialdemócrata del «calor blanco de la tecnología», lo que distinguió a la izquierda de la derecha fue su inequívoca acogida del futuro. El futuro debía ser una mejora sobre el presente en términos materiales, sociales y políticos. En contraste, las fuerzas de la derecha política, con algunas excepciones notables, se definían por su defensa de la tradición y su naturaleza esencialmente reaccionaria.[17]

Esta situación fue remontada durante el ascenso del neoliberalismo, ese momento en que políticos como Thatcher dominaban la retórica de la modernización y el futuro con efectos espectaculares. Al apropiarse de estos términos y movilizarlos en un nuevo sentido común hegemónico, la visión neoliberal de la modernidad ha predominado desde entonces. En consecuencia, las discusiones de la izquierda en términos del futuro parecen ahora aberrantes, incluso absurdas. Con el momento posmoderno, los vínculos aparentemente intrínsecos entre el futuro, la modernidad y la emancipación fueron eliminados. Filósofos como Simon Critchley pueden afirmar ahora con toda confianza que «debemos resistir la idea y la ideología del futuro, que siempre es el as bajo la manga de las ideas capitalistas del progreso».[18] Sentimientos de la política folk como éste

aceptan ciegamente el sentido común neoliberal y prefieren rehuir las grandes visiones y reemplazarlas por una pose de resistencia. Desde la incomodidad de la izquierda radical con la modernidad tecnológica hasta la incapacidad de la izquierda socialdemócrata para imaginar un mundo alternativo, hoy en día, en todas partes, el futuro ha sido cedido casi por completo a la derecha. Una habilidad en la que alguna vez se destacó la izquierda —construir visiones tentadoras de un mundo mejor— se ha deteriorado tras años de negligencia.

Sin embargo, si la izquierda ha de recuperar un sentido de progreso, no puede simplemente adoptar las imágenes clásicas de una historia que se encamina hacia un destino singular. El progreso, para esos enfoques, no sólo era posible, sino que de hecho estaba entretejido como una necesidad en la tela misma de la historia. Se pensaba que las sociedades humanas viajaban sobre un sendero predefinido hacia un resultado único cuyo modelo era Europa. Se consideraba que las naciones de Europa habían desarrollado de forma independiente la modernidad capitalista y sus experiencias históricas de desarrollo se creían tanto necesarias como superiores a las de otras culturas.[19] Tales ideas dominaron la filosofía tradicional europea y siguieron vigentes en los influyentes textos sobre modernización en las décadas de 1950 y 1960, con sus intentos por naturalizar el capitalismo contra un oponente soviético.[20] Este modelo de progreso histórico unitalla, apoyado en parte tanto por el marxismo temprano como por los capitalismos keynesianos y neoliberales posteriores, hizo de las sociedades no occidentales unas sociedades carentes y necesitadas de desarrollo; una postura que sirvió para justificar las prácticas coloniales e imperiales.[21]

Desde el punto de vista de sus críticos filosóficos, estas nociones de progreso fueron despreciadas precisamente por su creencia en destinos preconcebidos, ya fuera en la progresión liberal hacia la democracia capitalista o en la progresión mar-

xista hacia el comunismo. El registro complejo y a menudo desastroso del siglo XX demostró de manera concluyente que no podía confiarse en que la historia siguiera un curso predeterminado.[22] La regresión era tan probable como el progreso; el genocidio, tan posible como la democratización.[23] En otras palabras, no había nada inherente a la naturaleza de la historia, el desarrollo de los sistemas económicos o las secuencias de la lucha política que pudiera garantizar un resultado particular. Desde una perspectiva amplia de izquierda, por ejemplo, incluso aquellos triunfos políticos limitados, pero no insignificantes, que se han obtenido —como las prestaciones sociales, los derechos de la mujer y la protección a los trabajadores— pueden revertirse. Más aún: incluso en Estados donde el poder quedó en manos de gobiernos comunistas nominales, se demostró que la transición de un sistema capitalista de producción a uno enteramente comunista era mucho más difícil de lo esperado.[24] Esta serie de experiencias históricas alimentaron una crítica interna de la modernidad europea por la vía del psicoanálisis, la teoría crítica y el postestructuralismo. Para los pensadores del posmodernismo, la modernidad llegó a ser asociada con una ingenuidad crédula.[25] En la definición histórica de Jean-François Lyotard, la posmodernidad se identificaba como la época que había llegado a sospechar de la gran metanarrativa.[26] Sobre ello, la posmodernidad es una condición cultural de desencanto con el tipo de narrativa grandiosa representado por los recuentos capitalistas, liberales y comunistas del progreso.

Sin duda, estas críticas captan algo importante sobre la textura cronológica de nuestro tiempo. Y, sin embargo, para quienes están fuera de Europa el anuncio del fin de las grandes narrativas a menudo se ve como algo enteramente complementario de la modernidad.[27] Es más, con el beneficio que brinda ver las cosas treinta años después, se puede decir que el impacto más amplio de la condición cultural diagnosticada por Lyotard no ha

sido el declive de la creencia en metanarrativas *per se*, sino más bien un amplio desencanto con las que ofrece la izquierda. La asociación entre capitalismo y modernización permanece, mientras que las nociones propiamente progresivas del futuro se han marchitado por la crítica posmoderna y han sido aplastadas por el naufragio social del neoliberalismo. Lo que es más importante, con el colapso de la Unión Soviética y el ascenso de la globalización, la historia, en efecto, *parece* tener una gran narrativa.[28] A lo largo y ancho del mundo, los mercados, el trabajo remunerado, la mercancía y las tecnologías que mejoran la productividad se han expandido bajo el imperativo sistemático de acumulación. El capitalismo se ha convertido en el destino de las sociedades contemporáneas y coexiste felizmente con las diferencias nacionales, además de prestar oídos sordos a los choques entre civilizaciones. Sin embargo, podríamos trazar aquí una distinción entre el punto de llegada (el capitalismo) y el sendero hacia él. En realidad, el entrecruzamiento de países significa que el sendero europeo (que depende en gran medida de la explotación de colonias y la esclavitud) está prohibido para muchos países en desarrollo. Si bien existen paradigmas amplios para el desarrollo, cada país ha debido encontrar su propia manera singular de responder a los imperativos del capitalismo global. Así, el sendero de la modernización capitalista queda ejemplificado en diferentes culturas, sigue diferentes trayectorias con diferentes ritmos de desarrollo.[29] El desarrollo desigual y combinado está a la orden.[30] El progreso, por tanto, no está atado a un sendero europeo único, sino que se filtra más bien a través de diversas constelaciones políticas y culturales, todas ellas dirigidas a encarnar relaciones capitalistas. Hoy en día, los modernizadores pelean simplemente por qué variante del capitalismo habrá de implantarse.

Recuperar la idea del progreso en estas circunstancias significa, ante todo, cuestionar el dogma de ese punto de llegada

inevitable. La modernidad capitalista nunca fue un resultado necesario, sino más bien un proyecto exitoso impulsado por diversas clases y un imperativo sistemático de acumulación y expansión. Varias modernidades son posibles, y las nuevas visiones del futuro son esenciales para la izquierda. Imágenes de ese tipo constituyen un complemento necesario para cualquier proyecto político de transformación. Dichas imágenes le dan dirección a las luchas políticas y generan un conjunto de criterios para decidir qué luchas deben apoyarse, qué movimientos deben resistirse, qué debe inventarse, etcétera. En ausencia de imágenes del progreso, sólo puede haber batallas reactivas, defensivas, resistencia local y mentalidad de búnker: lo que hemos caracterizado como política folk. Las visiones del futuro son, por ende, indispensables para elaborar un movimiento contra el capitalismo. Contra lo dicho por aquellos pensadores de la modernidad, no hay progreso necesario, ni un camino único desde el cual juzgar el alcance del desarrollo. Lejos de ello, el progreso debe entenderse como *hipersticioso*: una suerte de ficción, pero que apunte a convertirse en verdad. Las hipersticiones funcionan catalizando un sentimiento disperso en una fuerza histórica que haga realidad el futuro. Tienen la forma temporal del «habrá sido». Tales hipersticiones del progreso conforman narrativas que orientan, con las cuales se puede navegar hacia delante y no son una propiedad establecida o necesaria del mundo. El progreso es una cuestión de lucha política que no sigue una trayectoria previamente elucubrada ni una tendencia natural y no tiene garantía de éxito. Si reemplazar el capitalismo es imposible desde el punto de vista de una o más posturas defensivas, esto se debe a que cualquier forma de política prospectiva debe proponerse la construcción de *lo nuevo*. Los senderos del progreso deben abrirse y pavimentarse, no sólo seguirse de una manera preestablecida; son una cuestión de logro político, antes que de providencia divina o terrenal.

UNIVERSALES SUBVERSIVOS

Cualquier esfuerzo por elaborar una imagen alternativa del progreso debe enfrentarse inevitablemente al problema del universalismo, es decir, a la idea de que ciertos valores, ideas y metas pueden sostenerse en todas las culturas.[31] El capitalismo, como hemos afirmado, es un universal expansionista que se entreteje con múltiples telas culturales y las rediseña conforme pasa a través de ellas. Cualquier cosa que no sea un universal y que compita con esto acabará asfixiada por una serie omniabarcante de relaciones capitalistas.[32] Diversos particularismos —formas específicas y localizadas de política y cultura— cohabitan fácilmente en el mundo del capitalismo. La lista de posibilidades continúa creciendo conforme el capitalismo se diferencia entre capitalismo chino, estadounidense, brasileño, indio, nigeriano, etcétera. Si defender un particularismo resulta insuficiente, eso se debe a que la historia nos demuestra que el espacio global del universalismo es un espacio de conflicto, donde cada contendiente requiere la relativa provincialización de sus competidores.[33] Para competir con el capitalismo global, la izquierda necesita repensar el proyecto del universalismo.

No obstante, invocar una idea como ésta quiere decir traer a cuento varias críticas fundamentales dirigidas contra el universalismo en décadas recientes. Si bien una política universal debe ir más allá de cualquier lucha local y generalizarse en la escala global, atravesando las variaciones culturales, estas mismas características son las que se le critican.[34] Tal como lo señala el recuento histórico, la modernidad europea fue inseparable de su «lado oscuro»: una vasta red de dominios coloniales explotados, el genocidio de pueblos indígenas, el tráfico de esclavos y el saqueo de los recursos de las naciones colonizadas.[35] En esta conquista, Europa se presentó como la encarnación del

modo de vida universal. Todos los demás pueblos eran simplemente particulares residuales que acabarían, por fuerza, subsumidos bajo el modo de ser europeo, incluso si esto requería una violencia física despiadada y un ataque cognitivo para garantizar el resultado. En consonancia con lo anterior, existía la creencia de que lo universal equivalía a lo homogéneo. Así, las diferencias entre las culturas quedarían borradas en el proceso mediante el cual los particulares quedarían subsumidos bajo lo universal, creando una cultura cuya imagen modelo sería la civilización europea. Éste era un universalismo indistinguible del chovinismo puro. A lo largo de este proceso, Europa disimuló su propia postura provinciana mediante el despliegue de una serie de mecanismos para invisibilizar a los sujetos que hacían esas afirmaciones: varones blancos, heterosexuales, con propiedades. Europa y sus intelectuales abandonaron su ubicación e identidad en la nave de la abstracción y presentaron sus afirmaciones como si se sustentaran en «una visión desde ninguna parte».[36] Esta perspectiva se presentó como si estuviera libre de toda mancha racial, sexual, nacional o de cualquier otra particularidad y proporcionó la base tanto para la supuesta universalidad de las afirmaciones de Europa como para la ilegitimidad de otras perspectivas. Mientras los europeos podían hablar y encarnar lo universal, otras culturas sólo podían ser representadas como particulares y provincianas. Por tanto, el universalismo ha sido central para los peores aspectos de la historia de la modernidad.

Dada esta herencia, parecería que la respuesta más simple sería rescindir lo universal de nuestro arsenal de conceptos. Sin embargo, pese a todas las dificultades de la idea, aún resulta necesaria. El problema se debe, en parte, a que no es posible rechazar simplemente el concepto de lo universal sin generar otros problemas importantes. De manera más notable, abandonar esta categoría no nos deja más que una serie de particulares

diversos. Parece que no hay manera de construir una solidaridad significativa en ausencia de algún factor común. Lo universal también funciona como un ideal trascendente, que nunca se satisface con ninguna encarnación particular, que siempre queda abierto a la lucha por algo mejor.[37] Lo universal contiene el impulso conceptual para borrar sus propios límites. Rechazar esta categoría también implica el riesgo de orientalizar otras culturas, transformándolas en un Otro exótico. Si sólo existen particularismos y si la Europa provinciana se asocia con la razón, la ciencia, el progreso y la libertad, entonces la implicación incómoda es que las culturas no occidentales deben carecer de todo eso. Las viejas divisiones orientalistas se sostienen inadvertidamente en nombre de un antiuniversalismo mal encaminado. Por otra parte, se corre el riesgo de dar licencia a todo tipo de opresiones por tratarse sencillamente de la consecuencia inevitable de formas plurales de cultura. Todos los problemas del relativismo cultural reaparecen si no existen criterios para discernir *cuáles* son los conocimientos, las políticas y las prácticas globales que sostienen una política de emancipación. Dado todo lo anterior, no debe sorprendernos ver que algunos aspectos del universalismo aparecen de pronto a lo largo de la historia y entre culturas,[38] ni ver que incluso sus críticos aceptan su necesidad a regañadientes,[39] ni presenciar diversos intentos por revisar esta categoría.[40]

Para mantener esta herramienta conceptual necesaria, lo universal no debe identificarse con un conjunto establecido de principios y valores sino, antes bien, con un referente vacío imposible de llenar de manera definitiva. Los universales surgen cuando un particular llega a ocupar esa posición a través de la lucha hegemónica:[41] el particular («Europa») llega a representarse como universal («global»). No se trata simplemente de un falso universal, empero, ya que existe una contaminación mutua: el universal se encarna en el particular al tiempo

que el particular pierde algunas de sus especificidades al funcionar como universal. Sin embargo, nunca habrá un universalismo completamente logrado y los universales están, por ende, abiertos a la impugnación por otros universales. Esto es lo que esbozaremos más adelante en términos político-estratégicos como contrahegemonía: un proyecto dirigido a subvertir un universalismo existente a favor de un nuevo orden. Esto nos conduce a nuestro segundo punto: en tanto contrahegemónicos, los universales pueden tener una función subversiva y liberadora. Por una parte, un universal exige sin condiciones: todo debe colocarse bajo su orden.[42] Empero, por otra parte, el universalismo nunca es un proyecto logrado (incluso el capitalismo se queda incompleto). Esta tensión provoca que cualquier estructura hegemónica establecida quede abierta a la impugnación y posibilita el funcionamiento de los universales como vectores de insurrección contra las exclusiones. Por ejemplo, el concepto de los derechos humanos universales, sin importar cuán problemático, ha sido utilizado en numerosos movimientos que van desde las luchas locales por la vivienda hasta la justicia internacional por crímenes de guerra. Su exigencia universal e incondicional ha sido movilizada con el fin de arrojar luz sobre aquellos que han quedado fuera de sus protecciones y derechos. De manera similar, las feministas han criticado ciertos conceptos como excluyentes para las mujeres y han movilizado exigencias universales contra esas restricciones, como el uso de la idea universal de que «todos los seres humanos son iguales». En tales casos, el particular («mujer») se convierte en una forma de procesar una crítica contra un universal existente («humanidad»). Mientras tanto, el universal previamente establecido («humanidad») se revela como un particular («hombre»).[43] Estos ejemplos muestran que los universales pueden revitalizarse mediante luchas que los desafían y a la vez los esclarecen. En este sentido, «apelar al universa-

lismo como una forma de afirmar la superioridad de la cultura occidental es traicionar la universalidad, pero apelar al universalismo como una manera de desmantelar la superioridad de Occidente es realizarlo».[44] Entonces, el universalismo es producto de la política, no un juez trascendente que está por encima de la reyerta.

Ahora podemos voltear hacia un aspecto final del universalismo, que es su naturaleza heterogénea.[45] Como lo deja claro el capitalismo, el universalismo no implica homogeneidad; es decir, no necesariamente implica convertir cosas diversas en el mismo tipo de cosa. De hecho, el poder del capitalismo radica precisamente en su versatilidad de cara a las condiciones cambiantes del terreno y su capacidad para albergar la diferencia. Un prospecto parecido también debe sostenerse para cualquier universal de izquierda: éste debe integrar la diferencia antes que borrarla. Así pues, ¿qué significa todo esto para el proyecto de modernidad? Significa que cualquier imagen particular de la modernidad debe estar abierta a la cocreación, a mayores transformaciones y alteraciones. En un mundo globalizado donde necesariamente coexisten pueblos diferentes, esto significa construir sistemas para vivir en común pese a la pluralidad de formas de vida. A diferencia de los recuentos eurocéntricos y de las imágenes clásicas del universalismo, éste debe reconocer la agencia de quienes están fuera de Europa, así como la necesidad de sus voces para construir futuros en verdad planetarios y universales. De tal suerte, lo universal es un referente vacío que los particulares hegemónicos (demandas específicas, ideales y colectivas) pueden llegar a ocupar. Puede funcionar como un vector subversivo y liberador de cambio respecto de los universalismos establecidos, además de ser heterogéneo e incluir diferencias en lugar de eliminarlas.

LA LIBERTAD SINTÉTICA

Aun cuando la izquierda se ha asociado tradicionalmente con los ideales de igualdad (algo que se manifiesta hoy en día en la atención a las desigualdades en materia de ingresos y riquezas), creemos que la libertad es un principio igualmente esencial de la modernidad de izquierda. Este concepto ha sido central en las batallas políticas que se han librado a todo lo largo del siglo XX, en el que Estados Unidos suele presentarse como «el mundo libre» contra un enemigo totalitario (bajo la figura de la Unión Soviética y después cada vez más bajo imágenes incoherentes del «islamofascismo»). En estas batallas hegemónicas, el capitalismo ha afirmado su superioridad una y otra vez mediante la defensa de una idea de *libertad negativa*.[46] Ésta es la libertad que los individuos tienen frente a la interferencia arbitraria de otros individuos, colectivos o instituciones (paradigmáticamente, el Estado). La insistencia de la libertad negativa sobre la ausencia de interferencia la ha convertido en una herramienta ideal para blandirla contra oponentes supuestamente totalitarios; sin embargo, se trata de un concepto tristemente raquítico de libertad. En la práctica, se traduce en un mínimo de libertad política respecto del Estado (cada vez menor en una era de espionaje digital y de guerra contra el terrorismo) y en las libertades económicas para vender nuestra fuerza de trabajo y para escoger entre nuevos y resplandecientes bienes de consumo.[47] Bajo la libertad negativa, los ricos y los pobres son considerados igual de libres, pese a las diferencias evidentes en sus capacidades para actuar.[48] La libertad negativa es enteramente compatible con la pobreza masiva, la hambruna, la falta de vivienda, el desempleo y la desigualdad. También es enteramente compatible con la manufactura y el diseño de nuestros deseos a manos de una publicidad ubicua. Contra este concepto limitado de libertad, defendemos una versión mucho más sustancial.

Mientras que la libertad negativa se preocupa por garantizar el derecho formal a eludir la interferencia, la «libertad sintética» reconoce que un derecho formal sin una capacidad material resulta inútil.[49] En una democracia, por ejemplo, todos tenemos la libertad formal de postularnos para el liderazgo político. Pero sin los recursos financieros y sociales para organizar una campaña, esta libertad no tiene sentido. De igual manera, tenemos la libertad formal de no aceptar un trabajo, pero la mayoría de nosotros nos vemos casi forzados a aceptar cualquier cosa que se nos ofrezca.[50] En ambos casos, hay varias opciones disponibles en teoría, pero para efectos prácticos están fuera de nuestro alcance. Esto revela la importancia de contar con los medios para realizar un derecho formal y es este énfasis en los medios y capacidades para actuar lo que resulta crucial para un enfoque izquierdista de la libertad. Tal como escribieron Marx y Engels, «la liberación real no es posible si no es en el mundo real y con medios reales».[51] Entendida de esta forma, la libertad se entrelaza con el poder. Si el poder es la capacidad básica de producir efectos intencionales sobre algo o alguien más,[52] entonces un crecimiento de nuestra capacidad para llevar a cabo nuestros deseos es, al mismo tiempo, un crecimiento de nuestra libertad. Cuanta mayor capacidad tengamos para actuar, más libres seremos. Una de las acusaciones más grandes contra el capitalismo es que sólo posibilita la libertad de actuar de unos cuantos, que son cada vez menos. Un objetivo principal de un mundo poscapitalista sería, por tanto, maximizar la libertad sintética o, en otras palabras, posibilitar el florecimiento de toda la humanidad y la expansión de nuestros horizontes colectivos.[53] Lograr esto implica al menos tres elementos distintos: el suministro de las necesidades básicas de la vida, la expansión de los recursos sociales y el desarrollo de las capacidades tecnológicas.[54] En conjunto, estos elementos forman una libertad sintética que es construida antes que natural,

un logro colectivo e histórico antes que el resultado de dejar a la gente a su suerte. La emancipación no consiste entonces en desvincularse del mundo y liberar un alma libre: es cuestión de construir y cultivar los vínculos correctos.

En primer lugar, la libertad sintética conlleva el suministro máximo de los recursos básicos necesarios para una vida significativa: cosas como el ingreso, el tiempo, la salud y la educación. Sin estos recursos, la mayoría de la gente se queda en una libertad *formal*, pero no *real*. Visto así, la creciente desigualdad global se revela como una disparidad igualmente masiva en términos de libertad. Un paso inicial para resolver esto es la meta socialdemócrata clásica de proporcionar los bienes comunes de la sociedad, como asistencia médica, vivienda, cuidado infantil, educación, transporte, acceso a internet.[55] La idea liberal según la cual estas necesidades básicas de la vida supuestamente se fortalecen mediante la libertad de elegir en el mercado, ignora las cargas (financieras y cognitivas) reales implícitas cuando se hacen tales elecciones.[56] En un mundo de libertad sintética, los bienes públicos de alta calidad nos serían proporcionados y podríamos seguir nuestra vida en lugar de preocuparnos por qué proveedor de asistencia médica elegir. Más allá de la imaginación socialdemócrata, empero, están dos cosas todavía más imprescindibles para la existencia: el tiempo y el dinero. El tiempo libre es la condición básica de la autodeterminación y del desarrollo de nuestras capacidades.[57] De la misma manera, la libertad sintética exige el suministro de un ingreso básico para todos a fin de que todos sean plenamente libres.[58] Esta medida no sólo proporciona los recursos monetarios para vivir en un mundo capitalista, sino que también hace posible un incremento del tiempo libre. Nos brinda la capacidad de elegir nuestra vida: podemos experimentar y construir una vida poco convencional, optar por fomentar nuestras sensibilidades culturales, intelectuales y físicas en lugar de tra-

bajar ciegamente para sobrevivir.[59] El tiempo y el dinero, por tanto, representan componentes clave de la libertad en todo sentido sustantivo.

Una imagen completa de la libertad sintética también debe buscar expandir nuestras capacidades más allá de lo que es posible hoy en día. Si su objetivo es evitar el problema de manipular a la gente para que se sienta contenta con el *statu quo*, la libertad sintética debe estar abierta a lo que la gente desee;[60] es decir, la libertad no puede equipararse sencillamente con hacer viables las opciones que ya existen, sino que debe estar abierta al conjunto más grande posible de opciones. Para ello, los recursos colectivos son esenciales.[61] Los procesos de razonamiento social, por ejemplo, pueden posibilitar formas comunes de entender el mundo, creando en el proceso un «nosotros» con poderes mucho mayores para actuar que los individuos solos.[62] De igual forma, el lenguaje es un andamiaje cognitivo efectivo que nos permite sacar ventaja del pensamiento simbólico para expandir nuestros horizontes.[63] El desarrollo, la profundización y la expansión del conocimiento nos permite imaginar y conseguir capacidades que de otra forma serían imposibles de adquirir. Conforme adquirimos conocimiento técnico de nuestro entorno construido y conocimiento científico de nuestro mundo natural, y conforme llegamos a comprender las tendencias fluidas del mundo social, obtenemos mayores poderes para actuar. Como lo planteó Louis Althusser:

> Del mismo modo que el conocimiento de las leyes de la luz no ha impedido nunca que los hombres vean [...] tampoco el conocimiento de las leyes que dirigen el desarrollo de las sociedades impide que los hombres vivan, ni sustituye al trabajo, al amor y a la lucha. Por el contrario: el conocimiento de las leyes de la luz ha producido las gafas, que han transformado la mirada de los hombres, del mismo modo que el conocimiento de las leyes del desarrollo de las sociedades ha produ-

cido empresas, que han transformado y ampliado el horizonte de la existencia humana.[64]

El antiintelectualismo que impregna a la derecha política y que infecta cada vez más a la izquierda crítica es, por tanto, una regresión del peor tipo. El sano escepticismo se transforma en una abdicación de nuestros compromisos por expandir la libertad. Esta regresión en términos del conocimiento también ocurre en lo que respecta a las fantasías de las libertades inmediatas e ilimitadas en la práctica. La imagen voluntariosa que ve las mediaciones, las instituciones y las abstracciones como opuestas a la libertad simplemente confunde la ausencia de artificio con la expresión plena de la libertad. No hace falta decir que esto es erróneo. La acción colectiva, con su expansión de la libertad sintética, se lleva a cabo las más de las veces a través de complejas divisiones del trabajo, cadenas mediadas de compromiso y estructuras institucionales abstractas. El aspecto social de la libertad sintética no es, por ende, un regreso a algún deseo humano de sociabilidad cara a cara y de simple cooperación, sino más bien un llamado a la autodeterminación colectiva, compleja y mediada.

Finalmente, si hemos de expandir nuestras capacidades para actuar, el desarrollo de la tecnología debe desempeñar un papel central. Como siempre ha sido el caso, «la tecnología es la fuente de nuestras opciones [y] las opciones son la base de un futuro que nos mantenga por encima del nivel del peón».[65] Nuestro grado de libe rtad depende en gran medida de las condiciones históricas del desarrollo científico y tecnológico.[66] Los artificios que surgen de estos campos expanden nuestras capacidades existentes de acción y, a la vez, crean capacidades enteramente nuevas en el proceso. El pleno desarrollo de la libertad sintética requiere, por tanto, una reconfiguración del mundo material acorde con el impulso de expandir nuestras capacidades para la acción. Dicho desarrollo exige experimen-

tar con la mejora colectiva y tecnológica y un espíritu que se niegue a aceptar cualquier barrera como natural e inevitable.[67] Los androides mejorados, la vida artificial, la biología sintética y la reproducción tecnológicamente mediada son ejemplos de esta elaboración.[68] El objetivo general debe considerarse un proyecto imparable para desatar las necesidades de este mundo y transformarlas en materiales para la construcción continuada de la libertad.[69] Esta imagen de la emancipación nunca puede quedar satisfecha ni puede condensarse en una sociedad estática, sino que será llevada continuamente al límite, más allá de sus confines. La libertad es una empresa sintética, no un don natural.

Bajo esta idea de emancipación yace una visión de la humanidad como hipótesis transformadora y susceptible de construcción: una hipótesis armada a través de la experimentación y la elaboración teórica y práctica.[70] No existe una esencia humana auténtica que deba realizarse, no hay una unidad armónica a la cual regresar, ni una humanidad no enajenada oculta tras falsas mediaciones, no hay una totalidad orgánica por alcanzar. La enajenación es un modo de habilitación y la humanidad es un vector incompleto de transformación. Lo que somos y lo que podemos llegar a ser son proyectos abiertos que han de construirse en el curso del tiempo. Como dice Sadie Plant:

> Siempre ha sido problemático hablar de la liberación de la mujer porque eso presupone que sabemos lo que son las mujeres. Si tanto las mujeres como los hombres han sido organizados bajo las formas que cobramos en la actualidad, no queremos liberar lo que son ahora, si me explico [...] No es tanto una cuestión de liberación como una cuestión de evolución (o de ingeniería). Existe una reingeniería gradual de lo que puede significar ser una mujer y todavía no sabemos qué es. Debemos descubrirlo.[71]

Lo que debe articularse, por tanto, es un humanismo que no esté definido de antemano. Se trata de un proyecto de autorrealización, pero sin un destino preestablecido.[72] La humanidad sólo puede llegar a conocerse a sí misma pasando por un proceso de revisión y construcción. Esto significa revisar lo humano tanto teórica como prácticamente, comprometerse con nuevos modos de ser y nuevas formas de sociabilidad en tanto ramificaciones prácticas para hacer explícito «lo humano».[73] Se trata de asumir un enfoque intervencionista de lo humano a toda costa.[74] Estas intervenciones van desde la experimentación corporal individual hasta las movilizaciones políticas colectivas contra las imágenes restrictivas de lo humano y todo lo que queda en medio.[75] Conocer a la humanidad significa liberarnos de su imagen económica decrépita, impuesta por la modernidad capitalista, e inventar una nueva humanidad. La emancipación, desde esta perspectiva, significaría entonces incrementar la capacidad de la humanidad para actuar según aquello en que se transformen sus deseos. Y la emancipación universal sería la extensión insistente y máxima de esa meta a la totalidad de nuestra especie. Es en este sentido que la emancipación universal yace en el centro de una izquierda moderna.[76]

Hemos visto que, sin una concepción de futuro, la izquierda queda atada a una tradición de defensa, a proteger búnkeres de resistencia. Entonces, ¿qué aspecto tiene una modernidad de izquierda? Este aspecto sería el que ofrece visiones tentadoras y expansivas de un futuro mejor. Funcionaría con un horizonte universal, movilizaría un concepto sustancial de libertad y echaría mano de las tecnologías más avanzadas a fin de lograr sus metas emancipadoras. Más que una visión eurocéntrica del futuro, la modernidad de izquierda se apoyaría en un conjunto global de voces que articulan y negocian en la práctica lo que podría ser un futuro común y plural. Ya sea que operen mediante las revueltas de esclavos, las luchas laborales, los levan-

tamientos anticolonialistas o los movimientos de las mujeres, las críticas hacia los universalismos sedimentados siempre han sido agentes esenciales en la construcción del futuro por parte de la modernidad; son estas críticas las que no han dejado de revisar, de rebelarse y de crear un «universalismo desde abajo».[77] Sin embargo, para posibilitar la liberación de los futuros en plural, habrá que trascender primero el orden global de hoy, cuyas premisas son el trabajo remunerado y la acumulación capitalista. Una modernidad de izquierda requerirá, en otras palabras, la construcción de una plataforma poscapitalista y postrabajo sobre la cual puedan surgir y florecer múltiples formas de vida. Los siguientes dos capítulos expondrán tanto la necesidad como la conveniencia de esa visión particular del futuro.

5.
EL FUTURO NO ESTÁ FUNCIONANDO

> En el concepto de trabajador libre ya está implícito que él mismo es *pauper* [pobre]: *pauper* virtual.
>
> KARL MARX

Hasta ahora hemos argumentado que la izquierda contemporánea se inclina por una política folk que no es capaz de emprender un viraje en contra del capitalismo global. En su lugar, la izquierda debería reclamar la herencia disputada de la modernidad y proponer visiones para un nuevo futuro. Sin embargo, es imperativo que su visión de un nuevo futuro esté basada en tendencias que en realidad existan. Este capítulo presenta un análisis coyuntural del capitalismo contemporáneo, visto a través del lente del trabajo. Sobre este análisis, el siguiente capítulo argumentará a favor de la conveniencia de un futuro sin trabajo. ¿Qué significa llamar al fin del trabajo? Con «trabajo» nos referimos a nuestros empleos o trabajos remunerados: el tiempo y el esfuerzo que le vendemos a alguien a cambio de un sueldo. Se trata de un tiempo que no está bajo nuestro control sino bajo el control de nuestros jefes, administradores y empleadores. Toda una tercera parte de nuestra vida adulta la pasamos sometidos a ellos. El trabajo puede enmarcarse en contraste con el «esparcimiento», típicamente asociado con los fines de semana y las vacaciones. No obstante, el esparcimiento no debe confundirse con la holgazanería, pues muchas de las cosas de las que disfrutamos exigen muchísimo esfuerzo. Aunque las hagamos por elección propia, aprender a tocar un instrumento musical, leer literatura, socializar con amigos o prac-

ticar un deporte son actividades que implican diversos grados de esfuerzo, de ahí que un mundo postrabajo no sea un mundo de holgazanería: antes bien, es un mundo en el que la gente ya no está atada a su empleo sino que es libre de crear su propia vida. Este proyecto se deriva de una larga línea de pensadores —tanto marxistas como keynesianos, feministas, nacionalistas negros y anarquistas— que han rechazado la centralidad del trabajo.[1] Cada uno a su manera, esos pensadores han buscado liberar a la humanidad de la monotonía del trabajo, la dependencia del trabajo remunerado y la sumisión de nuestra vida a un jefe. Han luchado por abrir el «reino de la libertad» a partir del cual la humanidad podrá continuar con su proyecto de emancipación.[2]

Si bien los objetivos generales de este proyecto tienen una larga serie de precedentes, los avances más recientes del capitalismo renuevan la urgencia de estos temas. La rápida automatización, las poblaciones excedentes en crecimiento y la imposición continuada de la austeridad aumentan la necesidad de repensar el trabajo y prepararse para las nuevas crisis del capitalismo. Así como la Sociedad Mont Pelerin auguró la crisis del keynesianismo y preparó un conjunto integral de respuestas, la izquierda debería prepararse para la siguiente crisis del trabajo y las poblaciones excedentes. Si bien los efectos de la crisis de 2008 siguen repercutiendo en todo el mundo, es demasiado tarde para aprovechar ese momento; por todos los lados podemos ver que el capital se ha recuperado y consolidado de forma renovada y refinada. Ahora la izquierda debe prepararse para la próxima oportunidad.[3]

Este capítulo explica por qué un mundo postrabajo es una opción cada vez más apremiante. La primera sección esboza la incipiente crisis del trabajo: la desestabilización de los empleos estables en los países desarrollados, el aumento del desempleo y las poblaciones excedentes y el colapso del «trabajo» como

medida disciplinaria que mantiene unida a la sociedad. Después, abordamos los distintos síntomas de esta crisis tal como se manifiesta no sólo en las cifras de desempleo sino también en la creciente precariedad, las recuperaciones sin empleo, la proliferación de los barrios pobres y la expansión de la marginalidad urbana. Por todos los lados podemos ver los efectos de este cambio aflorando en nuevos conflictos y problemas sociales. Por último, examinamos las distintas formas en que el Estado ha lidiado con la tendencia capitalista a producir poblaciones excedentes. Hoy en día, la crisis del trabajo amenaza con sobrepasar estas herramientas tradicionales de control, con lo cual se sientan las condiciones sociales para la transición hacia un mundo postrabajo.

LOS *PAUPER* VIRTUALES

Si bien el trabajo es común a todas las sociedades, en el capitalismo adopta cualidades históricamente únicas. En las sociedades precapitalistas, el trabajo era necesario, pero la gente tenía un acceso compartido a la tierra, a la agricultura de subsistencia y a los medios necesarios de supervivencia. Los campesinos eran pobres pero autosuficientes y la supervivencia no dependía de que se trabajara para alguien más. El capitalismo cambió todo. Mediante el proceso conocido como «acumulación primitiva», los trabajadores precapitalistas se vieron desarraigados de sus tierras y despojados de sus medios de subsistencia.[4] Los campesinos lucharon contra esta situación y continuaron sobreviviendo en los márgenes del incipiente mundo capitalista,[5] que, con el tiempo, cobró una fuerza violenta y adoptó nuevos y severos sistemas legales para imponer el trabajo remunerado a la población. En otras palabras, debía convertirse a los campesinos en proletarios. Esta nueva figura del proleta-

riado se definió por su falta de acceso a los medios de producción o subsistencia y por su necesidad del trabajo remunerado para sobrevivir.[6] Esto significa que el «proletariado» no es sólo la «clase trabajadora» ni se define por sus ingresos, profesión o cultura. Antes bien, el proletariado es simplemente aquel grupo de personas que deben vender su mano de obra para vivir, estén empleadas o no.[7] Y la historia del capitalismo es la historia de cómo la población del mundo se fue desplazando hacia la existencia proletaria mediante el creciente despojo del campesinado. Con la reciente integración de los países poscomunistas y el ascenso de China y la India, el proletariado global se ha duplicado, lo cual significa que ahora mil quinientos millones más de personas dependen del trabajo remunerado para sobrevivir.[8] Sin embargo, con el surgimiento del proletariado, también apareció una nueva forma de desempleo. A decir verdad, el desempleo tal como lo entendemos hoy en día fue un invento del capitalismo.[9] Arrancada de sus medios de subsistencia, por primera vez en la historia surge una nueva «población excedente» que no puede encontrar trabajo remunerado.[10] Si bien el capitalismo explota a la clase trabajadora empleada, como señaló en alguna ocasión Joan Robinson, «sólo hay una cosa peor que no ser explotados por capitalistas y es no ser explotados en absoluto».[11]

En general, el tamaño de este excedente se expande y se contrae con los ciclos económicos. Si todas las constantes se mantienen iguales, a medida que las economías crecen los trabajadores salen del excedente hacia el trabajo remunerado, la tasa de desempleo disminuye y el mercado laboral se estrecha. No obstante, en cierto punto, la demanda económica se estanca, los salarios comienzan a perjudicar los rendimientos o los trabajadores se vuelven demasiado audaces, políticamente hablando. Por razones de rentabilidad o inflación[12] o simplemente para recuperar el poder político sobre la clase trabajadora, los

trabajadores son despedidos.[13] En consecuencia, el excedente aumenta y se pone en reserva para el siguiente ciclo de crecimiento. Sin embargo, estos mecanismos cíclicos sólo explican en parte la situación actual, sobre todo dado que las presiones salariales se han estancado por décadas, la inflación ha permanecido estable y el movimiento laboral se ha visto devastado. El relato cíclico basado en la demanda económica sin duda da cuenta de la gravedad de la crisis de 2008, pero no explica los cambios de más largo plazo en el mercado laboral, como el aumento de la precariedad, el surgimiento de las recuperaciones sin empleo y el crecimiento de los mercados laborales no capitalistas. En consecuencia, para entender bien la coyuntura actual deben considerarse otras tendencias. Se trata de los mecanismos que producen una tendencia secular al crecimiento constante de la población excedente, independientemente de los patrones cíclicos de altibajos.[14] Estos mecanismos constituyen la mayor amenaza a la reproducción de las relaciones sociales capitalistas.

En la actualidad, la producción de poblaciones excedentes mediante el cambio tecnológico está hipnotizando cada vez más la imaginación de los medios. Si bien esta atención se ha centrado en el temor de un apocalipsis laboral inminente a manos de vastos ejércitos de robots,[15] el desarrollo tecnológico también puede volver los viejos procesos más productivos sin la automatización (como ocurre con los avances en la agricultura). De cualquier forma, las mejoras en la productividad significan que el capitalismo necesita de menos mano de obra para producir el mismo resultado. Con todo, la automatización parece la amenaza más inminente y los cálculos sugieren que entre el 47 y el 80 por ciento de los empleos actuales podrían ser automatizables en las próximas dos décadas.[16] Empero, los cálculos basados sólo en los avances de la tecnología no bastan para predecir el creciente desempleo. Después de

todo, a pesar del crecimiento constante de la productividad, el empleo ha permanecido relativamente estable a lo largo de la historia del capitalismo. Con algunos retrasos dolorosos, se han creado nuevos empleos para sustituir los que se habían perdido. Pero el optimismo basado en las experiencias pasadas omite la base política y contingente de este registro histórico: las políticas gubernamentales, los movimientos laborales, la división de la fuerza laboral por género y las reducciones simultáneas en la semana laboral han tenido un papel importante para mantener el empleo en el pasado. Por ello, se necesitan algunas puntualizaciones adicionales para entender con qué condiciones el cambio tecnológico conducirá a un mayor desempleo. De acuerdo con la primera puntualización, dado que una mayor productividad reduce los precios de producción, el desempleo sólo aumenta cuando la demanda no crece lo suficiente en respuesta a los precios reducidos.[17] Si los precios reducidos generan más ventas, la compañía podría expandirse, en lugar de despedir a los trabajadores. Un argumento similar indica que el desarrollo tecnológico suele generar nuevas industrias, lo cual podría generar nuevos empleos.[18] Desde la introducción de la computadora personal, por ejemplo, han surgido más de mil quinientos nuevos tipos de empleos.[19] En cualquiera de estos casos, los consumidores compran más bienes (porque son nuevos o más baratos) y otros conservan sus empleos. La misma lógica se aplica en los servicios. La introducción de los cajeros automáticos, por ejemplo, llevó a que se emplearan menos cajeros en cada sucursal, pero los bancos respondieron a los menores costos abriendo más sucursales y expandiendo su participación en el mercado.[20] El resultado fue que la cantidad de cajeros permaneció estable (aunque esto podría estar cambiando a medida que los bancos empiezan a ofrecer sus servicios online).[21] En todos estos casos, la lógica es que incluso si la tecnología elimina algunos empleos, la demanda aumenta lo

suficiente para crear otros nuevos. En una segunda situación, el cambio tecnológico alcanza tal velocidad que una porción cada vez mayor de la población pierde la capacidad de mantenerse lo bastante actualizada.[22] En este caso, aun cuando pudiera crearse una mayor demanda, simplemente no habría suficientes trabajadores capaces de tomar esos trabajos: entonces, el suministro de mano de obra se tambalea.[23] La velocidad de la difusión y el cambio tecnológico podría convertir a segmentos enteros de la población en excedentes obsoletos. En una tercera situación, las tecnologías que ahorran trabajo pueden ser de uso tan general que se difunden por toda la economía, con lo cual disminuye la demanda general de mano de obra.[24] En esta circunstancia, aun si se crearan nuevas industrias, se necesitaría cada vez menos mano de obra porque esas tecnologías tienen un amplio rango de aplicabilidad.[25] Si se da cualquiera de las condiciones anteriores, el cambio tecnológico podría conducir a un mayor desempleo. Como veremos, hay buenas razones para creer que varias de esas condiciones están dándose. Sin embargo, si bien en la actualidad el desempleo tecnológico es la razón más importante del incremento en las poblaciones excedentes, no es la única.

Otro mecanismo que cambia activamente el tamaño del excedente es uno que ya mencionamos: la acumulación primitiva.[26] Ésta no es sólo una historia fundacional del capitalismo sino también un proceso continuado que implica la transformación de las economías de subsistencia precapitalistas en economías capitalistas. Por distintos medios, un campesinado pobre pero autosuficiente se ve forzado a dejar sus tierras y a depender del trabajo remunerado para sobrevivir. Como hemos visto, con la globalización, este proceso se aceleró e hizo que el proletariado se duplicara. El suministro de mano de obra rural con que China puede contar está mermando, pero la integración de África y el sur de Asia significa que el suministro mun-

dial de mano de obra sigue aumentando a pasos agigantados.[27] El resultado es una nueva fuerza de trabajo vasta y global que depende de la creación de una cantidad igualmente vasta de nuevos empleos. Por tanto, independientemente de cualquier cambio tecnológico en la producción capitalista, la población excedente ha aumentado debido a este nuevo suministro de mano de obra. Además, un tercer mecanismo implica la exclusión activa de una población particular del trabajo remunerado capitalista. Tanto en el pasado como en el presente, esto ha involucrado de manera predominante la exclusión de mujeres y minorías raciales del mercado laboral.[28] Si bien los problemas de esclavitud, racismo y sexismo no pueden reducirse a imperativos capitalistas —de hecho, tienen lógicas de dominación separadas -, estos fenómenos también han servido de manera indirecta a los objetivos capitalistas.[29] El trabajo forzado en forma de esclavitud está bien documentado como elemento clave en los orígenes del capitalismo (y aún continúa hoy en día)[30] y el trabajo no remunerado de muchas mujeres y poblaciones racializadas de prisioneros continúa funcionando como una fuente de hiperexplotación.[31] En un nivel más modesto, el desempleo sigue distribuido de manera desigual por distinciones de raza, género y geografía (véase la devastación de las ciudades posindustriales, por ejemplo). Algunos grupos tienen mayores probabilidades de ser los últimos contratados durante un periodo de auge y los primeros en ser despedidos durante una recesión.[32] Así, las vulnerabilidades que enfrentan las poblaciones excedentes están diferenciadas por sexo y raza; una lógica económica de explotación y expulsión se cruza con otras lógicas de opresión. Sin embargo, en todos estos casos, las poblaciones excedentes se concentran dentro de un grupo particular como resultado de estructuras políticas, legales y sociales. En otras palabras, ni el cambio tecnológico ni la acumulación primitiva son responsables de sus dificultades para encontrar trabajo re-

munerado. No obstante, estos mecanismos a menudo se entrecruzan: hay gente con mayores probabilidades de verse afectada por el cambio tecnológico[33] y la incorporación de nuevas poblaciones excedentes suele involucrar una codificación racial.[34] De incontables maneras, estos mecanismos —el cambio tecnológico, la acumulación primitiva y la exclusión activa— acrecientan la proporción del proletariado que queda fuera de la fuerza de trabajo formal.

Entonces, ¿cómo está compuesta la población excedente hoy en día? A grandes rasgos, podemos dividirla en cuatro estratos distintos: el segmento capitalista, el segmento no capitalista, el segmento latente y el segmento inactivo.[35] Todos estamos familiarizados con el primer segmento: los desempleados o subempleados, situados dentro del mercado laboral capitalista normal. Este grupo tiene acceso al menos a un mínimo de prestaciones del Estado, está buscando un empleo (o uno adicional) y, por tanto, ejerce presión sobre los salarios de quienes están empleados. Con todo, en buena parte del mundo, estar «desempleado» es un lujo relativo.[36] Ante la ausencia de redes de seguridad sociales, la mayoría de la población debe trabajar constantemente para sobrevivir, por lo que se ve obligada a crear nuevas economías de subsistencia de manera paralela al capitalismo.[37] Éste es el segmento no capitalista de la población excedente, lleno de gente que se ha visto despojada de sus medios de subsistencia[38] y que tiene pocas redes de seguridad sociales (ya sea comunitarias o estatales) que le permitan seguir sin trabajo por mucho tiempo. Estas economías de subsistencia producen bienes para el mercado —baratijas, por ejemplo—, pero están organizadas como formas no capitalistas de producción en tanto no buscan acumular.[39] Estos tipos de economías dominan cada vez más el mercado laboral de los países en desarrollo y comprenden entre el 30 y el 80 por ciento de la población trabajadora en esos países.[40] Un tercer grupo latente existe sobre todo

en las formaciones económicas precapitalistas que pueden movilizarse fácilmente hacia el mercado laboral capitalista. Este grupo incluye la reserva de protoproletarios (incluidos los campesinos), aunque también a los trabajadores domésticos no remunerados, así como a aquellos profesionales remunerados que están en riesgo de regresar al proletariado, a menudo debido a la descualificación (por ejemplo, profesionales médicos, abogados y académicos).[41] La importancia de este grupo radica en que conforma una reserva adicional de trabajo para el capitalismo cuando los mercados laborales se estrechan.[42] Por último, aunada a los demás estratos, una vasta cantidad de personas se considera económicamente inactiva (incluidos los desalentados, los discapacitados y los estudiantes).[43] En general, determinar con los datos existentes la naturaleza y el tamaño preciso de la población excedente global es difícil, además de que está sujeta a fluctuaciones a medida que los individuos entran y salen de las distintas categorías; no obstante, varias medidas convergen para sugerir que esta población supera significativamente en número a la clase trabajadora activa.[44]

Ésta es la crisis del trabajo que el capitalismo enfrentará en los años y décadas por venir: una falta de empleos formales o decentes para la creciente población proletaria. Hace una generación, la identificación de las poblaciones excedentes en tanto problema era una idea que solía ridiculizarse. Durante la «época de oro» del capitalismo, la idea de que el capitalismo producía una humanidad excedente contaba con un reducido apoyo material debido a los bajos niveles de desempleo, los empleos estables, los salarios al alza y los estándares de vida cada vez mayores. Sin embargo, mientras buena parte de los pensadores de izquierda miraba hacia los problemas económicos de crecimiento para el capitalismo, una tradición intelectual ignorada enfatizó el problema de la reproducción social de las poblaciones excedentes. No resulta sorprendente que quienes vieron el

potencial de esta clase excedente a menudo fueran individuos externos al orden capitalista en funcionamiento.[45] Escribiendo desde Argel en los años setenta, Eldridge Cleaver sostuvo, de manera profética, que «cuando los trabajadores quedan permanentemente desempleados, desplazados por la modernización de la producción, regresan a su condición básica [de proletarios]» y que «el verdadero elemento revolucionario de nuestra época es el [proletariado]».[46] Desde el centro del capitalismo, Paul Mattick lo llamó «la más importante de todas las contradicciones capitalistas».[47] En fechas más recientes, los teóricos de la comunización han hecho contribuciones importantes al análisis de la crisis del trabajo remunerado, y Fredric Jameson sostuvo que *El capital* «no es un libro de política y ni siquiera es un libro sobre el trabajo: es un libro sobre el desempleo».[48] A decir verdad, a menudo se olvida la afirmación de Marx en torno a que la expulsión de las poblaciones excedentes era parte de «la ley general absoluta de la acumulación capitalista».[49] Tras la crisis de 2008 y el aletargamiento continuado del mercado laboral, no resulta sorprendente que el tema de las poblaciones excedentes vuelva a aparecer. Con el cambio tecnológico avanzando a pasos agigantados, el ya enorme porcentaje de humanidad excedente parece listo para acrecentarse. La base social misma del capitalismo como sistema económico —la relación entre el proletariado y los empleadores, con el trabajo remunerado como mediador— se está desplomando.

LA DESGRACIA DE NO SER EXPLOTADO

Como hemos visto, el porcentaje de la fuerza de trabajo global que está empleado en el trabajo remunerado formal es muy pequeño y las cifras sólo han disminuido tras la crisis de 2008. Los síntomas más obvios de esta población excedente en au-

mento se ven reflejados en los cambios a largo plazo en las estadísticas de desempleo. En la época inmediatamente posterior a la posguerra, un desempleo del 1 o 2 por ciento se consideraba un objetivo viable en los países desarrollados: en los años cincuenta y sesenta, el desempleo en el Reino Unido y Estados Unidos rondaba el 2 por ciento, mientras que en Alemania estaba incluso por debajo del 1 por ciento.[50] Desde entonces, en cada década se ha experimentado un incremento en los niveles aceptables de desempleo, combinado con disminuciones en el crecimiento del empleo.[51] Hoy en día, la Reserva Federal considera que el 5,5 por ciento es el índice de desempleo óptimo a largo plazo —más del doble de los niveles de posguerra—.[52] En Estados Unidos, el porcentaje de hombres que no trabajan se ha triplicado desde finales de la década de 1960 y, a pesar de haber comenzado en una tasa mucho más alta, el porcentaje de mujeres también se ha incrementado.[53] La proporción de personas empleadas ha descendido vertiginosamente y la población excedente en general ha ido aumentando de manera consistente en décadas recientes.[54] En el ámbito global, el índice de desempleo ha seguido aumentando tras la crisis de 2008, en términos tanto absolutos como relativos.[55] El índice global de creación de empleos ha permanecido significativamente menor, ha generado en buena parte empleos de media jornada y se pronostica que continúe con esta tendencia aletargada.[56] Mientras tanto, los índices de participación de la fuerza laboral han ido descendiendo a nivel global durante décadas y se espera que sigan bajando durante otras tantas.[57] Sin embargo, estas estadísticas son sólo la punta del iceberg. La crisis laboral y los efectos de las poblaciones excedentes se ven reflejados no sólo en estas medidas directas sino también en una serie de consecuencias más sutiles e indirectas.

Una de éstas —la creciente precariedad— ha llegado a ejemplificar el mercado laboral neoliberal en las economías en de-

sarrollo.[58] En relación con las carreras estables y bien pagadas de las generaciones anteriores, los empleos actuales suelen exigir más horas de trabajo esporádico, salarios bajos y estancados, menor protección laboral e inseguridad generalizada.[59] Esta tendencia hacia la precariedad tiene varias causas, pero una de las principales funciones de una población excedente es que permite a los capitalistas presionar más a los pocos que tienen la suerte de tener un trabajo.[60] A medida que el excedente va aumentando y el mercado laboral se debilita, más trabajadores compiten por menos trabajos y el poder pasa a los empleadores. La amenaza de trasladar una fábrica, por ejemplo, sólo es posible con una superabundancia de mano de obra global. El resultado es que los empleadores ganan fuerza sobre los trabajadores y la calidad de los empleos disminuye (complementando la cantidad medida por las estadísticas de desempleo). Esto es exactamente lo que hemos visto en las décadas más recientes. En toda Europa, la intensidad del trabajo ha aumentado, en términos tanto de velocidad como de exigencia.[61] El cambio a las cadenas de suministro de tipo «justo a tiempo» ha exacerbado las exigencias del trabajo, al tiempo que se van imponiendo nuevas tecnologías de vigilancia a los trabajadores (en algunos casos, incluso se los monitorea fuera de las horas de trabajo).[62] Más que en la abierta eliminación de empleos, el declive en la calidad de los empleos también puede verse en el recorte de las horas de trabajo. Esto podemos verlo en la pequeña pero creciente cantidad de empleos de media jornada, flexibles y *freelance* a lo largo de los últimos treinta años.[63] Por ejemplo, los niveles de desempleo relativamente bajos en el Reino Unido tras la crisis de 2008 son en buena medida resultado del mayor número de personas autoempleadas que viven con salarios de pobreza.[64] En Estados Unidos, más de seis millones y medio de personas se ven obligadas a trabajar media jornada a pesar de buscar un trabajo de tiempo completo.[65] Esta irregularización del tra-

bajo también involucra innovaciones como las tareas de colaboración masiva, las agencias de contratación temporal y los contratos de cero horas, junto con las duras condiciones de trabajo y la falta de beneficios que las acompañan. En el Reino Unido, por ejemplo, se estima que casi el 5 por ciento de la población que trabaja está empleada mediante contratos de cero horas.[66] Las poblaciones excedentes también han ejercido una presión descendente en los salarios. Algunos cálculos sugieren que cada 1 por ciento de incremento en la debilidad del mercado laboral se asocia con un 1,6 por ciento de incremento en la desigualdad de ingresos.[67] Tanto el estancamiento de los salarios reales como la participación a la baja de los ingresos invertidos en mano de obra están vinculados con un suministro excesivo de esta última,[68] y buena parte de los economistas piensa que la automatización y la globalización del proletariado son las razones centrales por las cuales los salarios se han estancado en décadas recientes.[69] Todas estas tendencias han continuado también desde la crisis de 2008, con un crecimiento real lento de los salarios en los países del G20 y un absoluto declive en el Reino Unido.[70] El lento crecimiento de los salarios hace que la precariedad también se exprese en forma de ansiedad sobre el gran endeudamiento de los consumidores y el poco ahorro personal.[71] En Estados Unidos, por ejemplo, el 34 por ciento de los trabajadores de tiempo completo vive al día, y en el Reino Unido el 35 por ciento de la gente no podría vivir de sus ahorros más de un mes.[72] Y en su punto más despiadado, la precariedad se ve reflejada en un aumento de la depresión, la ansiedad y los suicidios —un «exceso» que las medidas económicas tradicionales no tienen en cuenta—.[73] A decir verdad, el desempleo está asociado con una quinta parte de los suicidios en el ámbito global y esto sólo ha empeorado tras la crisis financiera.[74]

Además de la precariedad, las poblaciones excedentes y la automatización tecnológica ayudan a comprender un fenóme-

no reciente del mercado laboral: el surgimiento de las «recuperaciones sin empleo», en las cuales el crecimiento económico regresa después de una crisis, pero el crecimiento del empleo permanece anémico.[75] Estas recuperaciones se han convertido en la norma para la economía de Estados Unidos[76] y, desde la década de 1990, la tendencia ha sido hacia recuperaciones sin empleo cada vez más largas.[77] La actual crisis no es la excepción, pues aún falta por recuperar más de un millón de trabajos de jornada completa y los pronósticos sugieren que el desempleo en Estados Unidos continuará por encima de los niveles anteriores a la crisis hasta 2024.[78] Esto también es un fenómeno global: la economía mundial está generando empleos con tal lentitud que el número de puestos permanecerá significativamente por debajo de los anteriores a la crisis por lo menos durante una década.[79] Si bien su causa sigue siendo un misterio, las recuperaciones sin empleo parecen estar relacionadas de cerca con la automatización.[80] A decir verdad, las únicas ocupaciones que han experimentado recuperaciones sin empleo han sido las que se han visto amenazadas por la automatización en décadas recientes —trabajos semicualificados y rutinarios—.[81] Más aún, buena parte de estas pérdidas de trabajo ha ocurrido durante y después de las recesiones.[82] En otras palabras, los empleos automatizables desaparecen durante los periodos de crisis y nunca vuelven a aparecer. Si la automatización se acelera en las siguientes décadas, estos problemas tenderán a intensificarse y el capital aprovechará los periodos de crisis para eliminar estos empleos de forma permanente.[83] La lenta recuperación de los empleos también se manifiesta como un aumento del desempleo de larga duración, con lo cual grupos enteros de personas se ven cada vez más segregados del mercado laboral normal. Desde la crisis más reciente, la duración media del desempleo se ha duplicado y ha permanecido obstinadamente alta.[84] Estos periodos extendidos de desempleo sugieren que el responsa-

ble es un problema estructural, es decir, un problema al que los trabajadores desempleados tardan más en adaptarse, como tener que estudiar de nuevo para obtener habilidades completamente nuevas. A los trabajadores despedidos de un área como la venta al por menor les será difícil encontrar de inmediato un trabajo en sectores de crecimiento como la programación. Al mismo tiempo, cuando los desempleados de larga duración por fin encuentran trabajo, es muy probable que queden en los márgenes del mercado laboral, con un salario menor y más trabajo esporádico.[85] En otras palabras, las recuperaciones sin empleo exacerban los problemas de la precariedad y segregan cada vez más a una porción de la población que queda subempleada de manera permanente. A fin de cuentas, el desempleo y su amenaza se están volviendo las normas de la fuerza laboral.

En algunas zonas urbanas, el desempleo y la segregación del mercado de trabajo normal caracterizan la existencia cotidiana desde hace mucho. En las *banlieues* de París, los guetos de Estados Unidos y los crecientes espacios de pobreza suburbana, comunidades enteras se han visto separadas de las tendencias económicas más amplias y se han estancado incluso durante los periodos de crecimiento.[86] En la mayoría de los casos, estos espacios segregados también están divididos por líneas raciales, y el descuido deliberado y la exclusión abierta transforman estas comunidades en zonas cada vez más duras de baja cohesión social, vivienda inadecuada y alto desempleo.[87] El origen histórico de estos espacios es bien conocido: el racismo, la esclavitud y la exclusión activa derivados de ciertas elecciones de política, la violencia física y la migración blanca.[88] Por ejemplo, a principios del siglo XX, en Estados Unidos la mecanización de la agricultura obligó a la población rural negra a migrar y concentrarse en zonas urbanas, pero allí les era difícil encontrar empleo, pues el racismo continuado los excluía de los empleos en la industria textil o manufacturera. (La racializa-

ción de la población excedente también permitió que los propietarios manipularan la clase blanca trabajadora, manteniendo los salarios bajos y evitando la sindicalización.)[89] Cuando el capitalismo se extendió en el periodo de posguerra, los trabajos del sector manufacturero terminaron abriéndose a la población negra, y para mediados de los años cincuenta los índices de desempleo entre jóvenes blancos y negros eran más o menos similares,[90] pero, entonces, la globalización del suministro de mano de obra sembró el caos entre los trabajadores negros no especializados. Dado que los trabajos de manufactura comenzaron a enviarse a otros países o a automatizarse, esos trabajadores se vieron desproporcionadamente afectados por la desindustrialización.[91] Los trabajos industriales salieron de los centros urbanos y fueron sustituidos por trabajos en el sector de servicios, a menudo ubicados en zonas suburbanas distantes.[92] Los guetos urbanos fueron abandonados a su suerte y se convirtieron en centros de desempleo de larga duración.[93] Se volvieron trampas de pobreza, carentes de trabajo, con poco apoyo comunitario y una proliferación de economías clandestinas.[94] Comunidades enteras quedaron fuera de la maquinaria del capitalismo y tuvieron que arreglárselas con los medios que pudieran encontrar. La gente que buscaba un ingreso tuvo que recurrir al trabajo informal, los negocios nuevos recurrieron a usureros después de haber sido rechazados por los bancos de propietarios blancos y la desesperación cada vez mayor derivó en actividades abiertamente ilícitas.[95]

Como reflejo de la concentración del desempleo en los márgenes urbanos, las economías en desarrollo han tenido que enfrentar la expansión y concentración de las poblaciones excedentes en barrios pobres, favelas y villas miseria. En todo el mundo, éstos han crecido a niveles sin precedentes a medida que la fuerza de trabajo urbana se ha ido relegando a las economías informales y marginales.[96] Como lo plantea un informe de

la ONU, «las ciudades se han convertido en un basurero para una población excedente que encuentra empleos no especializados, sin protección y con salarios bajos en los sectores informales de servicios y comercio».[97] La causa principal que subyace a esta expansión de los barrios pobres es la acumulación primitiva. Espoleado primero por el colonialismo y luego por las políticas de ajuste estructural, el campesinado de muchos países en desarrollo ha tenido que dejar sus tierras por la competencia global, la rápida industrialización y el devastador cambio climático. Como ocurrió en la experiencia europea de la industrialización, los trabajadores rurales despojados han migrado a zonas urbanas para encontrar trabajo. Y, también como en Europa, en ocasiones este proceso condujo al nuevo proletariado urbano a las villas miseria y a la indigencia.[98] Pero aquí terminan las similitudes, pues en Europa la transición conllevó la creación de suficientes empleos, el surgimiento de una clase trabajadora industrial fuerte y la provisión de vivienda para los migrantes.[99] Con las condiciones de desarrollo poscolonial, esta narrativa se ha venido abajo. La reciente industrialización ha ocurrido en el contexto de una fuerza de trabajo amplia y global y no de escasez de mano de obra.[100] El resultado ha sido un escaso desarrollo de algo parecido a una clase trabajadora tradicional, perspectivas laborales constantemente pobres y una falta de vivienda adecuada.[101] A los nuevos migrantes urbanos se los ha dejado en un estado permanente de transición entre el campesinado y la proletarización y, en ocasiones, en una circulación estacional entre la existencia rural y la pobreza urbana.[102] Los barrios pobres y otras formas de vivienda improvisada representan, pues, una expulsión dual de la tierra y de la economía formal.[103] Esta humanidad excedente, después de haber sido despojada de sus medios tradicionales de subsistencia y dejada sin empleo, se ha visto obligada a generar sus propias economías de subsistencia no capitalistas. Buena par-

te del trabajo que lleva a cabo es informal: mal pagado, inseguro, irregular y sin apoyo del Estado. En estas economías, la producción está organizada típicamente de formas no capitalistas, pero permanece orientada hacia la producción de mercancías —para vender bienes en el mercado y no para uso individual—. La mediación del mercado distingue a estas economías de subsistencia poscoloniales de las economías de subsistencia precapitalistas,[104] aun cuando ambas funcionan como un medio desesperado de supervivencia.[105]

Empero, si bien la acumulación primitiva es responsable de los orígenes de esos barrios pobres, la «desindustrialización prematura» es lo que al parecer consolidará su existencia. Mientras los periodos previos de industrialización al menos tenían la ventaja de proveer suficientes empleos fabriles para el nuevo proletariado, la desindustrialización prematura amenaza con eliminar por completo esta vía tradicional. Hoy en día, los avances tecnológicos y económicos permiten que los países se salten prácticamente la fase de industrialización, lo cual significa que las economías en desarrollo se están desindustrializando con índices mucho menores de ingreso per cápita y con una participación mucho menor de los empleos en el sector manufacturero.[106] China es un buen ejemplo de ello: el trabajo en el sector manufacturero va en descenso,[107] las luchas laborales están ganando seguridad,[108] los salarios reales van en aumento[109] y los límites demográficos están llevando a que el foco se ponga en «la actualización tecnológica [y] las mejoras en la productividad» con el fin de mantener el crecimiento.[110] La automatización de las fábricas está a la vanguardia de esta tendencia desindustrializadora: China ya es el mayor comprador de robots industriales y se espera que pronto tenga más de ellos en funcionamiento que Europa o Estados Unidos.[111] La fábrica del mundo se está robotizando. La desindustrialización también puede verse en el *reshoring*, el retorno de la manufac-

tura a las economías desarrolladas en formas automatizadas, sin empleos.[112] Estas tendencias de desindustrialización se están arraigando en las economías en desarrollo de América Latina, el África subsahariana y buena parte de Asia.[113] Incluso en países donde el empleo en el sector manufacturero ha aumentado en términos absolutos, ha habido reducciones significativas en la intensidad laboral del proceso.[114] El resultado de todo esto no es sólo una transición incompleta hacia una clase trabajadora significativa, sino también la obstaculización de la vía laboral esperada para la fuerza de trabajo. La desindustrialización prematura está dejando a buena parte del proletariado urbano del mundo despojado de su subsistencia agrícola y sin la oportunidad de ser contratado en empleos del sector manufacturero. Hay quienes tienen la esperanza de que un incipiente sector de servicios absorba las poblaciones excedentes, aunque esto parece cada vez menos probable. Incluso en la India, el centro de la subcontratación de servicios y de alta tecnología, sólo una pequeña parte de la fuerza laboral trabaja en el sector de la tecnología informática y de comunicaciones.[115] Y lo más importante es que el potencial de los empleos en el sector de servicios está limitado por la ola más reciente de automatización, que probablemente eliminará los trabajos no especializados y mal pagados que tradicionalmente se subcontrataban, como los trabajos de oficina, en *call centers* o de captura de datos, por ejemplo.[116] A medida que este trabajo cognitivo no rutinario se va automatizando, como si la desindustrialización prematura fuera poco, podría producirse un alejamiento prematuro de una economía basada en los servicios. Esto significa que las tendencias tecnológicas emergentes podrían consolidar el mantenimiento de sectores importantes de la humanidad dentro de barrios pobres y economías informales no capitalistas. A fin de cuentas, si bien las medidas del desempleo nos dan cierta idea del tamaño del problema de la población exce-

dente, lo que en realidad expresa la reducción del mercado de trabajo global son la precariedad, las recuperaciones sin empleo y la marginalidad urbana multitudinaria.

LA VENGANZA DEL EXCEDENTE

Por un lado, los excedentes cada vez mayores resultan beneficiosos para los intereses capitalistas. Sirven como herramienta disciplinaria contra la clase trabajadora (en particular, cuando se filtra a través del racismo, el nacionalismo y el sexismo) y como reserva para ocupar en periodos de crecimiento. Reducen los salarios, siembran la competencia entre los trabajadores y encadenan las ambiciones del proletariado. Éstas forman parte de las razones que subyacen al impulso gradual por incorporar a la población mundial a una fuerza de trabajo global, fomentada por el imperialismo y la globalización.[117] Por otro lado, el capital requiere de un *tipo* particular de población excedente: barata, dócil y maleable.[118] Sin estas características, este exceso de humanidad se convierte en un problema para el capital. No conforme con tumbarse y aceptar su disponibilidad, se hace escuchar mediante revueltas, migración masiva, criminalidad y todo tipo de acciones que perturban el orden existente. Por tanto, el capitalismo debe producir un excedente disciplinado y, al mismo tiempo, desplegar violencia y coerción contra quienes se resisten.

Una de las principales formas de lidiar con el excedente rebelde ha sido abogar por el ideal social democrático del pleno empleo, en el que todos los trabajadores (varones) físicamente capaces tienen un trabajo. En apoyo a este ideal, las políticas económicas buscan reincorporar el excedente al capitalismo en forma de trabajadores disciplinados y remunerados, asegurados por un consenso hegemónico entre los representantes de la

mano de obra y el capital. El apogeo de este enfoque se dio durante el periodo de posguerra, cuando la lucha de la clase trabajadora y la preocupación de los conservadores por el orden social posicionaron el pleno empleo como un objetivo económico necesario.[119] En esta breve «época de oro» del capitalismo, el desempleo se conservó en un nivel mínimo y el capital tuvo que buscar poblaciones precapitalistas en todo el mundo para expandirse y acumularse.[120] En buena parte, el crecimiento del empleo se logró mediante un crecimiento económico saludable que incrementó la demanda de mano de obra.[121] Históricamente, el crecimiento de la economía nacional ha tendido a ser importante para repeler los efectos del desempleo tecnológico, ya sea aumentando la producción de las industrias existentes o inventando nuevas industrias para emplear a los trabajadores desplazados. Por ejemplo, durante la segunda mitad del siglo XIX, el aumento en la producción de bienes de capital generó empleos que compensaron la población excedente recién liberada del sector agrícola.[122] En las épocas de preguerra y posguerra, el crecimiento de los empleos manufactureros se mantuvo gracias al aumento del consumismo de masas y a los incrementos en el gasto militar de los gobiernos.[123] En la actualidad, podemos ver intentos similares por generar nuevos mercados mediante la acumulación por despojo; es decir, la conversión de bienes públicos o comunes en mercancías privatizadas (y monetizadas). Sin embargo, si se quiere que los aumentos en la demanda laboral sean exitosos, se requiere el suministro adecuado de mano de obra, lo cual implica la existencia de una fuerza de trabajo cada vez más especializada. La educación ha sido el principal medio para lograr esto: la educación secundaria, por ejemplo, tiene sus orígenes en los esfuerzos por producir más trabajadores especializados. La exigencia de educar a los trabajadores para el empleo tuvo un amplio apoyo durante el mayor periodo de desempleo de la Gran Depre-

sión[124] y los primeros neoliberales llegaron incluso a argumentar que la educación era necesaria sólo para adaptar a los seres humanos a los constantes cambios en la economía.[125] Hoy en día, las áreas de crecimiento del mercado laboral tienden a situarse en trabajos especializados, no rutinarios y cognitivos.[126] Ello significa que cualquier intento por lograr el pleno empleo requiere, de manera cada vez más notoria, nuevas capacidades de los trabajadores —una exigencia que ayuda a explicar los agresivos esfuerzos por reducir la educación superior a una formación laboral glorificada—.[127] El objetivo general de la sociedad se convierte en la producción de sujetos competitivos que se someten a un constante proceso de mejora en un esfuerzo interminable por lograr que se los considere «empleables».[128] La exigencia de que los trabajadores se pongan al día constantemente y que las políticas apoyen el crecimiento económico saludable son componentes necesarios para impulsar el pleno empleo.[129]

Sin embargo, si bien los llamados por un mayor número de empleos siguen siendo ubicuos desde un punto de vista ideológico, la viabilidad práctica del pleno empleo ha desaparecido en gran medida. Con los mercados laborales estrechos en el periodo de posguerra, la fuerza resultante de la clase trabajadora se convirtió en un problema cada vez mayor para el capitalismo. En particular, la crisis de la estanflación en los años setenta brindó una oportunidad de revertir la prioridad otorgada al empleo. Las presiones de clase y sus efectos —la suspensión del trabajo, la inflación salarial, las ganancias a la baja— fueron un factor importante en las decisiones de los bancos centrales de elevar las tasas de interés, con la esperanza de reducir la demanda agregada e incrementar el desempleo.[130] A decir verdad, con el tiempo, el principal asesor económico de Thatcher aceptó que la guerra contra la inflación era en realidad una guerra contra la clase trabajadora.[131] La estrecha política

monetaria de principios de los años ochenta fue, entonces, un esfuerzo por socavar el poder de la clase trabajadora, aumentar el desempleo a una tasa aceptable para el capital y terminar con el sueño del pleno empleo. Sin embargo, aun cuando no se hubiera atacado el pleno empleo, éste habría requerido de un fuerte crecimiento económico, una condición que parece cada vez menos probable para la economía global. En años recientes, el crecimiento global ha sido significativamente menor que durante el periodo anterior a la crisis.[132] Economistas de todo el espectro político advierten que los cambios fundamentales de la economía conllevan el estancamiento del crecimiento en un estado permanentemente menor.[133] Más aún, las empresas que encabezan los sectores de crecimiento —como Facebook, Twitter e Instagram— no son capaces de generar trabajos en la misma escala que empresas clásicas como Ford y GM.[134] De hecho, las nuevas industrias sólo están empleando un 0,5 por ciento de la fuerza laboral estadounidense —difícilmente un récord inspirador de generación de empleo—.[135] Y, tras un declive constante, el negocio nuevo promedio genera un 40 por ciento menos de empleos que hace veinte años.[136] El viejo plan socialdemócrata para alentar el empleo en las nuevas industrias se tambalea frente a las empresas de baja intensidad laboral y el titilante crecimiento económico. Aun así, podríamos imaginar que, con la presión política y las políticas adecuadas, el retorno al pleno empleo podría ser posible.[137] No obstante, dado que el auge de la época socialdemócrata requería la exclusión de las mujeres de la fuerza laboral remunerada, deberíamos preguntarnos si el pleno empleo en realidad fue posible en algún momento.

Si bien el pleno empleo sigue operando sólo como una mistificación ideológica, su normalización del trabajo aún se extiende a los desempleados. Un ejemplo cada vez más insidioso de ello es la transformación de los beneficios sociales y el ascenso

de los programas de trabajo para desempleados —es decir, obligar a la gente a trabajar para recibir beneficios—. Como reflejo de la suerte mudable del pleno empleo, el desempleo ha estado gobernado desde hace tiempo por distintas ideas.[138] Los enfoques iniciales veían el desempleo como un accidente individual, algo que podía mitigarse con soluciones que involucraran algún tipo de seguro. Sin embargo, este enfoque se vio abrumado por el desempleo masivo de la Gran Depresión y, en consecuencia, el desempleo llegó a ser visto como un problema estructural (y de varones). El movimiento laboral se convirtió en un movimiento del empleo y los gobiernos adoptaron políticas de bienestar y pleno empleo como respuesta parcial. En la actualidad, muchas de las transformaciones que está experimentando el Estado de bienestar pueden entenderse como un intento por revivir la función disciplinaria de los desempleados. Su mano de obra gratuita, en la forma de programas de trabajo para los desempleados, actúa para contener los salarios y amenazar los trabajos de los empleados; la figura de «buscador de empleo» le impone una norma de trabajo a todos, y los ataques a los beneficios por discapacidad convierten incluso a quienes están fuera de la fuerza laboral en un ejército de reserva de trabajadores potenciales.[139] Los desempleados deben cumplir con una lista cada vez más larga de condiciones para obtener beneficios mínimos: asistir a cursos de formación, solicitar trabajo de manera constante, escuchar consejos e incluso trabajar gratis. El aumento de la vigilancia y el control están concebidos para producir una población excedente no sólo obediente, especializada y flexible, sino que ejerza presión sobre quienes están empleados. Por tanto, realmente no importa si estos esquemas reducen el desempleo o no, dado que su objetivo es otro.[140] Cada vez más, el Estado de bienestar se está convirtiendo en poco más que una institución concebida para desplegar al excedente en contra de la clase trabajadora.

La administración de las poblaciones excedentes no sólo gira en torno a la producción de trabajadores disciplinados y buscadores de trabajo maleables. Cada vez más, las medidas de dominación y castigo se están convirtiendo en la norma para lidiar con el acceso al capital. Por ejemplo, la composición y el tamaño de este grupo están fuertemente regulados mediante las políticas de inmigración. Para el excedente, además de haber sido una constante histórica, migrar a países con mejores perspectivas laborales es una respuesta común ante el desempleo. En el siglo XIX, a medida que la mecanización de la agricultura transformaba el campo, el resultado predominante era la emigración masiva al Nuevo Mundo.[141] No obstante, hoy en día la opción de migrar es cada vez más difícil para los habitantes de los países en desarrollo. Si bien existen varias razones que justifican los controles migratorios más herméticos, la que más ha predominado es reducir la oferta laboral excesiva y potencialmente rebelde.[142] Hoy en día estamos presenciando la militarización de la frontera entre México y Estados Unidos, así como el ascenso de la Fortaleza de Europa, en respuesta al temor erróneo de que los extranjeros terminen ocupando los empleos disponibles. Sin embargo, la desesperación de los emigrantes por encontrar un trabajo decente es tal que emprenden el peligroso viaje a un nuevo país aun cuando enfrenten la amenaza de la muerte. El resultado es que durante los últimos quince años han muerto más de veintidós mil migrantes que intentaban llegar a Europa, más que los seis mil que han muerto tratando de cruzar la frontera entre México y Estados Unidos y que los más de mil quinientos que buscaban llegar a Australia.[143] Estas barreras mortales para la migración constituyen uno de los principales mecanismos que se usan en la actualidad para segregar y administrar las poblaciones excedentes en todo el mundo. Parte integral de este trato a los migrantes es la codificación racial: estos migrantes no son sólo otros individuos,

sino que también pertenecen a otras razas. Ya sean «hordas extranjeras» que amenazan la santidad de la frontera europea o trabajadores textiles inmigrantes en Tailandia sujetos a la hiperexplotación y al abuso, las jerarquías raciales son un componente esencial en el control de las poblaciones excedentes.[144]

Cuando no se logra incorporar al excedente en una fuerza de trabajo excesiva disciplinada, el Estado siempre puede recurrir a encerrar, excluir y brutalizar a grandes secciones de la población excedente. En todo el mundo, la encarcelación masiva ha ido en aumento y el tamaño de las poblaciones de presos se ha incrementado en términos tanto absolutos como relativos.[145] Más aún, existe un componente racial significativo en esto, sobre todo en la encarcelación masiva de la población negra en Estados Unidos, aunque también de musulmanes en buena parte de Europa, de aborígenes en Canadá y la detención y deportación de migrantes extranjeros en todo el mundo.[146] Estos sistemas de encarcelación masiva deben entenderse como algo que va más allá de las prisiones, pues comprenden toda una red de leyes, tribunales, políticas, costumbres y reglas que funcionan para subyugar a un grupo de personas.[147] La encarcelación masiva es un sistema de control social orientado, ante todo, a las poblaciones excedentes y no al crimen. Por ejemplo, el aumento del desempleo en el sector manufacturero está asociado globalmente con aumentos en el empleo de policía.[148] A medida que el ejército de reserva crece, también crece el aparato punitivo del Estado. De igual forma, la expansión de los centros de detención de inmigrantes responde a la desaparición de las economías de subsistencia y a la formación de un proletariado móvil.[149] Quienes no están dispuestos a vivir en barrios pobres buscan mejores oportunidades en otros lugares, sólo para ser encerrados o abandonados a su suerte en el Mediterráneo. El sistema estadounidense es quizá el ejemplo más claro de cómo se entrelazan las poblaciones exceden-

tes y la vigilancia policiaca. El aumento bien documentado de la encarcelación masiva en las últimas décadas no fue una respuesta a mayores índices de crimen,[150] sino más bien a la proliferación de guetos de desempleados y a los avances del movimiento por los derechos civiles. La naturaleza racializada de este sistema es bien conocida, pero los criterios de encarcelación no pueden entenderse por completo sin hacer referencia a la clase y a las poblaciones excedentes. Por ejemplo, a las poblaciones negras de clase media y alta suele dejárselas tranquilas,[151] mientras que la amplia mayoría de la población en las prisiones consiste en «pobres, con trabajo o sin él».[152] De igual manera, las disparidades en la encarcelación en términos de clase supera las disparidades entre razas,[153] y el aumento de la encarcelación masiva de negros coincide con la reducción de empleos para esa misma población.[154] De hecho, la naturaleza racial de la encarcelación masiva en Estados Unidos se deriva «exclusivamente» del encierro en extremo desproporcionado de las poblaciones negras de clase baja.[155] Así, la encarcelación masiva se ha convertido en un medio para controlar y lidiar con ese excedente que se ha visto excluido del mercado laboral y ha quedado en la pobreza. Espacialmente concentrados en los guetos de los barrios pobres, esos grupos se convirtieron en blanco fácil del control estatal. Esto se cruza con la raza, por supuesto, dado que los orígenes de los guetos de desempleados residen en la exclusión activa de la población negra de Estados Unidos. De muchas formas, el sistema carcelario perpetúa el legado de la esclavitud, de Jim Crow y los guetos, sustituyendo muchas de sus funciones con un nuevo sistema de exclusión.[156] No obstante, la clase nos permite ver una distinción: mientras esos sistemas anteriores de control social explotaban la mano de obra gratuita e intentaban transformar a las poblaciones negras en una fuerza de trabajo disciplinada, el sistema de prisión moderno está concebido en buena medi-

da para excluir y controlar a la población excedente.[157] Debido a las repercusiones de los antecedentes penales, el sistema carcelario trae consigo una triple exclusión: del capital cultural y educativo, de la participación política y de la ayuda pública.[158] El resultado final es que la encarcelación inicia un círculo vicioso con los pobres urbanos que quedan desempleados y no pueden encontrar un empleo, de manera que estos grupos se reproducen interminablemente como algo externo al capital.[159] En lugar de reformar, educar y reintegrar a los prisioneros a la sociedad capitalista, se establecen sistemas retorcidos para mantenerlos fuera de ella y prevenir su reincorporación al trabajo remunerado normal después de salir de prisión. En casos extremos, estas poblaciones se vuelven sencillamente desechables y quedan ubicadas fuera de la sociedad normal y sujetas a la violencia gratuita. El resultado final es un sistema que produce y reproduce de manera permanente la exclusión de la economía formal. Estas poblaciones se consideran desechables y están sujetas a toda la brutalidad policiaca y violencia estatal que pueda exhibirse en su contra. Así pues, estamos ante una amplia gama de mecanismos —desde la integración disciplinada hasta la exclusión violenta— que el Estado y el capital utilizan para lidiar con las poblaciones excedentes.

LA CRISIS DEL TRABAJO

Como hemos visto, existe una creciente población de gente ubicada fuera del trabajo formal y remunerado que se las arregla con prestaciones sociales mínimas, trabajo informal de subsistencia o medios ilegales. En todos los casos, la vida de esta gente se caracteriza por la pobreza, la precariedad y la inseguridad. Sencillamente, no hay empleos para todos. A medida que el orden hegemónico predicado sobre empleos decentes y

estables se viene abajo, es más probable que el control social recurra a medidas cada vez más coercitivas: programas de trabajo más duros para desempleados, mayor antagonismo en torno a la inmigración, controles más estrictos sobre el movimiento de las personas y encarcelación masiva para quienes se resisten a ser relegados. Ésta es la crisis del trabajo que enfrentan el neoliberalismo y las poblaciones excedentes que conforman buena parte de la fuerza laboral en el mundo.

Con el potencial para la automatización extensiva del trabajo —tema que abordaremos más a fondo en el siguiente capítulo—, es probable que veamos las siguientes tendencias en los años por venir:

1. La precariedad de la clase trabajadora en las economías desarrolladas se intensificará debido al excedente en el suministro global de mano de obra (producto tanto de la globalización como de la automatización).
2. Las recuperaciones sin empleo seguirán haciéndose más profundas y largas y afectarán sobre todo a quienes tienen empleos que puedan automatizarse en ese momento.
3. Las poblaciones de los barrios pobres seguirán aumentando debido a la automatización del trabajo no especializado en el sector de servicios y se verán exacerbadas por la desindustrialización prematura.
4. La marginalidad urbana en las economías desarrolladas aumentará su tamaño a medida que se automaticen los empleos no especializados y mal pagados.
5. La transformación de la educación superior en una formación para el trabajo se acelerará en un intento desesperado por incrementar el suministro de trabajadores muy especializados.
6. El crecimiento seguirá lento, por lo que la expansión de los nuevos tipos de empleos será poco probable.

7. Los cambios en los programas de trabajo para desempleados, los controles de inmigración y la encarcelación masiva se incrementarán al tiempo que quienes no tienen un empleo se verán cada vez más sujetos a controles coercitivos y economías de subsistencia.

Por supuesto, ninguno de estos resultados es inevitable, pero este análisis está basado tanto en las tendencias actuales del capitalismo como en los problemas que podrían surgir a medida que sigan creciendo las poblaciones excedentes. Estas tendencias auguran una crisis del trabajo y una crisis de cualquier sociedad basada en la institución del trabajo remunerado. Bajo el capitalismo, el empleo ha sido fundamental para nuestra vida social y el sentido de quiénes somos, así como la única fuente de ingresos para la mayoría. Lo que auguran las próximas dos décadas es un futuro en el que la economía global será cada vez menos capaz de producir empleos suficientes (y mucho menos buenos) y en el que, no obstante, seguiremos dependiendo del empleo para subsistir. Los partidos políticos y sindicatos parecen ignorar esta crisis y siguen luchando por lidiar con sus síntomas, aun cuando la automatización promete relegar a cada vez más trabajadores. Frente a estas tensiones, el proyecto político de la izquierda del siglo XXI debe ser construir una economía en la que la gente ya no dependa del trabajo remunerado para sobrevivir.

Como argumentaremos en los siguientes capítulos, esta lucha puede y debe abarcar diversos enfoques: ello significa crear ideas hegemónicas en torno a la obsolescencia del trabajo monótono, desplazar los objetivos de los sindicatos de la resistencia ante la automatización a los trabajos compartidos y a las semanas de trabajo reducidas,[160] demandar subsidios gubernamentales para la inversión en automatización y aumentar el costo de la mano de obra para el capital,[161] junto con muchas otras opciones.[162]

Significa oponerse a la expulsión de las poblaciones excedentes y atacar los mecanismos utilizados para controlarlas. La encarcelación masiva y el sistema racializado de dominación asociado a ella deben abolirse,[163] y los mecanismos espaciales de control —que van desde los guetos hasta los controles fronterizos— deben desmontarse para garantizar el libre movimiento de las personas. El Estado de bienestar debe defenderse, no como un fin en sí mismo sino como un componente necesario de una sociedad postrabajo más amplia. El futuro permanece abierto y decidir qué dirección tomará la crisis del trabajo es precisamente la lucha política que enfrentamos.

6.
IMAGINARIOS POSTRABAJO

La meta del futuro es el desempleo pleno.

ARTHUR C. CLARKE

Mientras que el capítulo anterior analizaba las condiciones sociales cambiantes que hacen cada vez más necesario un mundo postrabajo, este capítulo esbozará lo que ese mundo puede significar en la práctica.[1] Para lograrlo, planteamos algunas demandas generales que permitan comenzar a construir una plataforma para una sociedad postrabajo. Al afirmar la centralidad de estas demandas, rompemos con una tendencia generalizada de la izquierda radical de hoy, según la cual no hacer demandas es el culmen del radicalismo.[2] Los críticos que piensan así suelen afirmar que hacer una demanda significa ceder al orden existente de las cosas, pues se pide algo a una autoridad y, por ende, se la legitima. Sin embargo, estas explicaciones pasan por alto el antagonismo que yace en el centro de la formulación de demandas y las maneras en que éstas resultan esenciales para constituir un agente activo de cambio.[3] Bajo esta luz, el rechazo a las demandas es un síntoma de confusión teórica y no de progreso práctico. Una política sin demandas no es más que una colección de cuerpos sin propósito. Cualquier visión significativa del futuro planteará propuestas y metas, y este capítulo es una contribución a esa discusión potencial. Ninguna de las propuestas que se presentan es radicalmente nueva, pero su fuerza está en parte en ello: no se trata de un proyecto desconectado, pues ya existen marcos y movimientos que han cobrado impulso en el mundo.

Hoy en día, las demandas revolucionarias parecen ingenuas y las demandas reformistas, fútiles. Con demasiada frecuencia, ahí termina el debate: cada bando denuncia al otro y el imperativo estratégico de transformar nuestras condiciones se olvida. Las demandas que proponemos están pensadas, por tanto, como *reformas no reformistas*. Con esto queremos decir tres cosas. En primer lugar, tienen una faceta utópica que tensa todos los límites de lo que el capitalismo puede conceder. Esto las convierte de solicitudes amables en exigencias insistentes cargadas de beligerancia y antagonismo. Demandas como éstas combinan la orientación al futuro de las utopías con la intervención inmediata de la exigencia, invocando un «utopismo sin apología».[4] En segundo lugar, estas propuestas no reformistas se fundan en tendencias reales del mundo actual, lo cual les da una viabilidad de la que carecen los sueños revolucionarios. En tercer lugar, lo que es más importante, dichas demandas modifican el equilibrio político actual y construyen una plataforma para un desarrollo ulterior. Antes que una transición mecánica al siguiente estadio predeterminado de la historia,[5] las demandas proyectan una vía de escape abierta del presente. Las propuestas que presenta este capítulo no nos liberarán del capitalismo, pero sí prometen liberarnos del neoliberalismo y establecer un nuevo equilibrio de fuerzas políticas, económicas y sociales. Entre el consenso socialdemócrata y el consenso neoliberal, nuestro argumento afirma que la izquierda debería movilizarse en torno a un consenso postrabajo. Con una sociedad postrabajo tendríamos aún más potencial para lanzarnos hacia metas más grandes, pero éste es un proyecto que debe llevarse a cabo a largo plazo: en décadas, más que en años; en giros culturales, más que en ciclos electorales. Dada la realidad de la izquierda debilitada de hoy, sólo existe un camino hacia delante: reconstruir pacientemente su poder –un tema que se tratará en los capítulos siguientes–. No hay

otra forma de hacer que un mundo postrabajo ocurra. Por tanto, debemos ocuparnos de estas metas estratégicas a largo plazo y reconstruir las agencias colectivas que podrían, a la larga, hacerlas realidad. Al dirigir la izquierda hacia un futuro postrabajo no sólo se apuntará hacia logros importantes —como la reducción del trabajo monótono y la pobreza— sino que en el proceso se construirá poder político. En última instancia, creemos que una sociedad postrabajo no sólo se puede alcanzar, dadas las condiciones materiales, sino que también es viable y deseable.[6] Este capítulo traza un camino hacia delante: construir una sociedad postrabajo sobre la base de una economía plenamente automatizada, reducir la semana laboral, implementar un ingreso básico universal y alcanzar un giro cultural en la comprensión del trabajo.

LA AUTOMATIZACIÓN PLENA

Nuestra primera demanda es una economía plenamente automatizada. Mediante el uso de los últimos desarrollos tecnológicos, esta economía apuntaría a liberar a la humanidad de la monotonía del trabajo y a producir al mismo tiempo cantidades cada vez mayores de riqueza. Sin una automatización plena, los futuros poscapitalistas deben escoger necesariamente entre la abundancia a expensas de la libertad (haciendo eco de la centralidad del trabajo en la Rusia soviética) o la libertad a expensas de la abundancia, representada por las distopías primitivistas.[7] Con la automatización, en cambio, las máquinas pueden encargarse cada vez más de producir todos los bienes y servicios necesarios, al tiempo que liberan a la humanidad del esfuerzo de producirlos.[8] Por esta razón, argumentamos que las tendencias hacia la automatización y la sustitución de la fuerza de trabajo humana deberían acelerarse con entusiasmo y seña-

larse como un proyecto político de la izquierda.[9] Éste es un proyecto que toma una tendencia capitalista existente y busca impulsarla más allá de los parámetros aceptables para las relaciones sociales capitalistas.

Durante mucho tiempo, el capitalismo ha sido sinónimo de cambios rápidos en la tecnología: impulsados por el imperativo de la acumulación, los medios de producción se transforman de manera continua.[10] En el siglo XIX, la agricultura comenzó a mecanizarse y pequeñas parcelas de tierra se centralizaron cada vez más en granjas industriales más y más grandes. El trabajo artesanal también se transformó, pero la maquinaria parecía una intervención ajena al proceso de producción. El trabajo que alguna vez fuera emprendido por mano de obra especializada se dividió en tareas constitutivas no especializadas y se llevó a cabo casi siempre con el uso de maquinaria.[11] A los trabajadores se les asignaron tareas parciales y las herramientas que alguna vez habían dominado se convirtieron en máquinas que los conducían rítmicamente.[12] El trabajo se volvió cada vez más repetitivo, carente de especialización y gobernado por la maquinaria, lo cual produjo una mayor demanda de mano de obra barata y sin especialización (en particular, mujeres y niños).[13] A principios del siglo XX, esta tendencia comenzó a cambiar con la introducción de tecnologías que eliminaban las tareas manuales más rutinarias y mundanas (como la carga y el transporte de bienes). Los trabajadores especializados fueron cada vez más necesarios para supervisar las nuevas máquinas, llevando a cabo labores de servicio en expansión y administrando las compañías cada vez más grandes que iban apareciendo.[14] La necesidad de mano de obra especializada se amplió todavía más a principios del siglo XX con el surgimiento de tecnologías de oficina —máquinas de escribir, fotocopiadoras, etcétera— que requerían técnicos bastante formados. En otras palabras, la tecnología no descualifica de manera unifor-

me y la demanda creciente de mano de obra especializada durante el siglo pasado da fe de ello.[15] Durante este periodo continuó menguando el empleo en las manufacturas, debido a su susceptibilidad a adoptar tecnologías para mejorar la productividad.[16] La automatización de la producción masiva de manufacturas a principios del siglo XX se extendió después a la automatización de la manufactura de lotes pequeños.[17] Mientras que en 1970 el sector industrial empleaba mil robots, hoy en día utiliza más de mil seiscientos millones.[18] En términos de empleo, las manufacturas han alcanzado un punto de saturación global. Incluso en los países en desarrollo, la tendencia apunta a la desindustrialización y el crecimiento del empleo está confinado predominantemente al sector de servicios.[19] Junto con el declive de las manufacturas, la segunda mitad del siglo XX fue testigo de otra transformación. Mientras las primeras tecnologías de oficina habían *complementado* a los trabajadores y aumentado la demanda de mano de obra, el desarrollo de las tecnologías del microprocesador y la computación comenzaron a *reemplazar* el servicio semiespecializado en muchas áreas, como, por ejemplo, las operadoras telefónicas y las secretarias.[20] La robotización de los servicios está tomando impulso, con más de ciento cincuenta mil robots de servicio profesionales vendidos en los últimos quince años.[21] Los trabajos «rutinarios» viven bajo amenaza por ser trabajos que pueden codificarse en una serie de pasos. Una vez que el programador ha creado el software apropiado, son tareas perfectamente adecuadas para las computadoras, lo cual ha conducido a una drástica reducción en el número de trabajos manuales y cognitivos de rutina durante las últimas cuatro décadas.[22] El resultado ha sido una polarización del mercado laboral, ya que muchos trabajos de salario medio y especialización media son rutinarios y, por ende, susceptibles de ser automatizados.[23] En América del Norte y Europa Oriental, el mercado laboral se ca-

racteriza ahora por la predominancia de trabajadores en empleos manuales y de servicios de baja especialización y bajos salarios (por ejemplo, la comida rápida, la venta al por menor, el transporte, la hostelería y los almacenes), junto con un número menor de trabajadores en empleos cognitivos no rutinarios de alta especialización y altos salarios.[24]

La ola más reciente de automatización está a punto de cambiar de manera drástica esta distribución del mercado laboral, ya que ha llegado para abarcar todos los aspectos de la economía: la recolección de datos (identificación de radiofrecuencias, macrodatos); los nuevos tipos de producción (la producción flexible de robots,[25] la manufactura aditiva,[26] la comida rápida automatizada); los servicios (servicio al cliente con robótica suave, el cuidado de personas mayores); la toma de decisiones (modelos computacionales, agentes de software); la asignación financiera (comercio algorítmico), y, especialmente, la distribución (la revolución logística, los vehículos autónomos,[27] los drones cargueros y los almacenes automatizados).[28] En todas y cada una de las funciones de la economía —desde la producción hasta la distribución, desde la administración hasta la venta al por menor— vemos tendencias de gran escala hacia la automatización.[29] Esta última ola de automatización se predica sobre mejoras algorítmicas (en particular, el aprendizaje automático y el aprendizaje profundo), los rápidos avances en la robótica y el crecimiento exponencial del poder de las computadoras (fuente de megadatos), que se conjuntan en una «segunda era de la máquina» que transforma el abanico de tareas que las máquinas pueden cumplir.[30] Esto crea una era históricamente singular en varios sentidos. Las nuevas tecnologías de reconocimiento de patrones hacen que las tareas rutinarias y *también* las tareas no rutinarias sean objeto de automatización: las complejas tecnologías de la comunicación hacen que las computadoras sean mejores que los seres humanos en ciertas tareas de conocimien-

to especializado y los avances en la robótica están logrando rápidamente que la tecnología sea mejor en una amplia variedad de tareas manuales.[31] Por ejemplo, los vehículos autónomos implican la automatización de tareas manuales no rutinarias y ahora los robots cumplen tareas cognitivas no rutinarias como la redacción de noticias o la búsqueda de jurisprudencia.[32] El alcance de estos avances significa que todo el mundo, desde los analistas bursátiles hasta los trabajadores de la construcción, pasando por los cocineros y los periodistas, podrá ser reemplazado por máquinas.[33] Los trabajadores que desplazan signos en una pantalla corren el mismo riesgo que aquellos que desplazan bienes en un almacén. Un informe predice una «despoblación de las salas de transacciones» a medida que los robots continúen entrando en el mundo financiero;[34] los trabajos de venta al por menor —que durante mucho tiempo fueron bastión del empleo posindustrial— están listos para ser tomados por las máquinas,[35] y se pronostica que más de ciento cuarenta millones de trabajos cognitivos en todo el mundo serán eliminados.[36] Si bien la última ola de automatización condujo a una polarización del mercado laboral, esta ola aún más reciente parece destinada a diezmar el sector de baja especialización y bajos salarios de dicho mercado.[37] A medida que los robots sustituyan la mano de obra humana, hay más probabilidades de que los trabajadores se enfrenten a bajos salarios y a una pauperización creciente.[38] Así pues, la ola emergente de automatización como mínimo cambiará de forma drástica la composición del mercado laboral y conducirá potencialmente a una reducción significativa en la demanda de mano de obra.

Varios economistas han señalado, empero, que la productividad no ha crecido como se esperaría de una revolución de la automatización.[39] Si una máquina reemplaza a la mitad de los trabajadores de una fábrica, la productividad debería duplicarse en caso de que la fábrica produjera el mismo número de bie-

nes. No obstante, lo que en realidad se registró a lo largo de la década pasada fue una amplia desaceleración global en el crecimiento de la productividad y más después de la crisis.[40] Si dejamos de lado el hecho de que la productividad es una cosa tremendamente difícil de medir, creemos que unos cuantos fenómenos pueden ayudar a explicar esta anomalía. En primer lugar, es muy probable que los bajos salarios refrenen la inversión en tecnologías de mejora de la productividad. El acceso a una gran reserva de mano de obra barata significa que las compañías tienen menos incentivos para concentrarse en la inversión de capital. ¿Por qué comprar máquinas nuevas si los trabajadores baratos harán lo mismo por menos dinero? Esto significa que en el esfuerzo por alcanzar la automatización plena, la lucha por salarios más altos en el ámbito global es una tarea complementaria crucial. En segundo lugar, es probable que haya un factor de retraso en el trabajo. En los años noventa, a la revolución de la tecnología de la información le costó un tiempo verse reflejada en cifras de productividad, ya que las compañías debían invertir y después adaptarse a las nuevas capacidades de dichas tecnologías. Las organizaciones se deben cambiar, hay que aprender nuevas habilidades y los procesos deben ser revisados con el fin de que el uso de las nuevas tecnologías sea efectivo. En general, parece que las inversiones en tecnologías digitales se enfrentan a demoras de entre cinco y quince años.[41] Hoy en día, muchas de las tecnologías que discutimos son increíblemente nuevas y ni siquiera se imaginaban apenas hace una década. Esta novedad significa que podemos esperar una demora en la respuesta de las cifras de productividad, mientras las tecnologías son adoptadas y después adaptadas a la forma en que funcionan los negocios.[42] Por último, y lo que es más importante, nuestro argumento aquí se apoya en gran medida en una afirmación normativa más que en una descriptiva. La automatización plena es algo que puede y debe ser logrado, in-

dependientemente de que se esté llevando a cabo o no. Por ejemplo, de las compañías estadounidenses que se beneficiarían con la incorporación de robots industriales, menos de un 10 por ciento lo ha hecho.[43] Ésta es sólo un área para que se afiance la automatización plena y reitera la importancia de hacer de esta automatización una *demanda política*, antes que asumir que llegará por *necesidad económica*. Hay diversas políticas que pueden ayudar en este proyecto: una mayor inversión estatal, salarios mínimos más altos e investigación dedicada a las tecnologías que reemplacen a los trabajadores, en lugar de aumentarlos. En los cálculos más detallados del mercado laboral, se señala que entre 47 y 80 por ciento de los trabajos actuales pueden automatizarse.[44] No tomemos este cálculo como una predicción determinista sino como el límite exterior de un proyecto político contra el trabajo. Deberíamos tomar estos números como un parámetro con el que medir nuestro éxito.

Si bien la automatización plena de la economía se presenta aquí como un ideal y una demanda, en la práctica es dudoso que se cumpla por completo.[45] En ciertas esferas, es probable que la mano de obra humana continúe por razones técnicas, económicas y éticas. Técnicamente, en la actualidad, las máquinas todavía son peores que los seres humanos en trabajos que implican creatividad, gran flexibilidad, afecto y en la mayoría de las tareas que dependen de conocimientos tácitos más que explícitos.[46] Los problemas de ingeniería que están implicados en la automatización de estas tareas parecen infranqueables al menos para las dos próximas décadas (aunque hace diez años se hicieron afirmaciones similares acerca de los vehículos autónomos) y un programa de automatización plena apuntaría a invertir en investigación para superar estos límites. Una segunda barrera para la automatización plena tiene razones económicas: ciertas tareas ya pueden ser completadas por máquinas, pero el costo de las máquinas excede el costo de la mano de

obra equivalente.[47] Pese a la eficiencia, la precisión y la productividad de la labor de las máquinas, el capitalismo prefiere las ganancias y, por tanto, utiliza mano de obra humana siempre que resulte más barata que la inversión de capital. Un programa de automatización plena apuntaría a superar también esto, a través de medidas tan simples como el aumento del salario mínimo, el apoyo a los movimientos laborales y el uso de subsidios estatales para incentivar el reemplazo de la mano de obra humana.

Un último límite de la automatización plena es el valor moral que le damos a ciertas labores, como las de cuidado.[48] Muchos defenderían que estas tareas, incluida la crianza de niños, deben ser llevadas a cabo por seres humanos. Podemos esbozar dos enfoques generales sobre este tipo de labores. Un primer enfoque aceptaría que dicha labor tiene valor moral y debería ser llevada a cabo por seres humanos antes que por máquinas. En una sociedad postrabajo, sin embargo, las labores de cuidado pueden tener un valor aún mayor y alejar a la sociedad de la posición privilegiada que se confiere al trabajo rentable. El tiempo libre que se acumula gracias a la automatización plena también podría facilitar la experimentación con organizaciones domésticas alternativas. Existe una larga historia de experimentos utópicos de los que se puede abrevar para repensar la forma en que nuestras sociedades organizan las labores domésticas, reproductivas y de cuidado.[49] Debe subrayarse que, aun así, todo esto requeriría de un movimiento político para lograrse; un mundo postrabajo puede facilitar el cambio, pero no puede garantizarlo. Un enfoque más radical, empero, argumenta que la automatización de buena parte de estas labores debería ser una meta para el futuro.[50] A decir verdad, el estereotipo de que las mujeres proveen cuidado y desean ese trabajo afectivo por naturaleza suele ser un disfraz pernicioso para su explotación continua, pero ¿y si gran parte de esa labor pudie-

ra eliminarse? Tradicionalmente, el cuidado del hogar es un espacio que ha mostrado poco cambio tecnológico: su naturaleza no remunerada y su falta de normas de productividad no le dan al capitalismo muchos incentivos para invertir en la reducción del trabajo del hogar.[51] Sin embargo, las tareas domésticas, como limpiar la casa y doblar la ropa, por ejemplo, se pueden delegar cada vez más a las máquinas.[52] Las tecnologías de asistencia y la computación afectiva también están avanzando en la automatización de cuidados muy personales y vergonzosos que podrían ser más adecuados para robots impersonales.[53] De manera más especulativa, algunos han argumentado que el dolor y el sufrimiento implicados en el embarazo deberían relegarse al pasado, en lugar de confundirse con lo bello y lo natural.[54] En esta visión, las formas sintéticas de reproducción biológica posibilitarían una igualdad recién descubierta entre los sexos. No juzgaremos aquí qué caminos son mejores sino simplemente los mostraremos como opciones abiertas en un mundo postrabajo. Sea cual fuere el enfoque que se tome, la cuestión es que la mano de obra no quedará inmediata ni enteramente eliminada, sino que más bien se reducirá de forma progresiva. La plena automatización es una demanda utópica que apunta a reducir *lo más posible* el trabajo necesario.

NO ODIAS LOS LUNES, ODIAS TU TRABAJO

Una segunda demanda importante para construir una plataforma postrabajo implica el regreso a ideas clásicas sobre la reducción de la semana laboral sin reducción del salario. Desde los inicios del capitalismo, los trabajadores han luchado contra la imposición de horas de trabajo fijas y la demanda por menos horas fue un componente clave del primer movimiento laboral.[55] Las primeras batallas presentaron mucha resistencia bajo

la forma de ausentismo individual, numerosos días festivos y hábitos laborales irregulares.[56] Esta resistencia a las horas de trabajo normales continúa hoy en día bajo la forma de una holgazanería generalizada, con trabajadores que suelen navegar por internet en lugar de hacer su trabajo.[57] Así pues, en cada paso del camino, los trabajadores han luchado por escapar de las horas de trabajo normales, de modo que muchos de los primeros éxitos del movimiento laboral tenían que ver con la reducción del tiempo de trabajo. El fin de semana de dos días, por ejemplo, surgió espontáneamente de la predilección de los trabajadores por beber y pasar un día extra recuperándose en lugar de trabajar.[58] La posterior consolidación del fin de semana como un periodo reconocido y obligado de tiempo libre fue producto de luchas políticas sostenidas (un proceso que no se completó en el mundo occidental sino hasta finales de los años setenta).[59] De la misma manera, los trabajadores obtuvieron éxitos importantes en la reducción de la semana laboral de sesenta horas en 1900 a un poco menos de treinta y cinco durante la Gran Depresión.[60] Fue tal la rapidez del éxito que, durante un periodo de cinco años en la década de 1930, la semana laboral cayó dieciocho horas.[61] Durante los primeros años de la Gran Depresión, la idea de una semana laboral más corta gozó del apoyo bipartidista en Estados Unidos y se llegó a pensar que la legislación para la semana laboral de treinta y cinco horas era inminente.[62] De forma simultánea, los intelectuales profetizaron reducciones aún mayores del tiempo de trabajo, imaginando mundos donde éste se reducía al mínimo. En una declaración clásica, Paul Lafargue defendía la limitación del trabajo a tres horas al día.[63] Keynes respaldó célebremente el mismo resultado, calculando que para 2030 todos estaríamos trabajando quince horas a la semana —aunque es bien sabido que sólo se limitaba a verbalizar las creencias generales de la época—.[64] Marx hizo de la reducción de la semana laboral algo central de

toda su visión poscapitalista, argumentando que representaba un «prerrequisito básico» para alcanzar «el reino de la libertad».[65]

Sin embargo, estas visiones de un día laboral de tres horas han desaparecido. La lucha casi centenaria por un menor número de horas de trabajo terminó abruptamente durante la Gran Depresión, cuando los representantes del comercio y la política gubernamental decidieron utilizar programas de trabajos menores en respuesta al desempleo.[66] Poco después de la Segunda Guerra Mundial, la semana laboral se estabilizó en cuarenta horas en casi todo el mundo occidental y, desde entonces, ha habido pocas reflexiones serias para modificar esta situación.[67] En cambio, sí ha habido una expansión general del trabajo en las décadas que siguieron. Primero, en toda la sociedad se ha visto un incremento del tiempo que se pasa en el trabajo.[68] Cuando las mujeres se incorporaron a la fuerza laboral, las horas de trabajo semanales se mantuvieron igual y, por tanto, el tiempo total dedicado al trabajo aumentó.[69] Además, se ha visto una eliminación progresiva de la distinción entre el trabajo y la vida, de manera que el trabajo ha llegado a penetrar en todos los aspectos de nuestra vida. Muchos estamos atados al trabajo todo el tiempo, con correos electrónicos, llamadas telefónicas, mensajes de texto y ansiedades que nos vulneran constantemente.[70] Los trabajadores asalariados suelen estar obligados a trabajar horas extras que no son reconocidas y muchos trabajadores sienten la presión social de que se los vea trabajando muchísimas horas. Estas exigencias significan que el trabajador estadounidense a jornada completa en realidad le dedica al trabajo algo más cercano a las cuarenta y siete horas a la semana.[71] Encima, una gran cantidad de trabajo queda sin remunerar y, por ende, no cuenta en los datos oficiales (también está en curso una división de género dentro de esta fuerza laboral no remunerada).[72] Mientras que el trabajo remunerado todavía

es difícil de encontrar para muchos, el trabajo no remunerado está proliferando: toda una esfera de «trabajo fantasma» surge con la automatización en los puntos de venta, donde el trabajo se delega sobre los usuarios (piénsese en las cajas de autoservicio y los cajeros automáticos).[73] Además, el trabajo oculto que se requiere para mantener un trabajo: administración financiera, búsqueda de trabajo en caso de estar desempleado, constante actualización de habilidades, tiempo de desplazamiento y la importantísima esfera (marcada por el género) del trabajo que conlleva el cuidado de los niños, los miembros de la familia y demás dependientes.[74]

Si el trabajo se ha extendido a tantas áreas de nuestra vida, el retorno a una semana laboral más corta nos traería varios beneficios. Aparte del más obvio —aumento del tiempo libre—, esto acarrearía una serie de beneficios más sutiles.[75] En primer lugar, reducir la semana laboral constituye una respuesta clave a la automatización en ascenso. De hecho, el papel de esta política en periodos anteriores de automatización se suele olvidar. Muchos comentaristas han apuntado con acierto hacia la historia del cambio tecnológico para demostrar que éste no necesariamente conduce al desempleo masivo. Sin embargo, los periodos principales de automatización coincidieron con reducciones significativas de la semana laboral: el empleo se sostenía redistribuyendo el trabajo. Un segundo beneficio de esta política radica en las diversas ventajas medioambientales. Por ejemplo, las reducciones de la semana laboral conducirían a reducciones importantes en el consumo de energía y de nuestra huella de carbono total.[76] Más tiempo libre también conllevaría una reducción en todos los productos de consumo que se compran para adaptarnos a nuestros frenéticos horarios de trabajo. En términos más generales, el uso de mejoras en la productividad para trabajar menos, en lugar de para producir más, significaría que las mejoras tecnológicas para la eficiencia se encamina-

rían a reducir los impactos medioambientales.[77] La reducción de las horas de trabajo resulta entonces una plataforma esencial dentro de cualquier respuesta al cambio climático. Otras investigaciones sugieren que una semana laboral más corta traería consigo una reducción general del estrés, la ansiedad y los problemas de salud mental fomentados por el neoliberalismo.[78] No obstante, una de las razones más importantes para reducir el tiempo de trabajo es que se trata de una demanda que consolida y a la vez genera el poder de clase. En primer lugar, la reducción del tiempo de trabajo puede implementarse como una táctica temporal en la lucha política —realizar sólo labores estipuladas en el contrato, organizar huelgas y otras formas de remoción del tiempo laboral son medios para ejercer presión sobre los capitalistas—. Pero, en segundo lugar, y esto es lo más importante, la reducción de la semana laboral también fortalece al movimiento de los trabajadores. Al retirar horas laborales del mercado, el suministro total de trabajo disminuye y el poder de los trabajadores aumenta. Tal como lo señalaron dos comentaristas recientemente: «Ninguna otra demanda de negociación fortalece al mismo tiempo la posición desde la cual se negocia. Además, ninguna otra lógica estratégica da inicio a un círculo virtuoso continuo en el que cada victoria establece las condiciones para la fortaleza en la siguiente lucha».[79] Por estas razones, la meta de reducir la semana laboral debería ser una demanda inmediata y prominente de la izquierda del siglo XXI.

Más que la reducción del día laboral, con el objetivo de disminuir el tiempo de transporte y partir de los fines de semana largos que ya existen, nosotros preferimos el establecimiento de un fin de semana de tres días. Esta demanda puede lograrse de varias maneras: a través de las luchas de los sindicatos, por la presión de los movimientos sociales y con cambios legislativos hechos por partidos políticos. Si los sindicatos cons-

truyen una estrategia para el futuro en lugar de aceptar la demanda capitalista de trabajo a cualquier costo, podrían recurrir a la negociación colectiva para aceptar la automatización a cambio de una semana laboral más corta. De hecho, el registro histórico sugiere que los sindicatos suelen ser reactivos ante el cambio tecnológico y que las concesiones salariales sólo retrasan la automatización, en lugar de prevenirla.[80] Un enfoque alternativo que se concentrara en la reducción y dispersión del trabajo podría reducirlo sin dejar a los trabajadores en las calles.[81] También se pueden hacer esfuerzos por obtener el reconocimiento del trabajo extraoficial y no remunerado como parte de la semana laboral, reduciéndola con tan sólo llamar la atención al respecto.[82] Concentrarse en la reducción de la semana laboral también requiere que los sindicatos construyan vínculos con los trabajadores de media jornada y con los trabajadores precarios, pero, aun siendo necesarios los sindicatos en esta lucha, no son suficientes, por la simple razón de que cada sector tiene distintos potenciales para la automatización y el aumento de la productividad.[83] Si se ha de romper con la lógica actual del neoliberalismo, se necesita una lucha más amplia. Los movimientos sociales y las instituciones ideológicas deben contribuir a esa lucha dando forma al espacio de la posibilidad. Varios grupos de expertos, incluida la New Economics Foundation y la Jimmy Reid Foundation, han comenzado a llamar abiertamente a la reducción de la semana laboral.[84] Grupos como la Precarious Workers Brigade [Brigada de Trabajadores Precarios] y Plan C, en el Reino Unido, llaman la atención sobre el trabajo no remunerado y se movilizan en torno a factores relativos a la consideración del trabajo en la sociedad actual,[85] pero, sobre todo, existe ya un gran anhelo público por la reducción de la semana laboral y las encuestas muestran que la mayoría de la población apoya la idea.[86] También existen diversas políticas con distintos enfoques para acortar la sema-

na laboral. Las intervenciones pueden modificar los costos laborales de una base por persona a una base por hora, haciendo que los comercios consideren menos rentable la imposición de horas extras.[87] Países como Bélgica y los Países Bajos han otorgado a los trabajadores el derecho a exigir menos horas sin ser discriminados por sus empleadores. En los Países Bajos también se ha comenzado a acortar la semana laboral en cada extremo del abanico de edades. Los jóvenes y los viejos entran y salen de la fuerza de trabajo, respectivamente, mediante cambios graduales en sus horas de trabajo.[88] Todas estas opciones pueden y deberían ser movilizadas en pos de un proyecto que reduzca la semana laboral.

EL SUELDO NO SE AJUSTA

Estas dos primeras propuestas equivalen a la reducción de la demanda de mano de obra por medio de la automatización plena y a la reducción del suministro de mano de obra mediante el acortamiento de la semana laboral.[89] El resultado combinado de ambas medidas sería la liberación de una cantidad importante de tiempo libre sin una reducción de la producción económica ni un incremento significativo del desempleo. Sin embargo, este tiempo libre tendría poco valor si a la gente le siguiera costando llegar a fin de mes. Como dice Paul Mattick: «El ocio de los hambrientos, o de los necesitados, no es ocio en absoluto, sino una actividad incesante dirigida a mantenerse vivos o a mejorar su situación».[90] Los subempleados, por ejemplo, tienen mucho tiempo libre, pero carecen de los medios para disfrutarlo. Resulta que el subempleo no es sino un eufemismo para un subsalario. Por ello, una demanda esencial en una sociedad postrabajo es un ingreso básico universal (IBU, por sus siglas en inglés) que otorgue a todos los ciudada

nos una cantidad de dinero con la que puedan vivir, sin ningún estudio socioeconómico de por medio.[91] Se trata de una idea que ha aparecido periódicamente a lo largo de la historia.[92] Durante un lapso ahora bien olvidado de los años sesenta y setenta, el ingreso básico fue central en las propuestas de reforma del Estado de bienestar en Estados Unidos.[93] Los economistas, las ONG y los legisladores exploraron la idea con detalle,[94] y en Canadá y Estados Unidos se organizaron varios experimentos a pequeña escala.[95] Fue tal la influencia del IBU que más de mil trescientos economistas firmaron una petición presionando al Congreso de Estados Unidos para aprobar un «sistema nacional de garantías de ingreso».[96] Tres distintas Administraciones consideraron seriamente la propuesta y dos presidentes —Nixon y Carter— intentaron aprobar una legislación para llevarla a cabo.[97] En otras palabras, el IBU estuvo cerca de convertirse en realidad en los años setenta.[98] Si bien Alaska implementó más tarde un ingreso básico financiado por su riqueza petrolera, con la hegemonía neoliberal, la idea desapareció del debate casi por completo.[99] No obstante, en años recientes su popularidad ha resurgido. Tanto en los medios dominantes como en los de tendencia crítica, ha ganado impulso y ha sido retomada por Paul Krugman, Martin Wolf, el *New York Times*, el *Financial Times* y el *Economist*.[100] Los suizos organizarán un referéndum sobre el IBU en 2016, la propuesta ha sido recomendada por comités parlamentarios de otros países, varios partidos políticos la han adoptado en sus programas y se han hecho nuevos experimentos al respecto en Namibia y la India.[101] La idea tiene un alcance global, pues ha sido promovida enérgicamente por grupos en Brasil, Sudáfrica, Italia y Alemania y por una red internacional que incluye a más de veinte países.[102] Así, el movimiento a favor de un IBU resurge de nuevo tras la crisis de 2008 y los regímenes de austeridad que la siguieron.

La demanda de un IBU, sin embargo, está sujeta a las fuerzas hegemónicas en pugna. Está tan abierta a la movilización con miras a una distopía libertaria como en pos de una sociedad postrabajo: una ambigüedad que ha conducido a muchos a fusionar equivocadamente ambos polos. Por tanto, para demandar un IBU es preciso articular tres factores que lo doten de sentido: el IBU debe proporcionar una cantidad de ingreso *suficiente* para vivir; debe ser *universal*, se le debe proporcionar a todos sin condición alguna, y debe ser un *suplemento* del Estado de bienestar, antes que un sustituto. El primer punto es bastante obvio: un IBU debe proporcionar un ingreso materialmente adecuado. La cantidad exacta variará entre países y regiones, pero puede calcularse de manera relativamente fácil con los datos existentes. El riesgo sería que, en caso de tasarse demasiado bajo, el IBU se convirtiera en nada más que un subsidio gubernamental para las empresas. Por otra parte, el IBU debe ser universal y proporcionárselo a todos sin condición alguna. Puesto que no habría estudio socioeconómico ni ninguna otra medida requerida para recibir el IBU, éste quedaría exento de la naturaleza disciplinaria del capitalismo de bienestar.[103] Además, un estipendio universal evita la estigmatización de la asistencia, ya que todo el mundo lo recibe. Como argumentamos en el capítulo 4, invocar el «universalismo» también obliga a la continua subversión de cualquier aplicación restringida del ingreso básico (en términos de la condición de los individuos como ciudadanos, inmigrantes o prisioneros). La demanda de universalidad proporciona la base para una lucha continua por expandir el alcance y la escala del ingreso básico. Finalmente, el IBU debe ser un suplemento del Estado de bienestar. El argumento conservador de un ingreso básico —que debe evitarse a toda costa— es que dicho ingreso debería simplemente sustituir al Estado de bienestar mediante la provisión de una suma de dinero para cada individuo. En este escenario, el IBU se con-

vertiría tan sólo en un vector de la creciente mercantilización, transformando los servicios sociales en mercados privados. Más que constituir una aberración del neoliberalismo, no haría sino extender su gesto esencial de creación de nuevos mercados. Por el contrario, nosotros proponemos que el IBU sea un suplemento de un Estado de bienestar revitalizado.[104]

Si tomamos los argumentos morales y la investigación empírica, hay muchísimas razones para apoyar un IBU: reducción de la pobreza, mejora de la salud pública, reducción de los costos sanitarios, menor abandono escolar en el bachillerato, disminución de delitos menores, más tiempo para la familia y los amigos y menos burocracia estatal.[105] Dependiendo de cómo se presente, el IBU puede granjearse el apoyo de todo el espectro político, desde libertarios, conservadores y anarquistas, hasta marxistas y feministas, entre otros. La potencia de la demanda radica en parte en su ambigüedad, lo que la hace capaz de movilizar un amplio respaldo popular.[106] No obstante, para nuestros propósitos, la importancia del IBU como demanda radica en cuatro factores interrelacionados.

El primer punto que ha de enfatizarse es que la demanda de un IBU es una demanda de transformación política, no sólo económica. A menudo se piensa que el IBU no es más que una forma de redistribución que va de los ricos a los pobres o que sólo es una medida para mantener el crecimiento económico estimulando el consumo. Desde esta perspectiva, el IBU tendría credenciales reformistas impecables y sería poco más que la glorificación de un sistema de impuestos progresivo. Sin embargo, la importancia real de un IBU radica en la forma en que anula la asimetría de poder que existe actualmente entre mano de obra y capital. Como vimos en la discusión sobre poblaciones excedentes, el proletariado se define por estar separado de los medios de producción y subsistencia. El proletariado se ve obligado, por tanto, a venderse en el mercado de trabajo con el

fin de obtener el ingreso necesario para sobrevivir. Los más afortunados nos podemos permitir elegir *qué* trabajo desempeñaremos, pero pocos podemos permitirnos no elegir *algún* trabajo. Un ingreso básico modifica esta condición, otorgando al proletariado medios de subsistencia que no dependen de la mano de obra.[107] En otras palabras, los trabajadores tienen la opción de escoger entre trabajar o no (en muchos sentidos, si seguimos la economía neoclásica al pie de la letra y hacemos del trabajo algo verdaderamente voluntario). Un IBU, por ende, libera de los aspectos coercitivos del trabajo remunerado, desmercantiliza parcialmente la mano de obra y, de esta manera, transforma la relación política entre mano de obra y capital.

Esta transformación —que hace del trabajo algo voluntario más que coercitivo— tiene varias consecuencias importantes. En primer lugar, incrementa el poder de clase al reducir la debilidad del mercado laboral. Las poblaciones excedentes muestran lo que sucede cuando el mercado laboral es demasiado débil: los salarios caen y los empleadores son libres de denigrar a los trabajadores.[108] Por el contrario, cuando el mercado laboral es estrecho, la mano de obra obtiene una ventaja política. El economista Michał Kalecki reconoció esto hace tiempo, cuando argumentó que ahí residía la explicación de la total resistencia al empleo pleno.[109] Si todo trabajador estuviera empleado, la amenaza de ser despedido perdería su carácter disciplinario: habría empleos más que suficientes esperando a la puerta. Los trabajadores tendrían la ventaja y el capital perdería su poder político. La misma dinámica se sostiene para un ingreso básico: al eliminar la dependencia respecto del trabajo remunerado, los trabajadores asumen el control sobre la cantidad de mano de obra que suministran, lo cual les da un poder significativo en el mercado laboral. El poder de clase también se incrementa de diversas formas. Las huelgas son más fáciles de movilizar, pues

los trabajadores ya no deben preocuparse por el descuento de la paga ni por los fondos menguantes de la huelga. La cantidad de tiempo que se pasa trabajando por un salario se modificaría según los propios deseos, y el tiempo libre se pasaría construyendo comunidades e involucrándose en la política. A salvo de las presiones constantes del neoliberalismo, sería posible detenerse y reflexionar. Las ansiedades que rodean el trabajo y el desempleo se reducirían con la red de seguridad de un IBU.[110] Además, la demanda de este ingreso básico combina las necesidades de los empleados, los desempleados, los subempleados, la mano de obra migrante, los trabajadores temporales, los estudiantes y los discapacitados.[111] Con ella, se articula un interés común entre estos grupos y se les proporciona una orientación populista hacia la cual movilizarse.

El segundo aspecto relacionado con el IBU es que transforma la precariedad y el desempleo de un estado de inseguridad en un estado de flexibilidad voluntaria. Con frecuencia se olvida que el impulso inicial a favor de un trabajo flexible provino de los trabajadores, como una forma de demoler la permanencia obligatoria del trabajo fordista tradicional.[112] El carácter repetitivo de un trabajo de nueve a cinco, combinado con el tedio de buena parte del trabajo, difícilmente constituye una expectativa interesante para una carrera laboral de toda la vida. También la demanda de trabajo en el área de cuidados requiere un enfoque flexible, lo cual socava todavía más el atractivo de los trabajos tradicionales. Marx mismo invoca los aspectos liberadores del trabajo flexible en su famosa afirmación según la cual el comunismo «hace de este modo posible que me dedique a una cosa hoy y a otra mañana. Puedo cazar por la mañana, pescar después del mediodía, criar ganado por la tarde y presentar mis propias opiniones críticas después de cenar. Puedo hacer todo eso en función de cómo me sienta, sin tener que convertirme en cazador, pescador, ganadero o crítico».[113] Enfrentado a es-

tos deseos de flexibilidad, el capital los adaptó y los cooptó en una nueva forma de explotación. Hoy, el trabajo flexible se presenta sólo como precariedad e inseguridad, antes que como libertad. El IBU responde a esta generalización de la precariedad y la transforma de un estado temible a un estado de liberación.

El tercer factor es que con un ingreso básico sería necesario repensar los valores que se atribuyen a distintos tipos de trabajo. Dado que los trabajadores ya no se verían forzados a aceptar cualquier empleo, podrían rechazar aquellos empleos por los que pagaran muy poco, que requirieran demasiado trabajo, que no ofrecieran beneficios o que fueran denigrantes y poco dignos. Los empleos mal remunerados suelen hacerse en condiciones extremas y sin derecho alguno. Con un programa de IBU es poco probable que muchos lo aceptaran. El resultado sería que el trabajo peligroso, aburrido o poco atractivo tendría que ser mejor pagado, al tiempo que trabajos más gratificantes, estimulantes y atractivos no serían tan bien pagados. En otras palabras, la *naturaleza* del trabajo, y no sólo su *rentabilidad*, se convertiría en la medida de su valor.[114] El resultado de esta revalorización también querría decir que, conforme aumentaran los salarios para los peores trabajos, habría nuevos incentivos para automatizarlos. El IBU, por tanto, forma un ciclo de retroalimentación positiva junto con la demanda de automatización plena. Por otra parte, un ingreso básico no sólo transformaría el valor de los peores trabajos, sino que también reconocería hasta cierto punto el trabajo no remunerado de buena parte de las tareas de cuidado. De la misma manera en que la demanda de salarios para las labores domésticas reconoció y politizó el trabajo de las mujeres en casa, un IBU reconoce y politiza la manera generalizada en que todos somos responsables de la reproducción de la sociedad: del trabajo informal y del formal, del doméstico y del público, del individual y del colectivo. Lo que resulta central no es el trabajo productivo, definido el mismo en términos marxis-

tas tradicionales o neoclásicos, sino más bien la categoría más general de trabajo reproductivo.[115] Dado que todos contribuimos a la producción y reproducción del capitalismo, nuestra actividad también merece ser remunerada.[116] Al reconocer lo anterior, el IBU señala un desplazamiento de la remuneración basada en la capacidad a la remuneración basada en la necesidad básica.[117] Aquí se rechazan todas las variaciones genéticas, históricas y sociales que hacen del esfuerzo una medida pobre de la valía de una persona y, en lugar de ello, la gente es valorada simplemente por ser gente.

Por último, un ingreso básico es una propuesta fundamentalmente feminista. El que desestime la división de género en el trabajo le permite superar algunos de los sesgos del Estado de bienestar tradicional que se predicaban sobre la figura del varón proveedor.[118] De la misma manera, reconoce las contribuciones de las trabajadoras domésticas no remuneradas a la reproducción de la sociedad y, en consecuencia, les proporciona un ingreso. La independencia económica que viene con un ingreso básico también es crucial para desarrollar la libertad sintética de las mujeres. Dicha independencia permite experimentar con formas diferentes de estructuras familiares y comunitarias que ya no están atadas al modelo de la familia nuclear privatizada.[119] La independencia económica también puede reconfigurar las relaciones íntimas: uno de los hallazgos más inesperados de los experimentos con un IBU ha sido que el índice de divorcio tiende a aumentar.[120] Los comentaristas conservadores se lanzaron sobre este hecho como prueba de la inmoralidad de la demanda, pero los índices más altos de divorcio se explican fácilmente porque de esta manera las mujeres tienen los medios económicos para abandonar relaciones disfuncionales.[121] Un ingreso básico puede abrir de esta manera la experimentación con la estructura familiar, más posibilidades para la provisión del cuidado infantil y una transformación más

sencilla de la división de género en el trabajo. Además, a diferencia de la demanda de «sueldos para el trabajo doméstico» en los años setenta, antes que reforzarla, la demanda de un IBU promete romper con la relación salarial.

Si bien un ingreso básico universal puede parecer reformista en términos económicos, sus implicaciones políticas son significativas. Un IBU transforma la precariedad, reconoce el trabajo social, permite la movilización más sencilla del poder de clase y amplía el espacio para experimentar con las formas en que organizamos comunidades y familias. Se trata de un mecanismo de redistribución que transforma la política del trabajo. Además, en términos de la lucha de clases, es poco lo que distingue el empleo pleno del desempleo pleno: ambos ajustan el mercado laboral, otorgan poder a la mano de obra y hacen más difícil la explotación de los trabajadores. El desempleo pleno tiene las ventajas adicionales de que no depende de la división de género entre las tareas domésticas y la economía formal, no mantiene a los trabajadores encadenados a una relación salarial y permite la autonomía de los trabajadores sobre sus vidas. Por todas estas razones, la demanda socialdemócrata clásica del pleno empleo debe ser sustituida por la demanda de pleno desempleo orientada al futuro.

EL DERECHO A SER FLOJO

¿Cuáles son los obstáculos para implementar un ingreso básico? Si bien el problema de la financiación de un IBU parece enorme, la mayoría de las investigaciones señala que, en realidad, sería relativamente fácil financiarlo a través de alguna combinación de reducción de programas duplicados, aumento de impuestos a los ricos, impuestos sobre las herencias, impuestos al consumo, impuestos a las emisiones de carbono, recortes a

los gastos militares, recortes a los subsidios para la industria y la agricultura y medidas estrictas contra la evasión fiscal.[122] Los impedimentos más difíciles para un IBU —y para una sociedad postrabajo— no son económicos sino políticos y culturales: políticos porque las fuerzas que se movilizarán en contra son inmensas, y culturales porque el trabajo está muy arraigado en nuestra identidad misma. Examinaremos los obstáculos políticos en los siguientes dos capítulos, pero aquí pondremos la mirada sobre los obstáculos culturales.

Uno de los problemas más difíciles para poner en marcha un IBU y la construcción de una sociedad postrabajo será vencer la presión ubicua para someterse a la ética del trabajo.[123] En realidad, el fracaso de aquel intento por implementar un ingreso básico en Estados Unidos se debió primordialmente a que desafió nociones aceptadas de la ética del trabajo sobre los pobres y los desempleados.[124] Más que ver el desempleo como resultado de una ética del trabajo individual deficiente, la propuesta de un IBU lo reconocía como un problema estructural. Sin embargo, el lenguaje que enmarcaba la propuesta mantenía divisiones tajantes entre aquellos que trabajaban y aquellos que dependían de la asistencia social, pese a que el plan borraba tal distinción. Los trabajadores pobres terminaron rechazando dicho plan por miedo a verse estigmatizados como receptores de asistencia. Los sesgos raciales reforzaron esta oposición, ya que las prestaciones eran vistas como un asunto de negros y los blancos detestaban la idea de verse vinculados a ellas. La falta de una identificación de clase entre los trabajadores pobres y los desempleados —la población excedente— supuso la ausencia de una base social para un movimiento importante a favor de un ingreso básico.[125] Derrotar la ética del trabajo será también central para cualquier intento futuro por construir un mundo postrabajo. Como vimos en el capítulo 3, el neoliberalismo ha establecido un conjunto de incentivos que nos conmi-

nan a actuar y a identificarnos como sujetos competitivos. Alrededor de ese sujeto orbita una constelación de imágenes relacionadas con la autosuficiencia y la independencia que necesariamente entran en conflicto con el programa de una sociedad postrabajo. Nuestra vida se estructura cada vez más en torno a la autorrealización competitiva y el trabajo se ha convertido en la avenida principal para alcanzarla.[126] El trabajo, sin importar cuán degradante o mal pagado o inadecuado sea, se considera meta última. Éste es el mantra tanto de los partidos políticos principales como de la mayoría de los sindicatos, asociado con la retórica de devolver a la gente a su trabajo, de la importancia de las familias trabajadoras y del recorte de prestaciones de modo que «trabajar siempre sea lo mejor». Lo anterior se conjunta con un esfuerzo cultural paralelo que demoniza a quienes no tienen trabajo. Los periódicos lanzan titulares sobre la inutilidad de quienes reciben asistencia pública, los programas de televisión sensacionalizan y se burlan de los pobres y la figura cada vez más amenazante de las trampas que se hacen con las prestaciones se evoca de manera continua. El trabajo se ha vuelto central en nuestra concepción de nosotros mismos, y tanto es así que cuando se le plantea la idea de trabajar menos, mucha gente se pregunta «¿Y qué haría yo entonces?». El hecho de que tanta gente considere imposible imaginar una vida significativa fuera del trabajo demuestra hasta qué punto la ética del trabajo ha infectado nuestra mente.

Si bien típicamente se asocia con la ética protestante, la sumisión al trabajo está, de hecho, implícita en muchas religiones.[127] Estas éticas exigen dedicación al trabajo sin importar la naturaleza de éste, inculcando así un imperativo moral que otorga valor al trabajo tedioso.[128] Si bien se originó en ideas religiosas que buscaban asegurar una buena vida en el más allá, la meta de la ética del trabajo fue reemplazada más tarde por una devoción secular a la mejora en esta vida. Algunas formas más

contemporáneas de este imperativo han asumido un carácter liberal-humanista y retratan el trabajo como el medio principal de expresión propia.[129] El trabajo ha sido insertado en nuestra identidad, retratado como el único medio para la verdadera autorrealización.[130] En una entrevista de trabajo, por ejemplo, todo el mundo sabe que la peor respuesta a «¿Por qué quieres este trabajo?», es decir «Dinero», aun siendo la verdad reprimida. El trabajo contemporáneo en el sector de servicios intensifica este fenómeno. A falta de medidas claras de productividad, los trabajadores simulan actuaciones de productividad: fingen disfrutar de su trabajo o sonreír mientras un cliente les grita. Trabajar horas extras se ha convertido en signo de devoción al trabajo, incluso cuando perpetúa la brecha salarial de género.[131] Con el trabajo tan estrechamente ligado a nuestra identidad, derrotar la ética del trabajo requerirá que nos derrotemos a nosotros mismos.

La base ideológica central de la ética del trabajo es que la remuneración debe estar ligada al sufrimiento. Donde sea que uno mire, hay un impulso por hacer que la gente sufra antes de recibir una recompensa. Los epítetos que se lanzan contra los sintecho, la demonización de quienes reciben la prestación por desempleo, el sistema laberíntico de la burocracia para recibir beneficios, la «experiencia laboral» no remunerada que se impone a los desempleados, la penalización sádica de aquellos que, se piensa, obtienen algo gratuito... todo ello revela la verdad de que, para nuestras sociedades, la remuneración requiere trabajo y sufrimiento. Ya sea con un objetivo secular o religioso, se considera que el sufrimiento es un rito de pasaje necesario. La gente debe padecer el trabajo antes de poder recibir un salario, debe demostrar su valía ante los ojos del capital. Este pensamiento tiene una base teológica evidente, una base en la que se cree que el sufrimiento no sólo tiene sentido, sino que es, de hecho, la condición misma del sentido. Una vida sin

sufrimiento es vista como frívola y sin propósito. Esta postura debe ser rechazada como resabio de un estadio de la humanidad ya trascendido. El impulso de hacer del sufrimiento algo lleno de sentido podrá haber tenido alguna lógica funcional en tiempos en que la pobreza, la enfermedad y el hambre eran rasgos necesarios de la existencia, pero hoy deberíamos rechazar esta lógica y reconocer que nos hemos alejado de la necesidad de fundamentar el sentido en el sufrimiento. El trabajo y el sufrimiento que lo acompaña no deberían glorificarse.

Lo que se necesita, entonces, es un enfoque contrahegemónico del trabajo: un proyecto que dé la vuelta a las ideas existentes sobre la necesidad y la conveniencia del trabajo y sobre la imposición del sufrimiento como base para la remuneración. Los medios ya están cambiando las condiciones de posibilidad y posicionan el IBU no sólo como una solución posible sino cada vez más como una solución necesaria a los problemas del desempleo tecnológico. Estas tendencias hegemónicas deberían amplificarse. La predominancia de la ética del trabajo también se alza en contra de la base material cambiante de la economía. El capitalismo exige que la gente trabaje para que le alcance para vivir, pero cada vez es menos capaz de generar suficientes trabajos. Las tensiones entre el valor que se le asigna a la ética del trabajo y estos cambios materiales no harán sino intensificar el potencial de transformación del sistema. Las acciones para hacer de la precariedad y la falta de trabajo un problema político cada vez más visible abrirían un camino para generar apoyo a favor de una sociedad postrabajo. (De la misma manera en que Occupy generó conciencia sobre la desigualdad y en que UK Uncut arrojar luz sobre la evasión fiscal.)[132] Quizá lo más importante es que ya existe un odio generalizado a los trabajos que se puede aprovechar. Así como la hegemonía neoliberal cooptó los deseos reales para obtener un consentimiento activo, cualquier hegemonía postrabajo debe

encontrar su fuerza activa en los deseos reales de la gente. La exigencia generalizada de que otros adopten la ética del trabajo se equipara con el desdén que sentimos por nuestros propios trabajos. Hoy en día, en todo el mundo, sólo el 13 por ciento de las personas afirma que sus trabajos les parecen interesantes.[133] La mayoría de los trabajadores, físicamente deteriorados, mentalmente agotados y socialmente exhaustos, se encuentran bajo inmensas cuotas de estrés en sus trabajos. Para la gran mayoría de la gente, el trabajo no ofrece sentido, ni satisfacción, ni redención: simplemente es algo que sirve para pagar las cuentas. Quienes ya están excluidos de los trabajos no deberían luchar por la inclusión en una sociedad del trabajo y la mano de obra, sino que deberían estar construyendo las condiciones para rehacer su vida fuera del trabajo. Cambiar el consenso cultural en torno a la ética del trabajo significará tomar acciones en lo cotidiano, traducir estas metas a medio plazo en eslóganes, memes y cánticos. Requerirá emprender la labor difícil y esencial de organizar los lugares de trabajo y hacer campañas: movilizar las pasiones de las personas con el objetivo de derribar el dominio de la ética del trabajo. Los éxitos de estos esfuerzos quedarán claros cuando las discusiones sobre la automatización en los medios pasen del miedo ante la pérdida de trabajos a las celebraciones por habernos liberado de tareas fastidiosas.[134]

EL REINO DE LA LIBERTAD

Una izquierda del siglo XXI debe proponerse combatir la centralidad del trabajo en la vida contemporánea. En última instancia, nuestras opciones son la glorificación del trabajo y de la clase trabajadora o la abolición de ambos.[135] La primera postura encuentra expresión en la tendencia de la política folk a otor-

garle valor al trabajo, a las tareas concretas y a la artesanía. Sin embargo, sólo la segunda es una postura en verdad poscapitalista. El trabajo debe rechazarse y reducirse y, en el camino, deberemos construir nuestra libertad sintética.[136] Tal como hemos expuesto en este capítulo, lograr lo anterior requerirá la realización de cuatro demandas mínimas:

1. Automatización plena.
2. Reducción de la semana laboral.
3. Provisión de un ingreso mínimo.
4. Menoscabo de la ética del trabajo.

Aunque cada una de estas propuestas puede tomarse como una meta individual por sí misma, su verdadero poder se expresa cuando se plantean como un programa integral. No se trata de una reforma simple y marginal, sino de una formación hegemónica enteramente nueva que compite con las opciones neoliberales y socialdemócratas. La demanda de la automatización plena amplía la posibilidad de reducir la semana laboral y subraya la necesidad de un ingreso básico universal. Una reducción de la semana laboral contribuye a producir una economía sustentable y da ventaja al poder de clase. Un ingreso básico universal amplifica el potencial para reducir la semana laboral y expandir el poder de clase. Un IBU también aceleraría el proyecto de la automatización plena: conforme el poder de los trabajadores aumente y conforme el mercado laboral se ajuste, el costo marginal de la mano de obra crecerá y las compañías optarán por la maquinaria para expandirse.[137] Estas metas se hacen eco mutuamente, magnificando así su poder conjunto. Además, una nueva hegemonía postrabajo sería renuente a una reversión, pues habría creado un electorado masivo que se beneficiaría de su continuidad.[138] La ambición aquí es recuperar el futuro de manos del capitalismo y construir para nosotros el

mundo del siglo XXI que queremos. Se trata de proporcionar el tiempo y el dinero, elementos centrales para cualquier concepción significativa de la libertad. El grito de batalla tradicional de la izquierda, que exige empleo pleno, debe por ende ser reemplazado por un grito de batalla que exija el desempleo pleno. Pero seamos claros: no existe una solución tecnocrática y no existe una progresión necesaria hacia un mundo postrabajo. Las luchas por la automatización plena, por una semana laboral más corta, por el fin de la ética del trabajo y por un ingreso básico universal son principalmente luchas políticas. El imaginario postrabajo genera una imagen hipersticiosa del progreso: una imagen que apunta a hacer del futuro una fuerza histórica activa en el presente. Las luchas que este proyecto ha de enfrentar requieren que la izquierda vaya más allá de su horizonte de política folk, que reconstruya su poder y adopte una estrategia expansiva para el cambio. Es a estas cuestiones a las que pasaremos ahora.

7.
UN NUEVO SENTIDO COMÚN

La clave es conseguir que el «sentido común»
vaya en una dirección de cambio.

PABLO IGLESIAS

Una sociedad postrabajo posee un atractivo potencialmente amplio y mejoraría la vida de muchos en el sentido material, pero esto no es garantía de que se consiga. Las discusiones actuales en los medios sobre el ingreso básico y la automatización a menudo parecen dar por sentada la benevolencia de las élites, la neutralidad política de la tecnología y la inevitabilidad de una sociedad postrabajo. Sin embargo, hay una diversidad de fuerzas poderosas consagradas a la continuación del *statu quo* y la izquierda se ha visto devastada a lo largo de las últimas décadas. La miseria sigue teniendo más posibilidades que el lujo. Con las condiciones actuales, es probable que la automatización genere más desempleo y que los beneficios de las nuevas tecnologías queden en manos de sus propietarios ricos. Cualquier tiempo libre que obtengamos será eliminado con la producción de nuevos trabajos monótonos o la extensión de una existencia precaria. Y si el día de mañana se lograra establecer un ingreso básico, muy probablemente estaría por debajo de los niveles de pobreza y sería como un apoyo económico para las compañías. Por tanto, alcanzar una sociedad postrabajo significativa requiere cambiar las condiciones políticas actuales. A su vez, esto requiere que la izquierda enfrente de lleno la lúgubre situación que se le presenta: sindicatos en ruinas, partidos políticos convertidos en títeres neoliberales y una hege

monía intelectual y cultural menguante. La represión estatal y corporativa de la izquierda se ha intensificado de manera significativa en las últimas décadas, los cambios legales han dificultado su organización, la precariedad generalizada nos ha vuelto más inseguros y la militarización de la vigilancia policiaca se ha acelerado rápidamente.[1] Y más allá de esto está el hecho de que nuestra vida interna, nuestro mundo social y nuestro entorno construido se organizan en torno al trabajo y su continuación. El cambio a una sociedad postrabajo, de manera muy similar al cambio a una economía sin carbón, no es sólo cuestión de superar unos cuantos intereses de élite. De manera más fundamental, se trata de transformar la sociedad desde sus bases. Un compromiso con la totalidad del poder y el capital resulta inevitable, no debemos hacernos ilusiones sobre las dificultades que tal proyecto supone. Si bien un cambio transformativo total no es inmediatamente posible, nuestros esfuerzos deben orientarse hacia la apertura de los espacios de posibilidad que sí existen y a fomentar que con el tiempo mejoren las condiciones políticas. Primero debemos establecer un espacio dentro del cual puedan articularse demandas más radicales de manera significativa y, para ello, debemos prepararnos para el largo plazo si queremos alterar sustancialmente el ámbito de la política.

Esto no debería tomarnos por sorpresa. El capitalismo no surgió de golpe, sino que se fue filtrando hacia una posición de dominio a lo largo de los siglos.[2] Había que poner en su lugar numerosos componentes: los trabajadores agrícolas sin tierra, la producción de mercancías generalizada, la propiedad privada, la sofisticación técnica, la centralización de la riqueza, una clase burguesa, una ética del trabajo, etcétera. Estas condiciones históricas son los componentes que permitieron a la lógica sistémica del capitalismo ir ganando terreno en el mundo. La lección es que, así como el capitalismo se basó en la acumula-

ción de un conjunto particular de componentes, también lo hará el poscapitalismo. No surgirá de golpe, ni después de algún momento revolucionario. La labor de la izquierda debe ser determinar las condiciones para el poscapitalismo y luchar por construirlos en una escala en continua expansión.

Este capítulo, por ende, parte de la premisa de que la izquierda contemporánea se halla en una situación desesperada y que cualquier proyecto transformador costará tiempo. Limitamos nuestro análisis en gran medida a las democracias capitalistas occidentales, con sus aparatos de poder político y económico peculiares. En su mayoría, dejaremos fuera las enormes regiones (y enormemente importantes) del resto del mundo.[3] Sin embargo, cabe reiterar que los problemas de la automatización y las poblaciones excedentes son de naturaleza global y las bases para el postrabajo están floreciendo en todo el mundo, como lo demuestran algunos experimentos recientes con el ingreso básico en la India y Namibia, el incremento de la automatización industrial en las regiones más pobladas del mundo y el surgimiento espontáneo de movimientos en contra del trabajo en numerosos países. Aunque estas dinámicas son globales, cualquier proyecto político que busque transformar esta situación deberá responder necesariamente a condiciones particulares en el terreno. Si bien algunos principios centrales podrán traducirse entre contextos, su ejecución tendrá que variar de acuerdo con las distintas circunstancias. Con estas puntualizaciones en mente, ¿cómo puede construirse un mejor futuro? La estrategia leninista clásica de construir un poder dual con un partido revolucionario y derrocar al Estado es obsoleta.[4] Los defensores del modelo de la Revolución bolchevique parecen más útiles como recreadores históricos que como guías para la política contemporánea. De igual forma, la historia reciente de las revoluciones —desde la Revolución iraní hasta la Primavera Árabe— sólo ha conducido a una combi-

nación de autoritarismo teocrático, dictadura militar y guerra civil. El enfoque reformista electoral también es un fracaso. La idea de votar en un nuevo mundo se transformó en un alegre consenso de élite durante la posguerra y se instaló dentro de la ideología neoliberal en décadas recientes. En el mejor de los casos, este tipo de reformismo está condenado a mejorar el capitalismo y a actuar como una suerte de sistema homeostático mediado políticamente. Y, como lo ha demostrado el último ciclo de luchas, la estrategia de la política folk de priorizar varias formas de inmediatez no ha logrado transformar la sociedad. Los esfuerzos fragmentados, las luchas defensivas, las retiradas y los destellos prefigurativos de actividad han sido en gran medida incapaces de contener la marea y más incapaces aún de ganarle terreno al capitalismo global. De igual forma, sigue sin ser suficiente el hecho de afirmar que el progreso se irá resolviendo sobre la marcha o que las masas crearán un mundo mejor de manera espontánea.[5] Si bien no cabe duda de que en cualquier lucha existen elementos de suerte e imprevisibilidad, la dificultad de construir un nuevo mundo exige un pensamiento estratégico previo. Nuestros esfuerzos deben organizarse de manera estratégica siguiendo ciertas líneas generales, en lugar de dispersarse en una serie de logros parciales e inconexos. Como afirma la modernidad, el progreso hacia un mejor futuro vendrá como resultado de una reflexión deliberada y una acción consciente.

Dadas las limitaciones de estos enfoques, aquí sostenemos que la mejor manera de ir hacia delante es una estrategia contrahegemónica. Se trata de una estrategia que pueda adaptarse desde posiciones de debilidad, escalar de lo local a lo global y que reconozca el control que el capitalismo tiene sobre todos los aspectos de nuestra vida, desde nuestros deseos más íntimos hasta los flujos financieros más abstractos. Una estrategia contrahegemónica conlleva un proyecto para derrocar el sen-

tido común neoliberal dominante y rejuvenecer la imaginación colectiva. Fundamentalmente, se trata de un intento por instaurar un nuevo sentido común, que se organice en torno a la crisis del trabajo y sus efectos sobre el proletariado. En este sentido, conlleva un trabajo preparatorio para momentos en que estalle la lucha a gran escala, transformando nuestra imaginación social y reconfigurando nuestro sentir sobre lo que es posible. Reúne apoyo y desarrolla un lenguaje común para un nuevo mundo, buscando alterar el equilibrio del poder como preparación para el momento en que una crisis altere la legitimidad de la sociedad. A diferencia de las formas de la política folk, esta estrategia es expansiva, a largo plazo, no le teme a la abstracción ni a la complejidad y busca derrocar el universalismo capitalista.[6] En este capítulo examinaremos tres posibles sedes de lucha: contra los medios intelectuales, culturales y tecnológicos de la hegemonía neoliberal. La siguiente sección examinará la hegemonía en un sentido teórico, mientras que el resto del capítulo explorará ejemplos de cómo podría ponerse en práctica un proyecto contrahegemónico: mediante narrativas utópicas, una economía pluralista y la reorientación de las tecnologías.

CONSTRUIR EL CONSENSO

En sus orígenes, la idea de «hegemonía» surgió como una forma de explicar por qué la gente no se estaba rebelando contra el capitalismo.[7] De acuerdo con la narrativa marxista tradicional, los trabajadores tenían que volverse cada vez más conscientes de la naturaleza explotadora del capitalismo y, con el tiempo, se organizarían para trascenderla. Solía creerse que el capitalismo estaba produciendo un mundo cada vez más polarizado entre los capitalistas y la clase trabajadora, en un proceso que

apuntalaba una estrategia política en la que la clase trabajadora organizada tomaría el control sobre el Estado con medios revolucionarios. Sin embargo, para los años veinte estaba claro que esto no iba a suceder en las sociedades democráticas de Europa Occidental. ¿Cómo lograron el capitalismo y los intereses de las clases gobernantes afianzarse en las sociedades democráticas casi sin utilizar la fuerza bruta? El marxista italiano Antonio Gramsci respondió que el poder capitalista dependía de lo que él llamó «hegemonía», la construcción del consenso de acuerdo con los dictados de un grupo particular. Un proyecto hegemónico construye un «sentido común» que instaura la visión del mundo específica de un grupo como el horizonte universal de toda una sociedad. Por estos medios, la hegemonía permite que un grupo guíe y gobierne a una sociedad sobre todo mediante el consenso (tanto activo como pasivo), en lugar de mediante la coerción.[8] Este consenso puede lograrse de varias maneras: mediante la formación de alianzas políticas explícitas con otros grupos sociales, la difusión de valores culturales que apoyan una forma particular de organizar la sociedad (por ejemplo, la ética del trabajo inculcada por los medios y la educación), la convergencia de intereses entre clases (por ejemplo, a los trabajadores les va mejor cuando una economía capitalista está creciendo, aun cuando esto conlleve desigualdad y devastación medioambiental) y mediante la construcción de tecnologías e infraestructuras que contengan el conflicto social de manera silenciosa (por ejemplo, ampliando las calles para evitar que se erijan barricadas durante las insurrecciones). En un sentido amplio y difuso, la hegemonía permite que grupos relativamente pequeños de capitalistas «guíen» a la sociedad en su totalidad, aun cuando sus intereses materiales no coincidan con los de la mayoría. Por último, además de garantizar el consenso activo y pasivo, los proyectos hegemónicos también despliegan medios coercitivos, como el encarcelamiento,

la violencia policiaca y la intimidación, para neutralizar a aquellos grupos que no se dejan guiar de otro modo.[9] Vistas en su conjunto, estas medidas permiten que grupos pequeños influyan en la dirección general de una sociedad, en ocasiones mediante el éxito y el despliegue del poder estatal, pero también fuera de los confines del Estado.

El último punto es de particular importancia, pues la hegemonía no sólo es una estrategia de gobierno para quienes están en el poder sino también para los marginados que buscan transformar la sociedad. Un proyecto contrahegemónico permite que los grupos marginales y oprimidos transformen el equilibrio del poder en una sociedad y hagan posible un nuevo sentido común. Renunciar a la hegemonía implica, por tanto, abandonar la idea básica de ganar y ejercer el poder y consiste en perder la fe en el importante terreno de la lucha política.[10] Si bien hay quienes desde la izquierda apoyan esta postura de manera explícita,[11] en la medida en que los movimientos horizontalistas han sido exitosos, han tendido a operar como una fuerza contrahegemónica. El principal éxito de Occupy —transformar el discurso público en torno a la desigualdad— es un excelente ejemplo de ello. Un proyecto contrahegemónico buscará, por ende, derrocar un conjunto existente de alianzas, sentido común y dominación por consenso para instaurar una nueva hegemonía.[12] Tal proyecto buscará construir las condiciones sociales desde las cuales pueda surgir un nuevo mundo postrabajo y requerirá de un enfoque expansivo que vaya más allá de las medidas temporales y locales de la política folk. Necesita de la movilización en distintos grupos sociales,[13] lo cual implica entrelazar una diversidad de intereses individuales en un deseo común por una sociedad postrabajo. La hegemonía neoliberal en Estados Unidos, por ejemplo, surgió de la unión de intereses de los liberales económicos y los conservadores sociales. Ésta es una alianza problemática (en ocasiones incluso contradictoria), pero encuentra

intereses comunes en el amplio marco neoliberal porque enfatiza las libertades individuales.[14] Además, los proyectos contrahegemónicos operan en distintos ámbitos —desde el Estado hasta la sociedad civil y la infraestructura material—. Esto significa que necesitan toda una serie de acciones, como buscar la difusión de la influencia mediática, intentar obtener el poder estatal, controlar sectores clave de la economía y diseñar infraestructuras importantes. Este proyecto requiere trabajo empírico y experimental para identificar las partes de estos distintos campos que están operando para fortalecer la dirección general actual de la sociedad. La Sociedad Mont Pelerin es un buen ejemplo de ello. Con una profunda conciencia de las formas en que el keynesianismo constituía el sentido común económico de su época, la SMP emprendió la labor a largo plazo de desmontar los elementos que lo sustentaban. Fue un proyecto que tardó décadas en rendir frutos, tiempo durante el cual la SMP tuvo que emprender acciones contrahegemónicas para instaurarlo. Este pensamiento a largo plazo es un correctivo importante para la tendencia actual de enfocarse en la resistencia inmediata y la indignación por situaciones distintas cada día. No obstante, la hegemonía no es sólo un cuestionamiento inmaterial de ideas y valores. La hegemonía ideológica del neoliberalismo, por ejemplo, depende de una serie de ejemplificaciones materiales, paradigmáticamente en el nexo del poder gubernamental, la colocación en los medios y la red de grupos de expertos neoliberales. Como observamos en nuestro análisis del ascenso del neoliberalismo, la SMP fue especialmente hábil para crear una infraestructura intelectual que incluía las instituciones y las vías materiales necesarias para inculcar, encarnar y difundir su visión del mundo.

La combinación de alianzas sociales, pensamiento estratégico, trabajo ideológico e instituciones construye una capacidad para alterar el discurso público. Aquí lo fundamental es la

idea de la «ventana de Overton» –el ancho de banda de las ideas y opciones que pueden discutir «realistamente» políticos, intelectuales y medios y que, por ende, son aceptadas por el público–.[15] La ventana general de opciones realistas surge de un complejo nexo de causas: quién controla los nodos clave en la prensa y los medios emisores, el impacto relativo de la cultura popular, el equilibrio relativo de poder entre la mano de obra organizada y los capitalistas, quién tiene el poder político ejecutivo, etcétera. Aunque surge de la intersección de distintos elementos, la ventana de Overton tiene un poder propio para dar forma a las vías futuras que tomarán las sociedades y los gobiernos. Si algo no se considera «realista», ni siquiera será puesto sobre la mesa de discusión y sus defensores serán silenciados por «poco serios». Podemos evaluar el éxito de las ideas neoliberales en términos de todo esto observando hasta qué punto han enmarcado lo que es posible a lo largo de un periodo de más de treinta años.[16] Si bien nunca ha sido posible convencer a la mayoría de la población de los méritos positivos de las principales políticas neoliberales, el acuerdo activo no es necesario. Una secuencia de gobiernos neoliberales por todo el mundo, junto con una red de grupos de expertos y de medios que en buena parte tienden a la derecha, han sido capaces de transformar el rango de opciones posibles para excluir incluso la más moderada de las medidas socialistas.[17] De esta forma, la hegemonía de las ideas neoliberales ha permitido el ejercicio del poder sin requerir forzosamente de un poder estatal ejecutivo. Siempre y cuando la ventana de opciones posibles pueda extenderse aún más hacia la derecha, importa poco que quienes tengan el poder sean gobiernos de derecha –una realidad que el Partido Republicano de Estados Unidos ha explotado de manera consistente durante las últimas dos décadas, a menudo para sorpresa de quienes ocupan el ala izquierda liberal–. La hegemonía ideológica tal como la presen-

tamos aquí no trata, por tanto, de mantener una línea partidista estricta sobre lo que se puede discutir. Simplemente colocar algunos temas y categorías de izquierda en posiciones importantes sería ya un gran paso.

Si bien a menudo se entiende como algo que pertenece a las ideas, los valores y otros aspectos inmateriales de la sociedad, la hegemonía también tiene un sentido material. Las infraestructuras físicas de nuestro mundo ejercen una fuerza hegemónica significativa sobre nuestras sociedades, imponiendo una forma de vida sin una coerción abierta. Por ejemplo, respecto de la infraestructura urbana, David Harvey señala lo siguiente: «Los proyectos referentes a qué queremos que sean nuestras ciudades son, por tanto, proyectos referentes a posibilidades humanas: en quién queremos o, quizá más pertinentemente, en quién no queremos convertirnos».[18] Una infraestructura como los suburbios en Estados Unidos fue construida con la intención explícita de aislar e individualizar las redes de solidaridad existentes, así como de instaurar una división de género entre lo privado y lo público en forma de los hogares unifamiliares.[19] Las infraestructuras económicas también sirven para modificar y esculpir los comportamientos humanos. A decir verdad, las infraestructuras técnicas a menudo se desarrollan para alcanzar objetivos tanto políticos como económicos. Por ejemplo, si pensamos en las cadenas de suministro *just-in-time*, son económicamente eficientes en el capitalismo, pero también excepcionalmente efectivas para romper el poder de los sindicatos. En otras palabras, la hegemonía, o dominio mediante la construcción de consenso, es una fuerza tanto material como social. Es algo que está engastado en la mente humana, en organizaciones sociales y políticas, en las tecnologías individuales y en el entorno construido que constituye nuestro mundo.[20] Y, mientras las fuerzas sociales de la hegemonía requieren de un mantenimiento continuo, sus aspectos materia-

lizados ejercen una fuerza de impulso que dura mucho más allá de su creación inicial.[21] Una vez establecidas, las infraestructuras son difíciles de desplazar o alterar, a pesar de las condiciones políticas cambiantes. En este momento enfrentamos ese problema, por ejemplo, con la infraestructura construida en torno a los combustibles fósiles. Nuestras economías se organizan en torno a la producción, la distribución y el consumo de carbón, petróleo y gas, lo cual dificulta enormemente descarbonizar la economía. La otra cara del problema, empero, es que una vez que la infraestructura poscapitalista esté instalada, será igual de difícil deshacerse de ella, a pesar de las fuerzas reaccionarias. Así pues, la tecnología y la infraestructura tecnológica plantean tanto obstáculos importantes para superar el modo capitalista de producción como un potencial significativo para garantizar la longevidad de un modo alternativo, de ahí que incluso la existencia de un movimiento populista masivo contra las formas actuales de capitalismo resulte insuficiente. Sin un nuevo acercamiento a aspectos como las tecnologías de producción y distribución, todos los movimientos sociales se verán obligados a regresar a las prácticas capitalistas.

Por ello, la izquierda debe desarrollar una hegemonía sociotécnica: tanto en la esfera de las ideas y la ideología como en la esfera de las infraestructuras materiales. El objetivo de tal estrategia, en un sentido muy amplio, es trasladar la actual hegemonía técnica, económica, social, política y productiva hacia un nuevo punto de equilibrio más allá de la imposición del trabajo remunerado. Esto necesitará de una praxis experimental y de largo plazo en múltiples frentes. Por tanto, un proyecto hegemónico implica y responde a la sociedad en tanto un orden complejo y emergente, resultado de diversas prácticas que interactúan.[22] Algunas combinaciones de prácticas sociales conducirán a la inestabilidad, pero otras tenderán hacia resultados más estables (si no es que literalmente estáticos). En este contexto, la

política hegemónica es el trabajo invertido en conservar o navegar hacia un nuevo punto de relativa estabilidad en una variedad de subsistemas sociales, desde la política del Estado en el ámbito nacional hasta el ámbito económico, desde la lucha de ideas e ideologías hasta los distintos regímenes de la tecnología. El orden que surge como resultado de las interacciones de estos distintos ámbitos es la hegemonía, que funciona para restringir cierto tipo de acciones y permitir otras. En lo que resta de este capítulo, examinaremos tres posibles canales mediante los cuales podría emprenderse esta lucha: pluralizar la economía, crear narrativas utópicas y reorientar la tecnología. Estos canales no agotan los posibles puntos de ataque, pero sí identifican zonas potencialmente productivas para enfocar los recursos.

RECORDAR EL FUTURO

Hoy en día, uno de los aspectos más generalizados y sutiles de la hegemonía son las limitaciones que ésta impone a nuestra imaginación colectiva. El mantra «no hay alternativa» sigue pareciendo verdadero, aun cuando cada vez más personas luchan contra él. Esto marca un cambio importante respecto del largo siglo XX, cuando florecieron los imaginarios utópicos y los planes espectaculares para el futuro. Las imágenes de los vuelos espaciales, por ejemplo, codificaban constantemente el deseo de la humanidad por controlar su destino.[23] En la Rusia presoviética existía una fascinación muy difundida por la exploración espacial. Aunque la aviación seguía siendo una novedad, los sueños de volar en el espacio prometían la «liberación total de los indicadores del pasado: injusticia social, imperfección, gravedad y, en última instancia, la Tierra».[24] Las inclinaciones utópicas de aquel entonces le otorgaban sentido a un mundo en rápida transformación, le daban credibilidad a la idea de

que la humanidad podía guiar la historia en una dirección racional y cultivaba las expectativas sobre una sociedad del futuro. En las formulaciones más místicas, los cosmistas argumentaban con una ambición admirable que la geoingeniería y la exploración del espacio eran sólo pasos parciales hacia el objetivo real: la resurrección de todos los muertos.[25] Mientras tanto, algunos enfoques más seculares esbozaban planes detallados para establecer economías totalmente automatizadas, una democracia económica de masas, el fin de la sociedad de clases y el florecimiento de la humanidad.[26] Tales eran el los grados de entusiasmo y la creencia en la inminencia de los viajes espaciales que en 1924 casi estalla un disturbio cuando circularon rumores sobre un posible viaje en cohete a la Luna.[27] La cultura popular estaba saturada de estas imágenes y de historias en las que las revoluciones tecnológica y social se entrelazaban. Sin embargo, no se trataba simplemente de fantasías extraterrestres, pues tenían efectos concretos en las formas de vida de la gente. En el periodo posrevolucionario, esta cultura de la ambición fomentó una serie de experimentos sociales con nuevas formas de vida comunitarias, asuntos domésticos y formaciones políticas.[28] Estos experimentos le dieron credibilidad a la idea de que todo era asequible en un tiempo de rápida modernización, lo cual brindó apoyo a los bolcheviques y al pueblo. Si bien las ambiciones utópicas se vieron relegadas a la clandestinidad durante la época estalinista, resurgieron en los años cincuenta con el aumento de la confianza económica recién descubierta y los recursos para restituir algunos de los sueños anteriores.[29] Los momentos más grandes del experimento soviético —el lanzamiento del *Sputnik* y el dominio económico que pareció estar a punto de alcanzar en los años cincuenta— fueron, en última instancia, inseparables de una cultura popular imbuida de deseos utópicos.[30] Un periodo similar de ambición utópica también dominó los primeros años de Estados

Unidos. Alimentados por la muy difundida creencia de que el nuevo capitalismo industrial era temporal y que no tardaría en surgir un mundo mejor, los trabajadores lucharon de manera combativa por este nuevo mundo. En un clima mucho más hostil que el nuestro, la mano de obra fue capaz de crear una gama de organizaciones fuertes y de ejercer una presión significativa.[31] Los éxitos de ese entonces fueron inseparables de una cultura utópica más amplia.

Por el contario, el mundo actual sigue firmemente confinado a los parámetros del realismo capitalista.[32] El futuro ha sido extinguido. Somos más propensos a pensar que el colapso ecológico es inminente, la creciente militarización inevitable y la creciente desigualdad imparable. La ciencia ficción contemporánea está dominada por una actitud distópica, más resuelta a registrar el declive del mundo que las posibilidades de algo mejor.[33] Las utopías, cuando se proponen, deben justificarse rigurosamente en términos instrumentales, en lugar de que se les permita existir más allá de cualquier cálculo. Mientras tanto, en los pasillos de la academia, el impulso utópico ha sido castigado por ingenuo y fútil. Intimidada por décadas de fracaso, la izquierda se ha apartado de manera consistente de sus otrora grandes ambiciones. Por mencionar un ejemplo, mientras que en los años setenta existieron un feminismo radical y manifiestos *queer* que llamaban a una sociedad fundamentalmente nueva, para los años noventa éstos se vieron reducidos a una política identitaria más moderada, y para la primera década del siglo XXI las discusiones se vieron dominadas por demandas aún más tibias para obtener el reconocimiento del matrimonio entre personas del mismo sexo y para que las mujeres tuvieran las mismas oportunidades que los hombres para alcanzar el puesto de director ejecutivo.[34] Hoy en día, el espacio de la esperanza radical ha sido ocupado por una madurez supuestamente escéptica y una razón cínica muy

difundida.[35] Y los objetivos de la izquierda ambiciosa, que en algún momento buscaron la transformación total de la sociedad, han quedado reducidos a un jugueteo menor en los márgenes de la sociedad.

Creemos que una izquierda ambiciosa es esencial para plantear un programa postrabajo y que, para conseguirlo, debemos recordar y reconstruir el futuro.[36] Las utopías son la encarnación de las «hipersticiones» del progreso. Exigen que el futuro se lleve a cabo, conforman un objeto del deseo imposible pero necesario y nos brindan un lenguaje de esperanza y aspiración para un mundo mejor. Las denuncias de las fantasías utópicas pasan por alto el hecho de que es precisamente el elemento de la imaginación lo que hace de las utopías algo esencial para cualquier proceso de cambio político. Si queremos escapar del presente, primero debemos descartar los parámetros establecidos del futuro y abrir un nuevo horizonte de posibilidad. Sin la creencia en un futuro distinto, el pensamiento político radical quedará excluido desde el principio.[37] En realidad, las ideas utópicas han sido fundamentales para todos los momentos importantes de liberación, desde el liberalismo temprano hasta los socialismos de toda índole, el feminismo y el nacionalismo anticolonial. Tanto el cosmismo como el afrofuturismo, los sueños de inmortalidad y la exploración espacial, señalan un impulso universal hacia el pensamiento utópico. Incluso la revolución neoliberal cultivó el deseo de una utopía liberal alternativa frente al consenso keynesiano dominante. Sin embargo, las utopías contrapuestas de izquierda se han quedado con muy pocos recursos desde el colapso de la Unión Soviética. Por ello sostenemos que la izquierda debe liberar el impulso utópico de sus cadenas neoliberales para expandir el espacio de lo posible, movilizar una perspectiva crítica sobre el momento presente y cultivar nuevos deseos.

En primer lugar, el pensamiento utópico analiza rigurosamente la coyuntura actual y proyecta sus tendencias hacia el

futuro.[38] Mientras los enfoques científicos intentan reducir las discusiones en torno al futuro para ajustarlo a un marco probabilístico, el pensamiento utópico reconoce que el futuro está radicalmente abierto. Lo que puede parecer imposible hoy en día podría volverse muy posible. Las mejores utopías incluyen en sí mismas tensiones y dinamismo y no presentan una imagen estática de una sociedad perfeccionada. Si bien no pueden reducirse a preocupaciones instrumentales, las utopías también fomentan la concepción de ideas que podrían implementarse cuando las condiciones cambien. Por ejemplo, los cosmistas rusos del siglo XIX fueron de los primeros en pensar seriamente sobre las implicaciones y potenciales sociales de los vuelos al espacio. Si bien en un principio se los consideró soñadores poco efectivos, terminaron ejerciendo una importante influencia sobre la ciencia de la ingeniería espacial.[39] De igual forma, las primeras obras de ciencia ficción sobre la exploración espacial y las utopías cosmistas llegaron a influir en las políticas estatales sobre ciencia y tecnología tras la Revolución rusa.[40] Y, antes de todo esto, la creación de alternativas hace posible reconocer la posibilidad de otro mundo.[41] A medida que la alternativa global fallida, pero relevante, planteada por la Unión Soviética va desapareciendo de la memoria viva, esas imágenes de un mundo distinto cobran cada vez más importancia, ampliando la ventana de Overton y experimentando con ideas sobre lo que podría lograrse con condiciones distintas.

Al elaborar una imagen del futuro, el pensamiento utópico también genera una perspectiva desde la cual el presente se abre a la crítica.[42] Suspende la apariencia del presente como algo inevitable y saca a la luz aspectos del mundo que de otra forma permanecerían inadvertidos, planteando preguntas que deben excluirse constitutivamente.[43] Por ejemplo, la ciencia ficción reciente de Estados Unidos a menudo se ha escrito en

respuesta a los temas contemporáneos de raza, género y clase, mientras que las primeras utopías rusas imaginaban mundos que superaban los problemas planteados por la rápida urbanización y las etnicidades en conflicto.[44] Estos mundos no sólo modelan soluciones, sino que iluminan los problemas. Como apunta Slavoj Žižek en su discusión de Thomas Piketty, la demanda aparentemente modesta de implementar un impuesto global en realidad implica una reorganización radical de toda la estructura política global.[45] Dentro de esta pequeña demanda hay un impulso utópico implícito, dado que las condiciones para hacerla posible requieren de una reconfiguración fundamental de las circunstancias existentes. De igual manera, la demanda de un ingreso básico universal ofrece una perspectiva desde la cual la naturaleza social del trabajo, su aspecto doméstico invisible y su extensión a todas las áreas de nuestra vida cobran una mayor visibilidad. Las formas en que organizamos nuestra vida laboral, familia y social adoptan una apariencia fresca cuando se miran desde la perspectiva de un mundo postrabajo. ¿Por qué dedicamos una tercera parte de nuestra vida a alguien más? ¿Por qué insistimos en que el trabajo doméstico (llevado a cabo sobre todo por mujeres) no se pague? ¿Por qué nuestras ciudades están organizadas en torno a desplazamientos laborales largos y deprimentes desde los suburbios? La demanda utópica del futuro nos pide, por tanto, cuestionar todo lo que damos por hecho en nuestro mundo. En este sentido, las utopías pueden ser tanto una negación del presente como una afirmación de un futuro posible.[46]

Por último, al afirmar el futuro, la utopía funciona como un modulador afectivo: manipula y modifica nuestros deseos y sentimientos, tanto conscientes como preconscientes. En todas sus variantes, la utopía tiene que ver, en última instancia, con la «educación del deseo».[47] Nos brinda un marco y nos dice cómo y qué desear, al tiempo que libera estos elementos

libidinales de las ataduras de lo razonable. Las utopías nos brindan un objetivo, algo más allá de la obsoleta repetición de lo mismo que ofrece el presente eterno del capitalismo. Al abrir el presente y ofrecer una imagen de un futuro mejor, el espacio entre el presente y el futuro se convierte en el espacio de la esperanza y el deseo de *algo más*.[48] Al generar y canalizar estos afectos, el pensamiento utópico puede convertirse en incentivo para la acción, en catalizador para el cambio: perturba los hábitos y echa abajo la aceptación del orden existente.[49] El pensamiento del futuro, extendido mediante los mecanismos de comunicación,[50] genera afectos colectivos de esperanza —necesarios para cualquier proyecto político— que alientan a la gente a actuar por un mejor futuro.[51] Si bien el pensamiento utópico rechaza la melancolía y el miserabilismo trascendental que caracteriza algunas partes de la izquierda contemporánea, también evoca su propio afecto negativo.[52] El anverso de la esperanza es la decepción (un afecto que en la actualidad se encarna en figuras como el «joven universitario» sin futuro).[53] Si bien el enojo ha sido el afecto dominante tradicional de la izquierda militante, la decepción evoca una relación más productiva: no sólo una transformación voluntaria del *statu quo* sino también un deseo de lo que podría ser. La decepción refleja un anhelo por un futuro perdido.

Si la izquierda ha de contrarrestar el sentido común del neoliberalismo («no hay dinero suficiente», «todos deben trabajar», «el Gobierno es ineficaz»), el pensamiento utópico será fundamental. Debemos pensar en grande. El hábitat natural de la izquierda siempre ha sido el futuro y este terreno debe ser reclamado. En nuestra época neoliberal, el impulso hacia un mundo mejor se ha ido reduciendo por las presiones y demandas de la vida cotidiana. En esta represión, lo que se ha perdido es esa ambición de producir «un mundo que exceda —en lo existencial, en lo estético y en lo político— los confines miserables de

la cultura burguesa».[54] Sin embargo, como característica aparentemente universal e irreprimible de las culturas humanas, el pensamiento utópico puede surgir con fuerza incluso bajo las condiciones de mayor represión.[55] Las inclinaciones utópicas se desarrollan en todo el espectro humano de los sentimientos y afectos, encarnado en la cultura popular, la alta cultura, la moda, la planificación urbana e incluso la ensoñación cotidiana.[56] El deseo popular de exploración espacial, por ejemplo, apunta a una curiosidad y una ambición que yacen más allá del motivo económico.[57] La tendencia similar del afrofuturismo no sólo ofrece una imagen muy estilizada de un mejor futuro, sino que también la vincula con una crítica radical de las estructuras de opresión existentes y una rememoración de las luchas pasadas. El imaginario postrabajo también tiene varios precedentes históricos en la escritura utópica, los cuales apuntan hacia una lucha constante por avanzar más allá de las limitantes del trabajo remunerado. Los movimientos culturales y la producción estética deben desempeñar papeles esenciales para resucitar el deseo de la utopía y las visiones inspiradoras de un mundo distinto.

UNA EXPLORACIÓN DEL NEOLIBERALISMO

Mientras las utopías buscan transformar la hegemonía cultural del neoliberalismo, la educación constituye una institución clave para transformar la hegemonía intelectual. Es el aparato educativo el que adoctrina a las nuevas generaciones en los nuevos valores de una sociedad particular, reproduciendo su ideología a lo largo de las décadas. En el sistema educativo, los niños aprenden las ideas básicas de una sociedad, el respeto por (o, en realidad, la sumisión a) el orden existente y las habilidades necesarias para ser distribuidos en los distintos segmentos del mercado laboral.[58] Transformar el sistema educativo de los

intelectuales es, por tanto, una labor clave en la construcción de una nueva hegemonía.[59] No por nada escribió Paul Samuelson, economista ganador del Premio Nobel: «No me importa quién escriba las leyes de una nación o quién componga sus tratados avanzados, mientras yo pueda escribir sus libros de texto de economía». Los proyectos que se enfoquen en cambiar este elemento institucional de la sociedad podrían concentrarse en tres objetivos amplios: pluralizar la enseñanza de la economía, revitalizar el estudio de la economía de izquierda y expandir los conocimientos populares sobre economía.

A menudo se olvida —de manera tan profunda estamos inmersos en el neoliberalismo— que la economía solía ser una disciplina relativamente pluralista. El periodo de entreguerras fue un momento de sana competencia entre varios enfoques formalistas y no formalistas.[60] En las revistas académicas era común ver discusiones sobre planificación económica, la baja tendencial de la tasa de ganancia y otras categorías estándares de la economía marxista. En los años sesenta, el Debate de las dos Cambridges sobre el Capital unió a pensadores heterodoxos y ortodoxos en un influyente debate sobre las bases de la disciplina —debate que los pensadores heterodoxos ganaron, como todos reconocen—.[61] En una fecha tan tardía como los años setenta, uno de los fundadores de la economía moderna examinaba la explotación, la teoría laboral del valor y el problema de la transformación en una destacada revista de economía.[62] Hoy en día es difícil de imaginar un acontecimiento semejante. Si bien la economía neoclásica es una amplia tienda que contiene diversos enfoques, se trata de una perspectiva fundamentalmente limitada sobre qué se considera un conocimiento económico real. Este problema se compone de las demandas metodológicas particulares de las revistas más prominentes, en las que la elaboración formal de modelos tiene prioridad sobre análisis más sociológicos y visiones cualitativas.

Si esperamos que cambien las ideas culturales y académicas generales en torno a cómo administrar las economías, se requerirá al menos un mayor pluralismo en la educación de los estudiantes. Aquí hay destellos de esperanza para un renacimiento pluralista. En todo el mundo se está trabajando para introducir la economía alternativa en las principales universidades y algunos grupos de estudiantes y profesionales están comenzando a movilizarse en torno a este tema. Desde 2000, muchas universidades han visto cómo sus estudiantes exigen pluralismo en su educación económica.[63] En años más recientes, algunos estudiantes han protestado abiertamente contra los defensores de la economía dominante y han surgido grupos, como la Sociedad Económica Post-Crash y Rethinking Economics, que están coordinando esfuerzos para cambiar los programas de estudio.[64] Sin embargo, para el proyecto de pluralizar la economía, resulta fundamental el desarrollo de un programa de investigación y libros de texto adecuados. Parte de la razón del auge de los enfoques formalistas es que cumplen con los requisitos institucionales de la educación superior: ofrecen teorías para que los investigadores pasen tiempo demostrándolas, libros de texto y doctorados que continúen con una línea de pensamiento, así como principios claros y transmisibles.[65] En la actualidad, el campo está dominado por libros de texto neoclásicos y el resultado es que, aun cuando los profesores busquen pluralizar la disciplina, no tienen acceso a muchos recursos.[66] Entre los indicadores de que la situación podría estar cambiando está la creación de un libro de texto heterodoxo elaborado por dos defensores de la teoría monetaria moderna.[67] Pero se necesita seguir trabajando en este frente para ampliar los horizontes provincianos de la economía dominante.

Para apoyar este proceso debería haber un movimiento para rejuvenecer la economía de izquierda. La ausencia de análisis económicos de la izquierda pudo verse tras la crisis de 2008,

cuando la respuesta crítica más prominente fue un sustituto temporal del keynesianismo. Buena parte de la izquierda carecía de un programa económico significativo y deseable, pues se había concentrado ante todo en criticar al capitalismo en lugar de elaborar alternativas. Se trata de una crisis de imaginación utópica, aunque también de límites cognitivos. Se debe reflexionar a fondo sobre una serie de fenómenos contemporáneos emergentes, como, por ejemplo, las causas y los efectos del estancamiento secular; las transformaciones evocadas por el cambio a una economía informacional posescasez; los cambios originados por la introducción de la automatización total y un ingreso básico universal; los posibles acercamientos a la colectivización de la manufactura y los servicios automatizados; los potenciales progresivos de los enfoques alternativos a la distensión cuantitativa; las formas más efectivas de descarbonizar los medios de producción; las consecuencias de los *dark pools* para la inestabilidad financiera, etcétera. De igual forma, deberían reactivarse las investigaciones sobre cómo podría ser el poscapitalismo en la práctica. Más allá de algunos clásicos pasados de moda, se ha investigado muy poco para reflexionar con profundidad sobre un sistema económico alternativo y menos aún tras la aparición de tecnologías emergentes como la manufactura aditiva, los vehículos que se manejan solos y la robótica suave.[68] ¿Qué papel, por ejemplo, podrían desempeñar las criptodivisas no estatales? ¿Cómo se mide el valor si no es mediante el trabajo abstracto o concreto? ¿Cómo puede darse cuenta de las preocupaciones ecológicas en un marco económico poscapitalista? ¿Qué mecanismo puede sustituir al mercado y superar el problema del cálculo económico socialista?[69] ¿Y cuáles son los posibles efectos de la baja tendencial de la tasa de ganancia?[70] Construir un mundo poscapitalista es una labor tanto técnica como política y, para comenzar a pensar al respecto, la izquierda debe superar su aversión generalizada a las

matemáticas y a la elaboración formal de modelos. No es poca la ironía que conlleva el hecho de que las mismas personas que critican la abstracción de la elaboración matemática de modelos suelan adherirse a las lecturas dialécticas más abstractas del capitalismo. Reconocer la utilidad de los métodos cuantitativos no quiere decir sólo adoptar los modelos neoclásicos ni seguir servilmente los dictados de los números, pero el rigor y la elaboración informática que puede provenir de la elaboración formal de modelos son esenciales para lidiar con la complejidad de la economía.[71] Sin embargo, de la teoría monetaria moderna a la economía de la complejidad, de la economía ecológica a la participativa, las trayectorias del pensamiento innovador están despuntando, aun cuando siguen siendo marginales. De igual manera, organizaciones como la New Economics Foundation encabezan el camino para crear modelos económicos que puedan dar forma a los objetivos políticos de la izquierda, así como fomentar la educación pública en cuestiones económicas.

Este último punto es de particular importancia, pues aumentar el conocimiento económico no sólo significa transformar la práctica de los economistas académicos, sino también hacer la economía inteligible para los no especialistas. Los sofisticados análisis de las tendencias económicas deben vincularse con las intuiciones de la vida cotidiana. Si bien es posible que el resurgimiento de la economía de izquierda se centre en la academia en el futuro cercano, el objetivo debería ser difundir dicha educación económica mucho más allá de los confines universitarios. Los sindicatos podrían utilizar sus recursos para educar a sus miembros sobre la naturaleza cambiante de la economía contemporánea. Mediante programas de educación interna, los trabajadores de base pueden empezar a ubicar los problemas en sus lugares de trabajo y comunidades dentro de un contexto económico más amplio. Mediante la formación de activistas pueden lograrse enfoques similares, cosa que en muchos casos ya se ha

hecho. Las escuelas abiertas ofrecen otro medio para la educación, pues brindan al público la oportunidad de aprender ideas que la jerga académica suele volver impenetrables y de las que está excluido por las exorbitantes matrículas y tarifas de publicación. En el Reino Unido existe una larga tradición de programas educativos para la clase trabajadora de la que puede echarse mano como fuente de aprendizaje. Por ejemplo, la Worker's Educational Association ya ofrece educación de bajo costo para adultos a las poblaciones.[72] Estas instituciones ofrecen formas para vincular el conocimiento económico abstracto con el conocimiento práctico de los trabajadores, activistas y miembros de la comunidad, de manera que ambos se den forma uno a otro. La labor sistemática de desarrollar el pluralismo, la investigación económica y la educación pública desempeñará un papel significativo en el fortalecimiento de las narrativas utópicas esbozadas en la sección anterior y ofrecerá las herramientas de navegación necesarias para trazar una vía para salir del capitalismo.

REORIENTAR LA TECNOLOGÍA

Como ya argumentamos, la hegemonía no sólo está enquistada en las ideas de una sociedad sino también en el entorno y en las tecnologías construidas que nos rodean. Estos objetos llevan dentro de sí una política: facilitan usos y acciones particulares, al tiempo que limitan otros. Por ejemplo, nuestra infraestructura actual tiende a conformar nuestras sociedades en formas individualistas, basadas en el carbón y competitivas, independientemente de lo que puedan querer los individuos o las colectividades. La importancia de estas infraestructuras politizadas sólo va creciendo a medida que la tecnología se expande a las nanoescalas más pequeñas y a las formaciones posplanetarias más grandes. La tecnología no deja intacto ningún aspecto

de nuestra vida y, a decir verdad, muchos argumentarían que la humanidad es intrínsecamente tecnológica.[73] En respuesta a esta hegemonía materializada —que fue construida por y forma parte del capitalismo – se presentan unas cuantas opciones distintas. Una primera postura sostiene que lo único que podemos hacer para liberarnos es destruir este entorno construido.[74] Si bien este argumento alcanza su cenit en el primitivismo y su exigencia de terminar con la civilización, la izquierda actual está permeada por inclinaciones similares. Dada la devastación que este proyecto conllevaría y la ineptitud teórica que subyace a estas demandas, consideramos esta postura poco más que una curiosidad académica. En cambio, una segunda postura sostiene que la tecnología es la base de un orden poscapitalista, pero que cualquier énfasis significativo en el cambio tecnológico debe esperar hasta después de concluido el proyecto político del poscapitalismo.[75] Sin duda, esto simplificaría nuestra labor, pero, dado el entrelazamiento generalizado de la tecnología con la política y dados los potenciales latentes en la tecnología actual, creemos que la opción más prudente es examinar la forma de redirigir el desarrollo y reorientar de inmediato la tecnología existente, de ahí que un tercer enfoque se concentre en la invención y enfatice el hecho de que la elección de qué tecnologías desarrollar y cómo diseñarlas es, en primera instancia, una cuestión política.[76] La dirección del desarrollo tecnológico está determinada no sólo por consideraciones técnicas y económicas sino también por intenciones políticas. Más que sólo tomar los medios de producción, este enfoque afirma la necesidad de inventar unos nuevos. Un enfoque final se concentra en cómo la tecnología existente contiene potenciales ocultos que forcejean con nuestro horizonte actual y en cómo podrían reorientarse.[77] Bajo el capitalismo, el potencial de la tecnología queda severamente restringido, reducido a un mero vehículo para generar ganancias y controlar a los trabajadores.

Sin embargo, aparte de estos usos, existen otros potenciales.[78] Nuestra labor es revelar esos potenciales ocultos y vincularlos con procesos escalables de cambio. Se trata, en última instancia, de una intervención utópica, en la medida en que la reorientación aspira a encender la imaginación colectiva en torno a qué puede hacerse con los recursos disponibles.[79]

Tenemos, por tanto, dos estrategias efectivas para abordar la cuestión de la hegemonía tecnológica. El primer enfoque se concentra en la invención y la adopción de nuevas tecnologías y destaca que podemos crear herramientas de cambio. En este sentido, hay quienes han demandado un mayor control democrático sobre el diseño y la implementación de las infraestructuras y tecnologías.[80] En el lugar de trabajo, esto implica luchar por sobre qué tecnologías se incluyen y cómo se usan. Dado que rara vez, si no es que nunca, se introducen todas las tecnologías de golpe, existe un largo periodo para aprovechar el poder y obtener control sobre cómo se desarrollan e implementan las tecnologías. El rechazo a las medidas de vigilancia es uno de los objetivos más obvios, aunque la lucha en el lugar de trabajo también conlleva resistirse a las tecnologías que sólo intensifican, aceleran y empeoran las condiciones de trabajo.[81] En el ámbito estatal, hay un argumento igual de fuerte a favor del control democrático del desarrollo tecnológico, dado que las innovaciones más importantes provienen de la financiación del sector público y no del privado. El Estado encabeza las revoluciones tecnológicas importantes: desde internet hasta la tecnología verde, la nanotecnología, el algoritmo básico del buscador de Google y todos los componentes principales del iPhone y el iPad de Apple.[82] El microprocesador, la pantalla táctil, el GPS, las baterías, el disco duro y SIRI son sólo algunos de los componentes derivados de la inversión gubernamental.[83] El hecho es que los mercados capitalistas tienden a las visiones a corto plazo y a las inversiones de bajo riesgo. Los

gobiernos proporcionan los recursos a largo plazo que permiten el desarrollo y el florecimiento de los principales cambios innovadores y el capital de riesgo contemporáneo tiende cada vez más hacia la generación de ganancias a corto plazo.[84] Los gobiernos invierten en proyectos de alto riesgo con probabilidades de fracaso, pero que, por la misma razón, pueden conducir a cambios importantes. Dado el papel del Gobierno en el desarrollo tecnológico y en la innovación de productos de consumo, el financiamiento público debería estar bajo control democrático. Ello implicaría que los gobiernos intervinieran no sólo en el índice de desarrollo tecnológico sino, algo más importante, en su *dirección*.[85] De particular importancia son los llamados «proyectos orientados a una misión».[86] Éstos no tienen como objetivo la diferenciación de los productos ni la mejora marginal de bienes existentes, sino que se ocupan de proyectos de invención a gran escala como los viajes espaciales e internet. Esto es el desarrollo revolucionario, dirigido a crear vías tecnológicas completamente nuevas y abiertas a la posibilidad de que en el proceso surjan innovaciones inesperadas. Bajo un control democrático, este tipo de desarrollo podría responder a los mayores problemas sociales del momento y fomentar el pensamiento a gran escala utilizando, por ejemplo, bancos de inversión estatal para moldear el valor social de los proyectos mediante las decisiones de financiación.[87] Un Gobierno que piense hacia delante podría apoyar proyectos orientados a una misión como la descarbonización de la economía, la completa automatización del trabajo, la ampliación de las energías renovables de bajo costo,[88] la exploración de la biología sintética, el desarrollo de medicinas de bajo costo, el apoyo a la exploración espacial y la construcción de inteligencia artificial. El reto es desarrollar mecanismos institucionales que permitan el control popular sobre la dirección de la creación tecnológica.

El control público sobre la forma en que el Gobierno gasta sus

fondos en el desarrollo también estaba en el centro de una serie de luchas laborales en los años setenta. En experimentos que llevan ya mucho tiempo en el olvido, algunos trabajadores en el Reino Unido y Japón (y más adelante en Brasil, la India y Argentina) buscaron canalizar el desarrollo tecnológico hacia la producción de «bienes socialmente útiles».[89] Estos bienes respondían a necesidades sociales y se producían de tal forma que se minimizaba el gasto, eran ecológicamente sustentables y respetaban a los trabajadores y sus capacidades.[90] Los más influyentes de estos proyectos se llevaron a cabo en Lucas Aerospace en el Reino Unido, una compañía que se concentraba en producir componentes de alta tecnología, sobre todo para el ejército, y que recibía una financiación gubernamental importante.[91] Ante el creciente desempleo estructural y los despidos inminentes, los trabajadores de Lucas Aerospace se unieron para desarrollar una propuesta alternativa sobre cómo administrar la compañía y conservar sus empleos. Su argumento básico fue que, dado que la corporación estaba recibiendo fondos públicos, la sociedad debía opinar sobre —y beneficiarse de – la forma en que estos recursos debían utilizarse. Este argumento conllevaba quitar recursos al armamento militar y canalizarlos hacia productos útiles. Para desarrollar la propuesta de producir bienes socialmente útiles, los trabajadores compilaron una lista de las capacidades y el equipo que tenían a su disposición, adoptaron la perspectiva de planificadores, buscaron sugerencias de productos entre los trabajadores y sus comunidades y decidieron de manera colectiva cómo podían reorientarse esas tecnologías y capacidades para fines distintos.[92] En lugar de equipo militar de alta tecnología, las capacidades existentes se readaptarían para diseñar y producir tecnologías médicas, energía renovable, mejoras en la seguridad y tecnología de calefacción para las viviendas.[93] El plan final constaba de más de mil doscientas páginas e incluía propuestas detalladas para ciento

cincuenta productos.[94] Para que pudiera alcanzar sus objetivos políticos contra una administración intransigente, la estrategia adoptada fue, de muchas maneras, un proyecto contrahegemónico, pues los trabajadores buscaron de manera explícita «encender la imaginación de los demás» y revisar qué pensaba la gente sobre los objetivos de la producción.[95]

Ante todo, el Plan Lucas rechazaba seguir siendo un espacio temporal de política prefiguradora y, en su lugar, buscó movilizar los recursos de sindicatos y gobiernos en un esfuerzo por crear un nuevo orden hegemónico. En este esfuerzo, el plan tuvo resonancia entre activistas por la paz, ambientalistas, feministas y otros movimientos laborales, lo cual condujo al establecimiento de conexiones internacionales y a una ola de acciones encabezadas por trabajadores.[96] Al final, empero, el estancamiento del Partido Laboralista y los sindicatos nacionales, combinado con el viraje emergente hacia el neoliberalismo, impidió que el Plan Lucas cumpliera con sus objetivos. Sin embargo, los éxitos que logró —desacelerar la pérdida de empleos— fueron en buena medida resultado de ir más allá de los enfoques defensivos y hacia la creación de alternativas.[97] A pesar de sus fracasos, el Plan Lucas constituye un claro ejemplo de cómo la reorientación de las fuerzas productivas de la sociedad puede utilizarse para transformar la dirección tecnológica de la sociedad. No fue un simple intento por construir una fábrica controlada por los trabajadores en medio de una economía orientada hacia las ganancias: aquello fue algo más radical, fue un intento por reorganizar el desarrollo tecnológico alejándolo de las mejoras marginales del armamento y acercándolo a bienes socialmente útiles.[98] Es un modelo ideal de cómo el conocimiento técnico, la conciencia política y el poder colectivo pueden combinarse para alcanzar una reorientación radical del mundo material.

A principios de los años setenta hubo en Chile un proyecto de reorientación aún más ambicioso. El Gobierno recién electo

de Salvador Allende buscó transformar Chile en un país socialista mediante un cambio gradual, implementado por medio de las instituciones económicas y políticas existentes. Parte crucial de este proceso fue el desarrollo de Cybersyn, un intento innovador de planificación económica descentralizada que buscaba vincular a empresas en todo el país con las funciones gubernamentales y burocráticas. El proyecto implicaba el desplazamiento de la cibernética de lo que a menudo se ha criticado por ser un sistema de control[99] hacia una infraestructura de socialismo democrático. El sistema Cybersyn no se concibió para un Gobierno central omnipotente y externo sino como un modulador parcial e interno de los continuos flujos económicos.[100] Su intención era brindar a los trabajadores la oportunidad de opinar sobre el proceso de planificación y permitir que las fábricas se autoadministraran, todo ello al tiempo que daba una orientación racional a la economía del país. Para cumplir con estos objetivos, Cybersyn debía incluir un protointernet que vinculara las fábricas, un simulador económico para probar las políticas, un analizador estadístico para predecir los problemas y una sala de operaciones tomado directamente de la ciencia ficción. Sin embargo, la hostilidad estadounidense hacia el país volvió prácticamente imposible la adquisición de nuevas computadoras y los tratos con Francia sólo dieron frutos tras el derrocamiento de Allende.[101] El resultado fue que los esfuerzos de Chile por construir un socialismo cibernético tuvieron en gran medida que reorientar las tecnologías existentes para tener posibilidades de éxito. Se trató de una suerte de trabajo de bricolaje que utilizó lo que se tenía a mano para improvisar algo nuevo. Por aquel entonces, Chile únicamente tenía cuatro computadoras centrales (de las cuales Cybersyn sólo podía contar con una)[102] y cincuenta computadoras en todo el país, de modo que el protointernet se vio reducido al mínimo y se basó en las máquinas de télex, más numerosas. Al final, la

ambición de tener un sistema de empresas democráticas, administradas por los trabajadores, se vio interrumpida por el golpe apoyado por Estados Unidos que terminó con el régimen de Allende en 1973. Sin embargo, si bien el proyecto nunca se completó del todo, partes del Cybersyn demostraron su potencial en una experiencia notable. Ante la creciente oposición por parte de la élite económica, en 1972 el Gobierno tuvo que lidiar con una huelga de más de cuarenta mil camioneros.[103] La pequeña burguesía buscó socavar al Gobierno evitando el envío de materiales esenciales para la producción fabril. No obstante, los trabajadores tomaron las fábricas y siguieron conduciendo los camiones cuando les fue posible, mientras el Gobierno desplegaba la red de télex de Cybersyn para coordinar los envíos alrededor de los bloqueos y la huelga. En efecto, como apunta el conocido historiador de Cybersyn: «La red ofreció una infraestructura de comunicaciones para vincular la revolución desde arriba, encabezada por Allende, con la revolución desde abajo, encabezada por los trabajadores chilenos y miembros de las organizaciones de base».[104] En otras palabras, la huelga mostró el potencial de Cybersyn para reorientar la infraestructura de la sociedad hacia fines democráticos y socialistas. Hizo posible una visión históricamente única y prometedora de cómo podría haber sido un futuro alternativo. Así, al final, este experimento ofrece un ejemplo imaginativo y utópico de la reorientación de los principios cibernéticos, la tecnología chilena existente y el software de avanzada.[105]

Si bien los ejemplos anteriores sugieren que la reorientación podría erigirse en el centro de los proyectos políticos inmediatos, también pueden imaginarse propuestas más especulativas para un futuro poscapitalista. Como fuente central de la productividad y de la expansión de nuestras capacidades para actuar, las innovaciones tecnológicas forman parte esencial de cualquier modo de producción más allá del capitalismo. Un nuevo

mundo deberá construirse no sobre las ruinas del viejo, sino sobre los elementos más avanzados del presente. Hoy en día vemos por doquier los potenciales ocultos de este enfoque en el hecho de que las tecnologías para alcanzar los objetivos clásicos de la izquierda (trabajo reducido, una mayor abundancia, un mayor control democrático) están más disponibles que nunca. El problema es que siguen estando encerradas dentro de relaciones sociales que oscurecen estos potenciales y les quitan su poder. En este contexto, la demanda de reorientar y reflexionar sobre las tecnologías tiene como objetivo volver a encender una imaginación utópica en el seno de un capitalismo estancado. Ya existe toda una gama de posibilidades. El capítulo anterior examinó las tecnologías de automatización en tanto bisagra clave entre capitalismo y poscapitalismo, pero la reorientación se extiende mucho más allá de la automatización de las fuerzas productivas. Existen argumentos similares que se han movilizado en torno a las redes logísticas, a la reorientación de las ciudades por razones ecológicas y a desplegar la tecnología informática más reciente para fines poscapitalistas.[106] Señalar este tipo de tecnologías puede ayudarnos a concentrar la energía en las luchas políticas sobre su uso y su desarrollo. La logística ofrece un ejemplo de particular importancia en la medida en que explota las diferencias salariales, al tiempo que permite la producción global y se halla en la punta de la automatización. Sin negar la importancia de la logística para el proyecto de explotar la mano de obra barata en todo el mundo, es posible identificar su utilidad para el poscapitalismo de varias maneras.[107] En otras palabras, sus usos van mucho más allá de los capitalistas. En primer lugar, cualquier economía poscapitalista requerirá de flexibilidad tanto en la producción (por ejemplo, en la manufactura aditiva) como en la distribución (por ejemplo, en la logística del *just-in-time*). A diferencia de los grandes e inflexibles esfuerzos de planificación de la era soviética, esto permite que una eco-

nomía sea sensible a los cambios en el consumo individual. Sin estas tecnologías, el poscapitalismo se arriesgaría a repetir todos los problemas económicos que surgieron en el primer experimento comunista.[108] En segundo lugar, la logística global hace posible el uso de una amplia gama de ventajas comparativas, no sólo las diferencias salariales. Por mencionar un ejemplo, algunas investigaciones han concluido que resulta menos dañoso para el medio ambiente que ciertos bienes agrícolas se produzcan en Nueva Zelanda y se envíen al Reino Unido, que se produzcan y consuman en el Reino Unido.[109] Aun cuando deban viajar por medio mundo, siguen teniendo una huella de carbono más pequeña, por la sencilla razón de que reproducir el clima apropiado en el Reino Unido implicaría un consumo intenso de energía. Estas ventajas ambientales comparativas sólo existen cuando hay una red de logística eficiente y global. Por último, la logística se halla a la vanguardia de la automatización laboral y, por ende, constituye un excelente ejemplo de cómo podría ser un mundo poscapitalista: máquinas zumbando y haciendo el trabajo difícil que de otra forma se verían obligados a hacer los seres humanos. Cabe recordar que antes de la revolución logística, el transporte de mercancías era una labor físicamente demoledora para el cuerpo de los trabajadores. La automatización de esta labor es algo que debe aplaudirse, no refrenarse por razones provincianas. Por todo ello, la logística representa una importante tecnología de transición entre el capitalismo y el poscapitalismo.

Empero, la reorientación tiene límites importantes. Los soviéticos, por ejemplo, pensaban que podían simplemente tomar las tecnologías y técnicas capitalistas y utilizarlas para fines comunistas,[110] pero dichas tecnologías estaban sesgadas hacia la máxima eficiencia y un control administrativo riguroso.[111] Dada su adopción indiscriminada de la maquinaria capitalista y sus técnicas de administración, no resulta sorprendente que el sis-

tema tendiera hacia los modos de operar del capitalismo. Los trabajadores se volvieron —una vez más— meros eslabones en las máquinas, desprovistos de autonomía y obligados a trabajar más duro. El ambicioso plan de conquistar los medios capitalistas de producción se vino abajo ante la realidad de que las relaciones de poder se hallan engastadas dentro de las tecnologías que, por ende, no pueden orientarse infinitamente hacia propósitos que se opongan a su propio funcionamiento.[112] Las tecnologías de control numérico, por ejemplo, se han utilizado para establecer el ritmo de la producción, obligando a los trabajadores a seguir el paso a las máquinas y volviendo el poder de la administración más indirecto e invisible.[113] De esta forma, las máquinas pueden ocultar las relaciones de poder haciéndolas parecer simples procesos mecánicos. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones, la reorientación sigue siendo posible porque a menudo existe una importante reserva de potenciales sin explotar que yacen latentes dentro de las tecnologías. Lo que es difícil de entender es, en palabras de un historiador, que la «tecnología no es buena ni es mala y tampoco es neutral».[114] Cualquier tecnología es política, pero flexible, pues siempre excede los propósitos para los cuales fue ideada.[115] Más bien, el diseño, el significado y el impacto de una tecnología están en constante cambio, se modifican a medida que los usuarios la transforman y su entorno cambia.[116] Parafraseando a Spinoza, podemos decir que no sabemos lo que un cuerpo sociotécnico puede hacer. ¿Quién de nosotros reconoce por completo los potenciales inexplorados que esperan ser descubiertos en las tecnologías que ya se han desarrollado? ¿Qué tipos de comunidades poscapitalistas podrían construirse con el material de que ya disponemos? Nuestra apuesta es que los verdaderos potenciales transformadores de buena parte de nuestra investigación científica y tecnológica aún están por explorarse.

¿Cómo, entonces, podemos distinguir entre tecnologías ata-

das por sus limitaciones y tecnologías cuyas propiedades ofrecen posibilidades para un futuro poscapitalista? No existe una forma *a priori* de determinar los potenciales de una tecnología, pero aun así podemos establecer parámetros generales para evaluarlos y aplicar dichos parámetros en la reflexión de los aspectos específicos de las tecnologías individuales.[117] En términos de criterios, un enfoque consiste en determinar qué funciones constituyen aspectos necesarios y/o exhaustivos de una tecnología. Por ejemplo, si el único papel de una tecnología es explotar a los trabajadores o si dicho papel es absolutamente necesario para su utilización, no puede ocupar un lugar en un futuro poscapitalista. El taylorismo, basado por fuerza en el control y la explotación intensificada de los trabajadores, sería rechazado sobre estos criterios. El armamento nuclear, que requiere la capacidad de producir destrucción masiva, tampoco tendría lugar en un mundo poscapitalista.[118] No obstante, en su mayoría, las tecnologías serán más ambiguas. Si bien la tecnología diseñada para reducir la mano de obra especializada permite el dominio de una clase directiva, también abre espacios para compartir y reducir el trabajo. Si bien la tecnología que reduce los costos de producción reduce el porcentaje de empleados, también reduce la necesidad de que las personas trabajen. Si bien una tecnología que centraliza la toma de decisiones sobre la infraestructura facilita el control privado, también ofrece un punto nodal para la toma de decisiones colectiva. Estas tecnologías encarnan ambos potenciales al mismo tiempo y la labor de la reorientación es hallar la forma de alterar el equilibrio entre ellos. Uno de los objetivos de cualquier izquierda orientada hacia el futuro podría ser esbozar estos parámetros generales de decisión y emprender más investigaciones y análisis para determinar cómo las tecnologías específicas podrían reorientarse y movilizarse hacia un proyecto poscapitalista. Esto resulta de particular importancia para los trabajadores del sector tecnológico que están construyendo, mediante sus de-

cisiones creativas, el terreno de la política del futuro.[119] Sin embargo, hemos de ser claros: sin un cambio simultáneo en las ideas hegemónicas de la sociedad, las nuevas tecnologías continuarán desarrollándose por las vías capitalistas y las viejas permanecerán comprometidas con los valores capitalistas.

De ahí que esta estrategia hegemónica sea necesaria para cualquier proyecto que busque transformar la sociedad y la economía. Y, en muchos sentidos, la política hegemónica es la antítesis de la política folk. Busca persuadir e influir, en lugar de suponer una politización espontánea; funciona en escalas múltiples y no sólo en lo tangible y lo local; busca encontrar formas de poder social de larga duración y no temporales, y opera en ámbitos que no suelen ser superficialmente «políticos», en lugar de concentrarse en los medios políticos más espectaculares, como las manifestaciones en las calles. Una estrategia contrahegemónica incluiría esfuerzos por transformar el sentido común de la sociedad, revivir una imaginación social utópica, repen sar las posibilidades de la economía y, con el tiempo, reorientar las infraestructuras tecnológicas y económicas. Ninguno de estos pasos basta por sí solo, pero son ejemplos de cómo pueden emprenderse acciones para construir las condiciones sociales y materiales para un mundo postrabajo: todos ellos preparan el terreno para un momento en que el cambio transformador pueda ocurrir, sustentado por un movimiento de masas. No obs tante, la estrategia de la contrahegemonía, tal como se ha esbozado hasta ahora, sigue siendo abstracta. Lo que se necesita es una idea de cómo exactamente una estrategia contrahegemónica podría cobrar fuerza en el mundo real. La hegemonía debe crearse y el poder, construirse. A continuación, veremos cómo puede crearse ese poder y quién puede construirlo.

8.
CONSTRUIR EL PODER

Construir un pueblo es la tarea principal de la política radical.

ERNESTO LACLAU

Una estrategia puede indicar la dirección general que debe seguirse, pero deja abierta la pregunta por las fuerzas que existen para llevarla a cabo. Cualquier estrategia requiere de una fuerza social activa, movilizada en una formación colectiva y que actúe sobre el mundo. Sin embargo, aun cuando poner en práctica una estrategia contrahegemónica requerirá del uso del poder, la izquierda se ha visto rebasada y se ha mostrado sistemáticamente reacia a dicho uso.[1] Los agentes tradicionales del poder de la izquierda (la clase trabajadora y sus formas institucionales asociadas) han languidecido bajo los ataques de la derecha y debido a su propio estancamiento. Mientras tanto, humillados por los fracasos de intentos previos en pos de una transformación social, muchos se han movilizado en la retaguardia de acciones marginales y defensivas de la política folk.[2] No obstante, la construcción de un mundo postrabajo implicará una transformación social a gran escala y requerirá una cimentación de la capacidad para el uso del poder. Este capítulo sostiene que, con el fin de instalar un nuevo orden hegemónico, serán necesarias al menos tres cosas: un movimiento populista de masas, un ecosistema de organizaciones sano y un análisis de los puntos de ventaja.[3] Las cuestiones de unidad de clase y formas de organización son temas de debate perenne entre la izquierda. Se piensa que la unidad de clase genera redes de solidaridad, fuerza numérica, confianza y conciencia sobre los intereses comunes. A su vez, la

fuerza de organización brinda liderazgo, coordinación, estabilidad en el tiempo y concentración de recursos. Los puntos de ventaja se discuten menos a menudo, pero no son menos importantes. Se trata de puntos de poder político o económico que pueden aprovecharse para obligar a otros a que se adapten a los intereses de un grupo particular.[4] La táctica clásica de la huelga, por ejemplo, apunta a interrumpir la producción con el fin de forzar a los propietarios a acceder a las demandas de los trabajadores. Sin estos puntos de ventaja, el cambio sólo puede ocurrir como parte de los intereses de los poderosos. Este capítulo examina estos tres elementos para construir el poder y esboza algunos caminos para avanzar. Lo que sigue no pretende ser una prescripción exhaustiva ni suficiente de lo que se debe hacer sino ofrecer reflexiones sobre los límites de los precedentes históricos, así como un argumento sobre la importancia de los factores enlistados arriba para reconstruir el poder de la izquierda. Probablemente la reconstrucción de este poder sea la tarea más difícil que la izquierda enfrenta hoy en día y, sin embargo, es una tarea esencial si es que un mundo postrabajo ha de surgir de entre la devastación provocada por el neoliberalismo.

UNA IZQUIERDA POPULISTA

Tal vez la cuestión más importante para construir el poder sea el preguntar por el agente activo de un proyecto postrabajo. ¿Qué posiciones sociales estarán interesadas en una sociedad postrabajo? La respuesta más obvia es una que ya hemos visto: población excedente en crecimiento. De hecho, conforme los trabajadores de los países desarrollados caen en la precariedad y conforme cada vez más personas a nivel global se incorporan como mano de obra «libre» al capitalismo, la condición proletaria básica empieza a caracterizar a una franja más amplia de

gente. Todos somos, como argumentaba Marx, pobres en potencia. Así, a primera vista, estas tendencias parecen apoyar la narrativa marxista tradicional, según la cual la clase trabajadora debiera haber alcanzado una posición dominante al incorporar a un número creciente de personas y simplificar su posición económica.[5] Concentrada en fábricas industriales cada vez más grandes, la clase trabajadora estaba supuestamente destinada a unirse en términos físicos (compartiendo el espacio), en términos de intereses (reducción del trabajo, salarios más altos) y, con el tiempo, en términos de conciencia (al estar al tanto de su posición de proletariado). La descualificación de la mano de obra eliminaría jerarquías entre los trabajadores especializados y no especializados, al tiempo que la alta demanda de mano de obra significaría que al capital le importarían poco las divisiones basadas en la identidad (por raza, género o nacionalidad).[6] Esto ocurrió en algunos lugares y en algunos momentos. Por ejemplo, aunque a principios del siglo XX los negros de clase trabajadora en Estados Unidos fueron violentamente excluidos de los sindicatos blancos, después de la Segunda Guerra Mundial las divisiones raciales comenzaron a colapsar en muchas áreas.[7] Se supone que las distinciones basadas en la edad, el sexo, el conocimiento, la nacionalidad y los ingresos deberían haber caído a medida que el capitalismo avanzaba.[8] Y lo que es quizá más relevante, esta clase trabajadora emergente tenía una importancia estratégica por su acceso a un conjunto de ventajas centradas en la producción. Las huelgas, la toma de fábricas, la desaceleración y tácticas similares estaban todas ideadas para interrumpir el proceso de producción y forzar a la Administración y a los capitalistas a ceder a las demandas de la clase obrera.[9] Esta clase —paradigmáticamente compuesta por trabajadores fabriles blancos y varones— estaba destinada, se creía, a convertirse en una clase grande, homogénea y poderosa, lo cual la colocaría a la vanguardia de una revolución poscapitalista,

pero eso no sucedió: la clase trabajadora se fragmentó, sus estructuras de organización se colapsaron y hoy en día «ya no hay una sola fracción de clase que pueda hegemonizar a toda la clase».[10]

Bajo las presiones combinadas de la desindustrialización, la globalización de la producción, el alza de las economías de servicios, la expansión de la precariedad, el fin de los puntos de apoyo fordistas clásicos y la proliferación de identidades diversas, la clase trabajadora industrial se ha visto fracturada de forma severa. En todo el mundo, la clase trabajadora tradicional es predominantemente marginal en términos de su fuerza (con escasas excepciones en países como Sudáfrica y Brasil).[11] El movimiento trabajador chino tiene cierta energía, pero incluso allí el envío de la producción a países periféricos ya está minando su poder.[12] Hoy en día, el poder de la clase trabajadora global está gravemente comprometido y un retorno a la fuerza del pasado parece poco probable. Por tanto, tal como están las cosas, el sujeto revolucionario clásico ha dejado de existir y sólo hay una variedad de intereses medianamente coincidentes y experiencias divergentes. No obstante, podríamos cuestionar la idea misma de que la clase trabajadora industrial hubiera estado alguna vez en posición de transformar el mundo: la situación actual no es tan diferente de aquella de los primeros años del movimiento laboral. En primer lugar, la imagen de la unidad de los trabajadores siempre ha sido una aspiración más que una realidad. Desde sus orígenes, el proletariado se ha visto desgarrado por divisiones: entre el trabajador varón asalariado y la mujer trabajadora sin remuneración, entre el trabajador «libre» y el esclavo sin libertad, entre los artesanos especializados y los trabajadores sin capacitación, entre el centro y la periferia, entre Estados nacionales.[13] La tendencia a unificarse siempre fue un fenómeno limitado y esas diferencias persisten hoy, exacerbadas bajo las condiciones de una división globalizada del trabajo. Y hay algo tal vez más fundamental: si la desindustrialización (la

automatización de la manufactura) es un estadio necesario en el camino hacia una sociedad poscapitalista, la clase trabajadora industrial nunca habría podido ser el agente del cambio. Su existencia misma se predicó sobre las condiciones económicas que debían ser eliminadas en la transición al poscapitalismo. Si la desindustrialización es un requisito para la transición al poscapitalismo, era inevitable que la clase trabajadora perdiera su poder en el proceso: ésta se fragmentaría y colapsaría, tal como lo hemos visto en décadas recientes.

Así pues, ¿quién puede ser hoy el sujeto de transformación? Pese al tamaño cada vez mayor de la población excedente y la pauperización común al proletariado, debemos aceptar que no existe una respuesta fácil. Las distinciones entre empleados y desempleados, trabajadores formales e informales, coincide con el declive de un agente de transformación cohesionado. La fragmentación de los grupos tradicionales de resistencia y revuelta, así como la descomposición generalizada de la clase trabajadora, supone que la tarea de hoy debe ser la de tejer un nuevo «nosotros» colectivo. No hay un grupo preexistente que encarne los intereses universales o que constituya la vanguardia necesaria para este proyecto de transformación: ni el trabajador industrial, ni el trabajador intelectual, ni el lumpemproletariado. Entonces, ¿cómo articular un pueblo a la luz de la fragmentación del proletariado?[14] En la práctica, existen varias maneras de organizar una convergencia. Como vimos, el enfoque marxista clásico presuponía que las tendencias del capitalismo intensificarían la división entre clases y conducirían a la unidad del proletariado. También hay quien ha defendido la unidad sobre la base de intereses genéricos comunes —las necesidades biológicas, por ejemplo—, pero un interés común mínimo tiende a traducirse en demandas mínimas.[15] En contraste, en los movimientos de Occupy la unidad solía surgir de la proximidad física: los cuerpos trabajaban y vivían juntos en los campamen-

tos. Sin embargo, esa unidad a menudo recubría las diferencias reales, convirtiéndose así en poco más que una frágil fachada. Cuando se destruía la proximidad física, en el desmantelamiento de los espacios ocupados, la unidad no tardaba en colapsar. Con la Primavera Árabe, por su parte, la unidad se forjó a través de la oposición compartida contra adversarios tiránicos, lo cual reunió a una serie de grupos dispares.[16] No obstante, estas experiencias recientes demuestran que una unidad construida sólo sobre la oposición tiende a romperse cuando cae el adversario.

El problema de un proyecto postrabajo es que, pese a todo lo que es común a la existencia proletaria, esto no brinda más que una cohesión mínima, que puede respaldar por igual a un amplio espectro de experiencias e intereses divergentes.[17] El desafío que enfrenta una política de transformación es articular esta serie de diferencias en un proyecto común, sin limitarse a afirmar que la lucha de clases es la única lucha *real*. Con estas condiciones, no resulta sorprendente que una gran parte de las luchas políticas más prometedoras de los años recientes se hayan identificado como movimientos populistas, antes que como movimientos de clase.[18] Con «populismo» no queremos decir una suerte de movimiento de masas sin sentido, ni una revuelta de mínimo común denominador, ni tampoco un movimiento con un contenido político particular cualquiera.[19] El populismo es, más bien, un tipo de *lógica* política mediante la cual una colección de identidades diferentes se entretejen en contra de un adversario común y en busca de un mundo nuevo.[20] Desde los movimientos contra la globalización hasta Syriza en Grecia, pasando por Podemos en España, numerosos movimientos latinoamericanos y Occupy en todo el mundo occidental, todos han movilizado grandes secciones representativas de la sociedad y no sólo identidades de clase particulares.[21]

Estos movimientos populistas se han originado a raíz de la frustración que generan las demandas insatisfechas. Con condi-

ciones democráticas normales, las demandas se manejan por separado dentro de las instituciones existentes, como sucede con los aumentos del salario mínimo, las ayudas al desempleo y las prestaciones de salud. Se conceden pequeños cambios, pero los arreglos institucionales, incluido el del conjunto de la sociedad, nunca se cuestionan. De esta manera, las hegemonías existentes pueden reforzarse y las amenazas se modulan con eficacia. En contraste, un movimiento populista comienza a surgir cuando esas demandas —un salario justo, vivienda social, cuidado infantil, etcétera— se frenan con más y más frecuencia. Como lo explica el teórico más importante del populismo político, Ernesto Laclau:

> Una vez que se va más allá de cierto punto, lo que se pedía dentro de las instituciones se convirtió en reclamos dirigidos a las instituciones y en cierta etapa éstos pasaron a ser reclamos contra el orden institucional. Cuando ese proceso rebasa los aparatos institucionales más allá de cierto límite, comenzamos a tener el pueblo del populismo.[22]

En este proceso, los intereses particulares se vuelven cada vez más generales y surge el populismo, con su postura resuelta en contra del orden existente. El «pueblo», a diferencia de las agrupaciones de clase tradicionales, se mantiene cohesionado por una unidad *nominal*, incluso en ausencia de cualquier unidad *conceptual*. El pueblo es un actor complejo, disputado y construido. Más que tener cualquier unidad de intereses materiales necesaria, se nombra a sí mismo como grupo cohesionado. Esto ayuda a explicar por qué fue tan difícil coaccionar la política del movimiento Occupy. El 99 por ciento se mantenía unido más por su nombre que por cualquier política común. Esta unidad nominal se complementa cuando el populismo nombra la fractura en la sociedad y la oposición contra la cual se dirige el pueblo.[23] Al nombrar al enemigo, es posible que un

amplio abanico de personas vea sus demandas e intereses expresados en el movimiento. Occupy, por ejemplo, nombró al 1 por ciento, Podemos nombró a «la casta» y Syriza nombró a la Troika. Tal como sucede cuando se nombra al pueblo, dar nombre al antagonismo tiene cierto nexo con los hechos empíricos, pero no está necesariamente atado a ellos. Por ejemplo, la división que planteó Occupy entre el 1 y el 99 por ciento es un antagonismo que movilizó a la gente pese a su falta de precisión empírica.[24] Nombrar al pueblo y a su oponente es un acto político, no una afirmación científica. Tanto el pueblo como el antagonismo en la sociedad se constituyen, por ende, a través de un acto de nominación. Esto representa una respuesta a la imposibilidad de medir el antagonismo en la sociedad a partir de la pura necesidad histórica, en una época en que las identidades de clase se han fragmentado y las diferencias han proliferado.

Sin embargo, para que surja el «pueblo» del populismo son necesarios elementos adicionales. En primer lugar, una demanda o lucha particular debe colocarse en el lugar de todas. El movimiento Occupy, por ejemplo, movilizó una serie de reclamos locales, regionales y nacionales que se entretejieron bajo la lucha contra la desigualdad. En casos como éste, no es un grupo particular el que busca el reconocimiento de la sociedad, sino que ese grupo particular habla universalmente por la sociedad. Para que esto suceda, empero, el grupo debe ser visto como encarnación de múltiples intereses, es decir, no sólo debe representar sus intereses propios sino que debe llegar a reflejar un amplio conjunto de intereses.[25] En un movimiento tradicional de clase trabajadora, los intereses comunes serían suficientes para asegurar la alianza de todos, pero, en un movimiento populista, la ausencia de una unidad inmediata basada en intereses materiales significa que la cohesión está siempre plagada por una tensión entre la lucha que se erige en nombre de las demás y todas las demás luchas. El populismo implica, entonces, una

continua negociación de las diferencias y los particularismos y busca establecer un lenguaje y un programa comunes pese a cualquier fuerza centrífuga. La diferencia entre un movimiento populista y los enfoques de la política folk radica en la postura que asume hacia las diferencias: mientras que aquél busca construir un lenguaje y un proyecto comunes, la política folk prefiere que las diferencias se expresen en tanto diferencias y evita cualquier función universalizadora. La movilización populista en torno a una política antitrabajo debe articular un populismo de tal manera que diversas luchas por la justicia social y la emancipación humana puedan ver sus intereses expresados en el movimiento. Es importante que una política antitrabajo nos brinde esos recursos; quizá ésta sea la mejor opción para una coalición entre rojos y verdes, siempre y cuando supere las tensiones entre un programa de empleo y crecimiento económico y un programa medioambiental de menores emisiones de carbono. El proyecto postrabajo también es inherentemente feminista, pues reconoce el trabajo invisible realizado sobre todo por mujeres, así como la feminización del mercado laboral y la necesidad de proporcionar independencia económica para la plena liberación femenina. Además, este proyecto se vincula con las luchas antirracistas en la medida en que las poblaciones negras y otras minorías se ven afectadas desproporcionadamente por el alto desempleo y la encarcelación masiva, así como por la brutalidad policiaca asociada a las comunidades sin trabajo. Finalmente, el proyecto postrabajo se construye sobre las luchas poscoloniales e indígenas con el objetivo de proporcionar medios de subsistencia a la inmensa fuerza de trabajo informal, así como de movilizarse contra las trabas a la inmigración.[26]

Articular un movimiento capaz de reunir tales diferencias ayuda a enfatizar la importancia que revisten las demandas para cualquier populismo bien formado. Las demandas constituyen un medio clave para construir unidad y, por tanto, deben

estar conectadas de maneras múltiples con personas diferentes.[27] Las demandas no permiten suponer de antemano quién se sentirá llamado a la acción, pero permiten que las personas vean sus propios intereses particulares reflejados en ellas, al tiempo que pueden mantener, no obstante, diferencias entre sí.[28] Por ejemplo, las demandas de una política antitrabajo tienen diferentes significados para un estudiante universitario, una madre soltera, un trabajador industrial y para quienes quedan fuera de la fuerza laboral; sin embargo, pese a estas diferencias, cada uno de ellos puede encontrar sus propios intereses representados en el llamado a una sociedad postrabajo. Movilizar a esas personas en conjunto y bajo la enunciación de una demanda se convierte así en la tarea de la política en la práctica. De esta manera, un movimiento que se predica sobre la lógica populista puede otorgar consistencia a una serie de reclamos y peticiones difusos sin negar necesariamente las diferencias.[29] Las demandas particulares se inscriben en una narrativa coherente que articula la forma en que varias demandas comparten un antagonista común. He aquí por qué una visión del futuro resulta esencial para un populismo bien formado y de eso han carecido muchos movimientos populistas recientes. Occupy, por ejemplo, nunca tradujo el momento negativo de insubordinación en un proyecto político positivo en torno al cual pudiera organizarse la gente. Nunca combinó los diversos intereses en un proyecto para un futuro mejor y se quedó en el nivel negativo del rechazo sin proporcionar nunca un «enfoque autónomo de subjetivación».[30]

Finalmente, aunque el proyecto postrabajo exija una centralidad de clase, no es suficiente movilizarse sólo sobre la base de los intereses de clase. Es preciso reunir un amplio espectro de necesidades sociales como fuerza activa y transformadora. El populismo responde a esta necesidad. No obstante, la negociación de lo común con respecto a los eslóganes, las demandas, los sig-

nos, los símbolos y las identidades no puede ser el nivel primario sobre el cual se conduzca la política. Un movimiento populista también necesita actuar en y mediante una serie de organizaciones, así como proponerse la anulación del sentido común neoliberal y la creación de un sentido común nuevo en su lugar. Ese movimiento debe abocarse a construir formas hegemónicas de poder en toda su diversidad, tanto dentro como fuera del Estado.

ECOLOGÍA ORGANIZATIVA

La organización es un mediador clave entre el descontento y la acción efectiva: transforma a cierto número de personas en una forma de poder cualitativamente distinta. Tal como lo dejaron claro el movimiento Occupy, el movimiento contra la guerra o el movimiento contra la globalización, el problema con la izquierda no es por fuerza el de los números brutos. Cuantitativamente, la izquierda no es mucho más «débil» que la derecha... pero en lo que respecta a su capacidad para lograr la movilización popular parece que ocurre lo contrario. Sobre todo en lo que hace referencia a las crisis, la izquierda parece eminentemente capaz de lanzar un movimiento populista. El problema está en el siguiente paso: cómo se organiza y se despliega esa fuerza. Para la política folk, la organización ha significado un vínculo fetichista con enfoques localistas y horizontalistas que a menudo socavan la construcción de un proyecto contrahegemónico expansivo.[31] Ese fetichismo organizativo es uno de los aspectos más nocivos del pensamiento reciente de izquierda: la creencia en que sólo si se desarrolla la forma de organización correcta, el éxito político se desprenderá de ella.[32] La política folk es la culpable, pero lo mismo puede decirse también de muchas posturas ortodoxas: la gama de curas milagrosas propuestas para el declive del poder de la izquierda incluye sindicatos,

vanguardias, grupos afines y partidos políticos. En la mayoría de los casos, estas formas organizativas se proponen sin considerar los distintos terrenos estratégicos a los que se enfrentan. Por ejemplo, la política folk toma una forma organizativa particular con condiciones específicas e intenta trasladarla, sobre todo, el campo social y político. Más que un enfoque descontextualizado del problema de la organización, necesitamos pensar en términos de un ecosistema de organizaciones sano y diverso.

El argumento simple contra el fetichismo organizativo es que un proyecto político requiere división del trabajo. En un movimiento político exitoso, hay diversas tareas esenciales que deben realizarse: creación de conciencia, asistencia legal, hegemonía mediática, análisis del poder, propuestas políticas, consolidación de una memoria de clase y liderazgo, por nombrar unas cuantas.[33] Ningún tipo de organización es por sí solo suficiente para cumplir con todos estos roles y llevar a cabo un cambio político a gran escala. Por tanto, no buscamos promover ninguna forma organizativa como medio ideal para concretar los vectores de la transformación. Cada movimiento exitoso ha sido resultado de una amplia ecología de organizaciones y no de un solo modelo organizativo. Dicha ecología ha funcionado de manera más o menos coordinada para poner en marcha la división del trabajo que la transformación política necesita. En el proceso del cambio surgen líderes, pero no hay un partido de vanguardia, únicamente funciones móviles de vanguardia.[34] Una ecología de organizaciones significa un pluralismo de fuerzas capaces de retroalimentar positivamente sus fortalezas relativas;[35] tiene que movilizarse bajo la visión común de un mundo alternativo, más que con alianzas laxas o pragmáticas,[36] y conlleva el desarrollo de un abanico de organizaciones ampliamente compatibles:

> Se trata de crear algo más que un mero edificio de alianzas (en el que se espera que las partes, entendidas como agrupaciones constituidas de

personas, permanezcan iguales, cooperando sólo puntualmente) y algo menos que una solución genérica (por ejemplo, la idea del partido). Se trata de intervenciones estratégicas que puedan atraer tanto a grupos constituidos como a la «larga fila» que no pertenece a ningún grupo, intervenciones lanzadas no como exclusivas sino como complementarias y cuyos efectos puedan reforzarse los unos a los otros.[37]

Esto quiere decir que la arquitectura general de tal ecología es una forma relativamente descentralizada e interconectada, pero que, a diferencia de la norma de la visión horizontalista, incluya, asimismo, grupos jerárquicos y cerrados como elementos de una red más amplia.[38] En última instancia, no hay una forma organizativa privilegiada. No todas las organizaciones necesitan un carácter participativo, abierto y horizontal como ideal regulativo. Las separaciones entre levantamientos espontáneos y longevidad organizativa, entre deseos a corto plazo y estrategias a largo plazo han dividido lo que debería ser un proyecto ampliamente consistente para la construcción de un mundo postrabajo. La diversidad organizativa debe combinarse con la amplia unidad populista.

Una revisión rápida de cómo podría operar esta ecología nos dará una idea del posible funcionamiento de estas propuestas en conjunto. Esto sólo puede ser muy esquemático, dadas las particularidades de cualquier lucha y la complejidad de todos los asuntos relacionados. De manera inevitable, un ecosistema de organizaciones se forja en circunstancias específicas y las distintas decisiones se toman de cara a distintos contextos políticos. Dicho lo cual, un movimiento social amplio sería esencial para cualquier política antitrabajo, pues permitiría una extensa gama de composiciones organizativas y tácticas. En una punta del espectro tenemos los estallidos transitorios de energía política a través de revueltas y protestas espontáneas. La agitación urbana en Estados Unidos, por ejemplo, fue un factor central

del apoyo que la élite brindó al ingreso básico en los años sesenta.[39] Tales brotes tal vez no formulen demandas complicadas, pero exigen una respuesta. Por otra parte, en modalidades ligeramente más organizadas, los movimientos sociales adoptan los enfoques de la política folk vistos en décadas recientes. Funcionar con los principios de la democracia directa puede propiciar ciertos objetivos, como dar voz a la gente, crear un sentido poderoso de agencia colectiva y posibilitar la articulación de perspectivas diferentes.[40] También puede fomentar la creación de una identidad populista y empoderar a las personas para que empiecen a verse como un colectivo. Sin embargo, estas organizaciones de política folk han carecido de la perspectiva estratégica necesaria para transformar escenas espectaculares de protesta y amplios movimientos populistas en acciones efectivas a largo plazo.[41] Con frecuencia, es la capacidad hegemonizadora de otras organizaciones más institucionalizadas y a largo plazo lo que, aplicado a las demandas, tácticas y estrategias de movimientos relativamente efímeros, determina el efecto final de las protestas. Los movimientos de ocupación más exitosos en los años recientes han sido los que han fomentado vínculos con movimientos laborales (en Egipto, por ejemplo) y/o con partidos políticos. En Islandia, los grandes éxitos de las protestas se alcanzaron cuando se votó una coalición entre rojos y verdes tras expulsar a la Administración conservadora;[42] mientras escribimos, España muestra el potencial que surge cuando los movimientos sociales se involucran en una estrategia dual, tanto dentro del sistema partidista como fuera de él. Si una transformación social importante como la de un proyecto postrabajo ha de ocurrir, vendrá a lomos de un movimiento de masas, antes que de un simple decreto de las alturas. Los movimientos populistas en las calles serán sus elementos esenciales.

Ya se ha insinuado en los capítulos anteriores, pero las organizaciones de los medios forman parte esencial de cualquier

ecología política emergente dirigida a la construcción de una nueva hegemonía. Las tareas implicadas en tal estrategia exigen una presencia mediática saludable, que cree un nuevo lenguaje común, le dé voz a la gente, nombre el antagonismo, suscite expectativas, genere narrativas que resuenen entre las personas y articule nuestros reclamos en un lenguaje claro. Son estos elementos los que proporcionan los puntos de anclaje para que las narrativas de los medios cambien con el tiempo. Las fundaciones y los periodistas están particularmente bien posicionados para esforzarse por cambiar las narrativas mediáticas.[43] No fue accidental que la Sociedad Mont Pelerin incluyera a numerosos periodistas entre sus miembros. Este tipo de comunicación debe lograrse de tal manera que resuene en la conversación cotidiana. La mayoría de las personas considera inútil la jerga académica y con razón. Las organizaciones de medios de izquierda no deberían rehuir una faceta accesible y entretenida, ni tampoco cosechar ideas a partir del éxito de sitios populares en internet. La izquierda se ha concentrado típicamente en crear espacios mediáticos *fuera* de los principales canales, en lugar de tratar de cooptar a las instituciones existentes y de filtrar ideas más radicales *dentro* de los principales medios. Muy a menudo, las organizaciones informativas de izquierda terminan por cantarle al coro, impulsando narrativas que nunca escapan de su propia caja de resonancia insular. Internet ha permitido que todo el mundo tenga voz, pero no ha hecho posible que todo el mundo tenga un público. Los medios de comunicación principales aún son indispensables para esto y continuarán siéndolo en el futuro. Su capacidad para influir y alterar la opinión pública dando forma a lo que es y no es «realista» todavía es sorprendentemente fuerte. Si un proyecto contrahegemónico ha de ser exitoso, necesitará inyectar ideas radicales en los medios de comunicación y no sólo construir públicos cada vez más fragmentados fuera de ellos. De

hecho, una de las lecciones clave de la experiencia estadounidense con la política del ingreso básico es que enmarcar estos temas en los medios es fundamental para sus posibilidades de éxito.[44] Por estas razones las organizaciones de medios existentes constituyen un campo de batalla clave en el proyecto que se presenta aquí.

Junto con los medios, las organizaciones intelectuales son componentes indispensables de cualquier ecología política. Éstas van desde grupos de expertos hasta departamentos universitarios cautivos y otras instituciones de educación, pasando por organismos de formación y de creación de conciencia laxamente organizados. Ahora bien, construir hegemonía no significa por fuerza enviar decretos desde las organizaciones intelectuales de vanguardia. No por nada, Gramsci, el pensador principal de la hegemonía, también dio con la idea del «intelectual orgánico»: ese intelectual estrechamente vinculado con y surgido de las fuerzas materiales y económicas clave dentro de la sociedad.[45] Los intelectuales orgánicos participan en la vida práctica, como organizadores y como constructores.[46] Una infraestructura intelectual de izquierda que funcione adecuadamente apoyará a las instituciones que identifica en su misma línea general de visión del mundo y participará en ellas difundiendo su trabajo y, allí donde sea posible, proporcionando recursos. En un mundo complejo, nadie tiene una visión privilegiada de la totalidad y, por ende, una esfera intelectual sana tendrá intelectuales con perspectivas múltiples. Esto combinará bien con las investigaciones en el terreno llevadas a cabo por los trabajadores —investigaciones que examinen, por ejemplo, la forma en que funciona la logística de la venta al por menor y el potencial para interrumpirla[47] o que aporten un análisis detallado de las redes de poder locales como medio para lograr un cambio—.[48] Además del trabajo de esos intelectuales orgánicos, hay tareas que sólo pueden llevar a cabo grupos de especialistas ca-

paces de mantener cierta distancia respecto del alboroto de la política cotidiana. Tal como lo entendió la Sociedad Mont Pelerin, algunos esfuerzos intelectuales necesitan dedicarse menos a las preocupaciones inmediatas y apremiantes y más al desarrollo de propuestas a largo plazo. Entre éstas se contarían empresas vitales como el desarrollo de nuevas formas de organizar y entender la economía, lo cual requiere de conocimiento técnico e investigación a largo plazo. Finalmente, este trabajo debe repercutir en las redes de actores políticos y narrativas sociales para alcanzar un efecto pleno.

Las organizaciones laborales han sido tradicionalmente importantes en la transformación social, pero hoy en día se encuentran en una situación difícil. Algunos hábitos enraizados y liderazgos inflexibles –cuando no abiertamente corruptos– han hecho que la revitalización de estas organizaciones sea una batalla cuesta arriba. Sin embargo, aún son indispensables para la transformación del capitalismo y cualquier esfuerzo por imaginar una nueva estructura sindical debe aprender las lecciones tanto de los fracasos de viejos modelos como de las condiciones económicas cambiantes que el movimiento laboral enfrenta hoy en día. Entre dichas lecciones se cuentan cosas básicas como: enriquecer la conexión entre el liderazgo y los miembros, fomentar el apoyo más allá de las fronteras de los sectores tradicionales (los profesores pueden apoyar a los limpiadores en una universidad, por ejemplo), aprender de los sindicatos innovadores, a menudo liderados por trabajadores (aquellos que se forman en torno a los trabajadores inmigrantes, por ejemplo); radicalizar los sindicatos existentes y construir nuevos sindicatos en áreas que carecen de esta ventaja organizativa. En términos generales, la pertinencia de un sindicato depende de la alineación de su forma política con las condiciones económicas y de infraestructura. Como vimos en los capítulos anteriores, estas condiciones están definidas hoy en día por la

crisis emergente del trabajo. El aumento de las poblaciones excedentes, el retorno a la precariedad, el estancamiento de los salarios y la recuperación dolorosamente lenta del empleo presentan en conjunto los desafíos principales que enfrenta el modelo tradicional de sindicalismo. Conforme la distinción entre trabajo y vida se desmorona, la seguridad laboral desfallece y la creciente deuda personal acecha en el fondo, los problemas que rodean al trabajo tienen efectos que van mucho más allá del lugar de trabajo. Estas condiciones sociales en transformación alteran la relación entre el sindicato, sus miembros y la comunidad en general. Lo anterior exige, en primer lugar, reconocer la naturaleza social de la lucha y salvar la distancia entre el lugar de trabajo y la comunidad.[49] Los problemas en el trabajo se desbordan hacia el hogar y hacia la comunidad, y viceversa. A su vez, un apoyo crucial a la acción sindical proviene de la comunidad y a los sindicatos les iría mejor si reconocieran su deuda con el trabajo invisible de aquellos que están fuera del lugar de trabajo.[50] No se trata sólo de las trabajadoras domésticas, que reproducen las condiciones de vida de los trabajadores asalariados, sino también de los trabajadores migrantes, los trabajadores precarios y el amplio espectro de aquellas poblaciones excedentes que comparten las miserias del capitalismo. La atención que se presta a los sindicatos debe extenderse entonces más allá del apoyo a los miembros que pagan sus cuotas. Sin duda, existe una historia de organizaciones laborales que establecen conexiones como las antedichas con la comunidad, pero hoy en día lo anterior necesita convertirse en una meta cada vez más explícita de la organización sindical. Este proceso puede funcionar en dos sentidos. Por ejemplo, Francia ha sido sede de «huelgas por delegación» en las que los trabajadores afirman no estar en huelga (y, por ende, continúan recibiendo su sueldo), pero permiten que la gente bloquee u ocupe su espacio de trabajo.[51] Además, los movimientos de los trabajado-

res siempre han dependido de la población local en materia de apoyo logístico y moral y, si se alimenta la solidaridad, las comunidades podrán salir a defender a los trabajadores contra la represión del Estado.[52] Por su parte, los sindicatos pueden involucrarse en temas de la comunidad, como la vivienda, demostrando así el valor del trabajo organizado.[53] En lugar de rebelarse sólo en torno a los lugares de trabajo, los sindicatos se adecuarían más a las condiciones actuales si se organizaran en espacios regionales y comunidades.[54]

Al expandirse el alcance espacial de la organización sindical, las demandas locales del lugar de trabajo se abren a una gama más amplia de demandas sociales. Como argumentamos en el capítulo 7, esto implica cuestionar el capricho fordista por los trabajos permanentes y la socialdemocracia, así como la atención tradicional sobre los salarios y la conservación del empleo. Es preciso hacer una evaluación sobre la viabilidad de estas demandas clásicas de cara a la automatización, la creciente precariedad y el desempleo en expansión. Creemos que muchos sindicatos estarían mejor si concentraran su atención en una sociedad postrabajo y en los aspectos liberadores de una semana laboral reducida, un empleo compartido y un ingreso básico.[55] Los estibadores de la Costa Oeste de Estados Unidos representan un caso exitoso en el que se permitió la automatización a cambio de salarios más altos y menores recortes (aunque es cierto que estos trabajadores ocupan una posición clave de ventaja en la infraestructura capitalista).[56] El Sindicato de Maestros de Chicago ofrece otro ejemplo de un sindicato que fue mucho más allá de la negociación colectiva y lanzó, en cambio, un amplio movimiento social en torno al estado de la educación en general. Por otra parte, virar en una dirección postrabajo supera algunos de los *impasses* más importantes entre los movimientos ecologistas y la mano de obra organizada. El recurso al incremento de la productividad para obtener más

tiempo libre, en lugar de un aumento de empleos y producción, puede hermanar a estos dos grupos. Cambiar los objetivos de los sindicatos y organizarse en el nivel comunitario contribuirá a alejarlos de las metas socialdemócratas clásicas —y hoy en día fallidas— y será esencial para cualquier renovación exitosa del movimiento laboral.

Finalmente, el Estado todavía es un campo de lucha y los partidos políticos tendrán un papel importante en una ecología de las organizaciones, especialmente si las agrupaciones socialdemócratas tradicionales continúan colapsando y posibilitando así el surgimiento de una nueva generación de partidos. Con el fin de garantizar una sociedad postrabajo para todos, los lugares de trabajo individuales no bastan; también se requiere éxito en todo el Estado.[57] Si bien los partidos suelen ser denunciados por consentir con cinismo la actitud electorera y a los límites impuestos por el capital internacional, esto cambia dentro de una ecología de organizaciones. Más que convertirse en el vehículo imposible de los deseos revolucionarios —asociados con la perspectiva vana de «votarle» al poscapitalismo—, los partidos podrían asumir la tarea más realista de conformar «la punta del iceberg» en términos de presión política, así como de desarrollar la capacidad para reunir un electorado bien diverso.[58] El Estado puede complementar las políticas en la calle y en el lugar de trabajo, de la misma manera en que éstas pueden ampliar las opciones para los partidos. Invalidar el Estado —algo común a tantos enfoques de política folk— es un error. Los movimientos de masas y los partidos deberían ser vistos como herramientas para un mismo movimiento populista, cada uno con capacidades para lograr cosas distintas. En el ámbito más general, los partidos pueden integrar varias tendencias de un movimiento social —desde la reformista hasta la revolucionaria— en un proyecto común. Si bien el capital internacional y el sistema interestatal hacen que el cambio radical sea casi impo-

sible desde dentro del Estado, todavía hay decisiones políticas básicas e importantes que deben tomarse sobre la austeridad, el apoyo a la vivienda, el cambio climático, el cuidado infantil, la desmilitarización de la policía y el derecho al aborto. Limitarse a rechazar las políticas parlamentarias es ignorar los verdaderos avances que éstas pueden lograr. Hace falta una posición bastante privilegiada para no preocuparse por la normatividad del salario mínimo, las leyes de inmigración, los cambios al apoyo legal o la normativa sobre el aborto. En su mejor faceta, las entidades electorales pueden actuar como una fuerza de agitación (implementando tácticas dilatorias, haciendo públicas las controversias, articulando la indignación popular) e incluso, en algunas situaciones, pueden actuar como una fuerza progresiva. Esto no significa que los movimientos sociales se conviertan en el ala de movilización política de los partidos. La relación entre partidos y movimientos sociales debería ir más allá de esto, hacia un proceso de comunicación de doble sentido. Por una parte, el partido puede brindar apoyo económico a los proyectos de la comunidad y diversas políticas —como las leyes sobre la protesta pública— pueden ser reformadas para facilitar las actividades de los movimientos sociales. En Venezuela, por ejemplo, el Estado apoyó la creación de comunas barriales como una manera de afianzar el socialismo en las prácticas cotidianas.[59] Por otra parte, los recursos de los nuevos partidos pueden movilizarse colectivamente —Podemos, por ejemplo, comenzó con un *crowd-funding* de ciento cincuenta mil euros— y la vitalidad del partido puede mantenerse a través de negociaciones institucionalizadas constantes entre los movimientos locales, los miembros del partido y las estructuras centrales de éste.[60]

Podemos se ha propuesto construir mecanismos para el Gobierno popular al tiempo que busca un lugar en las instituciones establecidas.[61] Se trata de un acercamiento de múltiples

flancos al cambio social, que ofrece más posibilidades para la transformación real que cualquier opción por sí sola.[62] Mientras tanto, el Partido de los Trabajadores en Brasil se ha mantenido abierto a múltiples grupos (grupos de teología de la liberación, movimientos campesinos), al tiempo que se organiza en torno a un núcleo basado esencialmente en los sindicatos. En palabras de un investigador: «Esta combinación de bases y vanguardia constituyó un leninismo que no era muy leninista».[63] Lo que muestran todas estas experiencias es que la movilización masiva es necesaria para transformar el Estado en una herramienta significativa para los intereses de la gente y para superar la división tajante entre el poder de los movimientos y el poder estatal. El objetivo debe ser evitar tanto «la tendencia a fetichizar al Estado, al poder oficial y a sus instituciones como la tendencia opuesta a fetichizar al antipoder».[64] En un contexto de descontento generalizado con el sistema político, esto todavía es posible —aunque, de nuevo, la importancia de tener un marco discursivo listo para canalizar el descontento es evidente—. A fin de cuentas, los partidos todavía mantienen un poder importante y la lucha por su futuro ciertamente no debería abandonarse a las fuerzas reaccionarias.

Debe quedar claro cuán lejos estamos ahora del fetichismo de la política folk por el localismo, el horizontalismo y la democracia directa. Una ecología de organizaciones no niega que esas formas organizativas puedan desempeñar un papel relevante, pero rechaza la idea de que sean suficientes. Esto es doblemente cierto para un proyecto contrahegemónico que busque derribar el sentido común neoliberal. Por tanto, más que a la fetichización de organizaciones o formas organizativas específicas, hacemos un llamamiento a una complementariedad funcional entre organizaciones.

PUNTOS DE VENTAJA

Si un movimiento populista logra construir con éxito un ecosistema de organizaciones contrahegemónico, con miras a tornarse efectivo, todavía necesitará capacidad de agitación. Incluso con una ecología organizativa sana y un movimiento de masas unificado, el cambio resulta imposible sin oportunidades que den ventajas al poder del movimiento. En términos históricos, muchos de los avances más importantes que ha alcanzado el movimiento laboral fueron obtenidos por trabajadores en posiciones estratégicas clave. Sin importar que contaran con una solidaridad generalizada, con gran conciencia de clase o con una forma organizativa óptima, lograron el éxito porque fueron capaces de insertarse en y contra el flujo de la acumulación capitalista. En realidad, el mejor indicador de la militancia laboral y la lucha de clases exitosa podría ser la posición estructural de los trabajadores en la economía.

Por ejemplo, dentro de la primera infraestructura logística, los trabajadores de los muelles ocupaban un punto clave en la circulación del capital. El transporte intermodal —la transferencia de bienes entre barcos, trenes y camiones— requería labor intensiva y era costoso.[65] Alojados en un pasaje clave a través del cual debían circular los bienes, los estibadores que llevaban a cabo este trabajo tenían una ventaja importante. En consecuencia, los trabajadores de los muelles fueron tremendamente militantes y perdieron más días laborales en disputas que los de cualquier otra industria.[66] La afamada fuerza de sindicatos como el United Automobile Workers también surgió de su posición estructural en el proceso de producción y de la importancia de la industria automotriz en la economía nacional. El poder de este sindicato creció, además, en un momento de alto desempleo y bajos niveles de organización: al parecer, ni un mercado laboral de apoyo ni la fuerza organizativa eran ne-

cesarios para el éxito.[67] Una ventaja parecida fue el que tuvieron los mineros del carbón. El trabajo en las minas se prestaba a una mayor autonomía respecto de la gerencia, en un ambiente donde las interrupciones eran especialmente poderosas. El resultado de esto fue que «su posición y concentración les brindaron la oportunidad, en ciertos momentos, de forjar nuevos tipos de poder político».[68] Lo mismo vale para la minería de hoy, que es resistente a la amenaza de fuga del capital porque el suministro del recurso es por sí mismo inmóvil. Las zonas mineras de Sudáfrica presentan un ejemplo contemporáneo, que revela tanto la potencia de los sindicatos como la violencia del capital. Cuando los mineros sudafricanos organizaron una huelga ilegal en 2012, se llamó al Estado y más de treinta trabajadores fueron asesinados en la masacre de Marikana. La posición de monopolio de ciertos proveedores, aunque menos violenta, no es menos importante. Las huelgas en estos puntos monopólicos, como en el Pou Chen Group de China, representan una verdadera amenaza para los intereses capitalistas porque bloquean toda una cadena de suministro.[69] En el otro extremo de esa cadena, la distribución por venta al por menor también está lista para una acción militante significativa, pues brinda grandes oportunidades para interrumpir la dependencia del capitalismo contemporáneo de la logística del *just-in-time*.[70] La importancia de estos puntos de ventaja difícilmente puede sobreestimarse.

Sin embargo, el siglo pasado fue testigo de la criba consciente e inconsciente de estos puntos de ventaja. El desarrollo de contenedores de embarque permitió la automatización del transporte intermodal;[71] la globalización de la logística facilitó la capacidad del capital para trasladar fábricas en respuesta a huelgas, y el cambio al petróleo como fuente primaria de energía redujo drásticamente el número de cuellos de botella disponibles para la acción política. Hoy, los puntos de ventaja clásicos han desaparecido casi por completo, así que es necesaria una nueva ron-

da de experimentación y reflexión estratégica. La experimentación es necesaria precisamente porque la política es un conjunto de sistemas dinámicos guiados por el conflicto y por adaptaciones y contraadaptaciones, que conduce a una suerte de carrera táctica. Esto significa que existe una gran probabilidad de que cualquier tipo de acción política se vuelva ineficaz con el tiempo, conforme sus oponentes van aprendiendo y adaptándose. Así, ninguna modalidad dada de acción política es históricamente inviolable. En realidad, a lo largo del tiempo, se ha visto una creciente necesidad de descartar tácticas conocidas, pues las fuerzas contra las que se dirigen aprenden a defenderse y a contraatacar de manera más efectiva. La información clasificada se topa con infiltrados; el uso de máscaras, con nuevas legislaciones en su contra; las maniobras policiales de arrinconamiento, con aplicaciones que rastrean los movimientos de la policía; las grabaciones de violencia policiaca se topan con su criminalización; la protesta masiva se topa con la pesada regulación que la torna aburrida y estéril; la desobediencia civil no violenta, con la violenta brutalidad policiaca. Las tácticas políticas constituyen un campo de fuerzas dinámico y la experimentación resulta esencial para darle la vuelta a los nuevos impedimentos que el Estado y las empresas lanzan contra el cambio.

La historia del movimiento laboral nos proporciona una imagen ejemplar de este enfoque. Una de sus tácticas primordiales ha sido limitar el suministro de mano de obra, lo que le otorga a la fuerza laboral más poder y valor.[72] Los primeros esfuerzos encaminados a este fin solían funcionar impidiendo la formación para trabajos particulares, pues se discriminaba sobre la base de las capacidades, el género y la raza.[73] Los primeros cajistas, por ejemplo, se organizaron para proteger una fuerza de trabajo calificada y masculina contra la amenaza de la introducción de mujeres trabajadoras relativamente poco cualificadas.[74] No obstante, la descualificación del trabajo por el capital

y la industrialización de la producción posibilitaron el socavamiento de buena parte de los sindicatos de trabajadores profesionales y abrieron el suministro de mano de obra a un nivel mucho más amplio. El resultado fue el colapso de muchos sindicatos manufactureros tradicionales que se basaban en conjuntos de habilidades particulares y el surgimiento, en su lugar, de sindicatos industriales que organizaban tanto a trabajadores especializados como a los no especializados según la industria.[75] Otra posible táctica para reducir el suministro de mano de obra es una que examinamos antes: pugnar por la reducción de las horas laborales. Esto produce una reducción del suministro de mano de obra, tal como habían logrado los sindicatos excluyentes, pero con una diferencia importante. Más que excluir a grupos particulares de los gremios especializados, la táctica de reducir las horas laborales se basa en quitar una porción del tiempo laboral de todo el mundo.[77] Por razones diversas —en particular, por el consenso de posguerra entre el capital y la mano de obra— esta táctica perdió popularidad y la atención del movimiento laboral se desplazó hacia una negociación colectiva en torno a la paga. Sin embargo, como argumentamos antes, esta táctica tiene potencial para revivir en un esfuerzo por transformar nuestro sistema socioeconómico. Otra táctica clave ha sido la huelga, cuya lógica es infligir costos sobre el capital y obligarlo a negociar. Este enfoque, empero, estaba limitado por el hecho de que la mano de obra no especializada podía reemplazarse fácilmente con trabajadores nuevos y más dóciles: esquiroles. Las huelgas también permiten que los empleadores usen la inactividad para introducir nueva maquinaria —ese cambio contra el cual podrían estar luchando los trabajadores—. Frente a esta situación, a principios del siglo XX surgió una nueva táctica de sentadas y ocupaciones de fábricas que hacían imposible el reemplazo de trabajadores para seguir funcionando y amenazaban con demostrar que los administrado-

res estaban de más.[77] Lo que vemos aquí es una carrera de tácticas dinámica que tiene lugar entre oponentes, cada uno de los cuales busca aventajar al otro con nuevas tácticas y tecnologías útiles para sus propios fines.

Hoy en día, el terreno de estas luchas está cambiando de nuevo, como indican al menos dos problemas amplios y enciernes de la interrupción clásica en el lugar de trabajo. En primer lugar, está la tendencia a la automatización. Así como la automatización de la logística arrebató a los estibadores algunas de las ventajas que tenían, la automatización de las fábricas, el transporte y, con el tiempo, de los servicios augura una caída importante del potencial de las luchas en el lugar de trabajo. El surgimiento de vehículos autónomos, por ejemplo, disminuirá en poco tiempo las ventajas que tienen los sistemas de transporte. El Sindicato Nacional de Trabajadores de Ferrocarriles, Marítimos y de Transporte del Reino Unido tendrá que enfrentar este problema de manera directa en un futuro cercano, dado que ya hay trenes autónomos en funcionamiento y se planea una expansión aún mayor. Boris Johnson, el alcalde de Londres, ha declarado de forma explícita que la automatización debe utilizarse para destruir uno de los pocos sindicatos militantes británicos que quedan.[78] Sin embargo, algunos puntos de ventaja permanecen y esto es crucial, mientras que otros nuevos surgirán tras la reestructuración y la automatización. Por ejemplo, como señalara un autor —¡en 1957!—, «una huelga de un número muy pequeño de trabajadores podría detener toda una fábrica automatizada».[79] Una disminución en el número de trabajadores que supervisan un proceso también significa una concentración del poder potencial en un grupo más pequeño de individuos. Del mismo modo, aunque un sistema automatizado de transporte no pueda estar sujeto a huelgas de choferes, sí queda abierto a la huelga de los programadores y los técnicos informáticos, además de ser más susceptible a

los bloqueos debido a las limitaciones técnicas de los vehículos autónomos. Estos vehículos funcionan mediante la reducción de la variación ambiental, lo cual los hace «más parecidos a un tren que corre sobre vías invisibles».[80] Es probable, por ende, que la manipulación intencionada del entorno se convierta en un punto particular de irrupción. De la misma manera, el uso de algoritmos de reconocimiento de patrones en diversas ta reas (por ejemplo, diagnósticos, detección de emociones, reconocimiento facial, vigilancia) es muy susceptible a un embate.[81] La comprensión técnica de máquinas como éstas será esencial para entender cómo irrumpir en ellas, y cualquier iz quierda del futuro debe ser tan versada en tecnología como lo es en política. Por último, lo que se requiere es un análisis de las tendencias de automatización que están reestructurando la producción y la circulación, así como un panorama estratégico de dónde podrían desarrollarse los nuevos puntos de ventaja.

La segunda limitación de las tácticas de irrupción clásicas es que podrían tambalearse de cara al desempleo masivo y las luchas organizadas en torno a las poblaciones excedentes, en lugar de la clase trabajadora. Si no hay un lugar de trabajo para irrumpir, ¿qué se puede hacer? Una vez más, los repertorios de la contienda se han transformado en respuesta a las condiciones sociales, políticas, tecnológicas y económicas fluctuantes. Conforme la precariedad, los contratos de cero horas, el trabajo temporal y las prácticas laborales se diseminan por toda la sociedad, los movimientos de los desempleados y los movimientos en torno a la reproducción social ofrecen ejemplos importantes e instructivos de resistencia. Estas luchas nunca han contado con un lugar de trabajo para irrumpir, así que siempre han tenido que inventar nuevos medios para aventajar al oponente. Una de las miopías que aqueja a muchos en la izquierda consiste en ver el poder de los trabajadores sólo en la interrupción de la produc ción, cuando en realidad la impugnación del orden existente ha

tomado numerosas formas fuera del lugar de trabajo. En Argentina, por ejemplo, los movimientos de los trabajadores desempleados bloquearon calles principales para hacerse escuchar y fueron centrales en el derrocamiento del Gobierno.[82] Sin salario, desprovistos de un lugar de trabajo, el bloqueo de arterias urbanas se convierte en un medio primordial de estas poblaciones para ejercer el poder político.[83] El aumento repentino de bloqueos de carreteras tras la muerte de Michael Brown a manos de policías en Ferguson, Missouri, en agosto de 2014, demuestra la creciente preponderancia de este tipo de lucha.[84] Tácticas similares impulsan otros aspectos de la reproducción del capital con el mismo objetivo básico, incluidas las huelgas de rentas y deudas. Los bloqueos de puertos también tienen potencial como táctica y los modelos informáticos pueden ofrecer un panorama para evitar la acción política azarosa o poco efectiva.[85] Por supuesto, estas nuevas tácticas deben situarse dentro de un plan estratégico mayor para no correr el riesgo de convertirse en uno de tantos movimientos temporales que estallan sólo para desaparecer sin dejar rastro.

Así pues, la base clásica del poder del movimiento laboral se ha difuminado y debilitado. Sin embargo, esto no tiene por qué anunciar la sentencia de muerte de la lucha de clases. La automatización y la precariedad pueden conjurar las interrupciones en puntos de producción, pero no significan el fin total de la agitación. Así como los puntos tradicionales de ventaja han sido borrados en el contexto de una infraestructura flexible y global, este cambio también ha incrementado la vulnerabilidad de esa infraestructura en otros sentidos. Las luchas locales bien posicionadas pueden convertirse inmediatamente en luchas globales.[86] La tarea que tenemos ante nosotros debe ser un balance sobrio de realidades materiales que han cambiado y una introducción de estrategias en nuevos espacios para la acción. Hay precedentes y lecciones en las prácticas existentes, como

el «análisis de la estructura del poder» emprendido por sindicatos y organizadores de comunidades, que hacen mapas de las redes sociales locales y de los actores clave para determinar sus debilidades, fortalezas, aliados y enemigos.[87] Aquí defendemos la construcción de un complemento de este proceso, enfatizando las condiciones materiales de la lucha y no sólo sus redes sociales. En cada enfoque, empero, el conocimiento del terreno debe estar vinculado con el conocimiento más abstracto de las condiciones económicas cambiantes.

Un mundo postrabajo no surgirá de la benevolencia de los capitalistas, de las tendencias inevitables de la economía o de la necesidad de la crisis. Como hemos argumentado en este capítulo y en el anterior, el poder de la izquierda —en un sentido amplio— necesita reconstruirse antes de que una sociedad postrabajo se convierta en una opción estratégica significativa. Esto implicará un proyecto contrahegemónico amplio que anule el sentido común neoliberal y rearticule las nuevas formas de entender la «modernización», el «trabajo» y la «libertad». Éste será, necesariamente, un proyecto populista que movilice a una amplia franja de la sociedad y que, al tiempo que esté anclado en intereses de clase, permanezca, no obstante, irreductible a ellos. Este proyecto implicará considerar todo el espectro de las organizaciones con miras a combinar diferentes ventajas organizativas, pero no de acuerdo con un pragmatismo de alianzas laxas sino mediante el eje de una imagen de un mundo mejor. Y estas organizaciones y masas habrán de identificar y asegurar nuevos puntos de ventaja en los circuitos del capitalismo y sus lugares de trabajo cada día más yermos. Frente al capitalismo globalizado que siempre está en movimiento, la oposición debe adelantarse a las transformaciones del mañana con una política dúctil de anticipación.

CONCLUSIÓN

Vives los resultados sorpresa de planes pasados.

JENNY HOLZER

Entonces, ¿dónde nos encontramos? Hoy en día, arruinado por sus tendencias hacia la política folk, el último ciclo de luchas se ha agotado y la indignación de masas se combina por doquier con la impotencia de masas. Hemos sostenido que la vía más prometedora para seguir hacia delante reside en reclamar la modernidad y atacar el sentido común neoliberal que condiciona todo, desde las discusiones de política más recónditas hasta los estados emocionales más alegres. Este proyecto contrahegemónico sólo puede lograrse imaginando mundos mejores —y yendo más allá de las luchas defensivas—. Hemos esbozado un posible proyecto en la forma de una política postrabajo que nos libere para crear nuestra propia vida y comunidades. Para ganar las batallas políticas necesarias para conseguirlo, tendremos que organizar una izquierda populista, en términos generales, construyendo el ecosistema de organizaciones necesario para una política de amplio espectro en varios frentes y sacando ventaja de puntos clave del poder allí donde sea posible.

Empero, el fin de trabajo no sería el fin de la historia. Construir una plataforma para una sociedad postrabajo sería un logro enorme, pero aun así sólo sería el principio,[1] de ahí que concebir la política de izquierda como una política de la modernidad sea tan importante: porque requiere que no confundamos una sociedad postrabajo —o ninguna otra sociedad— con el fin de

la historia. El universalismo siempre se anula, pues posee sus propios recursos para una crítica inmanente que insiste y profundiza sobre sus ideales. Ninguna formación social particular basta para satisfacer sus demandas conceptuales y políticas. De igual manera, la libertad sintética nos obliga a rechazar la complacencia respecto del horizonte de posibilidades existente. Si quedáramos satisfechos con el postrabajo, correríamos el riesgo de dejar intactas las divisiones raciales, de género, coloniales y ecológicas que siguen estructurando nuestro mundo.[2] Si bien con suerte un mundo postrabajo desestabilizaría estas asimetrías del poder, los esfuerzos por eliminarlas sin duda tendrían que continuar. Además, tendríamos que seguir buscando un sustituto sistémico de los mercados y hacer frente a la tarea de construir nuevas instituciones políticas. Aún no sabríamos lo que un cuerpo sociotécnico puede hacer y todavía tendríamos que liberar el desarrollo tecnológico y desatar nuevas libertades. Trascender nuestra dependencia del trabajo remunerado es importante, pero aún quedarían las enormes tareas de derribar otras restricciones políticas, económicas, sociales, físicas y biológicas. El proyecto hacia un mundo postrabajo es necesario, pero insuficiente.

Sin embargo, una plataforma postrabajo sí nos proporciona un nuevo equilibrio hacia el cual apuntar y, así, completar el cambio de una socialdemocracia al neoliberalismo y a una nueva hegemonía postrabajo. Creemos que esta plataforma concentra las tareas del presente y ofrece un punto estable desde el cual buscar otras ganancias emancipatorias. Como ocurre con cualquier estructura de este tipo, sus creadores no pueden predecir del todo cómo será utilizada. Si bien una plataforma incluye ciertas restricciones y oportunidades, éstas no determinan de manera exhaustiva las formas de vida que aquélla hará posibles. Antes que pretender cerrarlo, una plataforma deja el futuro abierto.[3] Cuando está ideada correctamente, su éxito re-

side justo en permitir que la gente siga construyendo sobre ella. Con una plataforma postrabajo, es posible que la gente empiece a participar más en los procesos políticos o que se retire a mundos individualizados conformados por espectáculos mediáticos. Sin embargo, debido al cambio en la ética laboral que se requiere para una sociedad postrabajo, hay razones para tener esperanzas. Un proyecto semejante demanda una transforma ción subjetiva en el proceso: potencia las condiciones para una transformación más amplia de los individuos egoístas formados por el capitalismo a formas comunales y creativas de expresión social liberadas por el fin del trabajo. La humanidad se ha visto moldeada por impulsos capitalistas durante demasiado tiempo y un mundo postrabajo augura un futuro en el que estas restricciones se hayan relajado de manera significativa. Ello no quiere decir que una sociedad postrabajo vaya a ser sólo un terreno de juego. Antes bien, en tal sociedad, el trabajo que quede por hacer ya no será impuesto por fuerzas externas —por un empleador o por los imperativos de la supervivencia—. Nuestros propios deseos serán los que impulsen el trabajo, no las demandas de fuera.[4] Contra la austeridad de las fuerzas conservadoras y la vida austera que prometen los antimodernistas, la demanda de un mundo postrabajo se deleita en la liberación del deseo, la abundancia y la libertad.

Un futuro similar es sin duda riesgoso, pero cualquier proyecto para construir un mundo mejor lo es. Nada garantiza que las cosas vayan a salir como se esperaba: un mundo postrabajo podría generar una dinámica inmanente hacia la rápida disolución del capitalismo o las fuerzas reaccionarias podrían cooptar los deseos liberados bajo un nuevo sistema de control. Las preocupaciones sobre los riesgos de la acción política han llevado a parte de la izquierda contemporánea a una situación en que desea novedades, pero sin riesgos. Las demandas genéricas de experimentar, crear y prefigurar son comunes, pero las pro-

puestas concretas a menudo enfrentan una ola de críticas que describen todas las cosas que podrían salir mal. A la luz de esta tendencia dual —hacia la novedad, pero contra los riesgos inherentes a la transformación social—, el atractivo de las ideas políticas que celebran los «acontecimientos» espontáneos cobra claridad. El acontecimiento (como ruptura revolucionaria) se convierte en expresión del deseo de novedad sin responsabilidad. El acontecimiento mesiánico promete destrozar nuestro mundo estancado y conducirnos a una nueva etapa de la historia, convenientemente libre del difícil trabajo que es la política. La dura tarea que tenemos es construir mundos nuevos, reconociendo que éstos generarán problemas nuevos. Las mejores utopías siempre se hallan atravesadas por el desacuerdo.

Este imperativo va en contra del tipo de principio cautelar que busca eliminar la contingencia y el riesgo que tomar decisiones implica. En lecturas extremas, el principio cautelar busca convertir la incertidumbre epistémica en una custodia del *statu quo*, alejando gradualmente a quienes buscan construir un futuro mejor mediante el imperativo de «investigar más». También podríamos considerar aquí que el principio cautelar contiene una laguna casi inherente: pasa por alto los riesgos de su propia aplicación. El querer permanecer siempre del lado de la cautela y, por ende, eliminar los riesgos, conlleva una ceguera ante los peligros de la inacción y la omisión.[5] Si bien los riesgos deben minimizarse en grado razonable, de una apreciación más completa de las tribulaciones de la contingencia se deriva el hecho de que no por tomar la vía de la precaución suele irnos mejor. El principio cautelar está diseñado para bloquear el futuro y eliminar la contingencia, cuando en realidad la contingencia de las aventuras de alto riesgo es precisamente lo que conduce a un futuro más abierto; en palabras de la artista conceptual Jenny Holzer: «Vives los resultados sorpresa de planes pasados». Construir el futuro significa aceptar el riesgo de con-

secuencias inintencionadas y soluciones imperfectas. Siempre podremos estar atrapados, pero al menos podemos escapar hacia mejores trampas.[6]

DESPUÉS DEL CAPITALISMO

El proyecto postrabajo y, de manera más amplia, el proyecto del poscapitalismo son determinaciones progresivas del compromiso con la emancipación universal. En la práctica, estos proyectos conllevan «una disolución controlada de las fuerzas del mercado [...] y una desvinculación entre el trabajo y el ingreso».[7] Sin embargo, la trayectoria última de la emancipación universal conduce hacia la superación de las restricciones físicas, biológicas, políticas y económicas. Llevada a sus límites, esta ambición de anular las restricciones conduce inexorablemente hacia fronteras espléndidas y especulativas. Para los primeros cosmistas rusos, incluso la muerte y la gravedad eran obstáculos que el ingenio del futuro debía superar.[8] En estas especulaciones posplanetarias, vemos el proyecto de la emancipación humana transformado en un proyecto constante que se abre camino por dos vías de desarrollo entrelazadas: la tecnológica y la humana.

El desarrollo tecnológico sigue un camino recombinante, pues reúne ideas que ya existen, tecnologías y componentes tecnológicos en nuevas combinaciones. Une objetos simples para crear sistemas tecnológicos cada vez más complejos y cada pieza de tecnología recién desarrollada constituye la base para tecnologías más avanzadas. Con esta expansión, las posibilidades combinatorias no tardan en proliferar.[9] Parecería que la competencia capitalista ha sido un importante eje impulsor de este avance tecnológico. Una narrativa popular ve la competencia intercapitalista como impulsora de los cambios tecnológi-

cos en el proceso de producción, mientras que el capitalismo del consumidor demanda un conjunto de productos cada vez más diferenciados. Al mismo tiempo, empero, el capitalismo ha puesto obstáculos sustanciales en el camino del desarrollo tecnológico. Aunque la bien cuidada imagen del capitalismo comprende la toma de riesgos dinámica y la innovación tecnológica, esta imagen en realidad oculta las verdaderas fuentes del dinamismo en la economía. Avances como los ferrocarriles, internet, las computadoras, los vuelos supersónicos, los viajes espaciales, los satélites, los medicamentos, el software de reconocimiento de voz, la nanotecnología, las pantallas interactivas y la energía limpia han sido alimentados y guiados por Estados, no por empresas. Durante la época de oro de la investigación y el desarrollo tras la posguerra, dos terceras partes de la financiación para estas actividades provinieron del sector público,[10] pero en las últimas décadas la inversión corporativa en tecnologías de alto riesgo ha disminuido de manera drástica.[11] Y, con los recortes neoliberales a los gastos del Estado, no resulta sorprendente que el cambio tecnológico vaya en disminución desde los años setenta.[12] En otras palabras, han sido las inversiones colectivas, y no las privadas, las principales impulsoras del desarrollo tecnológico.[13] Las invenciones de alto riesgo y las nuevas tecnologías son demasiado riesgosas para que los capitalistas privados inviertan en ellas: figuras como Steve Jobs y Elon Musk ocultan astutamente su dependencia parasitaria de avances dirigidos por el Estado.[14] De igual forma, los proyectos multimillonarios a gran escala son impulsados, en última instancia, por objetivos no económicos que exceden cualquier análisis de costo-beneficio. En realidad, tan ambiciosos proyectos a gran escala se ven obstaculizados por restricciones basadas en el mercado, pues un análisis sobrio de su viabilidad en términos capitalistas revela que son profundamente decepcionantes.[15] Además, algunos beneficios sociales (como

los que ofrecería una vacuna contra el Ébola, por ejemplo) se dejan sin explorar por su reducido potencial en cuanto a ganancias, mientras que en algunas áreas (como la energía solar y los automóviles eléctricos) puede verse a los capitalistas impidiendo de manera muy activa el progreso, cabildeando para eliminar los subsidios estatales a la energía verde e implementando leyes que obstruyen un mayor desarrollo. Toda la industria farmacéutica ofrece un ejemplo especialmente devastador en torno a los efectos de la monopolización de la propiedad intelectual, mientras que la industria de la tecnología está cada vez más plagada de troles de patentes. Así, el capitalismo atribuye el desarrollo tecnológico a fuentes equivocadas, pone a la creatividad en la camisa de fuerza de la acumulación capitalista, limita la imaginación social dentro de los parámetros de los análisis costo-beneficio y ataca las innovaciones que perjudican las ganancias. Para desencadenar el avance tecnológico, debemos ir más allá del capitalismo y liberar a la creatividad de sus restricciones actuales.[16] Esto comenzaría a liberar a las tecnologías de su actual ámbito de control y explotación y a guiarlas hacia la expansión cuantitativa y cualitativa de la libertad sintética. Ello permitiría desatar las ambiciones utópicas de los grandes proyectos, evocando así los sueños clásicos de invención y descubrimiento. Los sueños de vuelos espaciales, descarbonización de la economía, automatización del trabajo rutinario, extensión de la vida humana, etcétera, son todos proyectos tecnológicos importantes que se ven entorpecidos de varias maneras por el capitalismo. Una vez liberado de sus cadenas capitalistas, el proceso de inicio expansionista de la tecnología puede potenciar libertades tanto positivas como negativas. Puede conformar la base de una economía totalmente poscapitalista, permitiendo un desplazamiento lejos de la escasez, el trabajo y la explotación y hacia el desarrollo pleno de la humanidad.[17]

El futuro de los seres humanos está, por ende, entrelazado con esta imagen de transformación tecnológica liberada. La senda hacia una sociedad poscapitalista requiere un cambio lejos de la proletarización de la humanidad y hacia un sujeto transformado y renovadamente mutable. Este sujeto no puede determinarse por anticipado, sólo puede elaborarse con el despliegue de ramificaciones prácticas y conceptuales. No existe una «verdadera» esencia humana que pudiera descubrirse más allá de nuestras involucraciones en las redes tecnológicas, naturales y sociales.[18] La idea de que una sociedad postrabajo sólo inculcaría un mayor consumo sin sentido ignora la capacidad humana para la novedad y la creatividad y evoca un pesimismo basado en la actual subjetividad capitalista.[19] De igual manera, el desarrollo de nuevas necesidades debe distinguirse de su mercantilización. Mientras la segunda encierra los nuevos deseos en un marco de búsqueda de ganancias que limita la prosperidad humana, el primero denota una forma real de progreso. La «extensión y diferenciación de la totalidad de las necesidades» ha de aclamarse por sobre cualquier sueño de la política folk de regresar a un «estado natural primitivo de esas necesidades». La complejización de las necesidades se desfigura en la sociedad de consumo capitalista, claro está, pero al quedar aquéllas libres de esta mutación, «su objetivo será necesariamente el desarrollo de una "individualidad rica" para toda la humanidad».[20]

El sujeto poscapitalista no revelaría, por ende, un ser auténtico oculto por las relaciones sociales capitalistas, sino antes bien descubriría el espacio para crear nuevos modos de ser. Como apunta Marx: «Toda la historia no es otra cosa que una transformación continua de la naturaleza humana» y el futuro de la humanidad no puede determinarse de manera abstracta por anticipado: es, en primer lugar, una cuestión práctica que debe llevarse a cabo a su tiempo. Sin embargo, podrían con-

templarse algunas nociones generales. Para Marx, el principio primario del poscapitalismo fue el «desarrollo de los poderes humanos que son un fin en sí mismos».[21] A decir verdad, el objetivo fundamental de su proyecto era la emancipación universal. Las distintas ideas que han propuesto los marxistas en este sentido —socializar la producción, terminar con la forma de valor, eliminar el trabajo remunerado— son simplemente medios para alcanzar este fin. La pregunta inmediata es la siguiente: ¿qué implica este objetivo? La construcción sintética de la libertad es el medio por el cual han de desarrollarse los poderes humanos. Esta libertad encuentra muchos modos de expresión distintos, incluidos los económicos y los políticos,[22] experimentos con la sexualidad y las estructuras reproductivas,[23] y la creación de nuevos deseos, capacidades estéticas expandidas,[24] nuevas formas de pensar y razonar, y, en última instancia, modos completamente nuevos de ser humano.[25] La expansión de los deseos, las necesidades, los estilos de vida, de las comunidades, las formas de ser, las capacidades, todo ello se halla evocado en el proyecto de emancipación universal. Es un proyecto para abrir el futuro, para emprender una labor que profundice sobre lo que puede significar ser humano, para generar un proyecto utópico para nuevos deseos y para alinear un proyecto político con la trayectoria de un infinito vector universalizador. El capitalismo, a pesar de su apariencia de liberación y universalidad, ha refrenado estas fuerzas en un interminable ciclo de acumulación, osificando los verdaderos potenciales de la humanidad y limitando el desarrollo tecnológico a una serie de innovaciones marginales banales. Vamos más rápido, como el capitalismo lo exige; sin embargo, no vamos hacia ningún lado. En su lugar, debemos construir un mundo en el que podamos acelerar para salir de nuestra inmovilidad.

ANTES DEL FUTURO

La tesis de este libro ha sido que la izquierda no puede ni permanecer en el presente ni regresar al pasado. Para crear un nuevo y mejor futuro, debemos comenzar a dar los pasos necesarios para construir un nuevo tipo de hegemonía. Esto va a contracorriente de buena parte de nuestro sentido común político actual. Las tendencias hacia la política folk —que enfatiza lo local y lo auténtico, lo temporal y lo espontáneo, lo autónomo y lo particular— son explicables en tanto reacciones en contra de una historia reciente de derrotas, de victorias parciales y ambivalentes y de una creciente complejidad global. Sin embargo, siguen siendo radicalmente insuficientes para conseguir victorias más amplias contra un capitalismo planetario. Antes que buscar alivio temporal y local en los distintos búnkeres de la política folk, debemos ir más allá de estos límites. De cara a ideas de resistencia, retirada, salida o pureza, la tarea de la izquierda actual es echar mano de una política de escala y expansión, junto con todos los riesgos que tal proyecto conlleva. Hacer esto requiere que rescatemos el legado de la modernidad y reconsideremos qué partes de la matriz pos-Ilustración pueden rescatarse y cuáles deben descartarse, pues sólo una nueva forma de acción universal será capaz de sustituir al capitalismo neoliberal.

Sin una *tabula rasa* ni acontecimientos milagrosos, es dentro de las tendencias y posibilidades de nuestro mundo actual donde debemos ubicar los recursos que nos servirán de base para construir una nueva hegemonía. Si bien este libro se ha concentrado en la automatización plena y el fin del trabajo, existe una amplia paleta de opciones políticas para la izquierda contemporánea. De manera más inmediata, esto implicaría repensar las demandas de izquierda clásicas a la luz de las tecnologías más avanzadas. Implicaría construir sobre el territorio pos-Es-

tado nación del *stack*, esa infraestructura global que posibilita nuestro mundo digital de hoy.[26] Un nuevo tipo de producción ya puede vislumbrarse en la vanguardia de la tecnología contemporánea. La manufactura aditiva y la automatización del trabajo presagian la posibilidad de una producción basada en la flexibilidad, la descentralización y la posescasez para algunos bienes. La rápida automatización de la logística presenta la posibilidad utópica de crear un sistema globalmente interconectado en el que las partes y los bienes puedan enviarse de manera rápida y eficiente sin trabajo humano. Las criptodivisas y su tecnología *blockchain* podrían introducir un nuevo tipo de dinero para los bienes libres, separado de las formas capitalistas.[27]

La dirección democrática de la economía también se ve acelerada por las tecnologías emergentes. Oscar Wilde alguna vez dijo que el problema con el socialismo era que te robaba demasiadas tardes. Hacer crecer la democracia económica requeriría que dedicáramos una cantidad abrumadora de tiempo a discutir y decidir sobre las minucias de la vida cotidiana.[28] El uso de la tecnología informática resulta esencial para evitar este problema, tanto porque simplifica la toma de decisiones como porque automatiza las decisiones consideradas colectivamente como irrelevantes. Por ejemplo, en lugar de deliberar sobre cada aspecto de la economía, las decisiones podrían limitarse a ciertos parámetros clave (aporte energético, producción de carbón, grado de desigualdad, inversión en investigación, etcétera).[29] Los medios sociales —apartados de su impulso hacia la monetización y su tendencia al narcisismo— también podrían fomentar la democracia económica generando un nuevo público. De una plataforma de medios sociales poscapitalista podrían surgir nuevos modos de deliberación y participación. Y el eterno problema enfrentado por las economías poscapitalistas —cómo distribuir los bienes de manera eficiente ante la ausencia de precios del mercado— también puede superarse me

diante la informática. Entre los primeros intentos soviéticos de planificación económica y la actualidad, el poder de las computadoras ha crecido exponencialmente: ahora es cien billones de veces mayor.[30] El cálculo de cómo distribuir nuestros principales recursos productivos es cada vez más viable. De igual modo, la recopilación de datos sobre recursos y preferencias mediante el uso extendido de computadoras significa que los datos brutos para dirigir una economía están más fácilmente disponibles que nunca antes. Y todo esto podría movilizarse hacia la implementación del Plan Lucas a escalas nacionales y globales, reorientando nuestras economías hacia la producción consciente de bienes socialmente útiles, como la energía renovable, las medicinas baratas y la expansión de nuestras libertades sintéticas.

Así es como se ve una izquierda del siglo XXI. Cualquier movimiento que desee conservar su relevancia y su peso político debe lidiar con estos avances y potenciales en nuestro mundo tecnológico. Debemos expandir nuestra imaginación colectiva más allá de lo que permite el capitalismo. Antes que conformarse con mejoras marginales en la vida de las baterías y la potencia de las computadoras, la izquierda debería movilizar sueños de descarbonizar la economía, de viajes al espacio y economías robotizadas —todos ellos piedras de toque tradicionales de la ciencia ficción—, con el fin de prepararse para una época más allá del capitalismo. El neoliberalismo, por muy seguro que parezca hoy en día, no contiene ninguna garantía de sobrevivir en el futuro. Como todos los sistemas sociales que hemos conocido, no durará para siempre. Nuestra tarea hoy en día es inventar lo que está por venir.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

[1] John Maynard Keynes, «Economic Possibilities for Our Grandchildren», en *Essays in Persuasion* (Nueva York: W. W. Norton & Co., 1963) [*Ensayos de persuasión*, trad. Jordi Pascual (Madrid: Síntesis, 2009)]; George Young, *The Russian Cosmists: The Esoteric Futurism of Nikolai Fedorov and His Followers* (Oxford: Oxford University Press, 2012); Mark Dery, «Black to the Future: Interviews with Samuel R. Delany, Greg Tate, and Tricia Rose», en *Flame Wars: The Discourse of Cyberculture*, ed. Mark Dery (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 1994); Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution* (Nueva York: Morrow, 1970). [Hay versión en español: *La dialéctica del sexo: En defensa de la revolución feminista*, trad. Ramón Ribé Queralt (Barcelona: Kairós, 1976).]

[2] Franco Berardi, *After the Future* (Edimburgo: AK Press, 2011) [*Después del futuro*, trad. Giuseppe Maio (Madrid: Enclave, 2014)]; T. J. Clark, «For a Left with No Future», *New Left Review* II, núm. 74 (marzo abril 2012); Fernando Coronil, «The Future in Question: History and Utopia in Latin America (1989-2010)», en *Business as Usual: The Roots of the Global Financial Meltdown*, eds. Craig Calhoun y Georgi Derluguian (Nueva York: New York University Press, 2011) constituyen modelos de esta postura. O, en palabras de un ensayo popular reciente: «The future has no future: The Invisible Committee», *The Coming Insurrection* (Los Ángeles, California, y Cambridge, Mass.: Semiotext(e), distribuido por MIT Press, 2009), 23.

1. NUESTRO SENTIDO COMÚN POLÍTICO

[1] Dave Mitchell, «Stuff White People Smash», *Rabble*, 26 de junio de 2011.

[2] Es revelador que la razón principal del fracaso de las negociaciones de la Ronda de Doha en la OMC sean las divisiones entre los Estados y no algún movimiento social de resistencia.

[3] Astra Taylor y Keith Gessen, eds., *Occupy! Scenes from Occupied America* (Londres: Verso, 2011), profundiza en algunos de los debates internos de Occupy en torno al tema de las demandas. En Marco Desiriis y Jodi Dean, «A Movement Without Demands?», *Possible Futures*, 3 de enero de 2012, puede encontrarse una crítica detallada a la postura «sin demandas».

[4] Zach Schwartz-Weinstein, «Not Your Academy: Occupation and the Future of Student Struggles», en *Is This What Democracy Looks Like?*, eds. A. J. Bauer, Christina Beltran, Rana Jaleel y Andrew Ross, *Social Text E Book*, 2012. Guy Aitchison, «Reform, Rupture, or Re Imagination: Understanding the Purpose of an Occupation», *Social Movement Studies* 10, núm. 4 (2011): 431-439, estudia cómo fue disminuyendo la importancia de las demandas concretas a lo largo del tiempo dentro de una ocupación estudiantil específica en el University College London en 2010.

[5] La obra de Hakim Bey es quizá el ejemplo más infame de esta autosuficiencia de la protesta autónoma. Véase Hakim Bey, *TAZ: The Temporary Autonomous Zone, Ontological Anarchy, Poetic Terrorism* (Brooklyn: Autonomedia, 2011 [*T.A.Z.: Zona temporalmente autónoma*, trad. Guadalupe Sordo (Madrid: Talasa, 1996)]. Véase también Jeremy Gilbert, *Anti-Capitalism and Culture: Radical Theory and Popular Politics* (Oxford y Nueva York: Berg, 2008), 203-209, que ofrece una crítica comprensiva a los peligros del «imaginario activista» desde dentro del espacio del movimiento social.

[6] Linda Polman, *The Crisis Caravan: What's Wrong with Humanitarian Aid?* (Nueva York: Metropolitan Books, 2010).

[7] Radix, «Fracking Sussex: The Threat of Shale Oil & Gas», *Frack Off*, 2013. En realidad, la fuerza que más éxito ha tenido para detener el *fracking* ha sido el mercado, gracias a la reciente caída en los precios del petróleo crudo.

[8] Eviction Free Zone, «Direct Action, Occupy Wall Street, and the Future of Housing Justice: An Interview with Noam Chomsky», 2013.

[9] Adam Gabbatt, «Occupy Wall Street Activists Buy $15m of Americans' Personal Debt», *Guardian*, 12 de noviembre de 2013.

[10] Paul Mason, *Live Working or Die Fighting: How the Working Class Went Global* (Londres: Vintage, 2008).

[11] Stephen Stich, *From Folk Psychology to Cognitive Science: The Case Against Belief* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1983); Patricia Churchland, *Neurophilosophy: Towards a Unified Science of the Mind Brain* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1986). Si bien buscamos establecer una analogía un tanto libre con la tradición neurofilosófica, nuestro argumento no apunta a que la política folk esté fundada de alguna manera en la psicología folk. Más bien, nuestra crítica está igualmente enfocada en la noción de que la apariencia de los fenómenos es tanto necesaria como engañosa en cuanto a la realidad de la forma de operar de un sistema.

[12] Véase Charles Tilly, *Social Movements, 1768 2004* (Boulder, California: Paradigm, 2004), que ofrece una historia de estos «repertorios de contención» [*Los movimientos sociales 1768-2008: Desde sus orígenes a Facebook*, trad. Ferran Esteve (Barcelona: Crítica, 2010)].

[13] James Doward, Tracy McVeigh, Mark Townsend y Matthew Taylor, «March for the Alternative Sends a Noisy Message to the Government», *Guardian*, 26 de marzo de 2011.

[14] Liza Featherstone, Doug Henwood y Christian Parenti, «Left Anti Intellectualism and Its Discontents», en *Confronting Capitalism: Dispatches from a Global Movement*, eds. Eddie Yuen, George Katsiaficas y Daniel Burton Rose (Nueva York: Soft Skull, 2004).

[15] Bey, *TAZ*.

[16] Paul Davidson, *The Keynes Solution: The Path to Global Economic Prosperity* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2009).

[17] The Invisible Committee, *The Coming Insurrection* (Los Ángeles, California, y Cambridge, Mass.: Semiotext(e), distribuido por MIT Press, 2009).

[18] Greg Sharzer, *No Local: Why Small-Scale Alternatives Won't Change the World* (Winchester: Zero, 2012).

[19] Ernst Schumacher, *Small Is Beautiful: Economics as if People Mattered* (Nueva York: Harper & Row, 1973) [*Lo pequeño es hermoso*, trad. Óscar Margenet (Madrid: Akal, 2011).

[20] Taylor y Gessen, *Occupy!*

[21] Richard J. F. Day, *Gramsci Is Dead: Anarchist Currents in the Newest Social Movements* (Londres: Pluto, 2005); Jon Beasley-Murray, *Posthegemony: Political Theory and Latin America* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010) [*Poshegemonía: Teoría política y América Latina*, trad. Fermín Rodríguez (Buenos Aires y México: Paidós, 2010)].

[22] Justin Healey, *Ethical Consumerism* (Thirroul, Australia: Spinney, 2013).

[23] James Ladyman, James Lambert y Karoline Wiesner, «What Is a Complex System?», *European Journal for Philosophy of Science* 3, núm. 1 (2013): 33-67.

[24] Susan Buck Morss, «Envisioning Capital: Political Economy on Display», *Critical Inquiry* 21, núm. 2 (1995): 434-467.

[25] Fredric Jameson, «Cognitive Mapping», en *Marxism and the Interpretation of Culture*, eds. C. Nelson y L. Grossberg (Chicago: University of Illinois Press, 1990).

[26] *Ibíd.*, 356.

[27] Schumacher, *Small Is Beautiful*; Carl Honoré, *In Praise of Slow: Challenging the Cult of Speed* (Nueva York: HarperSanFrancisco, 2005) [*Elogio de la lentitud: Un movimiento mundial desafía el culto a la velocidad*, trad. Jordi Fibla (Barcelona: RBA, 2006)].

[28] Rosa Luxemburg, *The Essential Rosa Luxemburg: Reform or Revolution and the Mass Strike*, ed. Helen Scott (Chicago: Haymarket, 2008), 68.

[29] Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom* (Londres: Routledge, 1962) [*Camino de servidumbre*, trad. José Vergara (Madrid: Alianza Editorial, 2011)], y «The

Theory of Complex Phenomena», en *Readings in the Philosophy of Social Science*, eds. Michael Martin y Lee McIntyre (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1964).

[30] Ésta es la pregunta central del debate sobre el cálculo socialista. Véanse Oskar Lange y Fred M. Taylor, *On the Economic Theory of Socialism* (Nueva York: McGraw-Hill, 1964) [*Sobre la teoría económica del socialismo*, ed. B. E. Lippincott (Barcelona: Ariel, 1970)]; Fikret Adaman y Pat Devine, «The Economics Calculation Debate: Lessons for Socialists», *Cambridge Journal of Economics* 20, núm. 5 (septiembre de 1996); Allin Cottrell y Paul Cockshott, «Calculation, Complexity and Planning: The Socialist Calculation Debate Once Again», *Review of Political Economy* 5, núm. 1 (1993).

[31] Es importante apuntar que «la izquierda» es un término en última instancia artificial, aunque útil, que se utiliza para describir un conjunto increíblemente diverso y potencialmente contradictorio de fuerzas políticas y sociales. Marcel Gauchet, «Right and Left», en *Realms of Memory: Conflicts and Divisions*, ed. Lawrence Kritzman (Nueva York: Columbia University Press, 1997), ofrece una discusión detallada sobre los orígenes de la distinción entre izquierda y derecha en la Francia posrevolucionaria. Cabe aclarar que nosotros consideramos que «la izquierda» actual, en el sentido más amplio, consiste de los siguientes movimientos, posturas y organizaciones: el socialismo democrático, el comunismo, el anarquismo, el libertarismo de izquierda, el antiimperialismo, el antifascismo, el antirracismo, el anticapitalismo, el feminismo, el autonomismo, el sindicalismo, la política *queer* y secciones amplias del movimiento verde, entre muchos grupos aliados o hibridados con los anteriores. Cualquier consistencia que puedan tener estas fuerzas es cuestión de construcción y articulación política, no natural o predeterminada.

[32] Gerassimos Moschonas, *In the Name of Social Democracy: The Great Transformation, 1945 to the Present*, trad. Gregory Elliott (Londres: Verso, 2002), 15–17; John Gerard Ruggie, «International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in the Postwar Economic Order», *International Organization* 36, núm. 2 (1982).

[33] Tras el desenlace de 1968, hubo una reafirmación del pensamiento revolucionario leninista y maoísta más clásico. Sin embargo, estos intentos por respaldar los métodos tradicionales de organización siguieron siendo numéricamente marginales y terminaron fracasando. Max Elbaum, *Revolution in the Air: Sixties Radicals Turn to Lenin, Mao and Che* (Londres: Verso, 2006), ofrece una historia de ese periodo en América.

[34] Moschonas, *In the Name of Social Democracy*, 35–36.

[35] Jo Freeman, *The Tyranny of Structurelessness*, 1970, ofrece una de las primeras críticas feministas a estos modos de organización. [Hay versión en español: *La tiranía de la falta de estructuras*, trad. Fany Rubio, publicado por Forum de Política Feminista.]

[36] Martin Klimke y Joachim Scharloth, eds., *1968 in Europe: A History of Protest and Activism, 1956-77* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008).
[37] *Ibíd.*, 5.
[38] Giovanni Arrighi, Terrence Hopkins e Immanuel Wallerstein, *Antisystemic Movements* (Londres y Nueva York: Verso, 1989), 45-47 [*Movimientos antisistémicos*, trad. Carlos Prieto del Campo (Madrid: Akal, 1999)].
[39] *Ibíd.*
[40] Peter Starr, *Logics of Failed Revolt: French Theory after May '68* (Stanford, California: Stanford University Press, 1995).
[41] Grant Kester, «Lessons in Futility: Francis Alys and the Legacy of May '68», *Third Text* 23, núm. 4 (2009).
[42] Gilbert, *Anti-Capitalism and Culture*, 23-24.
[43] Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money, and Power* (Nueva York: Simon & Schuster, 1991); Barry J. Eichengreen, *Global Imbalances and the Lessons of Bretton Woods* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 2007).
[44] Geoffrey Barlow, *The Labour Movement in Britain from Thatcher to Blair* (Frankfurt: Peter Lang, 2008).
[45] Un indicador del éxito que tuvo el proyecto neoliberalista al aplastar el poder sindical definitivamente es que la proporción de la población en edad de trabajar que pertenecía a un sindicato cayó en 17 de 21 países de la OCDE en el periodo de 1980 a 2000 y volvió a caer en 19 de 21 países en el periodo de 2000 a 2007. OCDE, «Trade Union Density», *OECD Stat Extracts*.
[46] David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 11-14 [*Breve historia del neoliberalismo*, trad. Ana Varela Mateos (Madrid: Akal, 2007)].
[47] *Ibíd*, 13.
[48] Colin Crouch, *Post-Democracy* (Cambridge: Polity, 2004), capítulo 1 [*Posdemocracia*, trad. Francisco Beltrán (México, D. F.: Santillana, 2004)].
[49] Tim Jordan, *Activism! Direct Action, Hacktivism and the Future of Society* (Londres: Reaktion, 2001), 32.
[50] Kimberlé Crenshaw, «Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics», *University of Chicago Legal Forum* 140 (1988).
[51] Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*; Mandy Merck y Stella Sandford, eds., *Further Adventures of the Dialectic of Sex: Critical Essays on Shulamith Firestone* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010).
[52] Véase, por ejemplo, James A. Geschwender, *Class, Race, and Worker Insurgency* (Nueva York: Cambridge University Press, 1977).

[53] Amory Starr, *Naming the Enemy: Anti-Corporate Movements Confront Globalisation* (Londres: Zed, 2000).

[54] Jordan, *Activism!*; Taylor y Gessen, *Occupy*.

[55] Esta obra está basada en y amplía nuestras propuestas anteriores presentadas en el «Manifiesto por una política aceleracionista». En buena medida, evitamos el uso del término «aceleracionismo» en este libro, debido al miasma de distintas interpretaciones que ha surgido en torno al concepto, no porque hayamos renunciado a sus principios tal como los entendemos. Véase Alex Williams y Nick Srnicek, «#Accelerate: Manifesto for an Accelerationist Politics», en *#Accelerate: The Accelerationist Reader*, eds. Robin Mackay y Armen Avanessian (Falmouth: Urbanomic, 2014).

2. ¿POR QUÉ NO ESTAMOS GANANDO?

[1] Estas otras posturas pueden encontrarse en las diversas acusaciones hechas contra Occupy por ser demasiado liberal. Véase Mark Bray, «Five Liberal Tendencies that Plagued Occupy», *ROAR Magazine*, 14 de marzo de 2014. Otros argumentos similares se han formulado en el pasado. Marx, por ejemplo, afirmaba que el campesinado constituía una base insuficiente para la política revolucionaria y que únicamente la clase trabajadora industrial tendría intereses alineados con el comunismo. Nuestro argumento es que, sin importar la clase de las bases del horizontalismo, el localismo y otras políticas folk, todas ellas quedan constreñidas por nociones de inmediatez espacial, temporal y conceptual.

[2] Anna Feigenbaum, Fabian Frenzel y Patrick McCurdy, *Protest Camps* (Londres: Zed, 2013), 159. Podríamos señalar que algunas variantes del horizontalismo estuvieron presentes en la política de izquierda desde antes de los años setenta, ya que los compromisos protohorizontalistas son claramente visibles en el anarquismo del siglo XIX, así como en movimientos mucho más tempranos.

[3] Este capítulo dejará de lado la larga historia del pensamiento y la práctica anarquistas, con el fin de concentrarse exclusivamente en el horizontalismo como encarnación contemporánea de algunos de sus principios y prácticas.

[4] John Holloway, *Change the World Without Taking Power: The Meaning of Revolution Today* (Londres/Sterling, Virginia: Pluto, 2002) [*Cambiar el mundo sin tomar el poder* (Buenos Aires: Herramienta, 2001)].

[5] Richard Day, *Gramsci Is Dead: Anarchist Currents in the Newest Social Movements*, 8. Véase también Jon Beasley-Murray, *Posthegemony: Political Theory and Latin America*.

[6] Un compromiso con la toma de decisiones por consenso no siempre es un

pilar explícito del horizontalismo en cuanto tal, sino más bien una forma popular contemporánea de encarnar en los procedimientos la práctica de la horizontalidad. Algunas formas de anarquismo, como el «plataformismo» sudamericano, evitan explícitamente la toma de decisiones por consenso.

[7] Uri Gordon, *Anarchy Alive! Anti Authoritarian Politics from Practice to Theory* (Londres: Pluto, 2007), 20.

[8] Si bien no nos convencen las posibilidades a gran escala de la democracia directa en sus formas cara a cara y/o por consenso, esto sin duda no excluye reflexionar sobre la manera en que puede concebirse la democracia participativa según líneas más complejas y tecnológicamente mediadas.

[9] Murray Bookchin, *Post-Scarcity Anarchism*, xxviii.

[10] *Ibid.*, 58.

[11] Manuel Castells, *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age* (Cambridge, RU/Malden, Mass.: Polity, 2012), 11 [*Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era de Internet*, trad. María Hernández (Madrid: Alianza, 2012)].

[12] En general se piensa que el origen de la toma de decisiones por consenso utilizada en el activismo de izquierda contemporáneo está en el movimiento religioso de los cuáqueros de hace unos trescientos años. El procedimiento fue introducido al activismo político por la vía de participantes cuáqueros en las campañas antinucleares. L. A. Kauffmann, «The Theology of Consensus», en *Occupy! Scenes from Occupied America*.

[13] Marina Sitrin, «Occupy: Making Democracy a Question», en *What We Are Fighting For: A Radical Collective Manifesto*, eds. Federico Campagna y Emanuele Campiglio (Londres: Pluto, 2012), 86-87.

[14] Colin Crouch, *Post-Democracy*.

[15] Kauffmann, «Theology of Consensus».

[16] Federico Campagna y Emanuele Campiglio, «What Are We Struggling For?», en Campagna y Campiglio, *What Are We Fighting For?*, 5.

[17] Bookchin, *Post-Scarcity Anarchism*, 11.

[18] South London Solidarity Federation, «Direct Action and Unmediated Struggle», en Campagna y Campiglio, *What Are We Fighting For?*, 192.

[19] Tal vez la forma más conocida de acción directa, la huelga masiva, haya sido el arma más poderosa de los movimientos de los trabajadores en los siglos XIX y XX y todavía hoy es una herramienta importante cuando se usa de manera apropiada. Sin embargo, a menudo requiere crecimiento (en el ámbito nacional o industrial), además de persistencia, solidaridad, participación consistente y sistemas organizados de financiamiento. La estructura de los movimientos horizontalistas suele militar contra el éxito de este tipo de táctica.

[20] Feigenbaum *et al.*, *Protest Camps*, 161.

[21] Los triunfos relativos de Egipto, Túnez e Islandia mediante la táctica de la ocupación tienen su raíz en diversas condiciones que los hacen notablemente diferentes de las condiciones que imperan en Europa y Norteamérica. Por ejemplo, la composición religiosa y etnocultural relativamente homogénea de Túnez e Islandia; los fuertes vínculos forjados entre las ocupaciones y otras formas institucionales de resistencia en los tres países; la forma diferente (más visible) de represión estatal en Egipto y Túnez; el tamaño pequeño de Islandia (y el intento consciente por expresar el movimiento en términos parlamentarios), y los obstáculos afectivos característicos (a saber, el miedo) de verse derrotados en Egipto y Túnez. Por estas y otras razones, dichos países lograron un mayor éxito con la táctica.

[22] Research and Destroy, «The Wreck of the Plaza», *Research and Destroy*, 14 de junio de 2014.

[23] Josh MacPhee, «A Qualitative Quilt Born of Pizzatopia», en *We Are Many: Reflections on Movement Strategy from Occupation to Liberation*, eds. Kate Khatib, Margaret Kiljoy y Mike McGuire (Edimburgo: AK Press, 2012), 27.

[24] Taylor y Gessen, *Occupy!*

[25] George Ciccariello-Maher, «From Oscar Grant to Occupy: The Long Arc of Rebellion in Oakland», en Khatib *et al.*, *We Are Many*, 42.

[26] Castells, *Networks of Outrage and Hope*, 59.

[27] Feigenbaum *et al.*, *Protest Camps*, p. 35.

[28] *Ibíd.*, pp. 52-53.

[29] *Ibíd.*, p. 42.

[30] Véase, por ejemplo, la Australian Tent Embassy construida en torno a los derechos de los aborígenes sobre la tierra (*ibíd.*, 45); Castells, *Networks of Outrage and Hope*, 59-60.

[31] Lester Spence y Mike McGuire, «Ocuppy and the 99%», en Khatib *et al.*, *We Are Many*, 58.

[32] Raúl Zibechi, «Latin America Today, Seen from Below», *Upside Down World*, 26 de junio de 2014, 42-44. Nosotros diríamos que, si bien los movimientos políticos y sociales espontáneos que duran un tiempo relativamente corto tienen un papel importante, una política que consiste *por completo* en tales entidades encontrará que es sumamente difícil desmontar y sustituir los fenómenos enraizados de larga duración que caracterizan el capitalismo avanzado.

[33] Pannekoek, *Workers' Councils* (Edimburgo: AK Press, 2003) [*Los consejeros obreros*, trad. Alberto Villalba (Bilbao: Zero, 1977)]; Gregory Fossedal, *Direct Democracy in Switzerland* (New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 2007); Keir Milburn, «Beyond Assemblyism: The Processual Calling of the 21st-Cen-

tury Left», en *Communism in the 21st Century, Volume 3: The Future of Communism*, ed. Shannon Brincat (Santa Bárbara: Praeger, 2013).

[34] Isabel Ortiz, Sara Burke, Mohamed Berrada y Hernán Cortés, *World Protests 2006 2013* (Nueva York: Initiative for Policy Dialogue y Friedrich-Ebert Stiftung, 2013).

[35] Michael Albert, *Parecon: Life after Capitalism* (Londres: Verso, 2004) [*Parecon. Vida después del capitalismo*, trad. Ana Varela Mateos (Madrid: Akal, 2005)].

[36] Samuel Farber, «Reflections on "Prefigurative Politics"», *International Socialist Review* 92 (marzo 2011).

[37] Jane McAlevey, *Raising Expectations (and Raising Hell): My Decade Fighting for the Labor Movement* (Londres: Verso, 2014), 11.

[38] Not an Alternative, «Counter Power as Common Power», *Journal of Aesthetics and Protest* 9 (2014).

[39] Martin Gilens y Benjamin Page, «Testing Theories of American Politics: Elites, Interest Groups, and Average Citizens», *Perspectives on Politics* 12, núm. 3 (2014).

[40] Rodrigo Nunes, *Organisation of the Organisationless: Collective Action after Networks* (Londres: Mute, 2014), 36.

[41] David Graeber, *Fragments of an Anarchist Anthropology* (Chicago, IL: Prickly Paradigm, 2004), 89 [*Fragmentos de antropología anarquista* (Barcelona: Virus Editorial, 2011)].

[42] Helen Hester, «Synthetic Genders and the Limits of Micropolitics», en *... ment* 6 (2015).

[43] Marco Desiriis y Jodi Dean, «A Movement without Demands?», en *Possible Futures*.

[44] Noam Chomsky, *Occupy* (Londres: Penguin, 2012), 58.

[45] Not an Alternative, «Counter Power as Common Power».

[46] *Ibíd.*

[47] Jeroen Gunning e Ilan Zvi Baron, *Why Occupy a Square? People, Protests and Movements in the Egyptian Revolution* (Londres: Hurst, 2013), 180 181.

[48] *Ibíd.*, 181.

[49] Bey, *TAZ*, xi.

[50] «Communiqué from an Absent Future», *We Want Everything*, 24 de septiembre de 2009, 19.

[51] Desiriis y Dean, «A Movement Without Demands?».

[52] Véase, por ejemplo, la discusión de Theodore Schatzki sobre los asentamientos de los Shakers: Theodore Schatzki, *The Site of the Social: A Philosophical Account of the Constitution of Social Life and Change* (University Park, Pensilvania: Pennsylvania State University, 2002).

[53] Farber, «Reflections on "Prefigurative Politics"».
[54] Bruno Bosteels, «The Mexican Commune», 12.
[55] Ésta es una vieja pregunta que a menudo se invoca en debates entre el anarquismo y el marxismo. Véanse, por ejemplo, las reflexiones históricas sobre el anarquismo y el comunismo en México, en *ibíd.*, 6.
[56] The Invisible Committee, *The Coming Insurrection*, 12; John Holloway, *Crack Capitalism* (Londres: Pluto, 2010) [*Agrietar el capitalismo: El hacer contra el trabajo* (México: BUAP, 2011)]; Nathan Brown, «Rational Kernel, Real Movement: Badiou and Theorie Communiste in the Age of Riots», *Lana Turner: A Journal of Poetry and Opinion* 5 (2012); David Graeber, «Afterword», en Khatib *et al.*, *We Are Many*, 425.
[57] Spence and McGuire, «Occupy and the 99%», 61.
[58] Paul Mason, *Why It's Kicking off Everywhere: The New Global Revolutions* (Londres: Verso, 2012), 63.
[59] A la luz del surgimiento de Occupy, McKenzie Wark formuló la memorable pregunta de cómo se ocupa una abstracción. Véase McKenzie Wark, «How to Occupy an Abstraction».
[60] R. I. M. Dunbar, «Neocortex Size as a Constraint on Group Size in Primates», *Journal of Human Evolution* 22, núm. 6 (1992).
[61] Marina Sitrin, *Everyday Revolutions: Horizontalism and Autonomy in Argentina* (Londres: Zed, 2012), ofrece un estudio más amplio al respecto.
[62] Silvia Federici, «Feminism, Finance and the Future of #Occupy - An Interview», *ZNet*, 26 de noviembre de 2011.
[63] Un problema similar surgió con las asambleas generales en Occupy Wall Street. Milburn, «Beyond Assemblyism», 191; Sitrin, *Everyday Revolutions*, 67-68.
[64] Sitrin, *Everyday Revolutions*, 130; Juan Alcorta, «Solidarity Economies in Argentina and Japan», *Studies of Modern Society* 40, núm. 12 (2007): 270.
[65] Farber, «Reflections on "Prefigurative Politics"».
[66] Se calcula que una vez recuperada la economía, la participación en el sistema de trueque pasó de entre uno y dos millones y medio de personas a sólo cien mil. Alcorta, «Solidarity Economies», 272-273; Sitrin, *Everyday Revolutions*, 77.
[67] Feigenbaum *et al.*, *Protest Camps*, 159.
[68] Holloway, *Change the World Without Taking Power*.
[69] Ernst Schumacher, *Small Is Beautiful: Economics as if People Mattered*.
[70] Philip Blond, *Red Tory: How Left and Right Have Broken Britain and How We Can Fix It* (Londres: Faber & Faber, 2010).
[71] Justin Healey, *Ethical Consumerism*.
[72] Gordon, *Anarchy Alive!*
[73] Alan Ducasse, «The Slow Revolutionary», *Time*, 3 de octubre de 2004.

[74] Carl Honoré, *In Praise of Slow: Challenging the Cult of Speed.*

[75] *Ibíd.*, 84.

[76] Sarah Bowen, Sinikka Elliott y Joslyn Brenton, «The Joy of Cooking?», *Contexts* 13, núm. 3 (2014).

[77] Miriam Glucksmann y Jane Nolan, «New Technologies and the Transformations of Women's Labour at Home and Work», *Equal Opportunities International* 26, núm. 2 (20 de febrero de 2007).

[78] Will Boisvert, «An Environmentalist on the Lie of Locavorism», *New York Observer*, 16 de abril de 2013.

[79] Alison Smith, Paul Watkiss, Geoff Tweddle, Alan McKinnon, Mike Browne, Alistair Hunt, Colin Treleven, Chris Nash y Sam Cross, *The Validity of Food Miles as an Indicator of Sustainable Development: Final Report* (Londres: Department for Environment, Food and Rural Affairs, 2005).

[80] Caroline Saunders, Andrew Barber y Greg Taylor, *Food Miles: Comparative Energy/Emissions Performance of New Zealand's Agriculture Industry*, Agribusiness and Economics Research Unit, Lincoln University, Canterbury, Nueva Zelanda, julio de 2006.

[81] En el Reino Unido en 2005, el transporte aéreo constituía sólo un 1 por ciento de las millas recorridas por tonelada de comida, pero el 11 por ciento de las emisiones relacionadas con alimentos. Smith *et al.*, *Validity of Food Miles*, 3.

[82] Doug Henwood, «Moving Money (Revisited)», *LBO News*, 2010.

[83] Stephen Gandel, «By Every Measure, the Big Banks Are Bigger», *Fortune*, 13 de septiembre de 2013.

[84] Victoria McGrane y Tan Gillian, «Lenders Are Warned on Risk», *Wall Street Journal*, 25 de junio de 2014.

[85] *OTC Derivatives Statistics at End June 2014*, Basilea: Bank for International Settlements, 2014, 2.

[86] David Boyle, *A Local Banking System: The Urgent Need to Reinvigorate UK High Street Banking* (Londres: New Economics Foundation, 2011), 8.

[87] *Ibíd.*, 8-9.

[88] Giles Tremlett, «Spain's Savings Banks' Culture of Greed, Cronyism, and Political Meddling», *Guardian*, 8 de junio de 2012.

[89] Boyle, *Local Banking System*, 10.

[90] Andrew Bibby, «Co op Bank Crisis: What Next for the Co operative Sector?», *Guardian*, 21 de enero de 2014.

[91] Greg Sharzer, *No Local: Why Small-Scale Alternatives Won't Change the World*, 3.

[92] Philip Mirowski, *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown* (Londres: Verso, 2013), 326 [*Nunca dejes que una crisis te gane la partida. ¿Cómo ha conseguido el neoliberalismo, responsable de la*

crisis, salir indemne de la misma?, trad. Blanca Ribera de Madariaga (Barcelona: Deusto, 2014)].

[93] Zibechi, «Latin America Today».

[94] Christian Marazzi, «Exodus without Promised Land», en Campagna y Campiglio, *What We Are Fighting For*, viii.

[95] Los teóricos de la comunicación han etiquetado este tipo de enfoque como «alternativismo». Endnotes, «What Are We to Do?», en *Communization and Its Discontents: Contestation, Critique, and Contemporary Struggles*, ed. Benjamin Noys (Brooklyn: Minor Compositions, 2012), 30.

[96] Day, *Gramsci Is Dead*, 20-21.

[97] Bey, *TAZ*, 99.

[98] The Invisible Committee, *Coming Insurrection*, 96.

[99] *Ibíd.*, 113.

[100] *Ibíd.*, 102.

[101] *Ibíd.*, 107, 114.

[102] Vivek Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital* (Londres: Verso, 2013), 228-229.

[103] Dan Hancox, *The Village against the World* (Londres: Verso, 2013), capítulo 8.

[104] Véase también Alberto Toscano, «The Prejudice against Prometheus», *STIR*, 2011.

[105] Chris Dixon, «Organizing to Win the World», *Briarpatch Magazine*, 18 de marzo de 2015; Keir Milburn, «On Social Strikes and Directional Demands», *Plan C*, 7 de mayo de 2015.

3. ¿POR QUÉ ESTÁN GANANDO ELLOS?

[1] Jamie Peck, *Constructions of Neoliberal Reason* (Oxford: Oxford University Press, 2010), 40.

[2] Esta historia normalizada está en proceso de ser reescrita, y el presente capítulo se basa en buena medida en los pioneros de esta investigación, incluida la obra sin publicar de Alex Andrews. Véanse, por ejemplo, Philip Mirowski y Dieter Plehwe, eds., *The Road from Mont Pelerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2009); Philip Mirowski, *Never Let a Serious Crisis Go to Waste: How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown*; Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*; Daniel Stedman Jones, *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2012); Richard Cockett, *Thinking the Unthinkable: Think-Tanks and the Economic Coun-*

ter-Revolution, 1931-1983 (Londres: Fontana, 1995); Michel Foucault, *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France 1978 1979* (Nueva York: Palgrave Mac millan, 2010) [*Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978 1979)*, ed. Michel Senellart y trad. Horacio Pons (Buenos Aires: Fondo de Cul tura Económica, 2007)].

[3] Piénsese, por ejemplo, en la poco probable, pero enormemente productiva alianza en Estados Unidos entre los neoliberales económicos y los conservadores sociales radicales. Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, 6; David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*.

[4] Pierre Dardot y Christian Laval, *The New Way of the World: On Neoliberal Society*, trad. Gregory Elliot (Londres: Verso, 2014) [*La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, trad. Alfonso Díez (Barcelona: Gedisa, 2013)].

[5] Rob Van Horn, «Reinventing Monopoly and the Role of Corporations: The Roots of Chicago Law and Economics», en Mirowski y Plehwe, *Road from Mont Pelerin*, 204-237.

[6] Harvey, *Brief History of Neoliberalism*.

[7] Philip Cerny, *Rethinking World Politics: A Theory of Transnational Neopluralism* (Nueva York: Oxford University Press, 2010), 128.

[8] Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time* (Boston: Beacon Press, 2001) [hay varias versiones en español, entre ellas: *La gran transformación: Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, trad. Eduardo L. Suárez y Ricardo Rubio (México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2003)]; Peck, *Constructions of Neoliberalism Reason*, 4.

[9] Esta asignación de género a los derechos resulta apropiada para el contex to histórico.

[10] Cabe mencionar que esta construcción política de las economías niega la posibilidad de cualquier economicismo sencillo. Thomas Lemke, «The Birth of Biopolitics: Michel Foucault's Lecture at the Collège de France on Neoliberal Governmentality», *Economy and Society* 30, núm. 2 (2001): 194.

[11] Harvey, *Brief History of Neoliberalism*, 2.

[12] La construcción de los mercados ha sido excepcionalmente bien estudiada dentro de la sociología de las finanzas y la sociología económica. Véanse Donald MacKenzie, *Material Markets: How Economic Agents Are Constructed* (Oxford: Oxford University Press, 2009), capítulo 7; Donald MacKenzie, Fabian Muniesa y Lucia Siu, eds., *Do Economists Make Markets? On the Performativity of Economics* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2007); Michel Callon, «An Essay on Framing and Overflowing: Economic Externalities Revisited by Sociology», en *The Laws of Markets*, ed. Michel Callon (Oxford: Blackwell, 1998), 244-269; Michel Callon, «The Embeddedness of Economic Markets in

Economics», en Callon, *Laws of Markets*; Andrew Barry, *Political Machines: Governing a Technological Society* (Londres: Athlone, 2001).

[13] Nick Srnicek, «Representing Complexity: The Material Construction of World Politics» (tesis doctoral, London School of Economics and Political Science, 2013), capítulo 5; Donald MacKenzie, *An Engine, Not a Camera: How Financial Models Shape Markets* (Cambridge: MIT Press, 2008).

[14] Callon, «Essay on Framing and Overflowing».

[15] Este movimiento de crear y mantener se asemeja en varias formas a la noción de Jamie Peck en torno a las fases de destrucción de las instituciones keynesianas (*roll-back*) y de establecimiento de las formas reguladoras del neoliberalismo (*roll-out*). Véase Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, 22-23.

[16] Mirowski y Plehwe, *Road from Mont Pelerin*.

[17] Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, 48.

[18] Plehwe, «Introduction», en Mirowski y Plehwe, *Road from Mont Pelerin*, 16.

[19] Cockett, *Thinking the Unthinkable*, 109.

[20] Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, 50; Cockett, *Thinking the Unthinkable*, 4.

[21] Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, 50.

[22] Citado en Cockett, *Thinking the Unthinkable*, 104.

[23] Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, 49.

[24] Citado en Cockett, *Thinking the Unthinkable*, 111.

[25] Plehwe, «Introduction», 7.

[26] Dardot y Laval, *New Way of the World*, 55.

[27] Plehwe, «Introduction», 4.

[28] Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, 276.

[29] Colin Crouch, *The Strange Non-Death of Neoliberalism* (Cambridge: Polity, 2011), 23 [*La extraña no-muerte del neoliberalismo*, trad. Blas Raventos (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2012)].

[30] Cockett, *Thinking the Unthinkable*, 117.

[31] Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*, 51.

[32] *Ibíd.*, 84.

[33] *Ibíd.*, 57.

[34] El análisis cuantitativo de las redes sociales también destaca la importancia de Fisher, ubicándolo en un lugar central en la red de la SMP junto a Hayek. Véase Plehwe, «Introduction», 20.

[35] Cockett, *Thinking the Unthinkable*, 131.

[36] *Ibíd.*, 132.

[37] *Ibíd.*, 141.

[38] *Ibíd.*, 142.

[39] *Ibíd.*, 156-157.
[40] *Ibíd.*, capítulo 5.
[41] Harvey, *Brief History of Neoliberalism*, 44.
[42] *Ibíd.*
[43] Cockett, *Thinking the Unthinkable*, 184.
[44] Leo Panitch y Sam Gindin, *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire* (Londres: Verso, 2012), 114 [*La construcción del capitalismo global: La economía política del imperio estadounidense*, trad. José María Amoroto Salido (México, D. F.: Akal, 2015)].
[45] Harvey, *Brief History of Neoliberalism*, 54.
[46] Plehwe, «Introduction», 6.
[47] Harvey, *Brief History of Neoliberalism*, 13.
[48] Ann Pettifor, «The Power to "Create Money out of Thin Air"», openDemocracy, 18 de enero de 2013.
[49] Peter Kenway, *From Keynesianism to Monetarism: The Evolution of UK Macro econometric Models* (Londres: Routledge, 1994), 39.
[50] Cockett, *Thinking the Unthinkable*, 196.
[51] Milton Friedman, *Capitalism and Freedom: Fortieth Anniversary Edition* (Chicago: University of Chicago Press, 2002), xiv [*Capitalismo y libertad: Ensayos de política monetaria*, trad. Alfredo Lueje (Madrid: Síntesis, 2012)].
[52] Hay quienes sostienen que el neoliberalismo era necesario debido a la crisis de acumulación que enfrentó el capitalismo en los años setenta. Sin embargo, este argumento ignora las formas alternativas en que la crisis podría haberse resuelto y le atribuye una enorme claridad de interés propio a los capitalistas.
[53] Philip Cerny, *Rethinking World Politics: A Theory of Transnational Neopluralism*, 139.
[54] David Stuckler, Lawrence King y Martin McKee, «Mass Privatisation and the Post-Communist Mortality Crisis: A Cross-National Analysis», *Lancet* 373 núm. 9, 661 (2009).
[55] Harvey, *Brief History of Neoliberalism*, 41.
[56] Éste es uno de los orígenes de la afirmación común según la cual el posmodernismo es la expresión cultural del neoliberalismo.
[57] Harvey, *Brief History of Neoliberalism*, 53.
[58] Dardot y Laval, *New Way of the World*, 3.
[59] *Ibíd.*, 265.
[60] Mark Fisher, *Capitalist Realism: Is There No Alternative?* (Winchester: Zero, 2009), capítulo 4 [*Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, trad. Claudio Iglesias (Buenos Aires: Caja Negra, 2016)].
[61] Wanda Vrasti, «Struggling with Precarity: From More and Better Jobs to Less and Lesser Work», *Disorder of Things*, 12 de octubre de 2013.

[62] Harvey, *Brief History of Neoliberalism*, 61.
[63] Liam Stanley, «"We're Reaping What We Sowed": Everyday Crisis Narratives and Acquiescence to the Age of Austerity», *New Political Economy* 19, núm. 6 (2014).
[64] Ernesto Laclau, «Identity and Hegemony: The Role of Universality in the Constitution of Political Logics», en *Contingency, Hegemony and Universality: Contemporary Dialogues on the Left*, eds. Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek (Londres: Verso, 2011), 50 [*Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, trad. Cristina Sardo y Graciela Homs (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011)].
[65] Véase Slavoj Žižek, *The Sublime Object of Ideology* (Londres y Nueva York: Verso, 1989) [*El sublime objeto de la ideología*, trad. Isabel Vericat Núñez (Buenos Aires: Siglo XXI, 1992)].
[66] Mirowski, *Never Let a Serious Crisis Go to Waste*, 356.
[67] *Ibid.*, 332.

4. UNA MODERNIDAD DE IZQUIERDA

[1] Este proceso expansionista ha sido concebido de maneras diversas (aunque no incompatibles), por ejemplo, a través del desarrollo desigual y combinado, los ajustes espaciales y los ciclos expansivos de hegemonía. En cada caso, empero, la naturaleza expansionista del universalismo capitalista es claramente aparente. Véase, respectivamente, Neil Smith, *Uneven Development: Nature, Capital and the Production of Space* (Londres: Verso, 2010); David Harvey, *The Limits to Capital* (Londres: Verso, 2006) [*Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, trad. Mariluz Caso (México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1990)]; Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Time* (Londres: Verso, 2009) [*El largo siglo XX*, trad. Carlos Prieto del Campo (Madrid: Akal, 1999)].
[2] Vivek Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, ofrece una larga defensa de esta afirmación.
[3] «Ya que en última instancia es lo universal [...] lo que provee la única negación verdadera de los universalismos establecidos», François Jullien, *On the Universal: The Uniform, the Common and Dialogue Between Cultures* (Cambridge: Polity, 2014), 90 [*De lo universal, de lo uniforme, de lo común y del diálogo entre las culturas*, trad. Tomás Fernández Aú y Beatriz Eguibar (Madrid: Siruela, 2010)].
[4] Mark Fisher y Jeremy Gilbert, *Reclaim Modernity: Beyond Markets, Beyond Machines* (Londres: Compass, 2014), 12-14.

[5] Sandro Mezzadra, «How Many Histories of Labor? Towards a Theory of Postcolonial Capitalism», *European Institute for Progressive Cultural Policies*, 2012.

[6] Mark Fisher, *Capitalist Realism: Is There No Alternative?*

[7] También sobre la posmodernidad se han formulado argumentos parecidos. Véase David Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change* (Oxford: Wiley-Blackwell, 1991) [*La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, trad. Martha Eguía (Buenos Aires: Amorrortu, 2008)].

[8] Peter Wagner, *Modernity: Understanding the Present* (Cambridge: Polity, 2012), 23.

[9] Kalyan Sanyal, *Rethinking Capitalist Development: Primitive Accumulation, Governmentality and Post-Colonial Capitalism* (Nueva Delhi: Routledge India, 2013), 92, ofrece un argumento parecido respecto al «desarrollo».

[10] Para dar una idea de esta diversidad, Jameson resume catorce diferentes propuestas para el inicio de la modernidad como periodo histórico. Fredric Jameson, *A Singular Modernity: Essay on the Ontology of the Present* (Londres: Verso, 2002), 32 [*Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, trad. Joan Vergués Gifra (Buenos Aires: Gedisa, 2004)].

[11] Alberto Toscano, *Fanaticism: On the Uses of an Idea* (Londres: Verso, 2010) [*Fanatismo: De los usos de una idea*, trad. Alejandro Sánchez y Chris Nielsen (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2013)]; Frederick Cooper, *Decolonization and African Society: The Labor Question in French and British Africa* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).

[12] Chibber, *Postcolonial Theory*, 233.

[13] Intentamos seguir a Susan Buck-Morss cuando escribe: «El rechazo de la centralidad de Occidente no coloca un tabú sobre el uso de las herramientas del pensamiento occidental. Por el contrario, libera las herramientas críticas de la Ilustración [...] para su aplicación original y creativa». Susan Buck Morss, *Thinking Past Terror: Islamism and Critical Theory on the Left* (Londres: Verso, 2003), 99 [*Pensar tras el terror: El islamismo y la teoría crítica entre la izquierda*, trad. Lorenzo Plana (Madrid: A. Machado, 2010)].

[14] Wang Hui, *The End of the Revolution: China and the Limits of Modernity* (Londres: Verso, 2011), 69-70.

[15] Göran Therborn, *European Modernity and Beyond: The Trajectory of European Societies, 1945-2000* (Londres: Sage, 1995), 4.

[16] Jameson, *Singular Modernity*, 18.

[17] Corey Robin, *The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Sarah Palin* (Nueva York: Oxford University Press, 2011).

[18] Simon Critchley, «Ideas for Modern Living: The Future», *Guardian*, 21 de noviembre de 2010.

[19] Kamran Matin, «Redeeming the Universal: Postcolonialism and the Inner Life of Eurocenrism», *European Journal of International Relations* 19, núm. 2 (2013): 354.

[20] Walt Whitman Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990) [*Las etapas del crecimiento económico: Un manifiesto no comunista*, trad. Esther Rabasco (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Centro de Publicaciones, 1993)].

[21] Walter Mignolo, *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options* (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2011), XXIV-XXV.

[22] S. N. Eisenstadt, «Multiple Modernities», *Daedalus* 129, núm. 1 (2000): 1.

[23] Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialectic of Enlightenment* (Londres: Verso, 1997) [*Dialéctica de la Ilustración: Fragmentos filosóficos*, trad. Juan José Sánchez (Madrid: Trotta, 2009)]; Zygmunt Bauman, *Modernity and the Holocaust* (Cambridge: Polity, 1991) [*Modernidad y holocausto*, trad. Ana Mendoza y Francisco Ochoa de Michelena (Madrid y México, D. F.: Sequitur, 2008)].

[24] David Priestland, *The Red Flag: A History of Communism* (Nueva York: Grove, 2009) [*Bandera Roja: Historia política y cultural del comunismo*, trad. Juanmari Madariaga (Barcelona: Crítica, 2010)].

[25] Stephen Eric Bronner, *Reclaiming the Enlightenment: Toward a Politics of Radical Engagement* (Nueva York: Columbia University Press, 2004), 28 [*Reivindicación de la Ilustración: Hacia una política de compromiso radical*, trad. José Luis Gil Aristu (Pamplona: Laetoli, 2009)].

[26] Jean François Lyotard, *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, trad. Geoffrey Bennington y Bıian Massumi (Mánchester: Manchester University Press, 1984) [*La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, trad. Mariano Antolín Rato (Madrid: Cátedra, 1998)].

[27] Walter Mignolo y He Weihua, «The Prospect of Harmony and the Decolonial View of the World», *Marxism and Reality* 4 (2012).

[28] Wagner, *Modernity*, 81.

[29] S. N. Eisenstadt, «Multiple Modernities», *Daedalus* 129, núm. 1 (2000).

[30] Los debates recogidos en Alex Anievas, ed., *Marxism and World Politics: Contesting Global Capitalism* (Londres: Routledge, 2012), presentan algunas reflexiones contemporáneas sobre este concepto.

[31] Jullien, *On the Universal*, capítulos 4-7, ofrece una genealogía filosófico-político-religiosa de lo universal.

[32] Debe quedar claro que la discusión sobre lo universal aquí se da en un registro político más que filosófico.

[33] Étienne Balibar, «Sub Specie Universitatis», *Topoi* 25, núms. 1 2 (2006): 11.

[34] En términos generales, podemos dividir estas críticas en el decolonialismo

latinoamericano, los estudios subalternos del sur de Asia y el poscolonialismo africano; cada una le da una inflexión propia a la modernidad y al colonialismo a través de su historia regional.

[35] Mignolo, *Darker Side of Western Modernity*.

[36] *Ibíd.*, capítulo 2; Ramón Grosfoguel, «Decolonizing Western Uni-Versalisms: Decolonial Pluri-Versalisms from Aimé Césaire to the Zapatistas», trad. George Ciccariello-Maher, *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 1, núm. 3 (2012). [El original en español se encuentra en: «Desconolonizando los universalismos occidentales: pluri-versalismo transmoderno decolonial desde Aimé Césaire hasta los zapatistas», en *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, eds. Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (Bogotá: Siglo del Hombre, 2007): 63-77].

[37] Jullien, *On the Universal*, 92.

[38] Jullien sostiene que el pensamiento islámico sí tiene un grado de normatividad universal ético-política, pero que es, en todo caso, significativamente menos visible que la que surge de la modernidad europea y se caracteriza por la prioridad que otorga a la comunidad (*ibíd.*, 74). John Hobson, *The Eastern Origins of Western Civilisation* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004) [*Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, trad. Teófilo de Lozoya (Barcelona: Crítica, 2006)]; Amartya Sen, «East and West: The Reach of Reason», *New York Review of Books* 47, núm. 12 (2000).

[39] «El proyecto de provincializar Europa no puede [...] originarse desde la postura según la cual la razón/ciencia/universales que ayudan a definir Europa como lo moderno son simplemente "especificidades culturales" y, por ende, sólo pertenecen a las culturas europeas. [Este] simple rechazo de la modernidad sería, en muchas casos, políticamente suicida». Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Diference* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2007), 43 45 [*Al margen de Europa: Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, trad. Alberto E. Álvarez y Araceli Maira (Barcelona: Tusquets, 2008)]; Matin, «Redeeming the Universal»; Duy Lap Nguyen, «The Universal Province of Modernity», *Interventions* 16, núm. 3 (2014): 447; Mignolo, *Darker Side of Western Modernity*, 275.

[40] Varios enfoques alternativos se han propuesto a la luz de las críticas al universalismo sustancialista clásico. No abundaremos aquí sobre aquéllos, pero cabe hacer algunos comentarios rápidos al respecto. El «universalismo negativo» funda el universalismo sobre una oposición común, pero sigue siendo un enfoque de política folk, defensivo y negativo. No elabora un futuro alternativo. El «universalismo mínimo» defiende unos cuantos principios comunes a

todos, pero se reduce simplemente a una versión del universalismo clásico y queda sujeto a todos sus problemas. Finalmente, el «pluriversalismo» es la perspectiva más interesante y aquella de la que estamos más cerca. El pluriversalismo defiende la autodeterminación de culturas en un compromiso mutuo horizontal. Pero requiere tres comentarios breves. En primer lugar, desestima el medio del compromiso entre las culturas que, argumentamos, requiere de una teoría sofisticada del razonamiento a fin de evitar la dominación. (Véase la obra de Anthony Laden para una concepción colectiva y no dominadora del razonamiento.) En segundo lugar, se opone correctamente a una visión homogénea del universalismo, pero pasa por alto las formas en que éste ya puede incorporar el tipo de diferencias que subraya. El pluriversalismo sugiere desestimar el aspecto común requerido en un mundo globalizado con demasiada facilidad. La humanidad no existe simplemente como una serie de formas excluyentes de ser, sino más bien como un conjunto profundamente interconectado de diferencias. En tercer lugar, el pluriversalismo reconoce que el universalismo capitalista necesita ser eliminado para entonces tener alguna oportunidad. Hasta entonces, está sujeto a la resistencia y a los gestos defensivos contra el capitalismo expansionista. El pluriversalismo depende, entonces, de la eliminación del capitalismo y de un proyecto contrahegemónico poscapitalista como condición de su existencia. El problema del universalismo —especialmente del universalismo que, de hecho, existe— no puede ser sorteado por decreto teórico. Grosfoguel, «Decolonizing Western Uni-Versalisms», 101; Bhikhu Parekh, «Non-Ethnocentric Universalism», en *Human Rights in Global Politics*, eds. Tim Dunne y Nicholas J. Wheeler (Cambridge: Cambridge University Press, 1999), 128-159; Mignolo, *Darker Side of Western Modernity*, 275; Anthony Simon Laden, *Reasoning: A Social Picture* (Oxford: Oxford University Press, 2014).

[41] Ernesto Laclau, «Identity and Hegemony: The Role of Universality in the Constitution of Political Logics», en *Contingency, Hegemony and Universality: Contemporary Dialogues on the Left*.

[42] Nora Sternfeld, «Whose Universalism Is It?», trad. Mary O'Neill, 2007; Jullien, *On the Universal*, 92.

[43] Butler, «Restaging the Universal: Hegemony and the Limits of Formalism», en Butler *et al.*, *Contingency, Hegemony and Universality*, 33.

[44] Stefan Jonsson, «The Ideology of Universalism», *New Left Review* II, núm. 63 (mayo-junio 2010): 117.

[45] Matin, «Redeeming the Universal».

[46] Isaiah Berlin, «Two Concepts of Liberty», en *Liberty*, ed. Henry Hardy (Oxford: Oxford University Press, 2002), constituye el punto de referencia clásico sobre la libertad negativa [*Sobre la libertad*, trad. Ángel Rivero (Madrid: Alianza, 2004)].

[47] Milton Friedman, *Capitalism and Freedom: Fortieth Anniversary Edition*, capítulo 1.

[48] Friedrich Hayek, *The Constitution of Liberty* (Londres: Routledge, 2006) [*Los fundamentos de la libertad*, trad. José Vicente Torrente (Madrid: Unión Editorial, 2014)].

[49] Esta idea se entrecruza con la distinción que hace Philippe Van Parijs (y muchos otros teóricos) entre la libertad formal y la real, pero la noción de libertad «sintética» subraya que no se trata de un aspecto natural de la humanidad, sino de algo construido. Véase Philippe Van Parijs, *Real Freedom for All: What (If Anything) Can Justify Capitalism?* (Oxford: Oxford University Press, 1997), 21-24 [*Libertad real para todos: Qué puede justificar al capitalismo, si hay algo que pueda hacerlo*, trad. J. Francisco Álvarez (Barcelona y México D. F.: Paidós, 1996)].

[50] Daniel Raventós, *Basic Income: The Material Conditions of Freedom*, trad. Julie Wark (Londres: Pluto, 2007), 68 [versión original en español: *Las condiciones materiales de la libertad* (Mataró, España: El Viejo Topo, 2007)]; Mignolo, *Darker Side of Western Modernity*, 300-301.

[51] Karl Marx y Friedrich Engels, *The German Ideology* (Londres: Prometheus, 1976), 44 [*La ideología alemana*, trad. Wenceslao Roces (Madrid: Akal, 2014)].

[52] Steven Lukes, *Power: A Radical View* (Houndmills: Palgrave Macmillan, 2005), segunda edición, 65 [*El poder: Un enfoque radical*, trad. Jorge Deike (Madrid: Siglo XXI, 2007)].

[53] Como lo expresa Erik Olin Wright: «La idea de "florecer" incluye no sólo el desarrollo de las capacidades intelectuales, psicológicas y sociales humanas durante la niñez, sino también la oportunidad de ejercer esas capacidades durante toda la vida, y de desarrollar nuevas capacidades conforme las circunstancias de vida cambian». Erik Olin Wright, *Envisioning Real Utopias* (Londres: Verso, 2010), 47-48 [*Construyendo utopías reales*, trad. Ramón Cotarelo (Madrid: Akal, 2014)].

[54] No hay un orden de preferencia estricto para estos tres elementos, aun cuando el resto de este libro se concentrará predominantemente en el primero.

[55] Alex Gourevitch, «Labor Republicanism and the Transformation of Work», *Political Theory* 41, núm. 4 (2013): 597.

[56] Slavoj Žižek, «Utopia and Its Discontents», entrevista con Slawomir Sierakowski, 23 de febrero de 2015.

[57] Karl Marx, *Wage Labour and Capital & Value, Price and Profit* (Nueva York: International Publishers, 1976), 54; *Grundrisse: Introduction to the Critique of Political Economy*, trad. Martin Nicolaus (Middlesex: Penguin, 1973), 706 [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, 1857 1858*, trad. José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scaron (México D. F.: Siglo XXI, 2005), 2 vols.], y *Ca*

pital: A Critique of Political Economy, Volume III (Londres: Lawrence & Wishart, 1977), 820. [Hay varias versiones en español, entre ellas: *El capital: Crítica de la economía política*, trad. Wenceslao Roces (México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2014), 3 tomos.]

[58] Existe un argumento republicano alternativo para esta postura, el cual sostiene correctamente que el trabajo remunerado implica la dominación (como una forma clara de interferencia) y que sólo el suministro de los medios básicos de existencia hace posible que superemos dicha dominación. Asociados a esta tradición hay toda una serie de pensadores, desde Aristóteles hasta Robespierre, pasando por los activistas laborales del siglo XIX. Si bien aquí no nos apoyamos en ella para sostener el argumento de una sociedad postrabajo, sin duda ha dado importantes contribuciones que van mucho más allá de las concepciones liberales de la libertad. Véase Raventós, *Basic Income*, capítulo 3; Gourevitch, «Labor Republicanism and the Transformation of Work», 593-598.

[59] Antonella Corsani, «Beyond the Myth of Woman: The Becoming-Transfeminist of (Post-)Marxism», trad. Timothy S. Murphy, *SubStance* 36, núm. 1 (2007): 127.

[60] Para este argumento, véase Parijs, *Real Freedom for All*, 17-20.

[61] Esto presenta similitudes con las ideas del poder-con y el poder-para. Véase Uri Gordon, *Anarchy Alive! Anti-Authoritarian Politics from Practice to Theory*, 54-55; John Holloway, *Change the World without Taking Power: The Meaning of Revolution Today*, 28.

[62] Laden, *Reasoning*, 14-23; Gordon, *Anarchy Alive!*, 54.

[63] Andy Clark, *Supersizing the Mind: Embodiment, Action, and Cognitive Extension* (Nueva York: Oxford University Press, 2008), capítulo 3, gira en torno a la noción de lenguaje como andamiaje de conocimiento.

[64] Citado en Gregory Elliott, *Althusser: The Detour of Theory* (Leiden: Brill, 2006), 16. [Hay versión en español del texto original de Althusser: *La soledad de Maquiavelo*, trad. Carlos Prieto del Campo y Raúl Sánchez Cedillo (Madrid: Akal, 2008), 33.]

[65] Krafft Ehricke, «The Extraterrestrial Imperative», *Air University Review*, febrero de 1978.

[66] Marx y Engels, *German Ideology*, 44.

[67] Ray Brassier, «Prometheanism and Its Critics», en *#Accelerate: The Accelerationist Reader*, ofrece una defensa de este espíritu prometeico.

[68] Donna Haraway, «A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century», en *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature* (Londres: Free Association Books, 1991), brinda una interpretación previa e historizada de nuestra naturaleza androide [*Ciencia, ciborgs*

y mujeres: La reinvención de la naturaleza, trad. Manuel Talens (Madrid: Cátedra, 1995)]. El manifiesto de Laboria Cuboniks en *Dea Ex Machina*, eds. Helen Hester y Armen Avanessian (Berlín: Merve Verlag, 2015), contiene una actualización contemporánea.

[69] Benedict Singleton, «Maximum Jailbreak», en Mackay y Avanessian, *#Accelerate*.

[70] Alfred Schmidt, *The Concept of Nature in Marx* (Londres: Verso, 2014), 144-145. [*El concepto de naturaleza en Marx*, trad. Julia M. T. Ferrari de Prieto y Eduardo Prieto (Madrid: Siglo XXI, 1977), segunda edición.]

[71] Sadie Plant, «Binary Sexes, Binary Codes», 3 de junio de 1996.

[72] Reza Negarestani, «The Labor of the Inhuman», en Mackay y Avanessian, *#Accelerate*, 452.

[73] *Ibíd.*, 438.

[74] Jürgen Habermas, *The Future of Human Nature* (Cambridge: Polity, 2003) [*El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?*, trad. R. S. Carbó (Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós, 2002)]; y Francis Fukuyama, *Our Posthuman Future: Consequences of the Biotechnology Revolution* (Londres: Profile, 2003), constituyen algunos ejemplos de estas defensas provincianas.

[75] Shannon Bell, *Fast Feminism* (Nueva York: Autonomedia, 2010); Beatriz Preciado, *Testo Junkie: Sex, Drugs and Biopolitics in the Pharmacopornographic Era* (Nueva York: Feminist Press CUNY, 2013), contienen dos recuentos fascinantes de experimentación corporal. [La versión original del texto de Preciado está en español: *Testo Yonqui* (Madrid: Espasa, 2008).]

[76] El resto de este libro se ocupa más que nada de los primeros dos aspectos de la libertad sintética: las condiciones básicas de la existencia y las capacidades colectivas para la acción. No obstante, regresaremos a la mejora tecnológica de la humanidad en la Conclusión.

[77] Susan Buck-Morss, *Hegel, Haiti, and Universal History* (Pittsburgh, Pensilvania: University of Pittsburgh Press, 2009), 106 [*Hegel, Haití y la historia universal*, trad. Juan Manuel Espinosa (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2013)].

5. EL FUTURO NO ESTÁ FUNCIONANDO

[1] Dos manifiestos recientes de la India y Alemania también atacan la glorificación del trabajo: Kamunist Kranti, «A Ballad Against Work», 1997; y KrisisGroup, «Manifesto Against Labour», 1999.

[2] Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy* (Londres: Lawrence & Wishart, 1977), vol. III, 820. [Hay varias versiones al español, entre ellas: *El capi*

tal: Crítica de la economía política, trad. Wenceslao Roces (México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2014), 3 tomos.]

[3] Algunos estudios sugieren que los cambios de oportunidad (aquellos derivados de momentos como las crisis económicas) son mucho más importantes que el agravio para generar un movimiento social. En otras palabras, la idea de que empeorar las cosas llevará a una revolución tiene poco sustento empírico. Sidney Tarrow, *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998), segunda edición, capítulo 5 [*El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, trad. Francisco Muñoz de Bustillo (Madrid: Alianza, 2012), tercera edición].

[4] Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, trad. Ben Fowkes (Londres: Penguin, 1990), vol. 1, parte 8.

[5] Michael Perelman, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation* (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2000), 14.

[6] Como apunta Marx: «Desde el punto de vista económico, sólo puede llamarse "proletario" al obrero asalariado que produce y valoriza "capital", *viéndose lanzado al arroyo tan pronto como ya no [...] sirve de nada...*», Marx, *Capital*, vol. I, 764, n. 1 (las cursivas son nuestras).

[7] En el caso de grupos como las trabajadoras domésticas no remuneradas, el proletariado también puede depender del salario de alguien más para su supervivencia, lo cual fomenta toda una serie de dependencias problemáticas. En este caso, el proletariado depende de manera indirecta del trabajo remunerado para su supervivencia.

[8] Richard Freeman, «The Great Doubling: The Challenge of the New Global Labor Market», en *Ending Poverty in America: How to Restore the American Dream*, eds. John Edwards, Marion Crain y Arne Kalleberg (Nueva York: New Press, 2007).

[9] Steve Fraser, *The Age of Acquiescence: The Life and Death of American Resistance to Organized Wealth and Power* (Nueva York: Little, Brown US, 2015), 60.

[10] El problema de cómo definir la población excedente suele darse por sentado en la literatura relacionada. Sin embargo, hay temas importantes que no pueden pasarse por alto. Si el excedente se define en términos de remunerados versus no remunerados, ¿formarían parte del excedente las poblaciones de presos que trabajan?, ¿qué pasaría con la gran cantidad de mano de obra informal que trabaja por una remuneración y produce para un mercado? Si el excedente se define en términos de mano de obra productiva y no productiva, surgen otros problemas. En particular, se llegaría a la conclusión de Negri y Hardt: dado que la mano de obra socialmente productiva existe en to-

dos los lados con condiciones posfordistas, el término ha perdido su significado. Véase Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire* (Nueva York: Penguin, 2005), 131 [*Multitud: guerra y democracia en la era del imperio*, trad. Juan Antonio Bravo (Madrid: Debate, 2004)]. Aquí rechazamos esa conclusión e intentamos demostrar que el concepto aún posee una importante utilidad analítica y explicativa. Creemos que el excedente puede definirse como aquella población que está fuera de la mano de obra remunerada bajo las condiciones capitalistas de producción. Esta última puntualización significa que buena parte de la mano de obra informal (es decir, que no está bajo condiciones capitalistas de producción) queda incluida en la categoría. En este sentido, tenemos una particular influencia de la obra de Kalyan Sanyal.

[11] Joan Robinson, *Economic Philosophy* (Harmondsworth: Penguin, 1964), 46 [*Filosofía económica*, trad. Joaquina Aguilar (Madrid: Gredos, 1966)].

[12] En economía esto se vincula con la tasa de desempleo no aceleradora de la inflación (NAIRU, por sus siglas en inglés). Se piensa que contratar trabajadores cuando el desempleo está en este nivel eleva los salarios y termina por causar inflación, con lo cual se establece una base sobre qué tan baja debería ser la tasa de desempleo.

[13] Michał Kalecki, «Political Aspects of Full Employment», *Political Quarterly* 14, núm. 4 (1943); y Samuel Bowles, «The Production Process in a Competitive Economy: Walrasian, Neo-Hobbesian, and Marxian Models», *American Economic Review* 75, núm. 1 (1985), ofrecen opiniones clásicas sobre los usos políticos del desempleo.

[14] A nuestro parecer, este énfasis en las tendencias seculares es una de las características únicas de un acercamiento marxista al desempleo.

[15] El temor de que la automatización haga descender el número de empleos tiene una larga historia, y los ludistas son uno de los primeros ejemplos de ello. Este temor fue un tema importante en los años sesenta, como lo demuestran las discusiones en torno a la idea de cibernación y, en los años ochenta y noventa, con sus comentarios periodísticos sensacionalistas, y ha resurgido de nuevo en los últimos años. Entre los muchos textos relevantes destacan: Ad Hoc Committee, «The Triple Revolution», *International Socialist Review* 24, núm. 3 (1964); Donald Michael, *Cybernation: The Silent Conquest* (Santa Bárbara, California: Center for the Study of Democratic Institutions, 1962); Paul Mattick, «The Economics of Cybernation», *New Politics* 1, núm. 4 (1962); David Noble, *Progress without People: In Defense of Luddism* (Toronto: Between the Lines, 1995); Jeremy Rifkin, *The End of Work: The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era* (Nueva York: Putnam, 1997) [*El fin del trabajo. Nuevas tecnologías*

contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era, trad. Guillermo Sánchez (Barcelona: Paidós, 1996)]; Martin Ford, *The Lights in the Tunnel: Automation, Accelerating Technology and the Economy of the Future* (EUA: CreateSpace Independent Publishing Platform, 2009); Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee, *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies* (Nueva York: W. W. Norton, 2014).

[16] Estos porcentajes corresponden a los mercados laborales de Estados Unidos y Europa, aunque sin duda las cifras serán similares a nivel global o, como argumentaremos más adelante, quizá sean incluso peores en los países en desarrollo. Carl Benedikt Frey y Michael Osborne, *The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Computerisation?*, 17 de septiembre de 2013; Jeremy Bowles, «The Computerisation of European Jobs», Bruegel, 2014; Stuart Elliott, «Anticipating a Luddite Revival», *Issues in Science and Technology* 30, núm. 3 (2014).

[17] Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, trad. Ben Fowkes (Londres: Penguin, 1990), vol. I, 566-567.

[18] Paul Einzig, *The Economic Consequences of Automation* (Nueva York: W. W. Norton, 1957), 78. [*Consecuencias económicas de la automación* (Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina, 1961)].

[19] Thor Berger y Carl Benedikt Frey, *Technology Shocks and Urban Evolutions: Did the Computer Revolution Shift the Fortunes of US Cities?* (documento de trabajo, Oxford Martin School, 2014), 6.

[20] James Bessen, «Toil and Technology», *Finance & Development* 52, núm. 1 (2015): 17.

[21] La evidencia ya sugiere que la densidad global de las sucursales bancarias se está reduciendo. Carl Benedikt Frey y Michael Osborne, *Technology at Work: The Future of Innovation and Employment*, Citi — Global Perspectives and Solutions, 2015, 25-26.

[22] Wassily Leontief, «National Perspectives: The Definition of Problems and Opportunities», en *The Long-Term Impact of Technology on Employment and Unemployment*, simposio de la National Academy of Engineering, 1983.

[23] Existen pruebas de que esto ya está ocurriendo en la actualidad, pues las compañías informan de las dificultades para encontrar trabajadores especializados, así como crecientes disparidades salariales dentro de las distintas profesiones entre los más y los menos especializados. Bessen, «Toil and Technology», 19.

[24] Boyan Jovanovic y Peter L. Rousseau, *General Purpose Technologies*, documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, enero de 2005; George Terbough, *The Automation Hysteria: An Appraisal of the Alarmist View of the Technological Revolution* (Nueva York: W. W. Norton, 1966), 54-55; Aaron Benanav

y Endnotes, «Misery and Debt», en *Endnotes 2: Misery and the Value Form* (Londres: Endnotes, 2010), 31.

[25] Barry Eichengreen, *Secular Stagnation: The Long View*, documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, enero de 2015, 5.

[26] Kalyan Sanyal, *Rethinking Capitalist Development: Primitive Accumulation, Governmentality and Post Colonial Capitalism*, 55. Ante todo, esto significa que este sector económico es eminentemente contemporáneo y no un residuo de algún modo de producción precapitalista.

[27] Gabriel Wildau, «China Migration: At the Turning Point», *Financial Times*, 4 de mayo de 2015; «Global Labor Glut Sinking Wages Means U.S. Needs to Get Schooled», *Bloomberg*, 4 de mayo de 2015. Si bien aún queda por integrar por completo a África en el sistema capitalista global, cabe enfatizar que la integración de China y los Estados postsoviéticos significó un aumento único de la fuerza de trabajo global. De ahora en adelante, la importancia de este mecanismo para producir poblaciones excedentes tenderá a disminuir en general.

[28] Aquí cabe apuntar que, si bien los primeros dos mecanismos forman parte integral de la acumulación capitalista (cambios en las fuerzas productivas y la expansión de las relaciones sociales capitalistas), el tercero corresponde a una lógica distinta de la mera acumulación. Las características empíricas de este grupo también cambian con el tiempo (por ejemplo, con la integración de las mujeres a la fuerza laboral a lo largo de las últimas cuatro décadas). Lynda Yanz y David Smith, «Women as a Reserve Army of Labour: A Critique», *Review of Radical Political Economics* 15, núm. 1 (1983): 104.

[29] En otras palabras, estas dominaciones pueden a menudo ser funcionales para el capitalismo, aun cuando su función no explique su génesis.

[30] Hoy en día se considera que 36 millones de personas están en situación de esclavitud: *Global Slavery Index 2014* (Dalkeith, Australia Occidental: Walk Free Foundation, 2014).

[31] Edward E. Baptist, *Half Has Never Been Told: Slavery and the Making of American Capitalism* (Nueva York: Basic Books, 2014); Silvia Federici, «Wages Against Housework», en *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle* (Oakland, California: PM Press, 2012) [*Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, trad. Carlos Fernández Guervós y Paula Martín Ponz (Madrid: Traficantes de Sueños, 2013)].

[32] En términos de desempleo global, las mujeres han enfrentado la peor parte de la crisis en años recientes. OIT, *World Employment and Social Outlook: The Changing Nature of Jobs* (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 2015), 18.

[33] Por ejemplo, los hombres negros en Estados Unidos se vieron particularmente afectados por la automatización y la subcontratación en el sector ma

nufacturero. William Julius Wilson, *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor* (Nueva York: Vintage Books, 1997), 29-31.

[34] Michael McIntyre, «Race, Surplus Population, and the Marxist Theory of Imperialism», *Antipode* 43, núm. 5 (2011): 1 500-1 502.

[35] Estos segmentos se basan a grandes rasgos en las divisiones que Marx hizo entre el ejército industrial de reserva flotante, latente y estancado, pero aquí se proponen como una actualización de su ejemplo histórico.

[36] Gary Fields, *Working Hard, Working Poor: A Global Journey* (Nueva York: Oxford University Press, 2012), 46.

[37] Esto es lo que Kalyan Sanyal describe como «economías de necesidades». Véase Sanyal, *Rethinking Capitalist Development*.

[38] En la actualidad, la zona de «empleo vulnerable» da cuenta del 48 por ciento del empleo global, porcentaje cinco veces más elevado que antes de la crisis. También se piensa que esta cifra subestima la cantidad de empleados vulnerables, dada su naturaleza informal y sin registro. OIT, *Global Employment Trends 2014: Risk of a Jobless Recovery?* (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 2014), 12; David Neilson y Thomas Stubbs, «Relative Surplus Population and Uneven Development in the Neoliberal Era: Theory and Empirical Application», *Capital & Class* 35 (2011): 443.

[39] En el esquema de Marx, esto puede entenderse como C-M-C, donde las mercancías se producen y venden en el mercado para recibir dinero y comprar bienes para la subsistencia. Esto difiere de las economías de subsistencia precapitalistas porque los bienes no se producen para el consumo personal, sino que el mercado les sirve de intermediario. Sanyal, *Rethinking Capitalist Development*, 69-70.

[40] Michael Denning, «Wageless Life», *New Left Review* II, núm. 66 (noviembre-diciembre de 2010): 86; OIT, *G20 Labour Markets: Outlook, Key Challenges and Policy Responses* (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo/OCDE/Banco Mundial, 2014), 8.

[41] Marilyn Power, «From Home Production to Wage Labor: Women as a Reserve Army of Labor», *Review of Radical Political Economics* 15, núm. 1 (1983).

[42] David Harvey, *A Companion to Marx's Capital* (Londres: Verso, 2010), vol. 1, 280.

[43] OIT, *Key Indicators of the Labour Market* (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 2013).

[44] *State of the Global Workplace: Employee Engagement Insights for Business Leaders Worldwide*, Gallup, 2013, 27; John Bellamy Foster, Robert W. McChesney y R. Jamil Jonna, «The Global Reserve Army of Labor and the New Imperialism», *Monthly Review*, noviembre de 2011; Neilson y Stubbs, «Relative Surplus Population». Actualmente, la Organización Internacional del Trabajo calcula que el

5,9 por ciento de la población trabajadora (201 millones de individuos) está desempleada, aunque esto se basa en una definición muy rigurosa del desempleo. OIT, *World Employment and Social Outlook – Trends 2015* (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 2015), 16. Si alguien trabaja una hora podando el césped, gana unos cuantos dólares vendiendo mercancías hechas en casa o tiene un doctorado y trabaja en un *call center*, la OIT lo considera empleado. En otras palabras, tanto los trabajadores de media jornada, como los informales y subempleados cuentan como empleados. La definición de desempleo de la OIT también *mejora* cuando la gente abandona la fuerza laboral: una fuerza laboral menor implica un menor desempleo. Por tanto, una medida más significativa es el nivel de empleo entre la población en edad de trabajar, con base en la cual la OIT calcula que más del 40 por ciento de la población mundial no está empleada. OIT, *Global Employment Trends 2014*, 18. En una medida similar, se calcula que sólo la mitad de la fuerza laboral global tiene empleos remunerados o asalariados. OIT, *World Employment and Social Outlook: The Changing Nature of Jobs*, 28. Sin embargo, estas medidas aún sobrestiman el número de personas empleadas, de modo que otras medidas han intentado superar estas deficiencias. Gallup, por ejemplo, define «empleo» como un trabajo formal de treinta horas o más a la semana, y concluye que el 74 por ciento de la fuerza laboral global no cumple con esta definición. *State of the Global Workplace: Employee Engagement Insights for Business Leaders Worldwide*. Otro estudio, basado en datos de la OIT sobre los desempleados, personas con empleos vulnerables y económicamente inactivas, calcula que la población excedente constituye el 61 por ciento de la población total en edad de trabajar (calculado con datos de Neilson y Stubbs, «Relative Surplus Population», 444). Lo que puede concluirse de estas medidas alternativas es sencillo: la población excedente global es masiva y, de hecho, supera a la clase trabajadora formal.

[45] Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, trad. Constance Farrington (Londres: Penguin Classics, 2001), capítulo 2 [*Los condenados de la Tierra*, trad. Julieta Campos (México: Fondo de Cultura Económica, 1963)]; Patricia Connelly, *Last Hired First Fired: Women and the Canadian Work Force* (Toronto: The Women's Press, 1978).

[46] Aquí, Cleaver utiliza el término «lumpen» para referirse a lo que hemos llamado la condición de «proletariado». Eldridge Cleaver, «On Lumpen Ideology», *The Black Scholar*, 4, núm. 3 (1972): 9-10.

[47] Mattick, «Economics of Cybernation», 19.

[48] Benanav y Endnotes, «Misery and Debt»; Fredric Jameson, *Representing Capital: A Reading of Volume One* (Londres: Verso, 2011), 2 [*Representar el capital. Una lectura del tomo I*, trad. Lidia Mosconi (Buenos Aires: Fondo de Cultura Eco

nómica, 2013)]. A grandes rasgos, podemos distinguir dos formas en que el concepto de poblaciones excedentes ha funcionado en debates recientes. Una serie de argumentos se relaciona con el traslape de ciertos grupos sociales (las minorías negras, por ejemplo) con el concepto de población excedente. Otra, mucho más reducida, se ha interesado por la afirmación de que la población excedente presenta una tendencia secular a aumentar su tamaño.

[49] Marx, *Capital*, vol. I, 798.

[50] Richard Duboff, «Full Employment: The History of a Receding Target», *Politics & Society* 7, núm. 1 (1977): 7-8.

[51] Si bien es discitible la efectividad del NAIRU como medida del pleno empleo, se puede asegurar que durante el periodo de posguerra el desempleo estuvo típicamente por debajo de él, mientras que durante el periodo neoliberal, ha estado consistentemente por encima. Jared Bernstein y Dean Baker, «Full Employment: The Recovery's Missing Ingredient», *Washington Post*, 3 de noviembre de 2014, 10; José Nun, «The End of Work and the "Marginal Mass" Thesis», *Latin American Perspectives* 27, núm. 1 (2000): 8; Guy Standing, *The Precariat: The New Dangerous Class* (Londres: Bloomsbury Academic, 2011), 46-47 [*El precariado: Una nueva clase social*, trad. Juan Mari Madariaga (Barcelona: Pasado y Presente, 2011)]; Jeffrey Straussman, «The"Reserve Army" of Unemployed Revisited», *Society* 14, núm. 3 (1977): 42.

[52] *Economic Projections of Federal Reserve Board Members and Federal Reserve Bank Presidents, December 2014*, Federal Reserve Board, 2014.

[53] Claire Cain Miller, «As Robots Grow Smarter, American Workers Struggle to Keep Up», *New York Times*, 15 de diciembre de 2014.

[54] Bureau of Labor Statistics, «Civilian Employment-Population Ratio», Federal Reserve Bank of St Louis, 2014; Deepankar Basu, *The Reserve Army of Labour in the Postwar US Economy: Some Stock and Flow Estimates*, documento de trabajo (Amherst: University of Massachusetts, 2012), 7.

[55] OIT, *Global Employment Trends 2014*, 17.

[56] La tasa de crecimiento del empleo cayó del 1,7 por ciento entre 1991 y 2007 al 1,2 por ciento entre 2007 y 2014. OIT, *World Employment and Social Outlook*, 16; OIT, *World Employment and Social Outlook*, 29.

[57] *Ibid.*, 20.

[58] Por supuesto, los trabajadores de las economías en desarrollo llevan viviendo mucho tiempo en condiciones de precariedad. La nueva preocupación en torno al tema es, por ende, síntoma del colapso de un modelo laboral característico de las economías desarrolladas en el periodo de posguerra.

[59] Standing, *Precariat*, 10 11, ofrece un análisis más profundo de estas características.

[60] Marx, *Capital*, vol. I, 789.

[61] Francis Green, Tarek Mostafa, Agnès Parent Thirion, Greet Vermeylen, Gijs van Houten, Isabella Biletta y Maija Lyly-Yrjanainen, «Is Job Quality Becomzing More Unequal?», *Industrial & Labor Relations Review* 66, núm. 4 (2013): 770-771; Andrew Glyn, *Capitalism Unleashed: Finance, Globalization, and Welfare* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 114 [*Capitalismo desatado: Finanzas, globalización y bienestar*, trad. Estrella Trincado Aznar (Madrid: Centro de Investigación para la Paz, Los Libros de la Catarata, 2010)].

[62] Carrie Gleason y Susan Lambert, *Uncertainty by the Hour*, 1-3.

[63] Si bien este aspecto de la precariedad siempre se ha destacado, el trabajo irregular sigue siendo una pequeña porción del mercado laboral en buena parte de los países capitalistas avanzados. Kim Moody, «Precarious Work, "Compression" and Class Struggle "Leaps"», *RS21*, 10 de febrero de 2015. Se estima que alrededor de una cuarta parte de los trabajadores en las economías desarrolladas está contratada de manera temporal o sin contrato. OIT, *World Employment and Social Outlook*, 30.

[64] *Self Employed Workers in the UK – 2014* (Londres: Office for National Statistics, 2014).

[65] Bureau of Labor Statistics, «Employment Level Part Time for Economic Reasons, All Industries».

[66] Algunos sondeos oficiales de negocios han encontrado que 1,4 millones de personas trabajan con contratos de cero horas en el Reino Unido. Véase *Analysis of Employee Contracts that Do Not Guarantee a Minimum Number of Hours* (Londres: Office for National Statistics, 30 de abril de 2014).

[67] Dean Baker y Jared Bernstein, *Getting Back to Full Employment: A Better Bargain for Working People*, 12.

[68] Bernstein y Baker, «Full Employment».

[69] En una encuesta entre los expertos en economía más conocidos, un 43 por ciento de los encuestados estuvo de acuerdo en que la tecnología desempeña un papel central en el estancamiento salarial, contra un 28 por ciento que discrepó. «Poll Results: Robots», *IGM Forum*, 25 de febrero de 2014.

[70] OIT, *G20 Labour Markets*, 5; *The Slow Recovery of the Labor Market*, US Congressional Budget Office, febrero de 2014, 6; Ciaren Taylor, Andrew Jowett y Michael Hardie, «An Examination of Falling Real Wages, 2010 2013» (Londres: Office for National Statistics, 2014).

[71] El ahorro personal en Estados Unidos ha caído drásticamente desde los años setenta. US Bureau of Economic Analysis, «Personal Saving Rate».

[72] «Share of U.S. Workers Living Paycheck to Paycheck Continues Decline from Recession-Era Peak, Finds Annual CareerBuilder Survey», CareerBuilder,

25 de septiembre de 2013; *8 Million People One Paycheque Away from Losing Their Home*, Shelter, 11 de abril de 2013.

[73] Saskia Sassen, *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy* (Cambridge: Harvard University Press, 2014), 54 [*Expulsiones: Brutalidad y complejidad en la economía global*, trad. Stella Mastrangello (Buenos Aires: Kattz Editores, 2015)].

[74] Carlos Nordt, Ingeborg Warnke, Erich Seifritz y Wolfram Kawohl, «Modelling Suicide and Unemployment: A Longitudinal Analysis Covering 63 Countries, 2000 11», *Lancet*, 2015, 5; Justin Wolfers, *Is Business Cycle Volatility Costly? Evidence from Surveys of Subjective Wellbeing*, documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, 2003; Nikolaos Antonakakis y Alan Collins, «The Impact of Fiscal Austerity on Suicide: On the Empirics of a Modern Greek Tragedy», *Social Science & Medicine* 112 (julio de 2014); Karen McVeigh, «DWP Urged to Publish Inquiries on Benefit Claimant Suicides», *Guardian*, 14 de diciembre de 2014.

[75] Ben Bernanke, «The Jobless Recovery», conferencia, Global Economic and Investment Outlook Conference, Carnegie Mellon University, Pittsburgh, Pensilvania, 6 de noviembre de 2003.

[76] Olivier Coibon, Yuriy Gorodnichenko y Dmitri Koustas, *Amerisclerosis? The Puzzle of Rising US Unemployment Persistence*, Brookings Papers on Economic Activity, Brookings Institution, otoño de 2013.

[77] Natalia Kolesnikova y Yang Liu, «Jobless Recoveries: Causes and Consequences», *Regional Economist*, abril de 2011.

[78] *Slow Recovery of the Labor Market*, 2; Bureau of Labor Statistics, «Employed, Usually Work Full Time».

[79] OIT, *G20 Labour Markets*, 4.

[80] Se ha sugerido que una de las razones de esta relación es que, después de una recesión, las empresas se muestran conservadoras respecto de la contratación de profesiones que son automatizables. Nir Jaimovich y Henry E. Siu, *The Trend Is the Cycle: Job Polarization and Jobless Recoveries*, documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, 2012, 29.

[81] La distinción entre rutinario y no rutinario explica mejor los datos que una división entre niveles bajos y altos de educación o entre empleos de manufactura o de servicio. *Ibíd.*, 3, 16-19.

[82] Durante las últimas tres décadas, el 92 por ciento de las pérdidas de empleos en posiciones automatizables de especialización media ha ocurrido en los doce meses a partir del inicio de la recesión. *Ibíd.*, 2.

[83] En recesiones anteriores, los trabajos rutinarios nunca se recuperaron. *Ibíd.* 14.

[84] OIT, *Global Employment Trends 2014*, 11-12; Bureau of Labor Statistics, «Of

Total Unemployed, Percent Unemployed 27 Weeks and Over», Federal Reserve Economic Data, Federal Reserve Bank of St Louis, 1 de enero de 1948; Eurostat, «LongTerm Unemployment Rate», *Eurostat*, 2015.

[85] Alan Krueger, Judd Cramer y David Cho, «Are the Long Term Unemployed on the Margins of the Labor Market?», Brookings Papers on Economic Activi ty, primavera de 2014.

[86] Loïc Wacquant, «The Rise of Advanced Marginality: Notes on Its Nature and Implications», *Acta Sociologica* 39, núm. 2 (1996): 125; Richard Florida, Zara Matheson, Pātrick Adler y Taylor Brydges, *The Divided City and the Shape of the New Metropolis*, Martin Prosperity Institute, 2014.

[87] Wilson, *When Work Disappears*, 15.

[88] Loïc Wacquant, «Class, Race and Hyperincarceration in Revanchist Ameri-ća», *Socialism and Democracy* 28, núm. 3 (2014): 46.

[89] Frances Fox Piven y Richard Cloward, *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail* (Nueva York: Random House, 1988), 191.

[90] Michelle Alexander, *The New Jim Crow* (Nueva York: New Press, 2012), 218 [*El color de la justicia. La nueva segregación racial en Estados Unidos*, trad. Carmen Valle y Ethel Odriozola (Salamanca: Capitán Swing, 2014)].

[91] El número de varones negros que trabajan en el sector manufacturero cayó casi a la mitad entre 1973 y 1987. Wilson, *When Work Disappears*, 29-31.

[92] *Ibíd.*, 42.

[93] *Ibíd.*, 19.

[94] Wacquant, «Rise of Advanced Marginality», 127.

[95] Si bien la dimensión de la economía informal es muy difícil de medir, sin duda forma parte significativa de la economía global. Friedrich Schnei der y Andreas Buehn, *Estimating the Size of the Shadow Economy: Methods, Problems, and Open Questions* (CESifo Working Paper Series, núm. 4, 448, 2013), ofrece un panorama general de los métodos para medir la econo mía sumergida. Por su parte, Sudhir Alladi Venkatesh, *Off the Books: The Underground Economy of the Urban Poor* (Cambridge: Harvard University Press, 2006), presenta un análisis etnográfico más detallado de una econo-mía informal urbana.

[96] Naciones Unidas indica que dos quintas partes de los trabajadores de las economías en desarrollo se encuentran en el sector informal, mientras que otros estudios señalan un crecimiento significativo en este porcentaje entre 1985 y 2007. Mike Davis, *Planet of Slums* (Londres: Verso, 2006), 176 [*Plane ta de ciudades miseria*, trad. José María Amoroto Salido (Madrid: Akal, 2007)]; Friedrich Schneider, *Outside the State: The Shadow Economy and the Shadow Eco nomy Labour Force*, documento de trabajo, 2014, 20.

[97] UN-Habitat, *The Challenge of Slums: Global Report on Human Settlements 2003* (Nairobi: UN-Habitat, 2003), 46.

[98] Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, 41.

[99] Jan Breman, «Introduction: The Great Transformation in the Setting of Asia», en *Outcast Labour in Asia: Circulation and Informalization of the Workforce at the Bottom of the Economy* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 2012), 8-9 [*Fuerza de trabajo paria en Asia*, trad. José María Amoroto (Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2014)]; Nicholas Kaldor, *Strategic Factors in Economic Development* (Ithaca, Nueva York: New York State School of Industrial and Labor Relations, 1967).

[100] Jan Breman, «A Bogus Concept?», *New Left Review* II, núm. 84 (noviembre-diciembre de 2013): 137.

[101] Sukti Dasgupta y Ajit Singh, *Manufacturing, Services and Premature Deindustrialization in Developing Countries: A Kaldorian Analysis*, Working Paper Series, World Institute for Development Economics Research, 2006, 6; Breman, «Introduction», 2; Fields, *Working Hard, Working Poor*, 58; Davis, *Planet of Slums*, 15.

[102] Davis, *Planet of Slums*, 175; Breman, «Introduction», 3-8; George Ciccariello-Maher, *We Created Chávez: A People's History of the Venezuelan Revolution* (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2013), capítulo 9.

[103] Sassen, *Expulsions*, capítulo 2.

[104] Sanyal, *Rethinking Capitalist Development*, 69.

[105] Davis, *Planet of Slums*, 181-182.

[106] En lugar del 30-40 por ciento del empleo total, las cifras de participación del sector manufacturero se acercan más al 15-20 por ciento y este sector comienza a descender en tanto participación del PIB a niveles per cápita de alrededor de tres mil dólares, en lugar de diez mil. Dani Rodrik, «The Perils of Premature Deindustrialization», *Project Syndicate*, 11 de octubre de 2013, 5.

[107] Desde 1996 se han perdido más de treinta millones de empleos en el sector manufacturero. Erik Brynjolfsson, Andrew McAfee y Michael Spence, «New World Order», *Foreign Affairs*, agosto de 2014.

[108] Manfred Elfstrom y Sarosh Kuruvilla, «The Changing Nature of Labor Unrest in China», *ILR Review* 67, núm. 2 (2014).

[109] Los salarios reales se elevaron el 300 por ciento entre 2000 y 2010. OIT, *Global Wage Report 2012/13: Wages and Equitable Growth* (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 2013), 20.

[110] OIT, *Global Employment Trends 2014*, 29.

[111] Federación Internacional de Robótica, *World Robotics: Industrial Robots 2014* (Frankfurt: International Federation of Robotics, 2014), 19; Lee Chyen Yee y

Clare Jim, «Foxconn to Rely More on Robots; Could Use 1 Million in 3 Years», *Reuters*, 1 de agosto de 2011; «Guangzhou Spurs Robot Use amid Rising Labor Costs», *China Daily*, 16 de abril de 2014; Angelo Young, «Nike Unloads Contract Factory Workers, Showing How Automation Is Costing Jobs of Vulnerable Emerging Market Laborers», *International Business Times*, 20 de mayo de 2014.

[112] *Majority of Large Manufacturers Are Now Planning or Considering "Reshoring" from China to the US*, Boston Consulting Group, 24 de septiembre de 2013; Stephanie Clifford, «US Textile Plants Return, with Floors Largely Empty of People», *New York Times*, 19 de septiembre de 2013.

[113] Dani Rodrik, *Premature Deindustrialization*, documento de trabajo, BREAD, núm. 439, Bureau for Research and Economic Analysis of Development, 2015, 2.

[114] Fiona Tregenna, *Manufacturing Productivity, Deindustrialization, and Reindustrialization*, Instituto Mundial de Investigaciones de Economía del Desarrollo, 2011, 11.

[115] De una fuerza laboral de 481 millones de personas, aproximadamente un millón trabaja en este sector. Fields, *Working Hard, Working Poor*, 51.

[116] Frey y Osborne, *Technology at Work*, 62; Brynjolfsson y McAfee, *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, 184-185.

[117] Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital* (Londres: Routledge, 2003), 344-345 [*La acumulación del capital*, trad. Raimundo Fernández O. (Barcelona: Grijalbo, 1978)].

[118] De allí que, a pesar del enorme tamaño de la población proletaria de China, su suministro de mano de obra excedente se esté convirtiendo en un problema a medida que los salarios reales se disparan.

[119] Göran Therborn, *Why Some People Are More Unemployed than Others: The Strange Paradox of Growth and Unemployment* (Londres: Verso, 1991), 23-24 [*Por qué en algunos países hay más paro que en otros: La extraña paradoja del crecimiento y el desempleo*, trad. Javier Andrés y Mari Luz Marco (Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo, 1989)].

[120] Harvey, *A Companion to Marx's Capital*, vol. 1, 280.

[121] Los comentadores que se muestran optimistas respecto de la experiencia histórica de la automatización suelen pasar por alto la intervención política para hacer esto posible. Véase, por ejemplo, George Terbough, *The Automation Hysteria: An Appraisal of the Alarmist View of the Technological Revolution*, capítulo 5.

[122] Lewis Corey, *The Decline of American Capitalism* (Nueva York: Covici Friede, 1934), 272.

[123] Harry Braverman, «Automation: Promise and Menace», *American Socialist*, octubre de 1955; Benanav y Endnotes, «Misery and Debt», 36; Duboff, «Full Employment», 1.

[124] Benjamin Kline Hunnicutt, *Work without End: Abandoning Shorter Hours for the Right to Work* (Filadelfia: Temple University Press, 1988), 259-260.

[125] Pierre Dardot y Christian Laval, *The New Way of the World: On Neoliberal Society*.

[126] OIT, «Trends», *World Employment and Social Outlook*, 23.

[127] Peter Cappelli, «The Path Not Studied: Schools of Dreams More Education Is Not an Economic Elixir», *Issues in Science and Technology*, 27 de noviembre de 2013; Stanley Aronowitz, Dawn Esposito, William DiFazio y Margaret Yard, «The Post-Work Manifesto», en *Post Work: The Wages of Cybernation*, eds. Stanley Aronowitz y Jonathan Cutler (Nueva York: Routledge, 1998), 48; Stefan Collini, *What Are Universities For?* (Londres: Penguin, 2012); Andrew McGettigan, *The Great University Gamble: Money, Markets and the Future of Higher Education* (Londres: Pluto Press, 2013).

[128] Standing, *Precariat*, 45.

[129] Incluso Paul Krugman y Lawrence Summers dudan de que la capacitación laboral pueda resolver los problemas que se avecinan. Paul Krugman, «Sympathy for the Luddites», *New York Times*, 13 de junio de 2013; Lawrence Summers, «Roundtable: The Future of Jobs», presentado en The Future of Work in the Age of the Machine, Hamilton Project, Washington, DC, 19 de febrero de 2015.

[130] Glyn, *Capitalism Unleashed*, 27-31.

[131] Harvey, *Companion to Marx's Capital*, vol. 1, 284-285.

[132] Algunos sondeos de PMI sugieren que el crecimiento anual ha sido del 2 por ciento, lo cual se halla muy por debajo de lo que ha sido la norma para el crecimiento del PIB global (Chris Williamson, «January's PMI Surveys Signal First Global Growth Upturn for Six Months», *Markit*, 4 de febrero de 2015). Otros estudios encuentran que el crecimiento es mayor, pero el potencial de producción ha ido disminuyendo en las economías desarrolladas desde antes de la crisis y los cálculos del potencial de producción global se han reducido constantemente después de la crisis. *World Economic Outlook 2015: Uneven Growth: Short- and Long-Term Factors* (Washington, D. C.: International Monetary Fund, 2015), 69-71.

[133] No pretendemos elegir un ganador entre las explicaciones rivales, sino sólo señalar el consenso cada vez mayor en torno a una nueva época de bajo crecimiento: Andrew Kliman, «What Lies Ahead: Accelerating Growth or Secular Stagnation?», *E International Relations*, 24 de enero de 2014; Robert Gordon, *Is US Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds*, do-

cumento de trabajo, National Bureau of Economic Research, agosto de 2012; Lawrence Summers, «US Economic Prospects: Secular Stagnation, Hysteresis, and the Zero Lower Bound», *Business Economics* 49, núm. 2 (2014); Tyler Cowen, *The Great Stagnation: How America Ate All the Low-Hanging Fruit of Modern History, Got Sick, and Will (Eventually) Feel Better* (Nueva York: Dutton, 2011); Coen Teulings y Richard Baldwin, eds., *Secular Stagnation: Facts, Causes and Cures* (Londres: CEPR, 2014).

[134] Cowen, *Great Stagnation*, 47-48.

[135] Thor Berger y Carl Benedikt Frey, *Industrial Renewal in the 21st Century: Evidence from US Cities?* (Oxford Martin School Working Paper, 2014).

[136] Calculado con base en datos de: Bureau of Labor Statistics, «Table 1. Private Sector Gross Jobs Gains and Losses by Establishment Age»; Bureau of Labor Statistics, «Table 5. Number of Private Sector Establishments by Age».

[137] Ésta es la postura de varios economistas de centro izquierda. Véanse Baker y Bernstein, *Getting Back to Full Employment*; Pavlina Tcherneva, *Beyond Full Employment: The Employer of Last Resort as an Institution for Change* (Annandale-on-Hudson: Levy Economics Institute of Bard College, septiembre de 2012).

[138] Denning, «Wageless Life», 84-86.

[139] Aaron Bastani, «Weaponising Workfare», *openDemocracy*, 22 de marzo de 2013; Joe Davidson, «Workfare and the Management of the Consolidated Surplus Population», *Spectre* 1 (2013); Marta Russell, «The New Reserve Army of Labor?», *Review of Radical Political Economics* 33, núm. 2 (2001).

[140] Aufheben, «Editorial: The "New" Workfare Schemes in Historical and Class Context», *Aufheben* 21 (2012), 4.

[141] «En 1820, Gran Bretaña tenía una población de doce millones de personas, mientras que entre 1820 y 1915 la emigración fue de dieciséis millones. En otras palabras, más de la mitad del incremento en la población británica emigró cada año durante este periodo. La emigración total de Europa al "nuevo mundo" (de "regiones templadas de asentamientos blancos") durante este periodo fue de cincuenta millones de individuos.» Foster, McChesney y Jonna, «The Global Reserve Army of Labor and the New Imperialism»; Davis, *Planet of Slums*, 183.

[142] Por ejemplo, en las décadas de 1970 y 1980, Suiza mantuvo una tasa de desempleo bajo a pesar del crecimiento lento mediante la repatriación de inmigrantes italianos. Therborn, *Why Some People Are More Unemployed than Others*, 28.

[143] Tara Brian y Frank Laczko, eds., *Fatal Journeys: Tracking Lives Lost during Migration* (Ginebra: Organización Internacional para la Migración, 2014), 12.

[144] Dennis Arnold y John Pickles, «Global Work, Surplus Labor, and the Precarious Economies of the Border», *Antipode* 43, núm. 5 (2011).

[145] Entre 1998 y 2013, las poblaciones carcelarias se incrementaron del 25 al

30 por ciento, mientras que la población mundial total aumentó un 20 por cien. Roy Walmsley, *World Prison Population List* (Londres: International Centre for Prison Studies, 2013), décima edición, 1.

[146] Molly Moore, «In France, Prisons Filled with Muslims», *Washington Post*, 29 de abril de 2008; Scott Gilmore, «Canada's Racism Problem? It's Even Worse than America's», *Macleans*, 22 de enero de 2015; Jaime Amparo-Alves, «Living in the Necropolis: Homo Sacer and the Black Inhuman Condition in Sao Paulo/Brazil», presentado en Critical Ethnic Studies and the Future of Genocide, Universidad de California en Riverside, marzo de 2011.

[147] Alexander, *New Jim Crow*, 13.

[148] George S. Rigakos y Aysegul Ergul, «Policing the Industrial Reserve Army: An International Study», *Crime, Law and Social Change* 56, núm. 4 (2011): 355.

[149] Angela Y. Davis, «Deepening the Debate over Mass Incarceration», *Socialism and Democracy* 28, núm. 3 (2014): 16.

[150] Basta con señalar dos datos: que el auge de la construcción de prisiones ocurrió durante un periodo en que los índices de criminalidad iban en descenso y que si el índice de criminalidad se mantiene constante a lo largo de los últimos treinta años, Estados Unidos es seis veces más punitivo hoy en día. Alexander, *New Jim Crow*, 218; Wacquant, «Class, Race and Hyperincarceration», 45.

[151] Wacquant, «Class, Race and Hyperincarceration», 42.

[152] En California, el 80 por ciento de los acusados requirió representación por parte de abogados asignados por el Estado. Ruth Wilson Gilmore, «Globalisation and US Prison Growth: From Military Keynesianism to Post-Keynesian Militarism», *Race & Class* 40, núms. 2-3 (1998-99): 172.

[153] Wacquant, «Class, Race and Hyperincarceration», 44.

[154] Derek Neal y Armin Rick, *The Prison Boom and the Lack of Black Progress after Smith and Welch*, documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, 2014, 2.

[155] Wacquant, «Class, Race and Hyperincarceration», 43.

[156] Wacquant, «From Slavery to Mass Incarceration: Rethinking the "Race" Question in America», *New Left Review* II, núm. 13 (enero-febrero de 2002): 42.

[157] *Ibíd.*, 53; Alexander, *New Jim Crow*, 219.

[158] Wacquant, «From Slavery to Mass Incarceration», 57-58; Rocamadur, «The Feral Underclass Hits the Streets: On the English Riots and Other Ordeals», *Sic* 2 (2014), 104, núm. 10.

[159] Jeremy Travis, Bruce Western y Steve Redburn, *The Growth of Incarceration in the United States: Exploring Causes and Consequences* (Washington, D. C.: National Academies Press, 2014), 258; Neal y Rick, *Prison Boom and the Lack of Black Progress*, 34.

[160] La mecánica para lograr que los sindicatos y movimientos sociales se adapten a nuevos objetivos debe resolverse necesariamente en la práctica y en el contexto de condiciones locales. Las costumbres y estructuras sindicales difieren de país a país y de sector a sector, lo cual hace necesarias respuestas a la medida.

[161] Por ejemplo, las huelgas recientes en el sector de la comida rápida originaron varias predicciones en torno a que elevar el salario mínimo conduciría a la automatización. Dado el estado deplorable de estos empleos, consideramos su automatización algo sin duda alguna positivo. Steven Greenhouse, «$15 Wage in Fast Food Stirs Debate on Effects», *New York Times*, 4 de diciembre de 2013.

[162] Paul Lafargue, «The Right to Be Lazy», en *The Right to Be Lazy: Essays by Paul Lafargue*, ed. Bernard Marszalek (Oakland, California: AK Press, 2011), 5.

[163] Angela Y. Davis, *Are Prisons Obsolete?* (Nueva York: Seven Stories, 2003), capítulo 6, ofrece una reflexión sobre cómo podría lograrse esto en la práctica.

6. IMAGINARIOS POSTRABAJO

[1] Este capítulo le debe mucho, explícita e implícitamente, a la obra de Kathi Weeks. Véase Kathi Weeks, *The Problem with Work: Feminism, Marxism, Antiwork Politics, and Postwork Imaginaries* (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2011).

[2] «Communiqué from an Absent Future», *We Want Everything*, 24 de septiembre de 2009.

[3] Ben Trott, «Walking in the Right Direction?», *Turbulence* 1 (2007); Marco Desiriis y Jodi Dean, «A Movement Without Demands?», *Possible Futures*; Bertie Russell, «Demanding the Future? What a Demand Can Do», *Journal of Aesthetics and Protest*, 2014.

[4] Weeks, *Problem with Work*, 218-224, 175.

[5] Éste es un aspecto que las distingue del concepto de «demandas de transición» articulado por Trotsky. Véase Trott, «Walking in the Right Direction?»; Leon Trotsky, *The Transitional Program: Death Agony of Capitalism and the Tasks of the Fourth International* (Londres: Bolshevik Publications, 1999). [Hay varias versiones en español, entre ellas: *El programa de transición*, trad. Julio Rodríguez Arambarri y Javier Maestro (Madrid: Akal, 1977).]

[6] Sobre los criterios de conveniencia, viabilidad y consecución, véase Erik Olin Wright, *Envisioning Real Utopias*, pp. 20-255.

[7] Para un ejemplo de lo anterior, véase el estajanovismo o los comentarios de Lenin sobre las formas de gestión tayloristas: «El ruso es un mal trabajador

comparado con los de las naciones adelantadas. [...] Hay que organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, su experimentación y adaptación sistemáticas». Vladimir Lenin, «The Immediate Tasks of the Soviet Government», 1918, Marxists Internet Archive [«Las tareas inmediatas del poder soviético», en *Obras*, Tomo VIII (1918) (Moscú: Editorial Progreso, 1973)]; Lewis H. Siegelbaum, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935 1941* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990). Para una crítica a la idea de libertad sin abundancia, véase: «Este desarrollo de las fuerzas productivas [...] constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la escasez». Karl Marx y Friedrich Engels, *The German Ideology*, 54.

[8] Aunque no tenemos el espacio para discutirlas aquí, existen cuestiones éticas importantes en torno a las máquinas y el trabajo, particularmente en la área de la inteligencia artificial. Estas cuestiones están destinadas a cobrar mayor importancia en las décadas por venir. Thomas Metzinger, *The Ego Tunnel: The Science of the Mind and the Myth of the Self* (Nueva York: Basic Books, 2009); e Illah Reza Nourbakhsh, *Robot Futures* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 2013), profundizan al respecto.

[9] Si bien el fin del trabajo es un tema común en la izquierda, la demanda de una automatización plena tiene sorprendentemente pocas expresiones explícitas. Véase, por ejemplo, Eldridge Cleaver, «On Lumpen Ideology», *The Black Scholar* 4, núm. 3 (1972); Valerie Solanas, *S.C.U.M. Manifesto (Society for Cutting Up Men)* (Londres: Verso, 2004), 3 [*SCUM manifiesto de la organización para el exterminio del hombre*, trad. Ana Becciu (Buenos Aires: Perfil, 1997)]; J. Jesse Ramírez, «Marcuse Among the Technocrats: America, Automation, and Postcapitalist Utopias, 1900-1941», *American Studies* 57, núm. 1 (2012). Más recientemente, Aaron Bastani, de NovaraMedia, ha llamado a un «comunismo del lujo plenamente automatizado» y algunos miembros del colectivo Plan C han llamado, de forma parecida, a un «comunismo del lujo», debates a los que este libro pretende aportar.

[10] «El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social es la tarea histórica y la justificación del capital. Precisamente con él crea inconscientemente las condiciones materiales para una forma de producción superior.» Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume III* (Londres: Lawrence & Wishart, 1977), 259 [*El Capital. Crítica de la economía política*, trad. Wenceslao Roces (México: Fondo de Cultura Económica, 2014)].

[11] Marilyn Fischer, «Tensions from Technology in Marx's Communist Society», *Journal of Value Inquiry* 16, núm. 2 (1982): 125-126; Carl Benedikt Frey y Michael Osborne, *The Future of Employment: How Susceptible Are Jobs to Compu-*

terisation?, 17 de septiembre de 2013, 8; Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy, Volume I*, traducción al inglés de Ben Fowkes (Londres: Penguin, 1990), capítulos 13-15.

[12] Karl Marx, *Grundrisse: Introduction to the Critique of Political Economy*, 693.

[13] Marx, *Capital, Volume I*, 517.

[14] Maarten Goos, *How the World of Work Is Changing: A Review of the Evidence* (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 2013), 10-12; Frey y Osborne, *Future Employment*, 10.

[15] Bruno Latour, «How to Write "The Prince" for Machines as Well as Machinations», en *Technology and Social Change*, ed. Brian Elliot (Edimburgo: Edinburgh University Press, 1988), 27.

[16] Fiona Tregenna, *Manufacturing Productivity, Deindustrialization, and Reindustrialization*, 7.

[17] Colin Gill, *Work, Unemployment and the New Technology* (Cambridge: Polity, 1985), 95.

[18] Tessa Morris-Suzuki, «Robots and Capitalism», en *Cutting Edge: Technology, Information, Capitalism and Social Revolution*, eds. Jim Davis, Thomas Hirschl y Michael Stack (Londres: Verso, 1997), 15; *World Robotics: Industrial Robots 2014*, 15.

[19] En el ámbito global, el 15 por ciento de los trabajadores está involucrado en servicios, el 32 por ciento en agricultura y el 23 por ciento en el sector manufacturero y más de la mitad del crecimiento reciente del trabajo viene del sector de servicios. OIT, *Global Employment Trends 2014: Risk of a Jobless Recovery?*, 23.

[20] Frey y Osborne, *Future Employment*, 11.

[21] Esto no incluye los numerosos robots vendidos para el entretenimiento, los servicios domésticos y personales. *World Robotics: Service Robots 2014*, Frankfurt: International Federation of Robotics, 2014, 20.

[22] Los trabajos rutinarios han caído del 60 al 40 por ciento del total de trabajos en Estados Unidos durante este periodo. David Autor, Frank Levy y Richard Murnane, «The Skill Content of Recent Technological Change: An Empirical Exploration», *Quarterly Journal of Economics* 118, núm. 4 (2003): 1, 296; Stefania Albanesi, Victoria Gregory, Christina Patterson y Ayşegül Şahin, «Is Job Polarization Holding Back the Job Market?», *Liberty Street Economics*, 27 de marzo de 2013.

[23] Guido Matias Cortes, Nir Jaimovich, Christopher J. Nekarda y Henry E. Siu, *The Micro and Macro of Disappearing Routine Jobs: A Flows Approach*, Documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, julio de 2014.

[24] David Autor, *Polanyi's Paradox and the Shape of Employment Growth*, Documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, septiembre de 2014; Maarten Goos, Alan Manning y Anna Salomons, «Job Polarization in Europe», *American Economic Review* 99, núm. 2 (2009).

[25] Morris-Suzuki, «Robots and Capitalism», 17.

[26] La importancia de la impresión en 3D (o de la manufactura aditiva) radica antes que nada en su capacidad genérica para crear complejidad a partir de tecnología simple: desde casas hasta motores de avión, pasando por órganos vivos pueden crearse de esta manera. Además, su habilidad para reducir drásticamente los costos de construcción (en términos tanto materiales como de mano de obra) presagia una nueva era en la infraestructura básica y la vivienda. Por último, su flexibilidad es un avance significativo que supera los costos tradicionales con una reforma de las inversiones fijas en las líneas de producción.

[27] Los negocios serán por mucho los que adopten más rápido esta tecnología, ya que puede ahorrar costos de manera importante. Los gobiernos y los servicios públicos (como los trenes ligeros que ya existen en Londres) serán probablemente los segundos en adoptarla. Con el tiempo, y con cambios legales y de protección, los consumidores se verán forzados a adoptar esta tecnología.

[28] Isaac Arnsdorf, «Rolls-Royce Drone Ships Challenge $375 Billion Industry: Freight», *Bloomberg*, 25 de febrero de 2014; BBC News, «Amazon Testing Drones for Deliveries», BBC News, 2 de diciembre de 2013; Danielle Kucera, «Amazon Acquires Kiva Systems in Second Biggest Takeover», *Bloomberg*, 19 de marzo de 2012; Vicky Validakis, «Rio's Driverless Trucks Move 100 Million Tonnes», *Mining Australia*, 24 de abril de 2013; Elise Hu, «The Fast-Food Restaurants that Require Few Human Workers», NPR.org, 29 de agosto de 2013; Christopher Steiner, *Automate This: How Algorithms Came to Rule Our World* (Nueva York: Portfolio/Penguin, 2012); Mark Levinson, *The Box: How the Shipping Container Made the World Smaller and the World Economy Bigger* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2008); Daniel Beunza, Donald MacKenzie, Yuval Millo y Juan Pablo Pardo-Guerra, *Impersonal Efficiency and the Dangers of a Fully Automated Securities Exchange* (Londres: Foresight, 2011).

[29] Ramin Ramtin, *Capitalism and Automation: Revolution in Technology and Capitalist Breakdown* (Londres: Pluto, 1991), capítulo 4, ofrece un resumen un poco anticuado, pero todavía útil, de varios procesos de automatización.

[30] Erik Brynjolfsson y Adrew McAfee, *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, capítulos 2-4.

[31] *Ibíd.*, capítulo 1; Frey y Osborne, *Future of Employment*, 44.

[32] Paul Lippe y Daniel Martin Katz, «10 Predictions about How IBM's Watson Will Impact the Legal Profession», *ABA Journal*, 2 de octubre de 2014.

[33] Brynjolfsson y McAfee, *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, capítulo 2.

[34] Dave Cliff, Dan Brown y Philip Treleaven, *Technology Trends in the Financial Markets: A 2020 Vision* (Londres: Foresight, 2011), 36. El programa exacto de la

automatización de los mercados financieros depende del producto que se está considerando. Carl Benedikt Frey y Michael Osborne, *Technology at Work: The Future of Innovation and Employment*, 26-27, ofrece un esbozo de la adopción desigual de la automatización en las finanzas.

[35] Vauhini Vara, «The Lowe's Robot and the Future of Service Work», *New Yorker*, 29 de octubre de 2014.

[36] Frey y Osborne, *Future of Employment*, 19.

[37] *Ibíd.*, 42.

[38] En un resurgimiento inesperado de una vieja teoría marxista, dos modelos recientes sugieren que la automatización conducirá a la pauperización de los trabajadores: Jeffrey Sachs, Seth Benzell y Guillermo LaGarda, *Robots: Curse or Blessing? A Basic Framework*, Documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, abril de 2015; Seth Benzell, Laurence Kotlikoff, Guillermo LaGarda y Jeffrey Sachs, *Robots Are Us: Some Economics of Human Replacement*, Documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, febrero de 2015.

[39] Lawrence Summers, «Roundtable: The Future of Jobs», presentado en The Future of Work in the Age of the Machine, Hamilton Project, Washington, D. C., 19 de febrero de 2015. La OIT también argumenta que el lento crecimiento global del empleo en la actualidad está muy relacionado con el lento crecimiento económico, pero también señala que el aumento de la productividad se ha recuperado más rápidamente que el crecimiento del empleo. OIT, *World Employment and Social Outlook: The Changing Nature of Jobs*, 19, 23.

[40] Bank of International Settlements, *Annual Report, 2013/2014* (Basel: Bank for International Settlements, 2014), 58 60; Robert Gordon, «US Productivity Growth: The Slowdown Has Returned After a Temporary Revival», *International Productivity Monitor* 25 (2013); David Autor, «Roundtable: The Future of Jobs», presentada en The Future of Work in the Age of the Machine, Hamilton Project, Washington, D. C., 19 de febrero de 2015.

[41] Susantu Basu y John Fernald, *Information and Communications Technology as a General Purpose Technology: Evidence from U.S. Industry Data* (San Francisco: Federal Reserve Bank of San Francisco Working Paper, 2006), 17.

[42] No obstante, algunas investigaciones actuales señalan que los robots industriales ya han contribuido a un 16 por ciento del crecimiento reciente de la productividad en el trabajo. Georg Graetz y Guy Michaels, *Robots at Work* (Londres: Centre for Economic Performance, 2015), 21.

[43] Frey y Osborne, *Technology at Work*, 40.

[44] Frey y Osborne, *Future of Employment*, 38; Stuart Elliott, «Anticipating a Luddite Revival», *Issues in Science and Technology* 30, núm. 3 (2014).

[45] La respuesta marxista estándar a la automatización plena consiste en señalar sus límites «objetivos», argumentando que el capitalismo nunca eliminará su fuente de plusvalía (es decir, la mano de obra). Sin embargo, este argumento confunde un resultado sistemático con una iniciativa individual, una barrera interna con un límite absoluto, y una lucha política con una tensión teórica. En primer lugar, los imperativos individuales consisten en incrementar la productividad de la tecnología con el fin de obtener una plusvalía extra respecto de otros capitalistas. El resultado sistemático de esto es perjudicial para todos los capitalistas (se genera menos plusvalía), pero aun así sigue siendo benéfico para los capitalistas individuales y, por ende, continuará. En segundo lugar, los límites del modo capitalista de producción se toman de manera equivocada como límites de cualquier cambio posible. Si el capitalismo no puede sobrevivir con una automatización plena, se considera que la automatización plena no es posible. Esta postura hace del capitalismo el punto culminante de la historia y rechaza de antemano cualquier posibilidad poscapitalista. Por último, se asume que la tensión teóricamente derivada entre la productividad creciente, la mayor composición orgánica y un índice reducido de ganancia presenta una situación que el capital nunca permitirá por sus efectos sistémicos. En esta explicación falta un movimiento político que lucharía por impulsar el capitalismo más allá de sí mismo. En otras palabras, el argumento según el cual la automatización plena nunca ocurrirá sólo plantea que la lucha política es ineficaz. En última instancia, este razonamiento abandona todo recuento crítico del capitalismo y lo acepta como el estadio final de la historia. Como lo dice Ramin Ramtin sin rodeos: «El hecho de que [la automatización plena] pudiera resultar en contradicciones socioeconómicas y políticas explosivas no la hace imposible» (Ramtin, *Capitalism and Automation*, 103). La apuesta simple de la demanda por una automatización plena es que la riqueza puede producirse de maneras no capitalistas. Ernest Mandel, *Late Capitalism* (Londres: Verso, 1998), 205 [*El capitalismo tardío*, trad. Manuel Aguilar Mora (México, D. F.: Era, 1979)]; George Caffentzis, «The End of Work or the Renaissance of Slavery? A Critique of Rifkin and Negri», en *In Letters of Blood and Fire* (Oakland, California: PM Press, 2012), 78, presentan algunas críticas representativas de la automatización plena.

[46] Cabe mencionar que, cada vez más, las tareas de conocimiento tácito se automatizan a través de control ambiental y aprendizaje automático y hay más innovaciones recientes que eliminan incluso la necesidad de un ambiente controlado. Frey y Osborne, *Future of Employment*, 27; Autor, *Polanyi's Paradox*; Sarah Yang, «New "Deep Learning" Technique Enables Robot Mastery of Skills via Trial and Error», *Phys.org*, 21 de mayo de 2015.

[47] Como señala Marx, «en una sociedad comunista la maquinaria tendría un campo de acción muy diferente del que tiene en la sociedad burguesa». Marx, *Capital, Volume I*, 515, núm. 33.

[48] Silvia Federici, «Permanent Reproductive Crisis: An Interview», *Mute*, 7 de marzo de 2013.

[49] Dolores Hayden, *Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighbourhoods and Cities* (Cambridge: MIT Press, 1996), ofrece un panorama excelente de las experiencias históricas relativas a los arreglos domésticos.

[50] Sin embargo, es importante reconocer que, históricamente, los dispositivos domésticos para ahorrar trabajo han tendido a colocar mayores exigencias sobre el mantenimiento del hogar, en lugar de permitir un mayor tiempo libre. Ruth Schwartz Cowan, *More Work for Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave* (Nueva York: Basic Books, 1985); Leopoldina Fortunati, *The Arcane of Reproduction: Housework, Prostitution, Labor and Capital* (Brooklyn: Autonomedia, 1995), 145; Silvia Federici, «The Reproduction of Labor Power in the Global Economy and the Unfinished Feminist Revolution», en *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle* (Oakland, California: PM Press, 2012), 106-107.

[51] Aquí nos referimos a «productividad» en el más estricto sentido marxista y no como una insinuación de que el trabajo doméstico es improductivo.

[52] «Robot Capable of Sorting Through and Folding Piles of Rumped Clothes», *Phys.org*, 16 de marzo de 2015.

[53] Gracias a Helen Hester por enfatizar este punto para nosotros.

[54] Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*, 180-181.

[55] E. P. Thompson, «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», *Past & Present* 38, núm. 1 (1967): 85; Stanley Aronowitz, Dawn Esposito, William DiFazio y Margaret Yard, «The Post-Work Manifesto», en *Post-Work: The Wages of Cybernation*, eds. Stanley Aronowitz y Jonathan Cutler (Nueva York: Routledge, 1998), 59-60; David Graeber, «Revolution at the Level of Common Sense», en *What We Are Fighting For: A Radical Collective Manifesto*.

[56] Benjamin Kline Hunnicutt, *Work without End: Abandoning Shorter Hours for the Right to Work*, 9.

[57] Roland Paulsen, «Non-Work at Work: Resistance or What?», *Organization*, 2013.

[58] Witold Rybczynski, *Waiting for the Weekend* (Nueva York: Penguin, 1991), 115-117 [*Esperando el fin de semana.* (Barcelona: Emecé, 1992)]; Thompson, «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», 76.

[59] Rybczynski, *Waiting for the Weekend*, 133.

[60] Hunnicutt, *Work without End*, 1.

[61] *Ibíd.*, 155.

[62] *Ibíd.*, 147-149.

[63] Paul Lafargue, «The Right to Be Lazy», en *The Right to Be Lazy: Essays by Paul Lafargue*, 34.

[64] John Maynard Keynes, «Economic Possibilities for Our Grandchildren», en *Essays in Persuasion*; Hunnicutt, *Work without End*, 155.

[65] Marx, *Capital, Volume III*, 820.

[66] Hunnicutt, *Work without End*, capítulo 7.

[67] Un puñado de países de la UE —sobre todo Francia— ha reducido la semana laboral a escasas treinta y cinco horas, pero la tendencia general ha sido mantenerla en cuarenta. En los años setenta también se vio que algunos sectores entraron en huelga explícitamente para apoyar una semana laboral más corta. *Ibíd.*, 198; Anders Hayden, «Patterns and Purpose of Work-Time Reduction: A Cross-National Comparison», en *Time on Our Side: Why We All Need a Shorter Working Week*, eds. Anna Coote y Jane Franklin (Londres: New Economics Foundation, 2013), 128; Aronowitz *et al.*, «Post Work Manifesto», 63; Chris Harman, *Is a Machine After Your Job? New Technology and the Struggle for Socialism* (Londres, 1979).

[68] Hunnicutt, *Work Without End*, 2.

[69] De manera notable, esto parece haber llegado a un punto de inflexión en Estados Unidos. Pese a la suma de cuarenta millones de nuevos trabajadores, las horas de trabajo en general han permanecido igual entre 1998 y 2013. Shawn Sprague, «What Can Labor Productivity Tell Us About the U.S. Economy?», *Beyond the Numbers: Productivity* 3, núm. 12 (2014): 1.

[70] Jonathan Crary, *24/7: Terminal Capitalism and the Ends of Sleep* (Londres: Verso, 2013) [*24/7: Capitalismo tardío y el fin del sueño*, trad. Paola Cortés-Rocca (Barcelona: Ariel, 2015)].

[71] Lydia Saad, «The "40-Hour" Workweek Is Actually Longer — by Seven Hours», *Gallup*, 29 de agosto de 2014.

[72] Valerie Bryson, «Time, Care and Gender Inequalities», en Coote y Franklin, *Time on Our Side*, 56.

[73] Craig Lambert, «The Second Job You Don't Know You Have», *Politico*, 20 de mayo de 2015.

[74] Guy Standing, *The Precariat: The New Dangerous Class*, 120-127.

[75] Los múltiples argumentos que respaldan semanas laborales más cortas se han repetido a lo largo de la historia: los beneficios para la salud física y mental, la respuesta al desempleo tecnológico, la productividad mejorada que podría acarrear, y la mejor posición para negociar que le daría a la fuerza de trabajo. Estos argumentos fueron tan dominantes a principios del siglo XX como lo son ahora.

[76] David Rosnick y Mark Weisbrot, *Are Shorter Work Hours Good for the Environment? A Comparison of US and European Energy Consumption*, Center for Economic and Policy Research, diciembre de 2006, 7; Anders Hayden y John M. Shandra, «Hours of Work and the Ecological Footprint of Nations: An Exploratory Analysis», *Local Environment* 14, núm. 6 (2009).

[77] Juliet Schor, «The Triple Dividend», en Coote y Franklin, *Time on Our Side*, 9-10.

[78] Denis Campbell, «UK Needs Four-Day Week to Combat Stress, Says Top Doctor», *Guardian*, 1 de julio de 2014.

[79] *Ibíd.*, 20-21.

[80] Mondli Hlatshwayo, «NUMSA and Solidarity's Responses to Tecnnological Changes at the ArcelorMittal Vanderbijlpark Plant: Unions Caught on the Back Foot», *Global Labour Journal* 5, núm. 3 (2014); Ramtin, *Capitalism and Automation*, 132.

[81] Ésta fue una postura introducida por el TUC en el Reino Unido en los años setenta y que logró cierto éxito entre los trabajadores del metal en Alemania Occidental. Gill, *Work, Unemployment and the New Technology*, 171-172.

[82] Esto es lo que ocurrió en la huelga de camioneros de 1996 en Francia. Alan Riding, «French Trucker Strike Ends with Indirect Defeat for Government», *New York Times*, 30 de noviembre de 1996.

[83] André Gorz, *Paths to Paradise: On the Liberation from Work*, trad. Malcolm Imrie (Boston: South End Press, 1985), 46 [*Los caminos del paraíso: Para comprender la crisis y salir de ella por la izquierda*, trad. Jordi Marfa (Barcelona: Laia, 1986)].

[84] Anna Coote, Jane Franklin y Andrew Simms, *21 Hours* (Londres: New Economics Foundation, 2010); Tom Hodgkinson, «Campaigners Call for 30-Hour Working Week to Allow for Healthier, Fairer Society and More Time for Fun», *Independent*, 24 de abril de 2014.

[85] Jo Littler, Nina Power y Precarious Workers Brigade, «Life After Work», *New Left Project*, 20 de mayo de 2014.

[86] Will Dahlgreen, «Introduce a Four Day Week, Say Public», *YouGov*, 16 de abril de 2014.

[87] Schor, «Triple Dividend», 8.

[88] Anna Coote, «Introduction: A New Economics of Work and Time», en Coote y Franklin, *Time on Our Side*, xxi; Hayden, «Patterns and Purpose of Work Time Reduction».

[89] El subtítulo anterior proviene de la canción de Sleaford Mods, *The wage don't fit*.

[90] Paul Mattick, «The Economics of Cybernation», *New Politics* 1, núm. 4 (1962): 30.

[91] La idea también ha sido llamada «ingreso garantizado», «dividendo social», «ingreso ciudadano» e «impuesto negativo sobre la renta». Cada uno de estos

nombres invoca una variación ligeramente distinta. Preferimos el término «ingreso básico universal» porque no limita de forma inmediata quién puede recibir el ingreso (como lo hace la idea de un «ingreso ciudadano»), y no se basa en un tope de ingresos (como lo hace «impuesto negativo sobre la renta»).

[92] El IBU ha sido defendido por numerosos pensadores. Véanse, entre muchas otras fuentes, Thomas Paine, «Agrarian Justice», en *Rights of Man, Common Sense, and Other Political Writings*, ed. Mark Philp (Oxford: Oxford University Press, 2008); Bertrand Russell, *Roads to Freedom: Socialism, Anarchism and Syndicalism* (Nottingham: Spokesman, 2006) [*Caminos de libertad*, trad. María Vázquez Guisán (Madrid: Tecnos, 2003), tercera edición]; Robert Theobald, ed., *The Guaranteed Income: Next Step in Economic Evolution?* (Garden City, Nueva York: Doubleday, 1966) [*El sueldo asegurado: Nueva etapa de la evolución socioeconómica* (Buenos Aires: Paidós, 1968)]; Martin Luther King, *Where Do We Go from Here? Chaos or Community?* (Boston, Mass.: Beacon, 2010); Milton Friedman, *Capitalism and Freedom: Fortieth Anniversary Edition*; Murray Bookchin, *Post-Scarcity Anarchism* (Edimburgo: AK Press, 2004); Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2001) [*Imperio*, trad. Alcira Bixio (Barcelona y México: Paidós, 2005)]; Weeks, *Problem With Work*.

[93] Walter Van Trier, «Who Framed "Social Dividend"?», ponencia, primer congreso de USBIG, CUNY, Nueva York, 8 de marzo de 2002, 29.

[94] Lynn Chancer, «Benefitting from Pragmatic Vision, Part I: The Case for Guaranteed Income in Principle», en Aaronowitz y Cutler, *Post-Work*, 86.

[95] Evelyn Forget, *The Town with No Poverty: Using Health Administration Data to Revisit Outcomes of a Canadian Guaranteed Annual Income Field Experiment* (Winnipeg: University of Manitoba, 2011); Derek Hum y Wayne Simpson, «A Guaranteed Annual Income? From Mincome to the Millennium», *Policy Options/Options Politique*, febrero de 2001.

[96] Chancer, «Benefitting from Pragmatic Vision, Part I», 86.

[97] Específicamente en Estados Unidos, estos intentos incluían el Plan de Asistencia Familiar [Family Assistance Plan] de Nixon y el Programa de Mejores Trabajos e Ingresos [Better Jobs and Income Program] de Carter, ninguno de los cuales fue aprobado. En Australia, la Comisión para la Pobreza también recomendó un ingreso garantizado en 1973, pero el apoyo a la propuesta se evaporó después de que las elecciones trajeran un nuevo Gobierno. *Ibíd.*, 87 89; Barry Jones, *Sleepers Wake! Technology and The Future of Work* (Londres: Oxford University Press, 1982), 204-205.

[98] Brian Steensland, *The Failed Welfare Revolution: America's Struggle over Guaranteed Income Policy*, constituye un recurso indispensable para la historia detrás de este ascenso y caída de una política del ingreso básico.

[99] Daniel Raventós, *Basic Income: The Material Conditions of Freedom*, trad. Julie Wark, 12.

[100] Paul Krugman, «Sympathy for the Luddites», *New York Times*, 13 de junio de 2013; Martin Wolf, «Enslave the Robots and Free the Poor», *Financial Times*, 11 de febrero de 2014.

[101] Más específicamente, el Partido Verde de Inglaterra y Gales ha incluido la idea en su manifiesto; el Partido Liberal de Canadá la ha puesto en su agenda y su líder la impulsó en 2001; en Canadá, el Comité del Senado para Asuntos Sociales la recomendó como una manera para lidiar con la pobreza, y los suizos votarán en un referéndum sobre esta idea. Denis Balibouse, «Swiss to Vote on 2,500 Franc Basic Income for Every Adult», *Reuters*, 4 de octubre de 2013; Hum y Simpson, «A Guaranteed Annual Income?»; Rigmar Osterkamp, «The Basic Income Grant Pilot Project in Namibia: A Critical Assessment», *Basic Income Studies* 8, núm. 1 (2013); Davala *et al.*, *Basic Income*; Forget, *The Town with No Poverty*, 2.

[102] Davala *et al.*, *Basic Income*; Barbara Jacobson, «Basic Income Is a Human Right! A Report on the Demonstration in Berlin», *Basic Income UK*, 29 de septiembre de 2013; Alfredo Mazzamauro, «"Only One Big Project": Italy's Burgeoning Social Movements»«, *ROAR Magazine*, 20 de enero de 2014. La Basic Income Earth Network [Red Mundial por el Ingreso Básico], BIEN, ha hecho campaña a favor de un IBU desde 1986.

[103] No obstante, ésta es una opción de diseño, ya que la propuesta conservadora de un IBU (o el impuesto negativo sobre la renta, similar en términos de función) a menudo implica un estudio socioeconómico. Véase, por ejemplo, Lewis Meriam, *Relief and Social Security* (Washington, D. C.: Brookings Institution, 1946); Friedman, *Capitalism and Freedom*.

[104] Un programa para el IBU conllevaría idealmente una transformación del Estado de bienestar. Los programas que proporcionan servicios deben mantenerse y expandirse, como los servicios de salud, el cuidado infantil, la vivienda, el transporte público y el acceso a internet. Todos estos programas deben ser metas inmediatas de la izquierda, no sólo por su beneficio inherente, sino también porque expandir los servicios públicos es necesario para reducir el consumo general de energía. Alyssa Attistoni, «Alive in the Sunshine», *Jacobin* 13 (2014); Wright, *Envisioning Real Utopias*, 4.

[105] Forget, *The Town with No Poverty*; Hum y Simpson, «A Guaranteed Annual Income?»; Chancer, «Benefitting from Pragmatic Vision, Part I», 99-109.

[106] La centralidad del IBU en los años sesenta y setenta fue resultado en gran medida de su capacidad para generar apoyo más allá de las divisiones políticas. Steensland, *Failed Welfare Revolution*, 18-19.

[107] Wright, *Envisioning Real Utopias*, 218.

[108] Cutler y Aronowitz, «Quitting Time», 8.

[109] Michał Kalecki, «Political Aspects of Full Employment», *Political Quarterly* 14, núm. 4 (1943).

[110] La influyente escala de estrés de Holmes y Rahe encontró que la pérdida de un empleo puede ser uno de los acontecimientos de vida más estresantes que enfrenta un adulto. Richard H. Rahe y Ransom J. Arthur, «Life Change and Illness Studies: Past History and Future Directions», *Journal of Human Stress* 4, núm. 1 (1978).

[111] Un ingreso básico ha sido una pieza central de la propuesta del Blue Grass Collective, un colectivo japonés de activistas de la discapacidad que han movilizado esta idea desde los años setenta. Toru Yamamori, «Una Sola Moltitudine: Struggles for Basic Income and the Common Logic that Emerged from Italy, the UK, and Japan», ponencia, Immaterial Labour, Multitudes and New Social Subjects, King's College, University of Cambridge, 29 de abril de 2006, 9-12.

[112] Paolo Virno, *A Grammar of the Multitude* (Cambridge: Semiotext(e), 2004), 98-99 [*Gramática de la multitud: Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, trad. Adriana Gómez (Buenos Aires: Colihue, 2003)].

[113] Marx y Engels, *German Ideology*, 53.

[114] Robert J. Van der Veen y Philippe Van Parijs, «A Capitalist Road to Communism», *Theory and Society* 15, núm. 5 (1986): 645-646.

[115] Weeks, *Problem with Work*, 230.

[116] Ailsa Mckay y Jo Vanevery, «Gender, Family, and Income Maintenance: A Feminist Case for Citizens Basic Income», *Social Politics: International Studies in Gender, State and Society* 7, núm. 2 (2000): 281; Gorz, *Paths to Paradise*, 42.

[117] Cabe destacar que esto también distingue de manera fundamental la postura que expresamos aquí de varias otras propuestas (como Parecon o Nuevo Socialismo), que identifican explícitamente el esfuerzo y el sacrificio como bases de la recompensa. Michael Albert, *Parecon: Life After Capitalism*, 157; W. Paul Cockshott y Allin Cottrell, *Towards a New Socialism* (Nottingham: Spokesman, 1993), 27; Karl Marx, *Critique of the Gotha Program* (Nueva York: International, 1966), 8-10 [*Crítica del programa de Gotha*, trad. Gustavo Muñoz (Barcelona: Materiales, 1979)].

[118] Weeks, *Problem with Work*, 149.

[119] Mckay y Vanevery, «Gender, Family, and Income Maintenance», 280.

[120] Hum y Simpson, «A Guaranteed Annual Income?», 81.

[121] Ésta es una razón por la que el IBU es una mejor demanda que la de sueldos para el trabajo doméstico. Weeks, *Problem with Work*, 144.

[122] Raventós, *Basic Income*, capítulo 8; Chancer, «Benefitting from Pragmatic Vision, Part I», 120 122; Guy Standing, «The Precariat Needs a Basic Income», *Financial Times*, 21 de noviembre de 2013; Groz, *Paths to Paradise*, 45.

[123] Federico Campagna, *The Last Night: Anti-Work, Atheism, Adventure* (Winchester: Zero, 2013), ofrece una elocuente polémica contra la ética del trabajo [*La última noche. Anti-trabajo, ateísmo, aventura*, trad. Pilar Cáceres (Madrid: Akal, 2015)].

[124] Steensland, *Failed Welfare Revolution*, 13-18.

[125] *Ibíd.*, 17.

[126] Pierre Dardot y Christian Laval, *The New Way of The World: On Neoliberal Society*, 260.

[127] Campagna, *Last Night*, 16.

[128] Weeks, *Problem with Work*, 44.

[129] *Ibíd.*, 46.

[130] *Ibíd.*, 70-71.

[131] Youngjoo Cha y Kim A. Weeden, «Overwork and the Slow Convergence in the Gender Gap in Wages», *American Sociological Review* 79, núm. 3 (2014).

[132] Keir Milburn, «On Social Strikes and Directional Demands», *Plan C*, 7 de mayo de 2015.

[133] *State of the Global Workplace: Employee Engagement Insights for Business Leaders Worldwide.*

[134] Como suele suceder, el periódico satírico *The Onion* se adelanta con un encabezado reciente que dice: «Trabajadores de una fábrica china temen que nunca se les reemplace con máquinas».

[135] Gáspár Miklós Tamás, «Telling the Truth about Class», *Grundrisse* 22 (2007).

[136] Aunque se adhirió a prácticas de la política folk que no podían escalar, el movimiento Back to the Land de la década de 1970 fue, en muchos sentidos, la expresión de un deseo por escapar de la ética del trabajo predominante. Bernard Marszalek, «Lafargue for Today», en *The Right to Be Lazy*, 13.

[137] Gorz, *Paths to Paradise*, 10.

[138] Steensland, *Failed Welfare Revolution*, 220.

7. UN NUEVO SENTIDO COMÚN

[1] Lesley Wood, *Crisis and Control: The Militarization of Protest Policing* (Londres: Pluto, 2014).

[2] Ellen Meiksins Wood, *The Origin of Capitalism: A Longer View* (Londres: Verso, 2002), capítulos 1-3, ofrece un panorama general de algunos de los debates en torno a los orígenes del capitalismo.

[3] Kalyan Sanyal, *Rethinking Capitalist Development: Primitive Accumulation, Governmentality and Post-Colonial Capitalism*, ofrece un paso fundacional hacia la

comprensión de las condiciones del capitalismo poscolonial y la hegemonía del «desarrollo».

[4] Al parecer, las condiciones únicas de Venezuela produjeron el único espacio en que esta estrategia se está adoptando de manera significativa, aunque de una forma curiosamente modificada. Véanse George Ciccariello-Maher, «Dual Power in the Venezuelan Revolution», *Monthly Review* 59, núm. 4 (2007); Vladimir Lenin, «The Dual Power», *Pravda*, 9 de abril de 1917 [«El poder dual», *Pravda* 28, 9 de abril de 1917].

[5] Alberto Toscano, «Now and Never», en *Communization and Its Discontents: Contestation, Critique, and Contemporary Struggles*, ofrece una crítica de la tendencia de la comunización a dar esto por sentado.

[6] Si bien concordamos con su enfoque contrahegemónico y su insistencia en una visión poscapitalista, diferimos del objetivo de J. K. Gibson-Graham de establecer economías comunitarias derivadas de la política folk y su forma discursiva de entender la hegemonía. La principal diferencia analítica radica en su rechazo del universalismo capitalista, que les permite ver las particularidades de pequeña escala como suficientes para cambiar las economías. Para una crítica del universalismo capitalista y la articulación de una hegemonía poscapitalista, véanse, respectivamente, J. K. Gibson-Graham, *The End of Capitalism (as We Knew It): A Feminist Critique of Political Economy* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2006) y J. K. Gibson Graham, *A Postcapitalist Politics* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2006) [*Una política poscapitalista*, trad. Juliana Flórez Flórez y William E. Sánchez Amézquita (Colombia: Pontificia Universidad Javeriana y Siglo del Hombre, 2011)].

[7] La historia completa de la evolución del término dentro del pensamiento marxista comienza con su inclusión en los escritos de G. V. Plekhanov en 1884 como *gegemoniya*, que para la época de Lenin se había convertido en una idea de liderazgo político dentro de una alianza de clases. Gramsci trabajó esta idea considerablemente y la convirtió en una forma más ramificada y compleja de entender el Gobierno por consenso, para analizar tanto la estrategia marxista como el estado del poder capitalista en ese momento. G. F. Plekhanov, «Socialism and the Political Struggle», en *Selected Philosophical Works*, vol. 1 (Moscú: Progress, 1974); V. I. Lenin, *What Is to Be Done?* (Moscú: Progress, 1971) [hay varias versiones en español, entre ellas: *¿Qué hacer?* (Madrid: Akal, 2015)]; Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, eds. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith (Londres: Lawrence & Wishart, 1971) [versión en español del original de Gramsci: *Cuadernos de la cárcel*, ed. Valentino Gerratana y trad. Ana María Palos (México: Era y BUAP, 1999)].

[8] Ha habido varias críticas a la hegemonía, incluidas las siguientes: Richard

Day, *Gramsci Is Dead: Anarchist Currents in the Newest Social Movements*; Scott Lash, «Power after Hegemony: Cultural Studies in Mutation?», *Theory, Culture & Sfociety* 24, núm. 3 (2007); Athina Karatzogianni y Andrew Robinson, *Power, Resistance, and Conflict in the Contemporary World: Social Movements, Net works, and Hierarchies* (Londres/Nueva York: Routledge, 2010); Jon Beasley Murray, *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. Basta con decir que la mayoría de estas críticas se basa en una interpretación incorrecta de la hegemonía, ya sea como equivalente de dominación (lo cual, de manera explícita, no es en ninguna de las formulaciones posteriores a Gramsci) o como algo basado en el consentimiento activo (lo cual tampoco es). Si bien otras formas teóricas de entender el poder —como las que ofrecen pensadores como Foucault, De leuze y Guattari y Bourdieu— podrían aprovecharse como complementos de la perspectiva que brinda la idea de hegemonía, no concordamos con quienes han argumentado recientemente que la pueden sustituir de manera eficaz.

[9] Aquí cabe apuntar que, si bien la forma de gobernar hegemónica suele entrar dentro del orden del consentimiento (al menos pasivo), no significa la total ausencia de dominación o fuerza coercitiva. Simplemente indica una situación en que la fuerza coercitiva debe ocultarse bajo el atuendo respetable de la consensualidad. Véase Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, 80. Esta aclaración es necesaria para evitar acusaciones como las que la teoría gramsciana de la hegemonía ha recibido por parte de críticos que quieren avalar la especificidad histórico cultural de la idea, en especial dada su aparente incompatibilidad con muy distintas situaciones políticas, como la de la India bajo el colonialismo británico o la de Estados Unidos durante la esclavitud. Véanse Ranajit Guha, *Dominance without Hegemony: History and Power in Colonial India* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1998); Frank Wilderson, «Gramsci's Black Marx: Whither the Slave in Civil Society?», *Social Identities* 9, núm. 2 (2003). Daremos por sentado que la hegemonía, en el sentido generalizado que esbozamos en este capítulo, atañe a cualquier sociedad compleja donde la dominación no sea el modo principal de gobernanza.

[10] Éste es un punto que también plantea el líder de Podemos, Pablo Iglesias. Pablo Iglesias, «The Left Can Win», *Jacobin*, 9 de diciembre de 2014.

[11] John Holloway, *Change the World Without Taking Power: The Meaning of Revolution Today*.

[12] Si bien el gramscianismo suele asociarse con la tendencia política eurocomunista, aquí distinguimos el análisis político básico y las intuiciones estratégicas de la teoría de la hegemonía, de esta manifestación histórica particular. A decir verdad, preferir abiertamente el electoralismo en lugar de fomentar transformaciones hegemónicas más amplias nos parece una traición a las intui-

ciones fundamentales de la propia hegemonía, entre las cuales destaca la concepción del poder como algo basado en varios centros interconectados, de los cuales el Estado es sólo uno.

[13] Si bien respaldamos la expansión del concepto de hegemonía que contiene la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, en particular su expansión del rango de subjetividades políticas que éste incluye, su propuesta presenta ciertos problemas. El uso de la teoría del discurso en tanto ontología social produce un relato antirrealista que perjudica de manera innecesaria el proyecto más amplio de entender la complejidad del mundo político. Véanse Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy* (Londres y Nueva York: Verso, 1985) [*Hegemonía y estrategia socialista*, versión española de Ernesto Laclau (Madrid: Siglo XXI, 1987)]; Ernesto Laclau, *New Reflections on the Revolution of Our Time* (Londres y Nueva York: Verso, 1990) [*Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, versión española del propio autor (Buenos Aires: Nueva Visión, 1990)]. Geoff Boucher, *The Charmed Circle of Ideology: A Critique of Laclau and Mouffe, Butler and Žižek* (Melbourne: re.press, 2009) ofrece una crítica extensa a la teoría de Laclau y Mouffe en torno a la hegemonía basada en el discurso.

[14] David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*.

[15] Este concepto fue creado originalmente por Joseph Overton en relación con el objetivo operativo adecuado de un grupo de expertos. Véase Nathan J. Russell, «An Introduction to the Overton Window of Political Possibilities», Mackinac Center for Public Policy, 4 de enero de 2006.

[16] Esto puede concebirse en términos culturales como la creación del «realismo capitalista». Véase Mark Fisher, *Capitalist Realism: Is There No Alternative?*

[17] «En tal situación, la hegemonía no tiene nada que ver con la capacidad de hacer que la gente crea en nosotros; tiene todo que ver con la capacidad estratégica de convertir su creencia o recelo en algo irrelevante.» Jeremy Gilbert, «Hegemony Now», 2013, 16.

[18] David Harvey, *Spaces of Hope* (Berkeley, California: University of California Press, 2000), 159 [*Espacios de esperanza*, trad. Cristina Piña Aldao (Madrid: Akal, 2003)].

[19] Judy Wajcman, *TechnoFeminism* (Cambridge: Polity, 2004), 35 [*El tecnofeminismo*, trad. Magalí Martínez Solimán (Madrid: Cátedra, 2006)].

[20] Jonathan Joseph, *Hegemony: A Realist Analysis* (Nueva York: Routledge, 2002).

[21] Thomas Hughes, «Technological Momentum», en *Does Technology Drive History? The Dilemma of Technological Determinism*, eds. Merritt Roe Smith y Leo Marx (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1994); y *Networks of Power: Electrification in Western Society, 1880-1930* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 1993).

[22] Esto es lo que sostiene Peter Thomas: «Gramsci [...] estaba consciente de que todas las prácticas sociales están interrelacionadas, precisamente por su énfasis marxista en este tipo de prácticas en tanto relaciones sociales dentro de una totalidad social, y no sólo como expresiones de alguna lógica regional. Eso lo condujo a concebir lo que yo describiría como la "constitución política de lo social"». Peter Thomas, «"The Gramscian Moment": An Interview with Peter Thomas", en *Antonio Gramsci: Working-Class Revolutionary: Essays and Interviews*, ed. Adam Thomas (Londres: Workers' Liberty, 2012).

[23] Witt Douglas Kilgore, *Astrofuturism: Science, Race, and Visions of Utopia in Space* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2003), 21.

[24] Asif A. Siddiqi, *The Red Rockets' Glare: Spaceflight and the Russian Imagination, 1857-1957* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014), 78.

[25] Nikolai Federovich Federov, «The Philosophy of the Common Task», en *What Was Man Created For?*, trad. Elisabeth Kouitaissof y Marilyn Minto (Londres: Honeyglen, 1990), 98.

[26] Puede encontrarse un ejemplo en Alexander Bogdanov, *Red Star: The First Bolshevik Utopia*, eds. Loren Graham y Richard Stites, trad. Charles Rougle (Bloomington, Indiana: Indiana University Press, 1984).

[27] Siddiqi, *Red Rockets' Glare*, 86-87.

[28] Richard Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution* (Oxford: Oxford University Press, 1989), 36.

[29] Francis Spufford, *Red Plenty: Inside the Fifties' Soviet Dream* (Londres: Faber & Faber, 2010) [*Abundancia roja: Sueño y utopía en la URSS*, trad. Catalina Martínez Muñoz (Madrid: Turner, 2011)]; Siddiqi, *Red Rockets' Glare*, capítulo 8.

[30] Aunque hoy en día suele considerarse a la Unión Soviética como un fracaso económico, entre 1928 y 1970 su economía fue excepcionalmente buena y superó a todos los países salvo a Japón. Robert Allen, *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Economy* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2003), 6-7.

[31] Steve Fraser, *The Age of Acquiescence: The Life and Death of American Resistance to Organized Wealth and Power*, capítulo 6.

[32] Fisher, *Capitalist Realism*.

[33] Un ejemplo de ello es el cambio del tecno-optimismo secular y poscapitalista de *Star Trek* al tecno-pesimismo fundamentalista de *Battlestar Galactica*. Barry Buzan, «America in Space: The International Relations of *Star Trek* and *Battlestar Galactica*», *Millennium: Journal of International Studies* 39, núm. 1 (2010).

[34] Véanse, por ejemplo, Kathi Weeks, *The Problem with Work: Feminism, Marxism, Antiwork Politics, and Postwork Imaginaries*, 182-183; Nancy Fraser, *The Fortunes of Feminism: From Women's Liberation to Identity Politics to Anti-Capita*

lism (Londres: Verso, 2013) [*Fortunas del feminismo*, trad. Cristina Piña Aldao (Madrid: Traficantes de sueños, 2015)]; Helen Hester, «Promethean Labours and Domestic Realism», en *The Scales of Our Eyes: The Scope of Leftist Thought*, ed. Joshua Johnson (Londres: Mimesis International, 2015); José Esteban Muñoz, *Cruising Utopia: The Then and There of Queer Futurity* (Nueva York: New York University Press, 2009), 19-21; Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution.*

[35] Fredric Jameson, *Valences of the Dialectic* (Londres: Verso, 2010), 413 [*Valencias de la dialéctica*, trad. Mariano López Seoane (Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2013)].

[36] «Sólo Marx buscó combinar la política de la revuelta con la "poesía del futuro" y se dedicó a demostrar que el socialismo era más moderno que el capitalismo y más productivo. Recuperar ese futurismo y ese entusiasmo es sin duda la labor fundamental de cualquier "lucha discursiva" de izquierda en la actualidad.» Fredric Jameson, *Representing Capital: A Reading of Volume One*, 90.

[37] Fredric Jameson, *A Singular Modernity: Essay on the Ontology of the Present*, 8.

[38] Aquí podemos hacer una distinción entre las utopías abstractas y las concretas. Mientras las primeras reflejan una imagen del futuro independiente de las condiciones políticas del momento, las segundas se basan en un análisis riguroso de la coyuntura específica y buscan intervenir en el aquí y ahora. Alfred Schmidt, *The Concept of Nature in Marx*, 128; Ernst Bloch, *The Principle of Hope* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1995) [*El principio esperanza*, trad. Felipe González Vicén (Madrid: Trotta, 2006)].

[39] George Young, *The Russian Cosmists: The Esoteric Futurism of Nikolai Fedorov and His Followers.*

[40] Richard Stites, «Fantasy and Revolution: Alexander Bogdanov and the Origins of Bolshevik Science Fiction», en Bogdanov, *Red Star*, 15; Siddiqi, *Red Rockets' Glare*, capítulo 4.

[41] Erik Olin Wright, *Envisioning Real Utopias*, 23.

[42] Jameson, *Singular Modernity*, 26; Vincent Geoghegan, *Utopianism and Marxism* (Oxford: Peter Lang, 2008), 16.

[43] Zygmunt Bauman, *Socialism: The Active Utopia* (Londres: Routledge, 2011), 13 [*Socialismo. La utopia activa*, trad. Graciela Montes (Buenos Aires: Nueva Visión, 2012)].

[44] Kilgore, *Astrofuturism*, 237-238; Stites, *Revolutionary Dreams*, 33.

[45] Slavoj Žižek, «Towards a Materialist Theory of Subjectivity», Birkbeck, Londres, 22 de mayo de 2014, podcast disponible en http://www.backdoorbroadcasting.net.

[46] Weeks, *Problem with Work*, 204.
[47] Ruth Levitas, *The Concept of Utopia* (Oxford: Peter Lang, 2011).
[48] E. P. Thompson, «Romanticism, Utopianism and Moralism: The Case of William Morris», *New Left Review* I, núm. 99 (septiembre octubre de 1976): 97.
[49] La forma más condensada e intervencionista de esta dimensión utópica es el manifiesto. Véase Weeks, *Problem with Work*, 213-218.
[50] Manuel Castells, *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age*, 15.
[51] Patricia Reed, «Seven Prescriptions for Accelerationism», en *#Accelerate: The Accelerationist Reader*, 528-531.
[52] Wendy Brown, «Resisting Left Melancholy», *Boundary 2* 26, núm. 3 (1999).
[53] Paul Mason, *Why It's Kicking off Everywhere: The New Global Revolutions*, 66-73.
[54] Mark Fisher, «Going Overground», *K-Punk*, 5 de enero de 2014.
[55] Bloch, *Principle of Hope*.
[56] Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness* (Londres: Verso, 1993), 37 [*Atlántico negro. Modernidad y doble conciencia*, trad. José María Amoroto Salido (Madrid: Akal, 2014)]; Weeks, *Problem with Work*, 190-193; Geoghegan, *Utopianism and Marxism*, 20.
[57] Es curioso que la ausencia del motivo monetario haya llevado a algunos individuos de izquierda a considerar la exploración especial, perversamente, como una «utopía capitalista». George Caffentzis y Silvia Federici, «Mormons in Space», en George Caffentzis, *In Letters of Blood and Fire*, 65.
[58] Louis Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatus (Notes towards an Investigation)», en *Lenin and Philosophy and Other Essays* (Nueva York: Monthly Review, 2001), 88 89 [*Ideologia y aparatos ideológicos del Estado* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1974)].
[59] Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, 10.
[60] Mary Morgan y Malcolm Rutherford, «American Economics: The Character of the Transformation», *History of Political Economy* 30 (1998).
[61] G. C. Harcourt, *Some Cambridge Controversies in the Theory of Capital* (Cambridge: Cambridge University Press, 1972) [*Teoría del capital. Una controversia entre los dos Cambridge*, trad. J. Quesada (Barcelona: Oikos Tau, 1975)].
[62] Paul A. Samuelson, «Understanding the Marxian Notion of Exploitation: A Summary of the So-Called Transformation Problem between Marxian Values and Competitive Prices», *Journal of Economic Literature* 9, núm. 2 (1971).
[63] Edward Fullbrook, «Introduction», en *Pluralist Economics*, ed. Edward Fullbrook (Londres: Zed, 2008), 1-2.
[64] En su página web puede encontrarse más información: http://www.rethinkeconomics.org.

[65] David Colander y Harry Landreth, «Pluralism, Formalism and American Economics», en Fullbrook, *Pluralist Economics*, 31-35.

[66] El libro de texto más generalizado es el de Greg Mankiw, un exlacayo de Bush y valiente defensor del 1 por ciento: N. Gregory Mankiw, *Macroeconomics* (Nueva York: Worth, 2012), octava edición [*Macroeconomía*, trad. M.ª Esther Rabasco (Barcelona: Antoni Bosch, 2014)].

[67] William Mitchell y L. Randall Wray, «Modern Monetary Theory and Practice», 2014.

[68] Tiziana Terranova, «Red Stack Attack!», en Mackay y Avanessian, *#Accelerate*, ofrece dos excepciones breves, pero excelentes.

[69] Algunos de los estudios que existen sobre este tema pueden encontrarse en: Oskar Lange y Fred M. Taylor, *On the Economic Theory of Socialism*; W. Paul Cockshott y Allin Cottrell, *Towards a New Socialism*; W. Paul Cockshott, Allin Cottrell, Gregory Michaelson, Ian Wright y Victor Yakovenko, *Classical Econophysics* (Londres: Routledge, 2009); Andy Pollack, «Information Technology and Socialist Self-Management», *Monthly Review* 49, núm. 4 (1997); Dan Greenwood, «From Market to Non-Market: An Autonomous Agent Approach to Central Planning», *Knowledge Engineering Review* 22, núm. 4 (2007).

[70] Ya hay varios economistas trabajando en estos temas. El problema se dificulta con la existencia de múltiples mediciones (muchas de las cuales, empero, alcanzan conclusiones similares en torno a las tendencias cíclicas y seculares) y con los estudios que permanecen en el ámbito de las apariencias y no profundizan en los mecanismos causales que subyacen. Parecería que existe una correlación entre el creciente uso del capital fijo en el proceso de producción y una disminución secular a largo plazo en la rentabilidad, pero cualquier conexión causal permanece hasta ahora en el nivel de la afirmación. Para leer más al respecto, véanse: Minqi Li, Feng Xiao y Andong Zhu, «Long Waves, Institutional Changes, and Historical Trends: A Study of the Long-Term Movement of the Profit Rate in the Capitalist World Economy», *Journal of World-Systems Research* 13, núm. 1 (2007); Guglielmo Carchedi, *Behind the Crisis: Marx's Dialectic of Value and Knowledge* (Chicago: Haymarket, 2012); Deepankar Basu y Ramaa Vasudevan, «Technology, Distribution and the Rate of Profit in the US Economy: Understanding the Current Crisis», *Cambridge Journal of Economics* 37, núm. 1 (2013); Gerard Dumenil y Dominique Levy, «The Profit Rate: Where and How Much Did It Fall? Did It Recover? (USA 1948-2000)», *Review of Radical Political Economics* 34, núm. 4 (2002).

[71] Mary Morgan, *The World in the Model: How Economists Work and Think* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012).

[72] Para mayor información, véase http://www.wea.org.uk.

[73] Andy Clark, *Supersizing the Mind: Embodiment, Action, and Cognitive Extension.*

[74] John Zerzan, *Future Primitive and Other Essays* (Brooklyn: Semiotext(e), 1996) [*Futuro primitivo* (Valencia: Numa, 1994)]; Derrick Jensen, *Endgame: The Problem of Civilization* (Nueva York: Seven Stories, 2006), vol. 1.

[75] Gavin Mueller, «The Rise of the Machines», *Jacobin* 10 (2013).

[76] Éste ha sido uno de los principales intereses de los estudios sobre ciencia y tecnología y de los enfoques feministas en torno a la tecnología. Algunos ejemplos representativos de estas investigaciones son los siguientes: Wajcman, *TechnoFeminism*; Wiebe Bijker, Thomas Hughes y Trevor Pinch, eds., *The Social Construction of Technological Systems* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1987); Wiebe Bijker, *Of Bicycles, Bakélites, and Bulbs: Toward a Theory of Sociotechnical Change* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1997); Donald MacKenzie, Fabian Muniesa y Lucia Siu, eds., *Do Economists Make Markets? On the Performativity of Economics*; Thomas Hughes, *Networks of Power: Electrification in Western Society, 1880-1930*.

[77] Éste es el tema de algunos debates recientes sobre la «tesis de la reconfiguración». Alberto Toscano, «Logistics and Opposition», *Mute*, 2011; Jasper Bernes, «Logistics, Counterlogistics and the Communist Project», en *Fnd Notes 3: Gender, Race, Class and Other Misfortunes* (septiembre de 2013); Alberto Toscano, «Lineaments of the Logistical State», *Viewpoint*, 2015.

[78] «El que la maquinaria sea la forma más adecuada del valor de uso del *capital fijo* no implica de ninguna manera que la subsunción del capital sobre la relación social sea la mejor relación de producción social, la más adecuada para la utilización de la maquinaria». Karl Marx, *Grundrisse: Introduction to the Criti que of Political Economy*, 699-700.

[79] Como nuestros ejemplos lo mostrarán, la reorientación y la creación se hallan muy entrelazadas, dado que cada reorientación implica el uso creativo de material viejo y cada creación implica una reorientación del material existente disponible. La distinción entre ambas es, en última instancia, cuestión de énfasis, no de oposición.

[80] Andrew Feenberg, *Transforming Technology: A Critical Theory Revisited* (Nueva York: Oxford University Press, 2002).

[81] Chris Harman, *Is a Machine After Your Job? New Technology and the Struggle for Socialism*, parte 8, ofrece una serie de lineamientos útiles sobre las formas en que los trabajadores pueden adaptar la tecnología a su sitio de trabajo.

[82] Mariana Mazzucato, *The Entrepreneurial State: Debunking Public vs. Private Sector Myths* (Londres: Anthem, 2013) [*El estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*, trad. Javier San Julián y Anna Solé (Barcelona: RBA, 2015)]; Michael Hanlon, «The Golden Quarter», *Aeon Magazine*, 3 de diciembre de 2014.

[83] Mazzucato, *Entrepreneurial State*, capítulo 5, profundiza en esto.

[84] Mariana Mazzucato, *Building the Entrepreneurial State: A New Framework for Envisioning and Evaluating a Mission-Oriented Public Sector*, documento de trabajo núm. 824, Levy Economics Institute of Bard College, 2015, 9; Carlota Perez, *Technological Revolutions and Financial Capital: The Dynamics of Bubbles and Golden Ages* (Cheltenham: Edward Elgar, 2003).

[85] Mazzucato, *Building the Entrepreneurial State*, 2.

[86] Para leer más al respecto, véase http://www.missionorientedfinance.com.

[87] Caetano Penna y Mariana Mazzucato, «Beyond Market Failures: The Role of State Investment Banks in the Economy», ponencia, Conference on Mission-Oriented Finance for Innovation, Londres, 24 de julio de 2014.

[88] Quizá el mejor ejemplo actual de ello sea el importante desplazamiento de Alemania hacia la energía renovable.

[89] Nick Dyer-Witheford, «Cycles and Circuits of Struggle in High-Technology Capitalism», en *Cutting Edge: Technology, Information, Capitalism and Social Revolution*, 206-107; Adrian Smith, *Socially Useful Production*, STEPS Working Paper 58 (Brighton STEPS Centre, 2014), 2.

[90] Esto comparte algunas propiedades con la noción de tecnologías liberatorias de Murray Bookchin, aunque obviamente su visión del futuro comunitario de pequeña escala nos resulta menos atractiva. Murray Bookchin, «Towards a Liberatory Technology», en *Post-Scarcity Anarchism*.

[91] Hilary Wainwright y Dave Elliott, *The Lucas Plan: A New Trade Unionism in the Making?* (Londres: Allison & Busby, 1981), 16.

[92] *Ibíd.*, 10, 89.

[93] *Ibíd.*, 101-107.

[94] Smith, *Socially Useful Production*, 5.

[95] *Ibíd.*, 1.

[96] *Ibíd.*, 2.

[97] Wainwright y Elliott, *Lucas Plan*, 231.

[98] *Ibíd.*, 157.

[99] Tiqqun, *The Cybernetic Hypothesis*, s/f.

[100] Eden Medina, *Cybernetic Revolutionaries: Technology and Politics in Allende's Chile* (Londres: MIT Press, 2011), 26 [*Revolucionarios cibernéticos. Tecnología y política en el Chile de Salvador Allende*, trad. José Miguel Neira (Santiago de Chile: Lom, 2013)].

[101] *Ibíd.*, 64.

[102] *Ibíd.*, 72.

[103] *Ibíd.*, 146.

[104] *Ibíd.*, 150.

[105] *Ibíd.*, 79.

[106] Jameson, *Valences of the Dialectic*; Toscano, «Logistics and Opposition»; Mike Davis, «Who Will Build the Ark?», *New Left Review* II, núm. 61 (enero-febrero de 2010); Medina, *Cybernetic Revolutionaries*; Nick Dyer-Witheford, «Red Plenty Platforms», *Culture Machine* 14 (2013); Terranova, «Red Stack Attack!»; Evgeny Morozov, «Socialise the Data Centres!», *New Left Review* 91 (enero-febrero de 2015).

[107] Bernes, «Logistics, Counterlogistics and the Communist Project», ofrece un argumento contrario muy elaborado.

[108] Spufford, *Red Plenty*, ofrece una explicación convincente y casi ficcional de estos problemas.

[109] Caroline Saunders y Andrew Barber, *Food Miles – Comparative Energy/Emissions Performance of New Zealand's Agriculture Industry*, Agribusiness and Economics Research Unit, julio de 2006.

[110] Feenberg, *Transforming Technology*, 58; Monika Reinfelder, «Introduction: Breaking the Spell of Technicism», en *Outlines of a Critique of Technology*, ed. Phil Slater (Londres: Ink Links, 1980), 17.

[111] Existe una amplia literatura en torno a esta naturaleza política en el campo de los estudios sobre ciencia y tecnología, pero nos gustaría agregar un par de estudios sobre el cambio técnico que favorece las competencias y las clases. David Autor, Frank Levy y Richard Murnane, «The Skill Content of Recent Technological Change: An Empirical Exploration», *Quarterly Journal of Economics* 118, núm. 4 (2003); Amit Basole, «Class-Biased Technical Change and Socialism: Some Reflections on Benedito Moraes-Neto's "On the Labor Process and Productive Efficiency: Discussing the Socialist Project"», *Rethinking Marxism* 25, núm. 4 (2013).

[112] Raniero Panzieri, «The Capitalist Use of Machinery: Marx Versus the "Objectivists"», en Slater, *Outlines of a Critique of Technology*, ofrece uno de los primeros argumentos en este sentido.

[113] David F. Noble, *Forces of Production: A Social History of Industrial Automation* (Nueva York: Oxford University Press, 1986); Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, trad. Ben Fowkes (Londres: Penguin, 1990), vol. 1, 526.

[114] Melvin Kranzberg, «Technology and History: "Kranzberg's Laws"», *Technology and Culture* 27, núm. 3 (1986): 545.

[115] George Basalla, *The Evolution of Technology* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), 7 [*La evolución de la tecnología*, trad. Jorge Vigil (Barcelona: Crítica, 2011)].

[116] Nellie Ooudshorn y Trevor Pinch, eds., *How Users Matter: The Co Construction of Users and Technology* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 2005), habla sobre cómo los usuarios dan forma a la tecnología.

[117] Harry Cleaver, «Technology as Political Weaponry», en *The Responsibility of the Scientific and Technological Enterprise in Technology Transfer*, American Association for the Advancement of Science, 1981.

[118] Aun cuando nunca se usen, las armas nucleares se basan en esta función.

[119] Matteo Pasquinelli, «To Anticipate and Accelerate: Italian Operaismo and Reading Marx's Notion of the Organic Composition of Capital», *Rethinking Marxism* 26, núm. 2 (2014), ofrece una aguda reflexión sobre los trabajadores cognitivos y su relación con otras figuras de la clase trabajadora.

8. CONSTRUIR EL PODER

[1] Con «poder» queremos decir la capacidad de hacer que nuestros intereses se lleven a cabo. Steven Lukes, *Power: A Radical View*.

[2] John Holloway, *Change the World Without Taking Power: The Meaning of Revolution Today*.

[3] Aquí nos concentramos en estos tres factores, pero sin duda hay muchos otros, por no hablar de elementos impredecibles como la suerte y la visión individual.

[4] En términos de la lucha de clases tradicional, esta categoría incluye el poder de asociación, el poder de negociación en el mercado y el poder de negociación en el lugar de trabajo. Beverly Silver, *Forces of Labor: Workers' Movements and Globalization since 1870* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), 13-16 [*Fuerzas de trabajo: Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, trad. Juan Mari Madariaga (Tres Cantos, Madrid: Akal, 2005)].

[5] De hecho, el rasgo singular del conflicto de clases en el capitalismo, se argumentaba, era su tendencia a simplificar el antagonismo. Karl Marx y Friedrich Engels, «The Communist Manifesto», en *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844, and the Communist Manifesto* (Amherst, Nueva York: Prometheus Books, 1988), 210. [Hay varias versiones en español, entre ellas: *El Manifiesto Comunista de Karl Marx y Friedrich Engels*, introducción y notas de Gareth Stedman Jones, trad. Jesús Izquierdo Martín (México: FCE y Turner, 2007).]

[6] «The Holding Pattern: «The Ongoing Crisis and the Class Struggles of 2011-2013», *Endnotes* 3 (2013), 49-50.

[7] Frances Fox Piven y Richard Cloward, *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail*, 194.

[8] Marx y Engels, *Communist Manifesto*, 217-218.

[9] Empero, como nos lo recuerda Beverly Silver, no deberíamos suponer que estas tácticas y puntos de ventaja eran evidentes desde el principio. Debieron

ser inventados y reforzados mediante la práctica y la experimentación. Silver, *Forces of Labor*, 6.

[10] «Editorial», *Endnotes* 3 (2013), 7.

[11] Göran Therborn, «New Masses? Social Bases of Resistance», *New Left Review* II, núm. 85 (enero-febrero 2014): 9.

[12] Ching Kwan Lee, *Against the Law: Labor Protests in China's Rustbelt and Sunbelt* (Berkeley, California: University of California Press, 2007); Kevin Hamlin, Ilya Gridneff y William Davison, «Ethiopia Becomes China's China in Global Search for Cheap Labor», *Business Week*, 22 de julio de 2014.

[13] Silvia Federici, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation* (Nueva York: Autonomedia, 2004), 63 64 [*Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*, trad. Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza (Madrid: Traficantes de Sueños, 2010)]; Zak Cope, *Divided World, Divided Class: Global Political Economy and the Stratification of Labour Under Capitalism* (Montreal: Kersplebedeb, 2012).

[14] Para dar tan sólo una muestra de cómo se ha abordado este tema, podemos señalar el problema de la construcción de lo común, el problema de la articulación de la hegemonía, el problema del partido, el problema de la composición y el problema del marco. Véanse, respectivamente, Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*; Ernesto Laclau, *On Populist Reason* (Londres: Verso, 2007) [*La razón populista*, trad. Soledad Laclau (México: FCE, 2006)]; Jodi Dean, *The Communist Horizon* (Londres: Verso, 2012); «The Holding Pattern»; Sidney Tarrow, *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*.

[15] Badiou, por ejemplo, ofrece una crítica a la tendencia de los derechos mínimos para reducir al ser humano a su base animalista. Alain Badiou, *Ethics: An Essay on the Understanding of Evil*, trad. Peter Hallward (Londres: Verso, 2002), 11-13 [*La ética: ensayo sobre la conciencia del mal*, trad. Raúl J. Cadeiras (México: Embajada de Francia en México y Herder, 2004)].

[16] Anna Feigenbaum, Fabian Frenzel y Patrick McCurdy, *Protest Camps*, 176.

[17] En un lenguaje más clásico, podríamos decir que la unidad objetiva se enfrenta con la pluralidad subjetiva.

[18] Si bien los movimientos populistas suelen colocarse en oposición a los movimientos de clase, resulta más preciso decir que los movimientos populistas *abarcan* los movimientos de clase. Como argumenta Laclau, lo que el populismo niega no es la lucha de clase sino la necesidad ahistórica de la lucha de clases como motor único del cambio social. No obstante, dentro de un movimiento populista, ciertas luchas pueden ser más relevantes que otras, y, bajo las condiciones contemporáneas de poblaciones excedentes, creemos que la clase está

surgiendo de nuevo como *locus* dominante —aunque reprimido— de la lucha en nuestros tiempos. Tal como lo entendemos aquí, el populismo expresa una lógica conectiva, más que un contenido específico. El «pueblo», por tanto, no es un sujeto, ni una unidad sustancial, sino un colectivo emergente formado por una lógica particular de conexión. Linda Zerilli, «This Universalism Which Is Not One», *Diacritics* 28, núm. 2 (1998); Laclau, *On Populist Reason*, 236.

[19] Marco D'Erano, «Populism and the New Oligarchy», trad. Gregory Elliot, *New Left Review* II, núm. 82 (julio-agosto 2013), ofrece una útil genealogía de la valencia cambiante del «populismo».

[20] Laclau, *On Populist Reason*, 117.

[21] Yannis Stavrakakis y Giorgios Katsambekis, «Left-Wing Populism in the European Periphery: The Case of Syriza», *Journal of Political Ideologies* 19, núm. 2 (2014); Pablo Iglesias, «The Left Can Win», *Jacobin*, 9 de diciembre de 2014; Dan Hancox, «Why Ernesto Laclau Is the Intellectual Figurehead for Syriza and Podemos», *Guardian*, 9 de febrero de 2015; Laclau, *On Populist Reason*; George Ciccariello-Maher, *We Created Chavez: A People's History of the Venezuelan Revolution* (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2013).

[22] Ernesto Laclau, «Why Constructing a People Is the Main Task of Radical Politics», *Critical Inquiry* 32, núm. 4 (2006): 655 [«Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical», *Cuadernos del Cende* 23, núm. 62 (mayo 2006)].

[23] Enrique Dussel, *Twenty Theses on Politics*, trad. George Ciccariello-Maher (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2009), 83 [la versión original en español es: *20 tesis de política* (México: Siglo XXI y Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe, 2006)].

[24] Por ejemplo, el *Wall Street Journal* calculaba que cualquier persona que ganara menos de medio millón de dólares en Estados Unidos estaría dentro del 99 por ciento. Sería difícil imaginar que muchas personas, aun ganando un poco menos, estuvieran alineadas con el proyecto expresado por Occupy Wall Street. Véase Phil Izzo, «What Percent Are You?», *WSJ Blogs - Real Time Economics*, 19 de octubre de 2011.

[25] Si regresamos a la discusión sobre el universalismo en el capítulo 4, ésta es la forma en que el universalismo se contamina con lo particular, y viceversa.

[26] Therborn, «New Masses?», 8-9.

[27] Bertie Russell, «Demanding the Future? What a Demand Can Do», *Journal of Aesthetics and Protest*, 2014.

[28] Ben Trott, «Walking in the Right Direction?», *Turbulence* 1 (2007).

[29] Esto también tiene resonancia con lo que el Plan C ha llamado «comunidad de referencia». Russell, «Demanding the Future?».

[30] Tiziana Terranova, «Red Stack Attack!», en *#Accelerate: The Accelerationist Reader*, 387.

[31] William K. Carroll, «Hegemony, Counter-Hegemony, Anti Hegemony», *Socialist Studies/Études Socialistes* 2, núm. 2 (2006): 30-32; Richard Day, *Gramsci Is Dead: Anarchist Currents in the Newest Social Movements*.

[32] David Harvey, *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution* (Londres: Verso, 2013), 125 [*Ciudades Rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, trad. Juan Mari Madariaga (Madrid: Akal, 2013)].

[33] The Free Association, «Rock 'n' Roll Suicide: Political Organisation in Post Crisis UK», *Freely Associating*, s/f.

[34] Rodrigo Nunes, *Organisation of the Orgnisationless: Collective Action after Net works*, 34-40, presenta una discusión sobre las «funciones de vanguardia».

[35] Tarrow, *Power in Movement*, capítulo 8, ofrece un argumento sobre la importancia de las múltiples formas de organización.

[36] Carroll, «Hegemony, Counter-Hegemony, Anti-Hegemony», 22.

[37] Nunes, *Organisation of the Organisationless*, 30.

[38] Esto es lo que Rodrigo Nunes denomina un «sistema de redes». *Ibíd.*, 20. El trabajo de Nunes también subraya un área importante de investigación, a saber: una topología de redes comparativa de movimientos. En esta empresa, las herramientas matemáticas de teoría de grafos serán indispensables.

[39] Brian Steensland, *The Failed Welfare Revolution: America's Struggle over Gua ranteed Income Policy*, 22.

[40] Henry Farrell y Cosma Shalizi, «Cognitive Democracy», *Crooked Timber*, 23 de mayo de 2012.

[41] Zeynep Tufekci, «After the Protests», *New York Times*, 19 de marzo de 2014.

[42] Manuel Castells, *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age*.

[43] Jane MacAlevey, *Raising Expectations (and Raising Hell): My Decade Fighting for the Labor Movement*, 312.

[44] Steensland, *Failed Welfare Revolution*, 230.

[45] Roger Simon, *Gramsci's Political Thought* (Londres: Lawrence & Wishart, 1991), capítulo 12.

[46] Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, 5-6.

[47] SomeAngryWorkers, «Gr***ford? Where the Hell's That?!», *Libcom*, 14 de septiembre de 2014.

[48] McAlevey, *Raising Expectations*, 37.

[49] Esto es lo que se ha llamado «*whole-worker organising*» [«organización íntegra de los trabajadores»]. Véase *ibíd.*, 14-16.

[50] Erik Olin Wright, *Envisioning Real Utopias*, 223.

[51] Alain Badiou, *The Rebirth of History: Times of Riots and Uprisings* (Londres: Verso, 2012), 30 [*El despertar de la historia*, trad. Pablo Betesh (Buenos Aires: Nueva Visión, 2012)].

[52] Harvey, *Rebel Cities*, 132.

[53] McAlevey, *Raising Expectations*, 51.

[54] Bill Fletcher y Fernando Gaspasin, *Solidarity Divided: The Crisis in Organized Labor and a New Path Toward Social Justice* (Londres: University of California Press, 2009), 174.

[55] Guy Standing, *The Precariat: The New Dangerous Class*, 1.

[56] Steven Greenhouse, «The Nation: The $100,000 Longshoreman; A Union Wins the Global Game», *New York Times*, 6 de octubre de 2002.

[57] Nina Power ha señalado recientemente que el IBU debería ser una demanda global, antes que una nacional. Si bien en principio estamos de acuerdo, creemos que las condiciones políticas actuales hacen inevitable que estas demandas pasen primero a través de Estados individuales. Nina Power, «Re-Engineering the Future», ponencia, *Re Engineering the Future*, Tate Britain, Londres, Reino Unido, 10 de abril de 2015.

[58] En años recientes ha sido común argumentar que hay una crisis de la forma del partido, pero estas declaraciones pasan por alto la manera en que esa forma-partido se ha reinventado continuamente conforme cambian las condiciones. En pocas palabras, podemos decir que ha habido un colapso del partido de vanguardia y del partido socialdemócrata. El primero se basa en un pequeño grupo intelectual de élite que le dice a las masas cuáles son sus intereses y las incita a la revolución. Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered: «What Is to Be Done?» in Context* (Chicago: Haymarket, 2008), 13-18. El segundo, por su parte, se basa en el apoyo a las masas, la política electoral, una base financiera independiente y una posición central en una red de organizaciones laborales tradicionales. Gerassimos Moschonas, *In the Name of Social Democracy: The Great Transformation, 1945 to the Present*, 35. Ambos son inadecuados en las condiciones contemporáneas de los países capitalistas avanzados, pero creemos que el concepto gramsciano del partido como un príncipe moderno puede tener valor y ayudar a aclarar la estructura de un partido como Podemos. Una discusión completa sobre el partido va más allá de lo que podría incluirse aquí, pero seguimos a Peter Thomas en tanto consideramos este partido como: 1) sólo una sección de un movimiento populista más amplio; 2) una forma de autogobierno del movimiento; 3) una organización que institucionaliza diferencias en lugar de imponer identidad, y 4) una organización que puede sintetizar las demandas del movimiento y, al mismo tiempo, actuar como un aparato experimental para encabezarlo. Peter Thomas, «The Communist Hypothesis and the Question of Organization», *Theory & Event* 16, núm. 4 (2013).

[59] Dario Azzellini, «The Communal State: Communal Councils, Communes, and Workplace Democracy», *North American Congress on Latin America*, verano de 2013.
[60] Dan Hancox, «Podemos: The Radical Party Turning Spanish Politics on Its Head», *Newsweek*, 22 de octubre de 2014.
[61] Específicamente en el caso de Podemos, los mecanismos incluyen «elecciones primarias ciudadanas abiertas, constitución y proliferación de círculos, edición y aprobación de un programa participativo, financiación colectiva, contabilidad transparente, acuerdo sobre el carácter revocable de los roles, limitación de mandatos y salarios de representantes». Germán Cano, Jorge Lago, Eduardo Maura, Pablo Bustinduy y Jorge Moruno, «Podemos: Overcoming Representation», *Cunning Hired Knaves*, 31 de mayo de 2014.
[62] Existe, sin embargo, un gran debate interno en Podemos acerca de la dirección en que debería avanzar el movimiento. En términos generales, podemos distinguir a aquellos que parecen querer un poder más centralizado y basado en el Estado y aquellos que quieren un poder delegado a movimientos sociales locales y descentralizados. Véase Luke Stobart, «Understanding Podemos (2/3): Radical Populism», *Left Flank*, 14 de noviembre de 2014.
[63] Gary Genosko, *The Party Without Bosses: Lessons on Anti-Capitalism from Félix Guattari and Luís Inácio «Lula» Da Silva* (Winnipeg: Arbeiter Ring, 2003), 19.
[64] Ciccariello-Maher, *We Created Chavez*, 16.
[65] Mark Levinson, *The Box: How the Shipping Container Made the World Smaller and the World Economy Bigger* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2008), 10.
[66] *Ibid.*, 27.
[67] Silver, *Forces of Labor*, 47.
[68] Timothy Mitchell, *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil* (Londres: Verso, 2013), 19.
[69] Ashok Kumar, «5 Reasons the Strike in China Is Terrifying! (to Transnational Capitalism)», *Novara Wire*, abril de 2014.
[70] SomeAngryWorkers, «Gr***ford?».
[71] Deborah Cowen, *The Deadly Life of Logistics: Mapping Violence in Global Trade* (Minneapolis, Minnesota: University of Minnesota Press), 41-45.
[72] Esto es lo que Erik Olin Wright describe como un tipo de poder estructural. Erik Olin Wright, «Working-Class Power, Capitalist Class Interests, and Class Compromise», *American Journal of Sociology* 105, núm. 4 (2000): 962.
[73] Jonathan Cutler y Stanley Aronowitz, «Quitting Time», en *Post-Work: The Wages of Cybernation*, 9-11.
[74] Cynthia Cockburn, *Brothers: Male Dominance and Technological Change* (Londres: Pluto, 1991).

[75] McAlevey, *Raising Expectations*, 28.
[76] Cutler y Aronowitz, «Quitting Time», 17.
[77] *Ibid.*, 12-13; Noam Chomsky, *Occupy* (Londres: Penguin, 2012), 34.
[78] Murray Wardrop, «Boris Johnson Pledges to Introduce Driverless Tube Trains within Two Years», *Daily Telegraph*, 28 de febrero de 2012.
[79] Paul Einzig, *The Economic Consequences of Automation*, 235.
[80] David Autor, *Polanyi's Paradox and the Shape of Employment Growth*, documento de trabajo, National Bureau of Economic Research, septiembre de 2014, 26.
[81] Anh Nguyen, Jason Yosinski y Jeff Clune, «Deep Neural Networks Are Easily Fooled: High Confidence Predictions of Unrecognizable Images», *arXiv*, 2015.
[82] Un recurso clásico en este tema es Piven y Cloward, *Poor People's Movements*. Véase también Liz Mason-Deese, «The Neighborhood Is the New Factory», *Viewpoint* 2 (2012).
[83] Day, *Gramsci Is Dead*, 42.
[84] Jael Vizcarra y Troy Andreas Araiza Kokinis, «Freeway Takeovers: The Re-emergence of the Collective through Urban Disruption», *Tropics of Meta: Historiography for the Masses*, 5 de diciembre de 2014.
[85] Por ejemplo, para descubrir los efectos que tendría una paralización en los puertos de la Costa Oeste, se ha utilizado un modelo general de equilibrio que predice los efectos para cada industria, junto con los impactos para productos como bienes perecederos y bienes redirigidos. El modelo, además, divide estos efectos en impactos a las exportaciones, las importaciones y el poder adquisitivo del consumidor, identificando los blancos precisos de cualquier presión política que se ejerza mediante un bloqueo. «The National Impact of a West Coast Port Stoppage», National Association of Manufacturers and the National Retail Federation, junio de 2014, 9.
[86] Véase, por ejemplo, el desarrollo de nuevas formas de organización en torno a las redes de logística. Jane Slaughter, «Supply Chain Workers Test Strength of Links», *Labor Notes*, abril de 2012.
[87] McAlevey, *Raising Expectations*, 37.

CONCLUSIÓN

[1] Éste es un punto que está implícito en Marx cuando escribe que «el reino de la libertad sólo *empieza* ahí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos». Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy* (Londres: Lawrence & Wishart, 1977), vol. 3. Las cursivas son nuestras. [Hay varias versiones al español, entre ellas: *El capital: Crítica de la econo*

mía política, trad. Wenceslao Roces (México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2014), 3 tomos.]

[2] La tenacidad de la división de la sociedad con base en el género queda ampliamente demostrada en María Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour* (Londres: Zed, 1999).

[3] Kathi Weeks, *The Problem with Work: Feminism, Marxism, Antiwork Politics, and Postwork Imaginaries*, 216.

[4] Robert J. Van der Veen y Philippe Van Parijs, «A Capitalist Road to Communism», *Theory and Society* 15, núm. 5 (1986): 637.

[5] Gregory N. Mandel y James Thuo Gathii, «Cost-Benefit Analysis Versus the Precautionary Principle: Beyond Cass Sunstein's Laws of Fear», *University of Illinois Law Review* 5 (2006).

[6] Benedict Singleton, «Maximum Jailbreak», en *#Accelerate: The Accelerationist Reader*, ofrece una reflexión esencial en este sentido.

[7] Paul Mason, «What Would Keynes Do?», *New Statesman*, 12 de junio de 2014.

[8] Singleton, «Maximum Jailbreak»; Nikolai Federovich Federov, «The Philosophy of the Common Task», en *What Was Man Created For?*, trad. Elisabeth Kouitaissof y Marilyn Minto.

[9] W. Brian Arthur, *The Nature of Technology: What It Is and How It Evolves* (Londres: Penguin, 2009), presenta una articulación accessible de esta postura.

[10] Tony Smith, «Red Innovation», *Jacobin* 17 (2015): 75.

[11] Mariana Mazzucato, Erik Brynjolfsson y Michael Osborne, «Robot Panel», ponencia, FT Camp Alphaville, Londres, 15 de julio de 2014.

[12] Michael Hanlon, «The Golden Quarter», *Aeon Magazine*, 3 de diciembre de 2014; Tyler Cowen, *The Great Stagnation: How America Ate All the Low-Hanging Fruit of Modern History, Got Sick, and Will (Eventually) Feel Better*, 13.

[13] Ésta es una de las principales conclusiones del importante libro de Mariana Mazzucato: *The Entrepreneurial State: Debunking Public vs. Private Sector Myths*.

[14] En *ibíd.*, capítulo 5, puede encontrarse un extenso análisis de cómo Apple desplegó cínicamente tecnologías desarrolladas por el Estado para construir el iPhone.

[15] El estudio de Bent Flyvbjerg, Nils Bruzelius y Werner Rothengatter, *Megaprojects and Risk: An Anatomy of Ambition* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), 3-5, considera una paradoja el hecho de que tantos grandes proyectos sigan adelante a pesar de su historia de costos excedidos y falta de rentabilidad.

[16] André Gorz, *Paths to Paradise: On the Liberation from Work*, 61.

[17] Como apuntan Marx y Engels: «Este desarrollo de las fuerzas productivas [...] constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, por

que sin ella sólo se generalizaría la *escasez* y, por tanto, con la *pobreza*, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la miseria anterior». Karl Marx y Friedrich Engels, *The German Ideology*, 54.

[18] Este atractivo de una humanidad externa al capitalismo es uno de los aspectos más problemáticos de la obra de Jacques Camatte, por ejemplo. Véase Jacques Camatte, *This World We Must Leave* (Brooklyn: Semiotexte, 1996).

[19] Weeks, *Problem with Work*, 169.

[20] Ernest Mandel, *Late Capitalism*, 394-395.

[21] Se modificó ligeramente la traducción: de «energía humana» a «poderes humanos». Marx, *Capital, Volume III*, 820.

[22] Federico Campagna, *The Last Night: Anti-Work, Atheism, Adventure*, 68.

[23] Alexandra Kollontai, *Selected Writings*, trad. Alix Holt (Londres: Allison & Busby, 1977), presenta algunas investigaciones sobre cómo podrían ser éstas.

[24] Stephen Eric Bronner, *Reclaiming the Enlightenment: Toward a Politics of Radical Engagement* , 15.

[25] Weeks, *Problem with Work*, 103.

[26] Benjamin Bratton, *The Stack: On Software and Sovereignty* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 2015).

[27] Tiziana Terranova, «Red Stack Attack!», en Mackay y Avanessian, *#Accelerate: The Accelerationist Reader*, 391-393.

[28] Algunos relatos de la vida cotidiana en economías participativas dan mucho que pensar. Véase Michael Albert, *Parecon: Life After Capitalism*, parte 3.

[29] Nick Dyer-Witheford, «Red Plenty Platforms», *Culture Machine* 14 (2013): 13.

[30] Medida en términos de operaciones de coma flotante por segundo (FLOPS por sus siglas en inglés), la diferencia entre 1969 y lo que se espera para 2019 es de 107 contra 1 018. *Ibíd.*, 8

CONTENIDO

Agradecimientos 5
Introducción 7

1. Nuestro sentido común político: introducción a la política folk 11
2. ¿Por qué no estamos ganando? Una crítica a la izquierda contemporánea 39
3. ¿Por qué están ganando ellos? La edificación de la hegemonía neoliberal 77
4. Una modernidad de izquierda 101
5. El futuro no está funcionando 123
6. Imaginarios postrabajo 155
7. Un nuevo sentido común 187
8. Construir el poder 223

Conclusión 253
Notas 265

• ALIOS • VIDI •
• VENTOS • ALIASQVE •
• PROCELLAS •

© Nick Srnicek & Alex Williams, 2015
© Verso, 2016
© Traducción: Adriana Santoveña
© Malpaso Ediciones, S. L. U.
Gran Vía de les Corts Catalanes 657, entresuelo
08010 Barcelona
www.malpasoed.com

Título original: *Inventing the Future: Postcapitalism and a World Without Work*

ISBN: 978-84-16665-19-8
Depósito legal: DL B 22152-2016
Primera edición: abril 2017

Impresión: Novoprint
Diseño de interiores: Sergi Godia
Maquetación y corrección: Àtona Víctor Igual, S. L.

Imagen de cubierta: © Malpaso Ediciones

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

santa clara county library district

Renewals: (800) 471-0991

www.sccl.org

El neoliberalismo no está funcionando. A lo largo de las últimas décadas, las políticas económicas neoliberales han arrastrado a millones de personas a la pobreza y a otras muchas a trabajos precarios y mal pagados. Entretanto, la izquierda se mantiene atrapada en una serie de prácticas que rara vez ofrecen un respiro y menos aún una solución a la crisis. Este libro propone, finalmente, una alternativa. *Inventar el futuro* es un audaz manifiesto sobre la vida después del capitalismo.

En contra de los voceros de la derecha que una y otra vez proclaman el fin de la historia, Nick Srnicek y Alex Williams –autores del célebre *Manifiesto aceleracionista*– demuestran en estas páginas que otro mundo es posible. Opuestos a los ideólogos de izquierda que temen irracionalmente a los avances tecnológicos, Srnicek y Williams demandan una economía poscapitalista en la que la tecnología nos libere del trabajo y amplíe nuestras libertades. Ésta es una obra de radical imaginación política y un llamado a inventar el futuro antes de que se nos imponga.

SANTA CLARA COUNTY LIBRARY
3 3305 23969 9089

MALPASO
9 788416 665198